

IN MEMORIAM RODRIGO AMBROSIO CONSTRUCTOR  
DEL MAPU



**Borrador**

**MANUEL ACUÑA ASENJO**

**IN MEMORIAM**

**RODRIGO AMBROSIO  
CONSTRUCTOR DEL MAPU**

**SEGUNDA EDICIÓN**



**SERIE HISTORIA**

# EDITORIAL SENDA/SENDA FÖRLAG I STOCKHOLM

ISBN

Manuel Acuna-Asenjo ©  
Editorial Senda/Senda Förlag i Stockholm  
Stockholm, 2010

Fotografías:  
Colección personal del autor.  
Colección personal de María Teresa Zegers.  
Memorial del MAPU.

Diseño de la portada para la primera edición:  
María Victoria Barriga Jungjohann.  
Diseño de la portada para la segunda edición:  
Editorial Senda/Senda Förlag i Stockholm

Diagramación para la primera edición:  
Nancy Aburto B.  
Para la segunda edición: Abel Samir

Primera edición: Estocolmo, febrero de 2002  
Segunda edición: Estocolmo, junio de 2010

Las traducciones de las obras en inglés, sueco,  
italiano y francés fueron realizadas por el autor

## INDICE

Indice

Comentarios a la primera edición:

1. Comentario aparecido en la revista “Punto Final”
2. Carta de Michéle Uttard a un ex militante del MAPU

Dedicatoria

A manera de explicación

Breve comentario para una segunda edición

Introducción

Capítulo I

Entorno político para una época

Capítulo II

Los primeros años de estudio

Capítulo III

La formación del dirigente

Capítulo IV

Un líder emergente también sabe resolver sus controversias con los puños

Capítulo V

El ‘niño que viene de Lovaina’ comienza su exilio interno

Capítulo VI

El todo comienza a decidir el destino de la parte

Capítulo VII

Las luchas sociales de principios del siglo XX

Capítulo VIII

Comienza el traspaso de la hegemonía capitalista planetaria

Capítulo IX

Crisis mundial, derrumbe de la tasa de ganancia

Capítulo X

El todo se reordena para decidir, una vez más, el destino de la parte

Capítulo XI

Se abre espacio social para la emergencia de otras fuerzas políticas

Capítulo XII

Las transformaciones eclesiales de los años 60

Capítulo XIII

El Movimiento 11 de Agosto

Capítulo XIV  
Los orígenes del MAPU

Capítulo XV  
Elementos determinantes para una ulterior escisión

Capítulo XVI  
El ascenso de la Unidad Popular

Capítulo XVII  
La primera división del MAPU

Capítulo XVIII  
Algunos rasgos distintivos del carácter individual de Rodrigo Ambrosio

Capítulo XIX  
El MAPU como movimiento social

Capítulo XX  
Marxismo y cristianismo

Capítulo XXI  
Intentando el inicio de una explicación

Capítulo XXII  
¿Comportamientos patológicos en el MAPU?

Capítulo XXIII  
Perfil de la militancia del MAPU

Capítulo XXIV  
Inteligencia, seguridad y extracción de clase

Capítulo XXV  
La desaparición de un factor de unidad

Capítulo XXVI  
Un factor económico determinante

Capítulo XXVII  
Un factor ideológico, también importante

Capítulo XXVIII  
La segunda división del MAPU

Capítulo XXIX  
La línea política del MAPU y el comportamiento de un sector militante

Capítulo XXX  
La cultura de la autoventa y el desarrollo de las tendencias narcisistas

Capítulo XXXI  
La ex dirigencia del MAPU bajo la dictadura militar

Capítulo XXXII

La cooperación capitalista

Capítulo XXXIII

Escribiendo historia con visión retrospectiva

Capítulo XXXIV

Las cinco tesis programáticas del MAPU

Capítulo XXXV

El legado teórico de Rodrigo Ambrosio

Anexos:

Algunos documentos redactados por Rodrigo Ambrosio para la Juventud Demócrata Cristiana durante el período que estuvo al frente de ella:

- Primer documento: La Reforma bancaria contragolpe al golpismo
- Segundo documento: Aplicación de nuevos métodos de trabajo
- Tercer documento: Elecciones parlamentarias
- Cuarto documento: Algunas cuestiones que la experiencia revolucionaria ha señalado como constantes y que ayudan a la comprensión inicial de los deberes y tareas revolucionarias
- Quinto documento: Las tres estrategias para el movimiento popular

Primer Programa del MAPU

Segundo Programa del MAPU

Organigrama de la evolución del MAPU

## COMENTARIOS A LA PRIMERA EDICIÓN

### 1. Comentario aparecido en Revista “Punto Final”.

#### “Memoria de un líder”

Autor: Federico López

Lentamente se diluye el recuerdo de Rodrigo Ambrosio, muerto hace treinta años. Líder del Movimiento de Acción Unitaria MAPU, falleció a los 31 años en un accidente automovilístico, en pleno gobierno de la Unidad Popular.

Tuvo una trayectoria fulgurante desde su adolescencia marcada por inquietudes sociales y culturales. Sociólogo, fue un dirigente notable. Presidente de la Juventud Demócrata Cristiana, criticó duramente la orientación derechista del gobierno de Eduardo Frei Montalva y chocó contra las estructuras del partido sucesor de la Falange Nacional. Rodrigo Ambrosio abandonó la JDC para incorporarse al MAPU, seguido por un buen número de jóvenes.

El MAPU, definido como partido marxista, irrumpió con fuerza en las universidades y en algunos sectores de trabajadores, especialmente en el campo. Ambrosio no fundó el MAPU pero fue, sin duda, el constructor de la organización destinada, según pensaba, a grandes cosas. Una fuerza joven con dirigentes creativos, abnegados y de buen nivel ideológico. Sin embargo, la historia quiso otra cosa: a la muerte de Rodrigo Ambrosio, dos fracciones, el MAPU y el MAPU-OC, conocido más como MOC, se disputaron su legado. Después del golpe ambos partidos fueron muy afectados por la represión y el exilio. Finalmente desaparecieron como fuerzas políticas significativas. La mayoría de los principales dirigentes se acercaron al ‘socialismo renovado’ y muchos se dedicaron a los negocios. Algunos se transformaron en grandes empresarios. Todo esto ha contribuido al oscurecimiento de la obra de Rodrigo Ambrosio, visto como una especie de ‘mala conciencia’ por no pocos de los que fueron sus compañeros.

A treinta años de la muerte del carismático líder, Manuel Acuña Asenjo, que fue condiscípulo suyo en el Colegio Seminario de



Chillán, y después compañero en el MAPU, publica *“In memoriam, Rodrigo Ambrosio”*, editado en Suecia, país en que reside. El libro es más que un indispensable homenaje. Es una amplia exploración en las claves de la vida de Ambrosio, del MAPU y en la propia vida del autor, en una reflexión matizada por el desencanto y la tristeza ante la frustración de un hermoso y heroico sueño.

Así lo dice Manuel Acuña Asenjo:

*“Como elemento de su época, Rodrigo pertenece al pasado. Su figura posee la virtud de recordar lo que fuimos y lo que somos; nos permite descubrir en nuestro interior si hemos perdido nuestra capacidad de entrega o si hemos cedido al sistema que antes aborrecíamos. Como producto histórico de su época, Rodrigo fue marxista, leninista, castrista, defensor inculdicable de las revoluciones coreana, china y vietnamita. Estábamos al margen de la perversidad: buscábamos instaurar nuevos valores, distribuir el ingreso de manera igualitaria, crear una sociedad inmensamente humana. El MAPU era fraternidad. Rodrigo representa nuestra juventud, nuestros ideales, la entrega total, la capacidad inagotable de dar sin esperar nada a cambio, de servir a los demás. Rodrigo es segmento temporal de una época, parte de una institución y de un proceso. Para desgracia de quienes buscan hoy establecer analogías anacrónicas entre la casta gobernante y la suya, Rodrigo murió convencido de sus ideas, las ideas que abogaban por el establecimiento a nivel mundial de una sociedad nueva fundada en los valores del ser humano”.*

### **Mapucistas renovados.**

En su libro sobre Rodrigo Ambrosio, Manuel Acuña Asenjo incluye un apéndice con el título *‘A manera de epitafio’* sobre algunos ex dirigentes y militantes del MAPU que hoy están en otros partidos o en actividades ajenas a la política. Entre ellos:

Jaime Gazmuri, ex secretario general del MAPU-OC, actual senador socialista. Oscar Guillermo Garretón, ex secretario general del MAPU, se desempeñó como director ejecutivo del Metro,

presidente de la Compañía de Teléfonos de Chile, director de Iansa y del Banco del Desarrollo, actual empresario portuario. Enrique Correa, ex subsecretario general del MAPU-OC, socialista, asesor de empresas privadas. José Miguel Insulza, ex miembro del Comité Central del MAPU-OC, socialista, ministro del Interior. José Antonio Viera-Gallo, senador socialista. Juan Enrique Vega, embajador en Ginebra, ex director de TVN. Fernando Flores, empresario y senador del PPD. Jaime Estévez, presidente del Banco del Estado. María Antonieta Saa, diputada. Carlos ‘Cacho’ Rubio, ex jefe de gabinete del Presidente Lagos. Rodrigo Egaña, funcionario de gobierno. José Joaquín Brunner, ex ministro, asesor de gobiernos extranjeros y empresas privadas. Humberto Vega, economista, ex funcionario de Impuestos Internos. Rodrigo González, ex Alcalde de Viña del Mar, PPD. Virginia Rodríguez, esposa de Garretón, funcionaria de gobierno. Carlos Montes, diputado. Gonzalo Arroyo, rector de la Universidad Padre Hurtado. Víctor Barrueto, diputado. Nelson Ávila, senador. Eugenio Tironi, empresario. Guillermo Campero, asesor de la Presidencia. Enrique Dávila, director de ENAP. Teresa Chadwick, esposa de Viera-Gallo, secretaria ejecutiva de CONACE. Patricia Politzer, presidenta del Consejo de TV. Arturo Navarro, director del Centro Cultural Mapocho. Dióscoro Rojas, encargado cultural del Banco del Estado. Juan Gabriel Valdés, embajador en la ONU. Adriana Delpiano, ministra. Ismael Llona, embajador en Haití. Antonio Skármeta, embajador en Alemania. Valeria Ambrosio, directora del SERNAM.Metropolitano. Sergio Galilea, asesor presidencial, ex intendente de Santiago. Paulina Savall, subsecretaria de Bienes Nacionales. Álvaro García, ex Ministro.

El autor señala que en la derecha también se ubican ex mapucistas como el senador de la UDI Andrés Chadwick y el presidente de los camioneros Héctor Moya.

En posiciones críticas a la Concertación —agrega Acuña Asenjo— se han mantenido Tomás Moulián, ex miembro del Comité Central del MAPU-OC, René Rodríguez, Víctor Figueroa y Conrado Quiñones, ex secretario regional del MAPU en Aconcagua. Anota que Kalki Glauser murió exiliado en Estocolmo

*“manteniendo hasta el final fuertes críticas contra el sector*

*de socialistas renovados”.*

(Revista ‘Punto Final’ de mayo de 2002, pág. 18)

## **2. Carta de Michéle Uttard a un ex militante del MAPU a propósito del libro.**

*“Te agradezco el libro “In Memoriam”. Lo había ojeado, pero no leído. Me llama la atención que se siga escribiendo sobre Rodrigo... Y éste está bien documentado. La pena es que haya esa lista anatemizando a personas... Me parece estúpido pues no agrega nada positivo sino una especie de “mandar a la hoguera” a los que piensan distinto. Y me causa gracia y pena”.*

## DEDICATORIA

**E**n su primera edición, este libro estuvo dedicado a la memoria de Rodrigo Ambrosio y a la de tres ex militantes del MAPU que, en el curso de sus vidas y de una u otra manera, mantuvieron estrechos vínculos de amistad con el autor de estas páginas. Los sucesos posteriores permitieron considerar a dicha dedicatoria en el carácter de selectivamente mezquina pues, al año siguiente, el Memorial MAPU hizo pública una lista de 33 ex militantes de esa organización que fueron ejecutados o se encontraban en la calidad de detenidos desaparecidos. Se trataba de diez campesinos, diez empleados, seis estudiantes, cuatro profesionales y tres obreros cuyas edades fluctuaban entre los 21 y 55 años. Fueron personas que ofrendaron sus vidas en pos de la construcción de una sociedad mejor; jamás pudieron imaginar los cambios espectaculares que, en los años posteriores, experimentaría el comportamiento de la dirigencia de aquella estructura partidaria en la que habían depositado toda su confianza. Merecen ellos todo nuestro respeto y consideración. Este libro se dedica, por lo mismo, a la memoria de Rodrigo y a la de todos ellos. La lista es larga. Investigaciones posteriores han permitido agregar a la misma otros nueve nombres; las estadísticas han variado: el menor continúa siendo una persona de 21 años de edad, pero el mayor ha subido a 67. Los nombres de estos compañeros son:

### **Ejecutados:**

René Guillermo Aguilera Olivares  
Hernando Aguilera Salas  
Carlos Enrique Alcayaga Varela  
José Rufino Córdova Croxato  
Nelson Jorge Flores Zapata  
Oscar Armando Gómez Farías  
Roberto Darío Hernández Andrade  
José Gregorio Hernández Andrade  
Lincoyán Carlos Huenul López  
Jorge Andrés Lamana Abarzúa  
Pedro Meneses Brito

Leomeres Monroy Seguel  
Miguel Ángel Moyano Santander  
Eugenio Ruiz-Tagle Orrego  
Luis Onofre Sáez Espinoza  
Eduardo Toledo Cartes  
Jorge Manuel Vásquez Matamala  
Oscar Vega González  
Gabriel Gonzalo Vergara Muñoz  
Michael Rod Woodward Iriberry

**Detenidos Desaparecidos:**

Lucio Hernán Angulo Carrillo  
Levy Segundo Arraño Sancho  
Juan Bautista Bastías Riquelme  
Silvio Francisco Betancourt Bahamondes  
René Burdiles Almonacid  
Raúl Iván Cárcamo Aravena  
Gastón de Jesús Cortés Valdivia  
Luis Eduardo Durán Rivas  
Luis Enrique González González  
Reinaldo Luis Jeldres Riveros  
Sergio Hernán Lagos Hidalgo  
Alberto Leiva Vargas  
María Cecilia Magnet Ferrero  
Juan Bosco Maino Canales  
Sergio Adrián Maureira Lillo  
José Manuel Maureira Muñoz  
Rodolfo Antonio Maureira Muñoz  
Segundo Armando Maureira Muñoz  
Sergio Miguel Maureira Muñoz  
José Rosendo Pérez Ríos  
Elizabeth Mercedes Rekas Urra  
Héctor Patricio Vergara Doxrud

Dedico el libro, además, a la memoria de nuestro buen amigo y compañero Leonel (Kalki) Glauser, muerto en el exilio (Estocolmo, Suecia), con quien sostuve muchas discusiones, incluso hasta poco antes de su fallecimiento, en torno a cuestiones de carácter teórico de

indiscutible valor. Kalki, desde el primer momento, se convirtió en ácido crítico de la Concertación por la integridad de cuya dirigencia sentía profunda desconfianza tanto moral como política.

Finalmente, dedico también esta pequeña obra a la memoria de ese otro gran compañero y amigo Sergio ('Paco') Avello Cos, quien falleciera aquejado de leucemia en uno de los hospitales de Santiago durante los peores años de la dictadura y que, en su lecho de muerte, me pidiese velar por la seguridad de su familia. No pude cumplir con ese cometido. Asfixiado económicamente por la dictadura al igual que muchos otros, debí luchar por mi propia conservación. Nuestros compañeros mapucistas del exterior, con la honrosa excepción de Kalki, jamás se preocuparon de lo que nos sucedía. Los dineros de la solidaridad internacional, diestramente manejados por quienes ya manifestaban ideas socialdemócratas, se canalizaron hacia proyectos que contemplaban, fundamentalmente, el término pactado de la dictadura y la instalación de un gobierno de 'unidad nacional'. Nuestro grupo se disolvió. Como muchas otras personas, debí partir al exilio. Años más tarde, y luego del derrumbe de la dictadura, un fuerte contingente de ex militantes del MAPU, escasamente interesado en resolver los problemas de las grandes mayorías nacionales y muy preocupado de sí mismo, de su estabilidad política y económica, se hizo cargo de administrar el estado chileno. A partir de ese momento, cada cual ha debido arreglárselas como pueda en una sociedad donde impera fuertemente un liberalismo a ultranza impulsado desde el gobierno de la 'izquierda' concertacionista.

Estocolmo, junio de 2010

*"Morir y joven, antes que destruya  
el tiempo aleve la gentil corona;  
cuando la vida dice aún "Soy tuya",  
¡aunque sepamos bien que nos traiciona!"*

(Manuel Gutiérrez Nájera)

## A MANERA DE EXPLICACION

**E**n 1997, y con motivo de cumplirse veinticinco años de la muerte del fundador y organizador del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), José Rodrigo Ambrosio Brieva, mi buen amigo Pedro Gaete, que fuese dirigente de dicha colectividad, me solicitó escribir un artículo dedicado a su memoria, dada mi condición de ex compañero suyo de colegio. Se trataba, en el fondo, de entregar a la luz pública algunos aspectos desconocidos de la vida de Rodrigo y proporcionar, a la vez, una visión particular acerca de cómo los años de su adolescencia fueron determinantes en la conducta que lo llevaría a construir la tercera fuerza electoral de la alianza denominada Unidad Popular UP.

El propósito primitivo fue llevado a cabo en un lapso extremadamente breve. Tal vez, por eso, personalmente, no me sentí satisfecho de su contenido. Errores en la construcción de frases, conceptos truncos, afirmaciones incoherentes formuladas por la premura, aparecieron de manifiesto en una posterior revisión del trabajo. Estaba cierto, además, que faltaba exponer latamente algo fundamental: el por qué del MAPU como movimiento y por qué Rodrigo —y muchos de nosotros— abrazamos ciertas ideas que, en el transcurso de los años, fueron algunos abandonando paulatinamente hasta transformarse en contradictores de las mismas.

Aprovechando la petición que me formulara un miembro de la Fundación Rodrigo Ambrosio durante mi estadía en Santiago de Chile, a comienzos de 2001, en el sentido de enviar a dicha corporación una copia de mi trabajo para su clasificación y archivo, di comienzo de inmediato a la tarea de modificar su texto y agregar aquellos aspectos que me parecía necesario incluir en el trabajo. Lo que sigue a continuación es la nueva versión del mismo.

Al realizar esta tarea he buscado guardar estricta fidelidad a un principio rector que ha orientado mis acciones durante estos años: no dar a conocer nuevamente algo ya entregado a conocimiento de los demás sin someterlo a una nueva y rigurosa crítica a la luz de los acontecimientos posteriores. Es, por lo demás, la lección que diariamente nos proporciona la naturaleza al renovar su creación a cada instante.



Estocolmo, mayo de 2002, a treinta años de la muerte de Rodrigo.

## BREVE COMENTARIO PARA UNA SEGUNDA EDICIÓN

A poco de salir a luz la edición que nos parecía definitiva de “In Memoriam”, libro destinado a recordar la figura de Rodrigo Ambrosio, constructor de la tercera fuerza política de la alianza chilena denominada **Unidad Popular**, se hicieron presentes las inevitables dificultades que presenta la publicación de toda obra: no sólo los *duendes* del teclado hicieron de las suyas en ella, sino además se hizo necesario revisar una serie de consideraciones acerca del propósito de la misma y de su desarrollo. La tarea no resultó fácil, a pesar de contarse con un texto sobre el cual era posible realizarla —el libro mismo— y con críticas de innegable valor. Era como estar en una situación si no exacta, al menos similar a la que muchas veces soñó Ibsen cuando manifestó querer poseer ‘*un diario escrito por el pueblo*’. ¿Por qué no hacerlo con un libro? ¿Por qué no publicar un libro escrito por sus propios críticos? La presente edición no tiene otra misión que la de avanzar en tal sentido.

En el cumplimiento de tal cometido, se han tomado en especial consideración dos observaciones formuladas al respecto. Alguien expresó —y con razón— que el libro, más que tratar de la figura del constructor del MAPU lo hacía respecto de su propio autor; otro aseguró que la mención de Rodrigo sirvió tan sólo como excusa al mismo para avocarse al examen de otros hechos más o menos trascendentes. Hay mucho de verdad en ambas afirmaciones.

Que el libro no trate exclusivamente de Rodrigo, sino en gran medida de su autor, es un juicio que resulta fácil de explicar: la vida de una persona es la vida de otra u otras. Rodrigo fue y sigue siendo parte de nuestras vidas; también nosotros fuimos y seguimos siendo parte de lo que fue la suya. La historia de cada uno de nosotros es la historia de nuestro entorno, de lo que está o estuvo a nuestro lado en otro tiempo y lugar. En el crisol de una organización se terminan de formar, a menudo, las personalidades, las ideas, los valores; la vida social de los sujetos se sigue construyendo en su interacción con otros. Nos guste o no. Por eso, hablar de Rodrigo es hacerlo respecto

de nosotros mismos; y hablar de nosotros es hacerlo respecto suyo. Lo cual nos conduce, inexorablemente, abordar otros hechos a propósito de la vida y obra de Rodrigo.

En estos últimos veinte años, un grupo de pensadores ha comenzado a intentar la formulación de análisis de carácter ‘global’ o ‘total’. En dichos análisis, los sucesos, mirados como unidades, no aparecen bajo la forma de fenómenos aislados sino como partes integrantes de un gran todo que determina sus respectivos comportamientos. Dentro de una sociedad existen, en consecuencia, hilos conductores que explican por qué algunas personas actúan de determinada manera, cuál es la razón de su autoritarismo, de su extrema insensibilidad ante el sufrimiento de los demás, del silencio cómplice que guardan frente a las acciones de otros, de su propio narcisismo, de su avaricia. El comportamiento de muchos de los que fueron dirigentes del MAPU, hoy conductores de la economía social de mercado, no puede explicarse sino a partir de su comportamiento anterior. Es lo que se intenta en esta obra.

Nuestra hipótesis, al respecto, es que el comportamiento del ser humano es directamente proporcional a la acción que ejercen sobre cada uno de ellos, a lo menos, dos factores, a saber:

- 1) el carácter tanto social como individual de los mismos; y,
- 2) los mecanismos de defensa propios de los seres vivos.

El primero de esos factores es, a la vez, resultado de la acción conjunta de otros agentes que, en número de tres, lo determinan:

- 1) la herencia genética de los progenitores de individuo;
- 2) los hechos que afectan su vida intrauterina; y,
- 3) los acontecimientos que rodean su vida social (familia, escuela, trabajo).

En el segundo de los factores a que nos referimos más arriba, se distingue un conjunto de principios determinantes de la conducta humana como lo son las leyes de la cooperación, de la competencia, de la imitación, etc. En las páginas que siguen a continuación nos referiremos a la generalidad de dichos factores.

Permítasenos, no obstante, formular aún tres advertencias previas:

Primera: En la edición anterior de este libro, incluimos una lista de personas que no solamente habían participado en los sucesivos gobiernos de la Concertación, sino se desempeñaban en calidad de empresarios privados e, incluso, en partidos que representan

naturalmente a los sectores dominantes. Esta vez no lo haremos. No porque sea ‘estúpido’ o no ‘ayude a nada’, como lo expresa con agrio humor Michéle Uttard, sino porque las listas tienen el grave inconveniente que, a poco andar, quedan obsoletas. Los intercambios de cargos y representaciones son tan veloces, tan variados e intensos, que resulta casi imposible intentar un seguimiento de los mismos.

Segunda: Hemos solicitado, como siempre ha sido nuestra costumbre, la colaboración de algunas personas ex militantes del MAPU para la realización de este trabajo. Después de ser consultadas, la generalidad de ellas ha preferido guardar silencio o evadido, de una u otra manera, cooperar al respecto. Lo lamento profundamente. Me queda la impresión que muchos rehuyen hablar de su pasado. Otros, más críticos, me han preguntado cuál es el objetivo de escribir sobre estos temas si a nadie le interesan. No tengo la misma impresión. No pocos estudiantes universitarios se han contactado conmigo para conocer más al respecto. El escaso interés por estos temas parece más bien residir en las personas de mi generación y no en las nuevas.

Tercero: Finalmente, quiero advertir que el desarrollo de este trabajo utiliza como herramienta fundamental la interdisciplinariedad. Muchas de las ciencias pueden, hoy, dar razón de ciertos fenómenos que antes parecían inexplicables; entre otros, el comportamiento del conjunto social y de la dirigencia. Del mismo modo, existen nuevas teorías que han enriquecido a las anteriores, entre otras, la teoría del sistema mundial. Incorporar estas nuevas técnicas al trabajo propuesto me ha parecido más que necesario.

Estocolmo, junio de 2010.

*“La verdad es el todo”*

*(Georg Friederich Hegel)*

## INTRODUCCION

**E**scribir acerca de Rodrigo Ambrosio podría parecer un tanto curioso, aún cuando se hace en un retazo de tiempo que cierra el ciclo de los treinta años de su muerte, ocurrida un 19 de mayo de 1972. Porque del constructor del Movimiento de Acción Popular Unitaria MAPU no puede decirse lo que de grandes héroes y personajes de la historia. De hecho, su figura —al igual que la de todos los dirigentes del movimiento denominado Unidad Popular UP— aparece notablemente disminuida, frente a la rutilante presencia del Presidente Salvador Allende Gossens.

No obstante, acometer dicha tarea presenta inobjectables ventajas. Si bien, por una parte, nos compele a escribir historia —y la historia escrita, cuando es convenientemente analizada, impide que se repitan determinados hechos en épocas posteriores, con nuevos escenarios y nuevos actores— permite, por otra, además, hablar de un individuo como parte de una juventud, de una juventud como parte de un movimiento nacional y de éste, dentro de un movimiento mundial. Así, la personalidad de Rodrigo Ambrosio unifica sucesos y personajes. La compleja maraña de la vida, en donde movimientos y organizaciones sociales revelan sus orígenes y extinciones, sus ascensos y declinaciones, se hace manifiesta. El mundo de Rodrigo, el mundo de todos nosotros, se nos aparece en su exacta dimensión: una red de conexiones e interconexiones abriéndose hacia el exterior en una sucesión de estructuras y modelos cada vez más complejos hasta devenir en un sistema total.

Y esto no es mera casualidad. Ocurre que individuos, organizaciones y procesos sociales guardan entre sí íntima relación; los unos son a los otros como los otros son a los unos. A fin de cuentas, los individuos se presentan como piezas de los múltiples engranajes que activan el devenir histórico. Partes de partes integrantes de otras partes, unidades de unidades inmersas en unidades mayores. Holones. Los individuos conforman las organizaciones y son éstas quienes impulsan y llevan a cabo los procesos sociales a través de los cuales teje sus redes la historia. Nadie escapa a esa suerte de sino ineludible que une a individuo, organización y proceso; nadie puede evitarla. Con mayor razón,

aquellos que toman en sus manos la difícil tarea de coordinar la construcción de organizaciones destinadas a generar cambios sociales.

Rodrigo Ambrosio perteneció a esa clase de individuos. Fue, por tanto, sujeto, asociación, proceso; fue crítico, conductor, constructor; fue MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), Unidad Popular, Gobierno Popular. Fue, en suma, holón de holones mayores dentro de otros holones más grandes aún.

## Capítulo I: Entorno político para una época.

Puede decirse que la política es una región del modo de producción capitalista, pero esa no es una definición rigurosa. La política, en verdad, es un campo en donde actúan e interactúan las fuerzas sociales, el espacio en donde se manifiesta y tiene lugar la lucha de clases. En esa vastedad actúan los seres humanos bajo la apariencia de partidos, organizaciones sociales e instituciones; incluso, en su simple calidad de individuos particulares. Normalmente, tal actuación tiene lugar dentro de un entablado específico que, por esa circunstancia, acostumbra a denominarse ‘escena política’. Quienes allí se desplazan son llamados ‘actores políticos’ que pueden ser, por supuesto, singulares o colectivos. El éxito o fracaso de sus gestiones no depende sino de la actitud que manifiestan frente a la vigencia del sistema. No por otro motivo encuentran su lugar preciso en ese entablado quienes desempeñan la función de mantener inalterables las estructuras de la sociedad; no por otra razón aparecen allí en su tiempo exacto. La política es parte de un sistema, no su elemento contradictor; existe para realizarlo, no para impulsar su abrogación. La política es el campo en donde se realizan las prácticas políticas, el centro de unificación de todos los elementos analíticos del sistema social.

No debe sorprender que sea la política una fiel expresión de la jerarquía, tan típica del modo de producción capitalista. Tal circunstancia ayuda a entender que la acción de los partidos y de sus líderes pueda abrir épocas así como cerrarlas, y que las personalidades aparezcan subrogando a los movimientos sociales en su rol de constructores de la historia. Pero todo eso constituye parte del mecanismo en virtud del cual la estructura social vigente encubre su verdadera naturaleza. Por eso en el sistema capitalista, los individuos particulares adquieren especial relevancia. Sus vidas determinan los sucesos del pasado, las épocas, los fenómenos sociales. Los elementos que identifican la esencia del sistema jamás son considerados. Las causas de los fenómenos históricos se buscan en el retrato psicológico del héroe, del líder o del tirano, y una legión de escritores acomete la tarea de escribir sus biografías. El ciclo de vida de los individuos se emplea para identificar los periodos



históricos, y el nacimiento y la muerte de las personalidades determinan la longitud de los procesos sociales. En el contingente mundo de la política tales sucesos abren y cierran épocas; también lo hacen las elecciones. La política, en ese sentido, no es teoría, aunque pueda hacerse teoría respecto de ella. Periodizar seriamente sobre los hechos de la política contingente constituye, a menudo, una insensatez pues tales hechos sólo describen el comportamiento de actores representando los roles que desempeñan en la escena política. Y los actores no son más que actores, elementos contingentes; trasladan la intensidad de la lucha de clases a la representación teatral. Son factores secundarios. Paradojalmente, y pese a serlo, aparecen en el contingente mundo de la política ejerciendo poder, decidiendo, disponiendo. Es comprensible, pues, que muchos historiadores periodicen la vida de una nación tomando sus figuras como referencias obligadas. En el contingente mundo de la política, la historia no la escriben los pueblos sino los gobernantes, los héroes, los personajes nacionales, las personalidades cuyas acciones no es posible ignorar. La muerte o el fallecimiento de tales figuras marca las fases o períodos de tan singular historia. El fallecimiento del Presidente Juan Antonio Ríos Morales constituye uno de esos hechos tradicionales que cierran períodos, fases o transiciones; el advenimiento del Presidente Gabriel González Videla, por el contrario, constituye uno de aquellos que los abre. Así se escribe la historia en el modo de producción vigente.

Juan Antonio Ríos Morales y Gabriel González Videla fueron militantes de un mismo Partido —el Partido Radical (PR)—; y, no obstante, exhibieron ambos comportamientos por entero diferentes durante los períodos que duraron sus respectivos mandatos: en tanto el primero conservaba aún ese precario espacio de libertad que, característico de su predecesor (Pedro Aguirre Cerda), le permitía soslayar algunos de los dictados del poder imperial, el segundo representaba el fin del ejercicio de esa facultad y, por consiguiente, la abierta dependencia del Gobierno chileno respecto del poder político norteamericano. De esa manera, el triunfo electoral de Gabriel González Videla, en 1946, constituyó, sí, una victoria política; pero un triunfo y una victoria de las masas votantes contra sí mismas, pues creyendo obtener, en el ejercicio del sufragio, solución a sus más urgentes problemas y mayores espacios de libertad, lo

hicieron en perjuicio propio: fueron comparsa, cómplices y ejecutoras de su propia condenación. La sociedad chilena, en su conjunto, se adentraba en la era radical de la subordinación completa al imperio del norte. Y mientras ello ocurría en el macromundo de la política nacional, en el micromundo de una de las salas del Colegio Seminario de Chillán, nos encontrábamos por vez primera José Rodrigo Ambrosio Brieva y yo.

Había nacido Rodrigo en Talca, un 5 de enero de 1941, y era hijo de José Ambrosio Cajas, recientemente nombrado gerente de la Compañía de Electricidad, en Chillán, y de María Brieva Ayuso. En la página 64 del Tomo II, capítulo 6, del libro ‘Memoria de la izquierda chilena’, que escribieran en conjunto Jorge Arrate y Eduardo Rojas, puede leerse lo siguiente:

*“Rodrigo tiene sólo una hermana”.*

No puedo discutir esa afirmación. Sin embargo, los recuerdos suyos que conservo no concuerdan con la afirmación que hacen los citados autores. Luego de haber conversado tantas veces con él en el Colegio, la casa de mis padres, su hogar —ubicado en un segundo piso de calle Herminda Martín, entre Constitución y Libertad, en los altos de la empresa donde prestaba sus servicios don José—, tengo memoria de Mónica, su hermana mayor, y de Valeria, la menor; Rodrigo era el hijo del medio, único varón. Como yo lo había hecho, se incorporaba también él, en esos años, al plantel de los jesuitas.

A la escuela, no obstante, nadie llega ‘*sicut tabula rasa*’; siempre existen en el intelecto de los seres humanos retazos de conocimiento, fragmentos de información, bases mínimas sobre las cuales se agrega más y más conocimiento. Como niños, también nosotros, poseíamos esa sapiencia previa: en nuestros hogares, habíamos aprendido ya a descifrar los códigos verbales que permitían nos comunicásemos a través del habla. Sin embargo, para abrir las puertas de la sociedad, necesitábamos aprender otros códigos tan trascendentales y necesarios como el de la escritura. En la escuela adquiriríamos la flexibilidad óptima para desarrollarnos al interior de todo conjunto social: nos íbamos a asimilar unos a otros, íbamos a hacernos idénticos a lo que nos rodeaba. Nos emparejaríamos, nos igualaríamos a la forma de ser de todos y de todo porque

necesitábamos, en suma, hacernos chilenos, adquirir el carácter social de la sociedad que nos cobijaba. La escuela era el instrumento ideal para realizar tal cometido; en ella refrendaríamos lo que habíamos aprendido en casa, pero a escala mayor, pues se trataba de hacerlo respecto de actitudes, comportamientos, características culturales. Nuestro carácter social había de desarrollarse en la forma debida y eso comenzaba con el sometimiento total a partir del ingreso mismo a la escuela, sometimiento desde pequeños para ser buenos ciudadanos cuando grandes:

—Sí, señor...

—No, señor...

—Sí, padre...

—No, padre...

—Sí, hermano...

—No, hermano...

—Bueno, señora...

—Está bien, señorita...

Y puesto que, en un sistema de dominación, no existe otra manera de hacerlo, la escuela fue, para nosotros, el modelador de nuestro carácter social. Su acción asimiladora se realizó en la forma tradicional de aprendizaje. Los conocimientos se incorporaron a nosotros. Ante todo la comunicación, con el desciframiento de la simbología escrita, con la identificación de objetos a través de signos combinados. Los secretos de la escritura comenzaron a desvelárenos a la manera que había de sucederles a todos los niños de nuestra época: con la construcción de circunferencias (las "oes") y el trazado de rayas oblicuas ("palotes") diligentemente ordenadas sobre los tetragramas de los cuadernos de caligrafía...

O... j... o... Ojo... M... a... n... o... Mano...

El Colegio Seminario de Chillán era un colegio pagado, un colegio particular no al alcance de todos; existía como concesión del Estado a la majestad de la Iglesia y forma de expresión de la libertad de enseñanza, establecida en la Constitución Política. Existía, además, por otras razones.

“*Gobernar es educar*” había sido la consigna de ‘Don Pedro’ (el presidente Pedro Aguirre Cerda, ‘Don Tinto’, para los más

irreverentes), aquel maestro primario que lograra encumbrarse a la Primera Magistratura de la Nación para cumplir con la labor de industrializar a Chile. Porque la labor central de su Gobierno había de ser, precisamente, aquella: industrializar el país.

Sin embargo, para industrializar una nación es necesario contar con mano de obra calificada, fuerza o capacidad de trabajo preparada, óptima. Eso lo da una buena educación. “Gobernar es educar”. La producción debería contar con fuerza o capacidad de trabajo excepcional, trabajadores capaces de elevar el volumen de los bienes producidos así como la calidad de los mismos. En suma: la actividad industrial debía alcanzar altos niveles de competitividad logrados por un Gobierno que se preocupaba de educar. Pero si bien aquellos propósitos ponían en evidencia la necesidad de optimizar la producción de fuerza de trabajo y, por ende, la importancia de contar con una enseñanza primaria y secundaria obligatoria que entregase al mercado laboral trabajadores altamente calificados, las condiciones ofrecidas a quienes, en definitiva, tomaron a su cargo esa tarea (el Magisterio) no fueron las mejores. Chile debía seguir siendo una nación rentable y lo que hace a un país serlo es el monto cada vez más exiguo de remuneraciones destinadas a sus trabajadores. La rentabilidad de una nación es directamente proporcional al grado de explotación de la masa laboral. Es natural que un país rentable se caracterice por sus movimientos sociales, las masacres de trabajadores, elevada tasa de delincuencia, prostitución, subempleo y represión. Chile fue durante esos años escenario de violentas luchas sociales; las huelgas del magisterio se hicieron sentir en todos los ámbitos y su efecto más inmediato fue dañar la futura ‘mercancía’ laboral: la fuerza o capacidad de trabajo que se iba a ofrecer no recibía la preparación necesaria para enfrentar con éxito las luchas del mercado.

En el Chile de esos años coexistían dos mundos de enseñanza, dos economías para la educación: la pública y la privada. A la primera pertenecían los liceos y las escuelas fiscales; a la segunda, los colegios particulares. La crisis desnuda se daba en el sector público; no en el privado, donde revestía otros aspectos, pues el costo adicional de la matrícula y el pago mensual obligatorio, permitía —en algunos casos— el pago de mejores remuneraciones a los maestros. Cuando no era ello posible, de todas maneras los

maestros estaban impedidos de formular protesta: la empresa privada —los colegios particulares formaban parte de ésta— contaba con el arma del despido, lo que no ocurría en el sector público.

Así, no fue extraño que la educación ofrecida por los colegios privados fuese más completa que la entregada por los colegios fiscales. Tampoco era de extrañarse que un sector considerable de la población estimase necesario encontrar planteles en donde la educación de sus hijos no resultase tan accidentada como la impartida en los liceos. Tal fue la actitud de nuestros padres. Pagaban la educación que recibíamos en dicho colegio buscando, de esa manera, proteger el único legado que nos dejarían como arma en la lucha por la vida. Pero no sabían que, simultáneamente, en ese esfuerzo por cautelar los intereses de sus retoños, en ese intento simple de resolver en forma particular problemas que eran generales, daban la espalda a las luchas de los trabajadores (entre ellos, los maestros), empeñados en conquistar mejores condiciones de vida para ellos y para sus familias.

Saber las reglas básicas de las matemáticas, trazar correctamente las figuras geométricas, conocer la historia siempre victoriosa de los españoles sobre los pueblos originarios, honrar los símbolos del Estado y demostrar un justo temor a Dios fueron nuestros primeros designios.

*“Es en ti, oh Colegio bendito,  
do comienzo a gustar el saber,  
donde labro mi fe de granito,  
donde aprendo a cumplir mi deber”.*

Repetir es obrar de acuerdo a la naturaleza pues todo se repite para poder ser. Se repite el punto para crear la línea, la línea para crear la superficie y la superficie para crear el volumen, nos enseña Aristóteles; se repite el original que suelta su copia, el modelo que entrega su imagen, el modo de producción que se perpetúa, el individuo que se conserva a sí mismo, la mercancía que circula, la célula que se replica. La repetición es la clave de la sabiduría y el origen de la cultura. Basta repetir setenta veces una palabra para sentirla incorporada a nuestro acervo intelectual como algo exclusivamente propio, como parte inalienable del patrimonio que se

posee. Basta que una conducta se repita para que emerja la normalidad como resultado de ese proceso. Y aunque lo normal es producto de la repetición, de todas maneras se la identifica con ‘lo natural’, de tal manera que la normalidad —ya como algo natural— aparece haciendo lógico lo ilógico, justo lo injusto, tolerable lo intolerable. En el universo de la repetición, todo es posible; hasta lo imposible.

La repetición hizo que adorásemos el símbolo del Estado (la bandera), que —identificándonos constantemente con los ‘héroes de la Patria’— cantásemos emocionados la canción nacional, que reverenciásemos el escudo con sus dos animalitos frente a frente y su incomprendible penacho de plumas tricolores. Aprendimos a creer antes que a raciocinar; las clases de Religión —elases de historia del pueblo judío— fueron el vehículo que nos arrastró por esa ruta. Creímos, maravillados, en ese Paraíso que se extendía entre dos ríos anchurosos, en el Arca de Noé y el diluvio, en las trompetas de Josué derribando los muros de Jericó, en el judío David venciendo al palestino Goliat<sup>1</sup>. Creímos, incluso, que nada había de inmoral en ordenar el exterminio de todo un pueblo si la orden provenía de Dios; que —como Judit— sería hasta ‘patriótico’ copular con el tirano de turno (Holofernes) y cortarle su cabeza para salvar al ‘pueblo’; que, como Lot, era moralmente aceptable tener relaciones sexuales con las hijas para multiplicar la humanidad.

*“En tus aulas de luces bañadas,  
me enseñaron libar lo mejor,  
a cumplir mi misión señalada,  
a servir a mi Patria y a Dios”.*

---

<sup>1</sup> El pueblo ‘filisteo’, al que pertenecía Goliat, es el actual pueblo palestino. Nihil obstat. Formaba parte de los llamados ‘pueblos del mar’ que arribaron a las costas orientales del Mediterráneo alrededor del año 1.200 A.C. La palabra que se empleaba para designarlos era, en verdad, *pelishtim* y se establecieron en la actual Palestina. Por problemas de pronunciación, el vocablo ‘pelishtim’ pasó a ser ‘phalestei’ y, en la versión griega —donde la ‘ph’ es ‘f’— quedó reducido a ‘falasai’, de donde derivó a lo que se conoció en su tiempo como ‘filisteo’. Actualmente, el pueblo palestino tiene mezclas de numerosos otros grupos humanos, en especial, del árabe.

Me pregunto hoy si no fueron tales enseñanzas (explicaciones, narraciones), repetidas hasta la saciedad, lo que nos hizo ingenuamente creer si acaso bastaba tan sólo gritar consignas partidarias o cantar el himno de la Unidad Popular ('Venceremos') para conseguir que, como sucediese en Jericó, se viniesen al suelo, estrepitosamente, las murallas del sistema capitalista mundial o, al menos, las del sistema capitalista vigente en la sociedad chilena.

## Capítulo II: Los primeros años de estudio.

Las creencias fueron parte de nuestro patrimonio cultural, con su escuela de premios y castigos, en una escalofriante tetralogía de niveles —Infierno, Purgatorio, Limbo, Cielo (o Paraíso)—. Las creencias, con su estructura de clases celestiales divididas en tres *coros*, el primero de los cuales posee las categorías de *serafines*, *querubines* y *tronos*; el segundo, las de *dominaciones*, *virtudes* y *potestades*, comprendiendo el tercero las de los *principados*, *arcángeles* y *ángeles*. La sociedad celestial, escindida como la terrena en innumerables categorías (santos, mártires, beatos, vírgenes y varones castos, cardenales, obispos, arzobispos, superiores, prefectos) presentaba en aquellos años una estructura piramidal cuya cúspide no toleraba a Jesús como hijo de carpintero, sino exigía la presencia de un Cristo Rey con su Mater Regina, Patrona de las Fuerzas Armadas, combatiendo en las contiendas terrestres contra sí misma bajo otros nombres (la del Carmen contra la de Luján, la de Fátima contra la de Lourdes) o, incluso, contra otras vírgenes o patronos como Santa Rosa de Lima, Santiago Apóstol, San Jorge, Juana de Arco, en fin.

*“Do quiera el Rey de Reyes  
Levántese un altar.  
A Dios queremos en nuestras leyes,  
En las escuelas y en el hogar”.*

Fuimos creyentes ante todo porque se nos enseñó a creer, y en nuestras conversaciones las creencias estuvieron siempre presente en frases como “Creo que estás equivocado”, “Creo que dices la verdad”, “Te creo”, “No te creo”, “¿Cómo puedes creer eso?”, “¿Cómo quieres que te crea?” Creer fue la base de nuestra cultura y, en el transcurso de los años, determinó en gran medida lo que serían nuestras concepciones políticas. ¿Cómo no creer, pues, en nuestra dirigencia y sentirnos gratamente dirigidos por ellos? Y amamos la creencia, la fe, la religión. La amamos en ese Dios sanguinario que, incapaz de exterminar por su propia mano a ciertos pueblos, pedía a David que lo hiciera por cuenta Suya. Le amamos como Cordero



Pascual en el sacrificio de la Misa. Nos hicimos monaguillos.

—“*Introibo ad altare Dei*”— decía el sacerdote. Y nosotros exclamábamos, con entusiasmo:

—“*Ad Deum qui laetificat juventutem meam*”.

Misa los domingos y fiestas de guardar, misa los sábados, misa y comunión los primeros viernes de cada mes, misa todos los días que duraba el mes de María. Rodrigo comulgaba como todos lo hacíamos. Cuando no oficiaba de monaguillo se hincaba, junto a la baranda que separaba el área del altar de la de los fieles, abría su boca y recibía la hostia mientras el sacerdote oraba:

—“*Corpus Domini nostri Jesucristi, custodiat animam tuam ad vitam aeternam*”.

—“*Amen*”— respondía Rodrigo, persignándose y levantándose para emprender el regreso a la banca-reclinatorio que ocupaba.

Colocaba ambas manos, a veces cruzadas sobre el bajo vientre, a veces tomadas por detrás, e iniciaba la caminata con un leve balanceo de cuerpo y de cabeza.

Creíamos... Y creeríamos por un tiempo más largo aún. Creeríamos en ‘el Partido’, en nuestros ‘líderes’, en sus respectivas sabidurías y lealtades. Trágico sino el nuestro que haría atomizarse una estructura partidaria unida por la creencia de unos con otros, pero no menos trágico que el de otras colectividades políticas unidas en torno a la fe.

Ha dicho, al respecto, Fustel de Coulanges:

*“La creencia es obra de nuestra imaginación, pero no somos libres de modificarla a nuestro gusto; es creación nuestra, pero no lo sabemos; es humana y la creemos divina, es efecto de nuestro poder y, sin embargo, es más fuerte que nosotros. La llevamos dentro sin poder abandonarla y siempre nos está hablando; si nos manda, la obedecemos; si nos prescribe deberes, nos sometemos a ellos; y, finalmente, el hombre puede dominar la naturaleza, pero está sujeto a la fuerza de sus creencias”<sup>2</sup>.*

---

<sup>2</sup> Fustel de Coulanges, Numa Denis: “*La Ciudad Antigua*”, C.S. Ediciones, Buenos Aires, 1996, pág. 133.

Rodrigo tenía tan sólo trece años y ya empezaba a sorprendernos con su buen criterio y aquel derroche de ingenio en el empleo de los recursos literarios que aprendíamos en la escuela. Recuerdo la oportunidad aquella en que, invitados al cumpleaños de uno de nuestros compañeros de curso, quiso Rodrigo obsequiarlo con una biografía. Era costumbre nuestra escribir, en tales casos, en el presente mismo (si se trataba de un libro) o sobre una tarjeta que acompañábamos (cuando se trataba de otro objeto), palabras de buena crianza destinadas a ensalzar la amistad y el significado de esa fecha: “a mi buen amigo”, “con todo cariño”, “con aprecio y sinceridad”, “un recuerdo cariñoso”, “en señal de nuestra amistad”, y otras frases afines. El libro que llevaba Rodrigo consigo no contenía aquellas solemnidades sacrosantas aunque sí cumplía lo esencial del rito: el mensaje. Pero no se trataba de un mensaje cualquiera; sobre la tercera página que seguía de las tapas, había un breve poema, la fecha de entrega del presente y su firma. Con una caligrafía bastante endemoniada y tan suya, había redactado un poema del tipo cuarteto compuesto de dos endecasílabos (segunda y cuarta estrofa, rimadas entre sí), un dodecasílabo (primera estrofa) y una estrofa (la tercera) de trece sílabas rimadas, también entre sí, a pesar de la distinta longitud métrica y del indebido uso de un singular y un plural. El poema, que Rodrigo —según me lo explicara aquel mismo día— había extraído de una Antología, cambiándole algunas palabras, conservaba rigurosamente su estructura, extrema sencillez, ritmo y musicalidad originarias:

*“Cuando leas este libro del pasado  
y poses en sus páginas tu vista,  
acuérdate de mí, de amigos olvidados,  
pues tal vez ese día ya no exista”.*

¿Dónde se encontrará ese libro? ¿Existirá, aún? ¿O no? ¿Estará en manos de mentes capaces de entender ese mensaje que Rodrigo, presumiblemente, sigue enviándonos desde el pasado cuando es ya él mismo quien no existe? Porque los libros, como los seres vivos, recorren un ciclo de existencia. Sus páginas se tornan amarillas y los signos de deterioro que sobre ellas aparecen no se diluyen con detergentes ni limpiamanchas. Y, a veces, como lo expresa tan bien

ese maestro intelectual que tuvo, son sometidos a la “*demoledora crítica de los roedores*”, en tanto otras, al juicio voraz e implacable de las larvas e insectos diminutos, habitantes sorprendentes y eternos de los estantes y anaqueles. Entonces, los libros desaparecen; se transforman en basura, y los mensajes que contienen adquieren, por accesión, un carácter similar. Y van a parar a las bolsas negras, a los recipientes metálicos, a los contenedores y a los camiones recolectores de basura para terminar formando parte de esos depósitos gigantescos de desechos orgánicos, festín de moscas, ratas y aves carroñeras.

Es notable que Rodrigo gustase de la literatura, a pesar de los estragos del tiempo y del olvido. Le apasionaba la lectura y escribía. Ensayaba nuevas formas de expresión, combinaba verbos, adverbios, sustantivos, adjetivos, pronombres, preposiciones, interjecciones, de manera poco usual; no le bastaba la distribución de sujeto y predicado en el normal orden de precedencia y buscaba adjetivaciones fuertes que tradujesen con mayor propiedad sus emociones. En cierta ocasión, sorprendió a nuestro profesor con el empleo de un recurso literario que sólo ocasionalmente aparece en algún cuento o en una novela: la respuesta del protagonista del relato a una pregunta que el autor no formula directamente, sino la incorpora al expresar la misma respuesta. Un ejemplo de este recurso puede encontrarse en el siguiente ‘diálogo’ que entregamos a continuación:

—No lo estimo así— repuso el campesino, a la pregunta que le formulara su anfitrión de si volvería a llover aquella tarde—. Ni siquiera estimo que pueda suceder mañana.

A los catorce años de edad, el Plan de Estudios del Ministerio de Educación nos introdujo, violentamente, en el deslumbrante mundo de la lírica, del teatro y la novela. Nos incorporamos a ese mundo increíble con el estudio de la literatura antigua española (también la inglesa y la francesa) adentrándonos en los territorios del Mester de Clerecía, de la poesía épica, de la novela picaresca, del teatro antiguo y de los albores de la poesía lírica. Jorge Manrique, poeta del renacimiento, herido de muerte, a los pies de las murallas de un castillo, fue el símbolo del héroe caballeresco. Nos impresionaba saber que, al quitarle la armadura que llevaba encima, se le encontraron, junto al pecho, unas estrofas que, conocidas bajo el

nombre de “*Coplas a la muerte de mi padre el maese Don Rodrigo Manrique*” grabarían su nombre con letras de fuego en la historia de la literatura española. ¿Podría, entonces, sorprender que muchos de nosotros, entusiasmados con las narraciones que empezaban a inundar nuestras vidas, nos iniciásemos en el resbaladizo mundo de la poesía y quisiésemos descubrir nuestra vocación en el uso de la palabra? También yo lo hice y, queriendo conocer lo que había escrito, un compañero me pidió le mostrase aquellas estrofas apenas construidas. No fueron de su agrado y Rodrigo, que presencié la escena, se acercó a mí en cuanto aquel compañero se hubo alejado, para decirme en tono de consejo y de reproche:

— ¿Para qué le mostraste tus composiciones a ese cretino? El no sabe más de lo que tú conoces. No se le muestra lo hecho a personas que saben menos que uno, pues apenas atinan a decir, como los niños, ‘esto me gusta’ o ‘esto no me gusta’. Jamás serán capaces de raciocinar o dar un consejo, les cansa leer o presenciar una obra, ni saben descubrir una aliteración donde debía de existir una rima o reemplazar una sinécdoque por una metonimia.

En ese libro modesto, pequeño —como era nuestra organización política—, que, a poco de la muerte de Rodrigo, publicara el MAPU a fin de dar a conocer parte de su pensamiento, he encontrado unas frases notables de obligada transcripción:

*“Era extraordinariamente cuidadoso cada vez que entregaba algún texto para su publicación. Redactaba una y otra vez, se corregía incansablemente, y solicitaba corrección de otros compañeros. No se quedaba tranquilo hasta encontrar la palabra justa, la expresión políticamente correcta”<sup>3</sup>.*

Dos pensamientos se me vienen a la mente a propósito de esas frases: uno se refiere a nuestra educación en el Colegio Seminario de Chillán; el otro, a nuestra vocación teórica.

Los profesores de castellano que marcaron nuestras vidas en el Colegio, todos ellos sacerdotes jesuitas, nos enseñaron el arte de la

---

<sup>3</sup> Ambrosio, Rodrigo: “*Sobre la construcción del partido*”, Ediciones Barco de Papel, Santiago, 1972, pág. 7.

corrección constante, el valor de enfrentarnos a nosotros mismos a través de nuestra propia crítica. De ahí la necesidad vital de estar revisando permanentemente lo hecho y nunca darlo por terminado.

—Fray Luis de León— nos dijeron—, jamás dejó de enmendar sus obras. Lo hacía con perseverancia y nunca menos de veinte veces. Se cuenta de él que tan sólo en una ocasión violó esa norma de conducta. Y, preocupado ante lo que consideraba una imperdonable falta suya, optó por pedir humildemente disculpas a sus lectores por los errores eventuales que pudiesen contener sus escritos.

Sin embargo, en la conducta de Rodrigo no estaban presentes solamente las huellas que dejaran en él las enseñanzas de los jesuitas. Involucrado como estaba en el desarrollo teórico, no podía dejar de desconocer ni de seguir el ejemplo del maestro de Tréveris, a la manera que lo recuerda Juan Carlos Rey Martínez cuando, en el Prólogo a la obra ‘Formaciones Económicas Precapitalistas’, expresa lo siguiente:

*“Cuenta Lafargue en sus **Recuerdos de Marx** que el fundador del materialismo histórico acostumbraba a revisar una y otra vez todas sus obras antes de darles el último toque para la imprenta. Era tanta su obsesión a este respecto que en una ocasión llegó a decir a su yerno que prefería quemar todos sus manuscritos antes de dejarlos inacabados”<sup>4</sup>.*

El constructor del MAPU no iba a ser menos esmerado y riguroso que esos hombres geniales: había transformado en deber suyo el cuidado, dedicación y constante rectificación de lo hecho que implica entregar a los demás lo mejor de sí.

Rodrigo no conocía la teoría de la organización en esos años (1954/1956); nadie de nosotros la conocía. Mucho menos las tesis sobre la autoorganización de la materia ni la *autopoiesis*, término que incorporaran a las ciencias Humberto Maturana y el malogrado Francisco Varela, años después. Sin embargo, usaba esos conceptos sin nombrarlos, sin conocerlos y sin saber, siquiera, que eran

---

<sup>4</sup> Marx, Karl: “*Formaciones Económicas Precapitalistas*”, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, s/a de impresión, pág. 9.

conceptos. Recuerdo que, al cursar nuestros estudios de Filosofía, tuve la idea de crear, junto a otros compañeros, un círculo de personas para discutir algunas de las tesis que recién empezábamos a conocer. Rodrigo me hizo desistir de la idea. No porque pusiese en tela de juicio nuestra corta edad para introducirnos en el desarrollo de tales temas sino porque pensaba que era innecesario hacerlo pues, a su juicio, los individuos están constantemente creando centros de reunión y contacto.

—Las organizaciones se crean solas— me dijo—. Y se crean solas porque hay personas que se interesan en determinados aspectos de la vida. Quienes aman la ópera, como tú, siempre se unirán a otros que tengan idéntica inquietud para conversar de la ópera. También lo van a hacer siempre quienes se interesan en la política. Las organizaciones nacen espontáneamente. No necesitan de creadores ni de artifices.

El Colegio no nos enseñó la cooperación como ley de la naturaleza. Respetuoso como era de los adelantos científicos reivindicó, a la manera de Darwin, la competencia en su carácter de ley universal. Distribuidos en una estructura vertical, que reproducía en esencia las diversas categorías de mando del ejército romano, se instituyeron, dentro del alumnado y por curso, los títulos de cónsul, vice cónsul, brigadier, tribuno, centurión y decurión para los primeros grados y una numeración decreciente hasta completar el total de los alumnos respectivos. Estábamos obligados a competir entre nosotros por alcanzar los primeros puestos o para evitar ser los últimos en el cuadro de honor que se exhibía permanentemente en el salón principal del Colegio. Había, además, una ceremonia anual, a la cual se invitaba especialmente a los apoderados de los alumnos (generalmente, los padres biológicos), en donde se entregaba a aquellos las medallas respectivas y los diplomas que acreditaban su excelencia. En las salas de clase se distribuían las bancas en filas, generalmente cuatro, que llevaban por nombre el de cuatro ciudades heroicas de la antigüedad: Sagunto, Troya, Cartago y Roma. Con Rodrigo, generalmente fuimos saguntinos (Acuña, Ambrosio, Antequera, Azolas, Bustos, Castillo, Ceballos, Contreras, Crino). Todos competíamos no *'ad maiorem Dei gloriam'* ('a mayor gloria de Dios' AMDG, símbolo del Colegio) sino *'ad maiorem urbi gloriam'* ('a mayor gloria de la ciudad') que nos correspondía

defender.

Era aquella la política del garrote y de la zanahoria, de la recompensa y la punición; se reproducía el fundamento del celo religioso (el premio y el castigo) en cada acto de nuestra vida diaria: se nos moldeaba para 'servir a la Patria y a Dios'. Antonio Damasio nos recuerda que

*“En las etapas tempranas del desarrollo, el castigo y la recompensa no sólo son administrados por las propias entidades sino también por los padres y otros mayores e iguales que generalmente encarnan las convenciones sociales y los principios éticos de la cultura a la que pertenece el organismo”*<sup>5</sup>.

La educación de los jesuitas tenía una virtud: no sólo era científica a la vez que humanística, como lo exigían las normas del Ministerio de Educación, sino abundante. Nos entregaba un volumen considerable de información que, de una u otra manera, acrecentaba el saber y suscitaba dudas... Saber quiénes habían sido los cátaros, por qué Juana de Arco fue quemada en la hoguera por la Iglesia, qué delito cometió Giordano Bruno, el pecado de Galileo Galilei, por qué la Inquisición, quiénes eran los masones, cuál había sido el rol de la Iglesia en la Independencia de Chile y en el Golpe de Estado de 1891, fueron temas de debate en las clases. Los problemas de la sociedad parecían ajenos al Colegio, pero no era así. Los trajes de nuestros maestros seculares, la forma austera de vida que llevaban, todo aquello ya hablaba de privaciones y estrecheces. Pero no necesitábamos ir tan lejos para descubrir la miseria: en nuestros propios hogares hablaban de necesidades el azúcar 'sindicato', el café de trigo, el café de higo, el pan de casa, el remiendo de la ropa y hasta la calidad de heredero forzado que respecto del vestuario del hermano mayor tenía el menor. De la misma manera, eran un elocuente testimonio de esa miseria el cambio de suela o de tacón y los libros que también pasaban —en propiedad— del primogénito a quien le sucedía. La dura lucha por la existencia también se hizo

---

<sup>5</sup> Damasio, Antonio R.: “*El error de Descartes*”, Editorial Crítica S.L., Barcelona 2001, pág. 171.

presente en aquel colegio pagado. Rodrigo fue pionero de esos descubrimientos; fue el primero de nosotros que se refirió a la “cuestión social”. Y es que observaba y analizaba comportamientos, a menudo ignorados por la generalidad de nuestros compañeros.

De todos esos afanes, guardo memoria de un hecho ocurrido a propósito del prefecto del Colegio, Alfonso Salas Valdés S.J., que acostumbraba a invocar el abolengo de sus antepasados para recordar, en especial, a uno de ellos, como “mi bisabuelo, don Manuel de Salas”. Rodrigo había advertido aquella continua y socorrida referencia mundana del sacerdote y pensó que éste, más que cualquier otro, podría dar respuesta a sus inquietudes sociales. Por lo demás, a pesar de esas manifestaciones de arribismo, la forma de ser del prefecto no producía rechazo en los alumnos, sino invitaba, más bien, al diálogo y a la discusión.

— ¿Por qué— le preguntó un día—, la generalidad de los Obispos pertenecen a familias adineradas y de gran tradición, como los Larraín, los Errázuriz, los Vicuña?

—Sencillo, muy sencillo— replicó aquel—. Si así sucede es porque esas familias poseen grandes fortunas. Pueden enviar a sus hijos a algún país europeo; pueden pagar allá sus estudios. Cuando esos muchachos vuelven, se encuentran suficientemente preparados como para asumir las difíciles tareas que la Iglesia reserva a los Obispos.

Rodrigo nunca olvidó esa respuesta.

—Así— me dijo en cierta oportunidad—, el pobre jamás podrá servir a Dios...

Había descubierto lo que, verdad ya para muchos, otros empezábamos a sospechar: aquel Ser Supremo parecía no sólo tener pacto con una clase social determinada, sino haber establecido toda una jerarquía terrena en el reino celestial.



### Capítulo III: La formación del dirigente.

**E**ra pequeño de estatura, muy blanco, pelo suavemente ondulado y cráneo un tanto rectangular y grande. Los decires de los mayores, a menudo crueles y sarcásticos, las bromas de mal gusto, las descalificaciones apoyadas en defectos físicos o en cualidades que no son generales a los demás y que los niños repiten en sus relaciones sociales, terminaron por imponerle el apodo de “chico Ambrosio”. Un día, interpele a un compañero que se refería a él por su sobrenombre:

—No es delito ser pequeño... También Napoleón lo era...

—Exacto— repuso aquel, sin inmutarse—. Pero no era cabezón.

Más tarde, ya adulto, crecería hasta alcanzar una estatura superior a la del chileno medio y su rostro se alargaría armónicamente para mostrar un negro y largo bigote extendido sobre el labio superior. Como niño, participaba en las fiestas de cumpleaños de sus compañeros y, trepado sobre las camas, jugaba con ellos, provisto de una almohada con la cual los golpeaba. Pero, también como niño, estaba sometido a las ineludibles leyes de la cibernética que obligan a recabar retroalimentación del entorno dentro del cual se vive; por eso, Rodrigo buscaba destacarse y ser líder de un grupo... Cualquiera que fuese...

Todo aquel proceso empezó a desencadenarse cuando aprendimos los principios elementales de retórica y dicción. Rodrigo miraba embelesado las manos inquietas de nuestro maestro cuyos movimientos materializaban sus expresiones orales; y no dejaba de contemplar, con atención extrema, los dedos engarfiados del sacerdote que, de lo alto, bajaban trazando en el espacio una invisible línea sinuosa como si buscasen describir sólo de esa manera la columna vertebral de una institución. Querer las manos, aprender a amarlas, transformarlas en el acompañante ineludible de nuestras conversaciones y decires, enseñarlas a retirar del aire, de la nada, lo que hemos descrito con palabras y hacernos a nosotros mismos prestidigitadores o creadores de sortilegios verbales, tal era el objetivo de ese niño inquieto. Por eso, en los encuentros que, luego de la misa matinal, acostubrábamos repetir cada domingo en la Plaza de Armas de la ciudad de Chillán, Rodrigo se ponía frente a

nosotros y empezaba a recitar los poemas de Pablo Neruda y Oscar Castro, sus poetas preferidos. No era extraño verlo erguirse, con el asombro propio de quien emerge desde el fondo de la tierra, las pupilas brillantes, maravillado, y extender un brazo para señalar algo, una visión, una figura, un fenómeno que pudiese materializarse en un punto incierto, situado a la distancia:

*“Sal por todas las calles  
del mundo  
a repartir pescado  
y entonces  
grita,  
grita  
para que te oigan todos  
los pobres que trabajan  
y digan  
asomando en la boca de la mina  
‘¡Ahí viene el viejo mar  
repartiendo pescado!’  
Y volverán abajo,  
a las tinieblas,  
sonriendo, y por las calles  
y los bosques  
sonreirán los hombres  
y la tierra  
con sonrisa marinera”.*

O, también, incorporándose, de a poco, muy tieso, como si su propio cuerpo asumiese la esencia misma de esa descripción, para expresar con solemnidad:

*“Tierra, como si fueras mi corazón, te quiero.  
Para decir tu nombre sobre ti me levanto.  
Alzo mi frente, pero mis pies en ti reposan.  
Soy el tallo moreno en la espiga del canto”.*

Trepaba sobre los pupitres o saltaba a la tarima de madera destinada al maestro, y desde allí se dirigía a sus compañeros ensayando

alocuciones que aquellos ignoraban. Pero a Rodrigo eso poco o nada le preocupaba. Atento sólo a las voces del futuro que le hablaban de marchas y concentraciones, de encuentros y debates, aprendía de esa manera tan simple lo que le había de servir como su más efectiva arma en los combates políticos. Admiraba la oratoria de Eduardo Frei aunque, luego de escuchar sus intervenciones, volcaría más tarde su preferencia a Radomiro Tomic para terminar, finalmente, conmovido ante la encendida oratoria del Presidente mártir Salvador Allende<sup>6</sup>.

No puedo evitar que, una vez más, los recuerdos se agolpen en mi memoria. Es lógico que así sea. Soy resultado final del proceso de desarrollo que experimenta todo ser vivo. Soy producto de lo que es hoy y de lo que fue. En cada molécula de mi cuerpo está escrita la historia de ese desarrollo, que es una historia colectiva, la historia de

---

<sup>6</sup> En su libro *“La Cueva del Senado y los 45 senadores”*, Eugenio Lira Massi, el brillante periodista chileno —muerto durante su exilio en París, en plena Dictadura Militar—, se refiere a la oratoria del Presidente Salvador Allende, señalando, al respecto, que le resultaba difícil empezar sus discursos; pero, a medida que desarrollaba el tema, las palabras brotaban de su garganta en una sucesión interminable de frases e imágenes afines.

*“Posee una tremenda facilidad de palabra para enfrentarse a las masas. Todo el mundo le ha visto más de alguna vez instalado en la tribuna. Siempre atento, siempre serio, siempre solemne. Al ser anunciado tarda un poco en ponerse de pie. Los aplausos lo empujan. Entonces, levanta una mano, se para, se saca la chaqueta, se arremanga la camisa, avanza hasta el micrófono, se lleva la mano a la cadera, la otra la apoya en el atril, baja la cabeza y espera. A su espalda la fila de damas y caballeros instalados en el ‘presidium de honor’ suman los aplausos a la concurrencia. Cuando Allende cree que ya está bueno, alza la mano que tenía apoyada en el riñón derecho y empieza a hablar: “Mujer humilde” (aplausos)... Durante diez minutos, más o menos, Allende sigue nombrando movimientos y siglas y cada vez que esto ocurre se pone de pie un viejo guatón distinto, que saluda con una mano en alto y rie satisfecho... De ahí para adelante ya está lanzado y podrá hablar horas y horas, sin dar muestras de agotamiento físico ni mental... No hay caso. Se la sabe por libro”* (Las ediciones del ornitorrinco, Santiago de Chile, sin año de impresión, pág. 97).

Pablo Neruda, por el contrario, en su obra póstuma *“Confieso que he vivido”* (Ediciones Seix Barral, Barcelona, 1974, pág. 476), expresa, sobre el particular, escuetamente: *“Allende nunca fue un gran orador”*.

las relaciones de un ser con su entorno, progenitores, familiares, compañeros, amigos. Rodrigo, entre ellos.

Era costumbre suya, en los partidos de fútbol o básquetbol que organizábamos, ponerse frente a la hinchada y, asumiendo un carácter indiscutido de líder nuestro, dirigirse al grupo para instruirlo acerca de cómo había de procederse para dar ánimos a nuestro equipo.

—Nuestra ‘barra’ puede avivar el juego. Empezaré con un grito largo. Cuando diga ‘¡A la bacará!’, ustedes deberán responder en coro ‘¡Ra!’. Cuando lo repita, también ustedes lo harán. Gritaré tres veces ‘¡A la bacará!’ Y ustedes responderán, también, tres veces ‘¡Ra!’. ¿Estamos de acuerdo?

Se incorporaba, entonces, y elevando el tono de voz que tenía, gritaba como un desaforado:

*“¡Güiiiiiiiiiiiiisqui la pat’e güisqui  
ay tumbay tía, ay tumbay tá,  
pasó por Arica, por Tarapacá,  
corriendo puñetes, corriendo patá’s!  
¡A la bacará!”*

Y nosotros contestábamos a una sola voz:

—¡Ra!

Rodrigo volvía a gritar:

—¡A la bacará!

Y, de nuevo, nosotros:

—¡Ra!

Finalmente, Rodrigo:

—¡A la bacará!

Y también, finalmente, nosotros:

—¡Ra!

Un año antes que termináramos nuestros estudios, se trasladó del Liceo de Hombres de Chillán al Colegio Seminario un joven extraordinariamente simpático e inquieto: Héctor Gutiérrez Ovalle. El nuevo alumno, que ingresó a un curso inferior al nuestro, militaba en las filas de la ‘Falange Nacional’ —organización política nacida de una escisión del Partido Conservador—, poseía una bella voz de barítono que empleaba para leer poesías o páginas destacadas de la

literatura universal, y participaba en obras de teatro e improvisaba discursos. Con semejantes dotes histriónicas, pronto Héctor alcanzó gran popularidad entre el alumnado, haciéndose acreedor a un sobrenombre ('Falangeta') que, en lugar de ocasionarle rechazo, le agradaba de sobremanera. Y, como era de suponerse, a pesar de estar en cursos separados, trabó casi de inmediato amistad con Rodrigo. A esa 'dupla' se integró el presidente del Centro de Alumnos del Colegio y gran amigo mío Carlos Roberto Montero Daguerresar; consecuentemente, también ingresé yo a aquel círculo. Los poemas de Oscar Castro y Pablo Neruda comenzaron a ser leídos en la Plaza de Armas por Rodrigo y Héctor. Y comenzaron, también, conversaciones relativas a 'la cuestión social' y discusiones políticas. Al poco tiempo, Rodrigo, Carlos Roberto y yo (y, por supuesto, 'Falangeta') conformamos el primer grupo político del Colegio.

Me pregunto hoy qué fue aquello que nos hizo optar por determinadas posiciones políticas. El Colegio Seminario de Chillán nunca fue semillero de ideas marxistas. Ni siquiera puede decirse que lo haya sido de ideas avanzadas. De ese plantel egresaron dirigentes regionales de partidos de carácter fascista (entre otros, Carlos Piedra y Hernán Taricco Lavín), cuya educación no fue diferente a la nuestra. Incluso, la gran mayoría de sus alumnos demostraron escaso interés por una participación activa en la vida política del país, con las excepciones de Claudio Huepe y Mariano Fernández (que continuaron militando en la Democracia Cristiana), de Alcides Leal (que, estudiando, además, en el Liceo de Chillán, reconoció filias en el Partido Radical) y de Jaime Estévez (que, del MOC emigrara al PS).

Mi impresión es que nuestras ideas comenzaron a desarrollarse en el carácter de secuencia y prolongación de ciertos principios cristianos tales como solidaridad, igualdad, libertad, alimentadas por un conjunto de contradicciones, entre otras, las actitudes de algunos sacerdotes. Aunque no practicados a menudo por los propios sacerdotes, nos entregaron un basamento moral de proporciones y excitaron nuestra empatía por la suerte del prójimo. En un comienzo, como prolongación de la parábola del Buen Samaritano; luego, como espejo de nuestra propia realidad.

Nos hicimos "falangistas", es decir, miembros de la organización política "Falange Nacional", porque esa organización representaba

—diría Rodrigo, después—

*“la protesta de una fracción católica de la pequeña burguesía contra la inhumanidad del capitalismo”*<sup>7</sup>.

Pero principalmente porque, en esos años, la Falange Nacional desarrollaba una acción de acercamiento al proletariado. Como el propio Rodrigo había de explicarlo, más tarde:

*“Se proclama una política de cooperación con los comunistas, se vota contra la Ley de Defensa de la Democracia, se aprueban las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, se solidariza con el movimiento obrero, con sus organizaciones y sus luchas”*<sup>8</sup>.

Desarrollamos, de ese modo, actividades políticas y sociales; pero no lo hicimos de manera diferente a como acostumbra hacerlo todo quien se desenvuelve dentro del sistema capitalista: de arriba a abajo, desde la cima del poder a la sima de la flaqueza: de rico a pobre. Obtuvimos del Colegio la asistencia a algunas familias sumidas en la miseria, de cada una de las cuales se hizo cargo uno de nosotros. Creíamos que dicha asistencia se entregaría en un plano de igualdad, como si la explotación y la solidaridad marchasen de la mano para atacar la raíz de las diferenciaciones sociales. Tremendo error. No fuimos capaces de comprender que el basamento de toda asistencia radica, precisamente, en la diferenciación social, que toda ayuda presupone un ayudista y un necesitado y que la caridad no sería posible sin la existencia necesaria y contrapuesta de pobres y ricos.

Entusiasmados con la obra social que desarrollábamos, decidimos darle un sentido y ofrecerla como contribución nuestra a la causa del Obispo de Chillán, en ese entonces, Eladio Vicuña Aránguiz, preocupado tan sólo de llevar a cabo una cruzada en favor del cristianismo y en contra de los masones. Nuevo y lamentable error. Aunque el Obispo Vicuña recibió de buen grado el ofrecimiento que

---

<sup>7</sup> Ambrosio, Rodrigo: “*Elementos para una autocrítica*”, contenido en el libro ya citado “Sobre la construcción del partido”, pág. 16. Ver nota (3).

<sup>8</sup> Ambrosio, Rodrigo: Id. (7), pág. 16.

le hacíamos sólo se interesó por nuestra eventual vocación sacerdotal, guardando discreto silencio sobre el objetivo político que nos habíamos trazado. No debía sorprender tal actitud suya. Representante religioso de la vieja oligarquía criolla, Eladio Vicuña Aránguiz sería, años más tarde, tenaz opositor al Gobierno del Presidente Salvador Allende, e incondicional sostén de la Dictadura Militar presidida por el General Augusto Pinochet.

En tanto la miseria proseguía su marcha inexorable, falleció un día el jefe de hogar de la familia cuya asistencia tenía yo a mi cargo. Tuberculoso, debilitado por el hambre y la miseria, sufrió un desmayo en plena vía pública. Su cuerpo golpeó violentamente contra el pavimento. Permaneció en ese lugar, tendido sobre la acera, hasta que la Ambulancia Pública se hizo cargo de él. Horas más tarde, luego de ese desmayo, se produjo su deceso en una de las salas del Hospital Regional (Hermina Martín), según el parte respectivo, a consecuencias de un derrame interno. El Colegio Seminario, informado por mí del desgraciado suceso, deslindó de inmediato su responsabilidad: no era labor suya hacerse cargo del grupo familiar. Ni siquiera quiso hablar del pago del ataúd para el difunto.

—Todo pobre debe entender que es pobre— sostuvo el sacerdote, responsable del grupo asistente—. La familia puede pedir a alguien —ellos saben o deben saber a quién— que le fabrique un ataúd con las tablas de algunos cajones... El Colegio puede pagar dos o tres... Cajones, por supuesto...

Rodrigo supo de lo sucedido casi de inmediato; y, al igual que Carlos y Héctor, se indignó al enterarse de la decisión del Colegio.

—Jamás será posible hacer justicia social con limosnas— sostuvo, con énfasis—. El único camino posible para resolver las injusticias es el político.

Nuestro retiro de la organización fue un parto sin dolor. Coincidió con el término de la enseñanza secundaria. Fue un acto casi natural. Antes, no obstante, había acontecido un suceso notable.

## Capítulo IV: Un líder emergente también sabe resolver sus controversias con los puños.

Toda estructura posee su correspondiente factor de cohesión; también lo hace cada formación social como estructura que es. En este último caso, el factor de cohesión se denomina ‘poder’. En una sociedad donde rige un modo de dominación determinado, el poder no es sino la capacidad que una clase o fracción de clase tiene para imponer su voluntad sobre otra u otras o, más exactamente, sobre el conjunto social. En las relaciones humanas particulares, establecidas dentro de esa sociedad, el poder no se expresa de manera diferente: es la capacidad que una persona tiene para imponer su voluntad sobre otra u otras. Con una diferencia: la capacidad puede ejercerse por la argumentación o por la imposición; en este último caso, se trata de una forma de dominación.

Cuando las formas de dominación atraviesan verticalmente a esa sociedad, su modo de vida no es otro que la imposición de la voluntad de unos sobre otros en virtud del permanente ejercicio de la competencia. El poder se manifiesta en toda su amplitud bajo esos respectos. Abarca todos los ámbitos de la actividad humana. Los jefes se imponen sobre los subordinados, los sacerdotes sobre los feligreses, los maestros sobre los alumnos, los padres sobre los hijos, los hombres sobre las mujeres, los adinerados sobre los pobres, los ‘inteligentes’ sobre los ‘tontos’, los líderes sobre la clientela electoral o, lo que es igual, los representantes sobre sus representados, en fin. La pirámide social se robustece en el ejercicio del poder. La sociedad de dominación se hace cada vez más fuerte.

En el Colegio Seminario de Chillán, si bien era cierto se daba cita un abigarrado conjunto de alumnos procedentes de las más variadas corrientes sociales no era menos cierto que, dentro de aquel, predominaba la representación de tres bien definidos estamentos, a saber:

- a) los hijos de empleados u obreros públicos y particulares o, lo que es igual, los hijos de vendedores de fuerza o capacidad de trabajo;
- b) los hijos comerciantes y empresarios o, lo que era igual, los hijos de compradores de fuerza o capacidad de trabajo; y,



- c) los hijos de agricultores, propietarios o arrendatarios de fincas o predios rústicos, también compradores de fuerza o capacidad de trabajo.

En el curso del cual formábamos parte Rodrigo y yo, prevalecían los dos primeros estamentos siendo prácticamente inexistente la presencia del tercero; no así en los otros, donde sí era notoria. El grupo de comerciantes progenitores de nuestros compañeros, tenía origen espurio; en su generalidad, era fuerza de trabajo inmigrada, trabajadores inmigrados que habían devenido en empresarios: judíos alemanes arrancados de la persecución nazi, españoles fugitivos de la dictadura de Francisco Franco y palestinos huidos de las guerras del Medio Oriente. En el comercio chillanejo, estos trabajadores inmigrados (transformados en empresarios) habían logrado controlar gran parte de las tiendas de género y vestuario de moda, las mercerías, las tiendas de abarrotes y panaderías.

La competencia se practica, en los colegios, a través del ejercicio del escarnio y de la mofa ('bullying', se la llamó en Inglaterra; 'mobbing', se la denomina, ahora, tanto en Inglaterra como en España; 'mobbing' es el nombre que adopta en Suecia). Afecta, siempre, al elemento exótico, al sujeto no asimilado por entero al grupo social y, también, a quien representa una eventual amenaza a la dominación de los que ejercen la violencia física o verbal. El escarnio no es un simple ataque a la dignidad de un niño practicado por otro (u otros) niño (s), sino además una forma de ejercer la dominación. Esta práctica se agudiza en cada sector de la sociedad en tanto más competitiva se torna ésta. No iba a suceder de manera diferente en el Colegio Seminario de Chillán.

Uno de nuestros compañeros, Peter, era blanco, muy rubio, de ojos azules, facciones finísimas, casi femeninas. Excelente alumno, hijo de judíos alemanes que practicaban el comercio, destacaba en casi todas las asignaturas; hablaba inglés y alemán con fluidez, pero su voz, en extremo delgada, parecía más bien la de una niña. Peter poseía características más que suficientes para ser blanco del escarnio y de la mofa. Jorge y Ricardo, hijos de inmigrantes palestinos que también practicaban el comercio, físicamente fuertes, no iban a desperdiciar la ocasión. Comenzaron a apodarlo 'Peta' —insulto grave, que implicaba atribuirle feminidad al agredido, en una sociedad altamente machista como la chilena donde el

afeminado y el homosexual eran fuertemente reprimidos y criticados—y, en más de una ocasión, en plena clase, cantaron en voz baja, aunque lo suficientemente fuerte para que algunos pudiésemos captarla:

*“Ay, Peta...  
Si no me quieres,  
¿pa’ qué me aprietas?”*

El escarnio es una agresión y, por lo mismo, una acción. Genera, en consecuencia, una reacción en el agredido. Pero éste raras veces dirige sus dardos contra quien le ataca o agrede sino lo hace hacia otros ámbitos: reordena el campo social. Aplica, en suma, la ley del mínimo esfuerzo. Y ello sucede cuando el agredido no tiene la fortaleza de su atacante; recurre, entonces, a la estrategia de la imitación: copia el proceder de su agresor y descarga sus rencores sobre otro más débil o que presume tal. Fue lo que sucedió con Peter. Su comportamiento se alteró visiblemente. Dejó de ser lo que era. Se hizo pedante, prepotente, desagradable. Adoptó otra forma de hablar y simulaba poseer una voz ronca de la que carecía; comenzó a caminar dando grandes zancadas y su escasa fortaleza física no la ejerció contra Ricardo o Jorge, que lo superaban en corpulencia, sino respecto de quienes presumía más débiles que él. Entre otros, buscó hacer víctima del escarnio al ‘chico’ Ambrosio. El conflicto alcanzó su apogeo y se desencadenó durante el transcurso de una lección.

La disciplina del Colegio Seminario era estricta, la ejecución de una acción reprobada por su dirección acarrea en consecuencia la expulsión del alumno infractor. Se consideraban infracciones a las normas morales de la institución, entre otras, la mala conducta, el desaseo, la inasistencia; naturalmente, también lo eran la insolencia y el practicar pugilatos entre alumnos. Peor si ello se hacía durante las horas de clase. Por lo mismo, cuando, luego de una agresión verbal de Peter a Rodrigo, respondió éste con otra, aquel no vaciló en asestarle un golpe bajo, que pasó inadvertido para el profesor, a sabiendas que Rodrigo no podría actuar contra él sin riesgo cierto de exponerse a una sanción disciplinaria. La pelea quedó pendiente para el momento del recreo. De esa manera, cuando la clase llegó a su término, el curso, en masa, rodeó a ambos contendientes y fue con

ellos hasta uno de los patios donde había de tener lugar el enfrentamiento. La actitud de Peter se había tornado insoportable y la generalidad de la muchachada no vacilaba en exteriorizar abiertamente sus simpatías hacia Rodrigo.

Pero el enfrentamiento fue sólo una escaramuza. Rodrigo logró asestar un golpe en la frente a Peter quien sólo atinó a devolvérselo en uno de sus hombros. Después, nada más. Todos los que presenciábamos la pelea nos encargamos de separarlos. Pero desde ese día, jamás volvió Peter a molestar a Rodrigo y nadie, en el Colegio, pudo saber a qué se debió ese notable cambio de comportamiento. Recuerdo aún el rostro de Rodrigo, muy pálido, muy serio, asentir gravemente, en silencio, cuando muchos lo felicitamos por su acción. Era la primera vez que resolvía sus controversias en el ejercicio de la violencia física.

El año 1956 llegaba a su término. Y con él, nuestra vida de estudiante secundario. Afuera, lejos del Colegio y sus prejuicios, nos esperaban las luchas sociales, la sociedad chilena, entera, con sus organizaciones y movimientos, con sus contradicciones y sus traumas.

## **Capítulo V: El 'niño que viene de Lovaina' da partida a su exilio interno.**

**E**n 1957, nuestro pequeño grupo se disgregó. Era natural que así sucediera. Rodrigo y Carlos se fueron a estudiar a Santiago; el primero a la Universidad Católica en tanto el segundo lo hacía en la de Chile. Yo, a la Universidad de Concepción. Para pagar los gastos que demandaban esos estudios (pensión, dinero para el bolsillo, vestuario, libros y, en caso de no obtener el crédito respectivo, los pagos universitarios por la educación), mis padres redujeron más aún los gastos destinados a la conservación de su propia familia en beneficio mío. Héctor no pudo hacerlo; sus progenitores no podían traspasar el límite de las reducciones a que ya habían llegado sin amenazar la subsistencia del núcleo familiar: la prolongación de sus estudios le estaba vedada, pues así, de manera tan fría, operaban (y operan) las leyes del capitalismo.

Ese mismo año, mis convicciones religiosas me llevaron a las luchas gremiales dentro de la Universidad bajo las banderas de la Falange Nacional; fui candidato a la Unión de Federaciones Universitarias de Chile (UFUCH) y me desempeñé, por un breve período, como Presidente de la Acción de Universitarios Católicos de Concepción (AUC) en la época que se desempeñaba como asesor el sacerdote Pedro Azócar. Al año siguiente (1958), la Falange Nacional, el Partido Conservador Social Cristiano y el Partido Agrario Laborista se unieron, para dar nacimiento al Partido Demócrata Cristiano o, simplemente, Democracia Cristiana. Rodrigo y Carlos se incorporaron a aquella nueva colectividad; yo me mantuve al margen de esas actividades, prefiriendo asumir un rol activo en las luchas estudiantiles y sindicales. Me parecía que, luego de la fusión, los ideales de la Falange Nacional se habían ido estrepitosamente al suelo; no estaba equivocado. Los hechos posteriores me darían la razón.

Nunca, sino hasta pasados muchos años, me enteré del viaje que Rodrigo realizó a Concepción a mediados de los 60, en su calidad de dirigente de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC). Tenía por misión dictar una conferencia en la Asociación de Universitarios Católicos, organización que yo había presidido anteriormente y que,

en esos años, dirigía el estudiante de la Facultad de Medicina Jaime Pujol, de filiación demócrata cristiana. La conferencia debía versar acerca del compromiso social del católico. Aún en esa época seguíamos siendo creyentes.

Años después, nos volvimos a encontrar cuando Rodrigo, a pesar de su condición de Presidente de la Juventud Demócrata Cristiana y de vender su fuerza de trabajo en una de las instituciones del Estado, era oposición al Gobierno de Eduardo Frei Montalva y encabezaba las luchas de los estudiantes desafiando los actos de la autoridad. Fue un encuentro sorpresivo, que Rodrigo no esperaba, aunque —a pesar de ello— de su entero agrado, en uno de los comedores de la Corporación de la Reforma Agraria CORA.

—Así, sigues en Concepción— me dijo, pensativo—. Imagino que estás vinculado a la Democracia Cristiana.

—No— repuse—. No soy democratacristiano. Me retiré de la política cuando desapareció la Falange. Hoy me dedico a las luchas sindicales.

—Eso está bien— contestó—. Pocos son los que se dedican a ello. También nosotros intentamos hacerlo con los campesinos desde la Corporación de la Reforma Agraria CORA. Con los problemas consiguientes que eso acarrea...

— ¿Por la actitud del gobierno?

—Exacto. Más precisamente, por la actitud de Frei.

Rodrigo Ambrosio y Eduardo Frei jamás congeniaron. A poco de asumir el primero en calidad de Presidente de la Juventud Demócrata Cristiana, escribió un artículo que contenía fuertes críticas a la ‘Revolución en Libertad’ preconizada por el Presidente de la República. Era natural que el matutino ‘El Mercurio’ se apresurase a publicarlo no porque Rodrigo fuese persona de su devoción, sino para utilizarlo en el carácter de arma de desprestigio contra el régimen gobernante. Frei, como era de esperar, montó en cólera al enterarse de su contenido y vertió duras palabras de advertencia contra

*‘el niño que viene de Lovaina’*

y buscaba cambiar

*‘la línea política del partido que tanto esfuerzo nos ha costado construir’.*

Rodrigo no manifestó mayor preocupación por ese hecho. Antes bien, rió con ganas cuando supo de las palabras del Presidente.

— ¿Será ‘huevón’ este Frei?— confidenció, a uno de sus amigos de la Juventud Demócrata Cristiana—. ¡Si yo nunca estuve en Lovaina!...

Era verdad. Rodrigo había estado en París, Francia, becado en ‘L’École Pratique’, donde también pudo tomar otros cursos que iban a completar su preparación académica. En un Presidente de la República, como Eduardo Frei Montalva, que había recorrido gran parte del mundo, constituía un desatino de proporciones situar una ciudad que pertenecía a otro país, como lo era Bélgica, dentro de la geografía gala.

No constituye algo impropio señalar aquí que nuestros comportamientos se configuraron al amparo de acciones y reacciones. Funcionábamos como verdaderos mecanismos cibernéticos. Una acción realizada por los sectores dominantes permitía que se generase una reacción de los sectores dominados. Eran múltiples acciones frente a múltiples reacciones. Comenzábamos a vivir, así, experiencias sociales bajo el signo de ese sentimiento generalizado que, en forma de paradigma social parecía envolver a la sociedad planetaria: si el sistema capitalista era malo, necesariamente debía de ser bueno el de los ‘sistemas socialistas’. Es decir: nos hacíamos revolucionarios más que por negación, por selección de modelos, por desplazamiento de modelos y aprobación de sus contradictores pues seguíamos siendo creyentes. Carecíamos de la capacidad para entender que el sistema imperante en los países ‘socialistas’ no sólo era tan jerárquico y dominador como el de la sociedad que aborrecíamos sino de algo aún peor: el simple hecho de su verticalidad le hacía encontrarse más cerca del capitalismo que de nuestros propios ideales.

‘Rebeldes’ llamaba la prensa a esos jóvenes, en una generalización tan grotesca que al propio Fromm hubiere escandalizado, como lo veremos más adelante. Y así lo hacía ‘Cuadernos Universitarios’ para definir a Rodrigo Ambrosio:

*“[...] un joven demócrata cristiano del grupo rebelde”.*

Esa sentencia nunca fue proferida con ánimo de injuria. Rectifiquémosla, no obstante. Rodrigo no era un simple ‘rebelde’ aunque hubiese otros junto a él que sí lo eran; en páginas posteriores analizaremos extensamente este concepto. No era tampoco oposición tan sólo por serlo, no era inconformista ni poseía una personalidad psicótica, sino sabía exactamente lo que quería y decía. Aunque viviese bajo el paradigma al amparo del cual todos nos desarrollábamos.

En la entrevista que un diario de la capital le hizo, en esos días, a propósito de una marcha campesina convocada para protestar por las precarias condiciones de vida de los trabajadores agrícolas, quedaron claramente de manifiesto las profundas diferencias que lo separaban de la línea oficial de la Democracia Cristiana.

—El Gobierno ha dicho que están prohibidas las marchas por las calles— declaró, en esa oportunidad—. Pues bien, entonces nosotros marcharemos por las bermas...

Junto a Jacques Chonchol, Alberto Jerez Horta, Julio Silva Solar, Vicente Sota Barros y Rafael Agustín Gumucio, sostenía y expresaba sus puntos de vista en una revista (“*Documentación*”) de circulación restringida. En aquella, se pueden leer aún algunos de sus artículos y las críticas que hacía a la gestión demócrata cristiana; “*Los acuerdos de Lusaka*” es uno de ellos. Y es que la Democracia Cristiana no sólo se había transformado

*“[...] en un gran partido de masas de los sectores más avanzados de la burguesía chilena y norteamericana [...]”,*

sino asumía

*“[...] el desarrollismo y el reformismo, que la hacen expresión ideológica más adecuada de los proyectos de expansión de los sectores más dinámicos de la burguesía nacional y extranjera [...]”<sup>9</sup>,*

---

<sup>9</sup> Ambrosio, Rodrigo: Id. (7), pág. 16.

escribiría Rodrigo, más tarde.

Tan díscola conducta no había de permanecer impune; el castigo iba a ser aplicado en todo su rigor pues esa ha sido la conducta habitual del poderoso —

reproducción de Dios en la tierra—respecto de quien lo desconoce o denuncia —reproducción del pecador terreno—.

Es poderoso quien tiene poder. En la sociedad capitalista lo es, principalmente, el comprador de fuerza o capacidad de trabajo. A partir de su propia calidad puede imponer castigos de la más variada índole. Cuando el ‘díscolo’ trasgrede su ordenamiento jurídico, pone en acción los mecanismos legales destinados a penalizar tal contravención. Si el ‘díscolo’ no trasgrede tal ordenamiento, pero la conducta suya le resulta igualmente molesta, puede el poderoso castigarlo de otra manera. Puesto que ese poder del cual dispone emana precisamente de su facultad para comprar o no fuerza de trabajo, actúa por omisión: no compra esa mercancía que le ofrece el ‘díscolo’. O si ya la estaba comprando, cesa en su adquisición. Incluso, a menudo, advierte a otros miembros de su clase acerca de la conveniencia de adoptar tal medida. Y puesto que la venta de su energía corporal es la única forma que tiene el ‘díscolo’ para conservarse y reproducirse dentro de la organización social, la actitud del poderoso se le presenta en el carácter de amenaza a su existencia; sin trabajo, privado de los medios de vida, se encuentra ante dos alternativas: delinque o emigra. Si delinque, el poderoso tiene justificación para proceder a su exterminio; el único camino para el ‘díscolo’ es la migración. La sanción a la falta de colaboración con el poderoso se revela, así, en el carácter de ejemplar. No iba a ser de otra manera respecto de Rodrigo, que había tensado al máximo sus relaciones con el Gobierno demócratacristiano, representante político de las clases dominantes y administrador del Estado, otro comprador de fuerza o capacidad de trabajo.

El castigo no se hizo esperar: Rodrigo fue separado del cargo que desempeñaba. Como muchos otros, ingresaba de esa manera al duro mundo del desempleo.

Cesante y perseguido, cerradas para él las puertas del mercado del trabajo, impedido de obtener algún empleo en las instituciones de



Gobierno en Santiago, emigró con su familia a Concepción, en cuya Universidad había obtenido una cátedra. Se estableció en Chiguayante, localidad vecina a la capital penquista, desde donde viajaba diariamente a su trabajo para impartir clases en la Facultad de Sociología. Empleaba una ‘citroneta’ vieja que conservó durante casi todo el tiempo de su permanencia en la provincia sureña. Allí nos volvimos a encontrar, cuando el movimiento en cuya creación había tenido participación directa era ya MAPU. Y el encuentro fue a las puertas del local de la nueva colectividad, en calle Barros Arana...

Paradojalmente, en los años posteriores a la instauración de la Dictadura, la dirección del Partido que construyera Rodrigo emplearía el mismo sistema selectivo/represivo de las clases dominantes respecto de la militancia del MAPU. Y lo haría, en primer lugar, respecto de las llamadas ‘cuotas de exiliados’, es decir, personas a las que se autorizaba exiliarse; luego, desde el exilio mismo y con relación al reparto del dinero de la solidaridad internacional; finalmente, desde los cargos obtenidos bajo el Gobierno de la alianza denominada Concertación, para determinar quién o quienes tendrían o no derecho para desempeñarse en los empleos estatales.

## Capítulo VI: El todo comienza a decidir el destino de la parte.

¿Por qué surgió una nueva entidad política, organizada en el carácter de movimiento social, orientada a cambiar las estructuras de la sociedad chilena, como lo fue el MAPU? ¿Qué hizo posible la existencia del MAPU? ¿A qué se debe, precisamente, que ello haya sucedido en la década del 70?

“Omnia tempus habent”, expresa la Biblia en uno de sus pasajes, pues todo tiene su tiempo y ocurre cuando debe ocurrir. Esta aparente simpleza permite comprender el tiempo del MAPU, tiempo propio compuesto de muchos otros: tiempo para ser concebido, tiempo para nacer, tiempo para desarrollarse, tiempo para dividirse y tiempo para morir.

Sin embargo, el tiempo del MAPU no fue un tiempo tan suyo, exclusivo, sino tiempo de otros tiempos, historia de otras historias, presencia de otras presencias. Ocurrió con el MAPU lo que sucede con regularidad a todo hecho o circunstancia, a todo objeto o cosa que conocemos: son partes de otras partes, unidades aparentemente autónomas y, sin embargo, estrechamente relacionadas entre sí y con elementos o unidades ajenas, causa y efecto de interacciones, acciones y reacciones, pertenencias recíprocas. Como lo es Chile: arrogantemente soberano, desoladoramente sometido.

Ser parte de un sistema es participar de su estructura o, lo que es igual, cumplir la función que el plan total le tiene reservado, pues es la organización lo que determina la composición de sus partes y no éstas la de aquella. El todo delinea su propio modelo; no lo hacen sus componentes. Un órgano no puede ser transferido del cuerpo al que pertenece, sino tan solo a otro similar pues sus proporciones y características no lo permiten; lo mismo sucede con los elementos de un artificio, con mecanismos o sistemas hechos para cumplir determinada función. Raramente pueden ser empleados en actividades para las que no fueron creados. Toda parte es una unidad formada por otras partes e integrada a otra unidad mayor como parte de ella. Así se construyen los sistemas y así interactúan. Hablar del sistema capitalista mundial es, por tanto, hablar de la interacción de sus partes y de la función que cumplen en el desarrollo del todo. Lo

que nos lleva a hablar de otra historia, de una historia que no es la conocida ni la usual.

Fernand Braudel nos enseña que

*“La vida, la historia del mundo, todas las historias particulares se nos presentan bajo la forma de una serie de acontecimientos: entiéndase, de actos siempre dramáticos y breves. Una batalla, un encuentro de hombres de Estado, un importante discurso, una carta fundamental, son instantáneas de la historia. Conservo el recuerdo de una noche, cerca de Bahía, en que me encontré envuelto por un fuego de artificio de luciérnagas fosforescentes; sus pálidas luces resplandecían, se apagaban, refulgían de nuevo, sin por ello horadar la noche con verdaderas claridades. Igual ocurre con los acontecimientos: más allá de su resplandor, la oscuridad permanece victoriosa”<sup>10</sup>.*

Intentar establecer el modo de interactuar de los sistemas es hacer historia y, a la vez, arrojar un poco más de luz sobre la oscuridad de su noche. A perseverar en ese sentido ayudan los esfuerzos de Francesco Alberoni, que buscara crear un modo de investigar los hechos con el empleo de su concepto de ‘estado naciente’; Nicos Poulantzas, que periodizara sobre la base de los modos de producción y las distintas fases del sistema capitalista mundial como asimismo de sus tipos y formas de estado y de gobierno; Nikolai Kondratiev que, valiéndose de antecedentes estadísticos, estableciera ciclos y ondas para medir tales fases; André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein, que incorporaran el factor geográfico global y, en especial, la teoría del sistema mundial, etc. Pero, como muy bien lo señala Fernand Braudel, previo es —antes de nada— establecer esa coherencia, esas

*“[...] relaciones suficientemente fijas entre realidades y masas sociales [...]”*

---

<sup>10</sup> Braudel, Fernand: *“La historia y las ciencias sociales”*, Alianza Editorial S.A., Madrid, 1990, pág. 27.

que se llama ‘estructura’,

*“[...] realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar”<sup>11</sup>,*

lo cual nos lleva a examinar sus componentes.

Y, luego de todo ello, estudiar esa ‘coacción geográfica’ que es la posición del ser humano en determinado lugar, su posición situacional.

Desde este punto de vista Chile, como parte del sistema capitalista mundial, es unidad compleja dentro de una unidad más compleja y tambor de resonancia de una melodía aún mayor, de dimensión casi planetaria. Lo es ahora, aunque también lo era a fines del siglo 19 y comienzos del veinte, época caracterizada por un creciente auge en el desarrollo del sistema al que pertenecía (y aún pertenece).

En efecto, a fines de 1800 y comienzos de 1900, la república sudamericana era parte de ese sistema mundial. Puesto que el centro del mismo se encontraba en Europa —más exactamente, en Inglaterra—, la forma de desarrollo que Chile se había dado para sí correspondía a los intereses de esa metrópoli y, naturalmente, a sus requerimientos, siempre voraces. Huelga decir que las relaciones políticas del país sudamericano privilegiaban la diplomacia inglesa y daban trato preferencial a los enviados de la Corona. En el aspecto económico, las empresas británicas —Casa Gibbs y Cía., Williamson Balfour y Cía., J.D. Campbell y Cía, Lautaro Nitrate Co., Folsch y Martin, Melbourne, Clark y Cía., Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, entre otras— gozaban de todo tipo de franquicias y mantenían oficinas en las principales ciudades del país. Inglaterra usaba los puertos de Valparaíso e Iquique para desarrollar el comercio con Chile en una época en que el 80% de lo producido por la minería iba al país europeo (en menor cantidad, aunque siempre dependiendo de Inglaterra, iban esos productos a Alemania y a Bélgica, además de Estados Unidos). Por su parte, tanto el Consorcio Lloyd como el Banco Anglo-Sud Americano captaban los dineros

---

<sup>11</sup> Braudel, Fernand: Id . (10), pág. 70.

provenientes de la actividad industrial y comercial chilena para prestarlos a los comerciantes e inversionistas británicos que deseaban hacer negocios con Chile. Hacia 1912, año en el cual aún seguían los ingleses aumentando sus inversiones en el país sudamericano (un 36,96% del total frente al 15,10% de los alemanes), llegaron a existir 170 oficinas salitreras en el norte de la nación con 55 mil trabajadores que realizaban, fundamentalmente, labores de extracción manual. Predominaba, puesto que era más rentable, la captación de plusvalor absoluto por sobre la de plusvalor relativo; contra esa forma de explotación se realizarían las primeras huelgas en el país. Había auge, pero también recesión, como luego lo veremos: la onda larga del sistema capitalista mundial se agotaba, manifestándose en forma de crisis que adoptaban el carácter de ondas cortas. Chile experimentaría estas convulsiones en las épocas siguientes:

Crisis de 1900 a 1902;  
Crisis de 1906 a 1907;  
Crisis de 1910 a 1911;  
Crisis de 1914 a 1915;  
Crisis de 1919 a 1921.

Así, para el sistema capitalista mundial, el período de expansión llegaba a su término y con ello toda la época anterior en donde

*“[...] los mercados se expandieron, el patrón oro rigió en casi todas partes, Europa desempeñó el rol de banquero mundial, África se transformó en colonia europea, Asia se dividió en esferas de intereses controladas por poderes europeos y, a pesar que las barreras arancelarias fueron alzadas en numerosas partes del mundo, Europa fue de todas maneras centro de un creciente comercio internacional”<sup>12</sup>.*

¿Auge? ¿Crisis? A principios de 1900 (1925/1926), estudiando los escritos de Karl Marx y, fundamentalmente, los de Friedrich Engels, el malogrado investigador soviético Nikolai Kondratiev logró

---

<sup>12</sup> Dillard, Dudley: “Västeuropas och Förenta staternas ekonomiska historia”, Gleerup, Lund, 1969, pág. 423.

determinar la existencia de ciclos económicos dentro del modo de producción capitalista. Basándose en datos estadísticos irrefutables, Kondratiev —fue fusilado el 17 de septiembre de 1938, a la edad de 46 años, en una prisión cercana a Moscú—estableció que, cada cierto número de años, las cifras indicativas del desarrollo del sistema experimentaban períodos de alza y de descenso significativos. Una deficiente e incompleta traducción de parte de sus trabajos hizo que la distinción suya entre ‘ciclos largos’ y ‘ondas largas’ fuese conocida en el mundo occidental bajo la equívoca denominación de ‘ondas largas’. En verdad —como lo expresan algunos autores—, Kondratiev

*“[...] prefería usar el concepto de ondas para el análisis de variables y emplear el de ‘ciclos largos’ para su interpretación del movimiento global”<sup>13</sup>.*

Los ciclos no constituyen algo extraño al funcionamiento del sistema capitalista mundial; antes bien, forman parte de su propia naturaleza. Ya lo habían advertido Hyde Clarke, Karl Marx, Friedrich Engels, Jevons, Trotsky, el propio Schumpeter —que rescatara a Kondratiev—y, más modernamente, la obra conocida del fallecido Ernst Mandel “*Ondas largas en el desarrollo capitalista*”<sup>14</sup>: constituyen, apenas, una manifestación de las crisis periódicas que sacuden al sistema y que, por lo mismo, no pueden sino considerarse en calidad de

*“[...] fenómeno inherente al modo de producción capitalista”<sup>15</sup>.*

Ocurre que, a diferencia de otros conceptos, el de ‘*capital*’ es

---

<sup>13</sup> Freeman, Chris y Louçã, Francisco: “*As time goes by*”, Oxford University Press, 2001, pág. 70.

<sup>14</sup> Mandel, Ernest: “*Långa vågor i den kapitalistiska utvecklingen*”, Röda Bokförlaget, Gotemburgo, 1982.

<sup>15</sup> Figueroa, Víctor: “*Las crisis, fenómeno inherente al modo de producción capitalista*”, Mimeógrafo, Londres, 1980.

esencialmente dinámico. Y es que, contrariamente a las creencias corrientes, el capital no es dinero; tampoco un conjunto de depósitos bancarios, fortuna personal o algo que se le parezca. Mucho menos, medios de producción. El capital es, en primer lugar, una relación social y, simultáneamente, un valor como lo es la belleza, la bondad, la amabilidad, la justicia, la libertad, la igualdad. No existe en parte alguna que no sea en nuestra cabeza. Es un concepto ideológico, una elaboración de la mente a la manera del dinero, que tampoco existe en la naturaleza sino tan sólo en nuestras creencias y convicciones. A diferencia del resto de los valores, que se mantienen estáticos, el capital es un valor que se valoriza, un valor que crece constantemente, que se acrecienta a sí mismo y jamás deja de aumentar. Puede realizar ese milagro de incrementarse permanentemente porque se establece sobre la base de otra construcción teórica —como lo es el dinero—, sin la participación de la cual todo proceso de acumulación sería ilusorio. El dinero permite la realización de operaciones matemáticas pues sólo se expresa numéricamente; es una medida a la manera del metro, del litro, del kilogramo y facilita, consecuentemente, el cálculo del capital<sup>16</sup>.

Así, el capital necesita acrecentarse constantemente y de manera cuantiosa. Cuando ello no sucede o el crecimiento es poco significativo se acostumbra a decir que un nuevo período de crisis se ha hecho presente, contraponiéndose al anterior, caracterizado por el auge. Estos períodos de crisis y de auge encierran sorprendentes paradojas a la mención de una de las cuales Samuelson y Nordhaus no pueden dejar de referirse<sup>17</sup>. Y es que, a contrario de lo que normalmente pudiere alguien suponer, la clase trabajadora no se debilita en los períodos de auge sino crece en número y cotizaciones

---

<sup>16</sup> La palabra ‘dinero’ proviene del latín ‘denarius’, antigua moneda romana empleada para las transacciones comerciales. Posee una acepción poco conocida en castellano ‘numerario’, que proviene también del latín ‘numerarius’, ‘nummos’, ‘nummus’ de donde procede, igualmente, la palabra ‘número’. La frase de Aristóteles condenatoria de la usura, que ha llegado a nosotros en la versión latina de San Agustín, es ilustrativa al respecto: ‘Nummus non parit nummos’ (‘El dinero no pare dinero’).

<sup>17</sup> Samuelson, Paul A. y Nordhaus, William D.: “Economía”, Mc Graw-Hill/Interamericana de España, S.A., Madrid, 1990, págs. 233 y sgtes.

sindicales, se fortalece en el aumento del empleo con un mayor número de afiliados a sus organizaciones, mejora sus condiciones de vida porque celebra óptimos convenios colectivos y perfecciona su estructura sindical. No sucede lo mismo en los períodos de crisis en donde, por efecto de la cesantía, descende el número de afiliados a los sindicatos, se debilitan por ende las cotizaciones, no hay buenos convenios y el ejército industrial de reserva se transforma en enemigo de los ocupados pues compite con ellos en excelencia y bajos sueldos.



## Capítulo VII: Las luchas sociales de principios del siglo XX.

“**N**atura non facit saltum”, establece una sentencia latina. Por regla general, también esa frase tiene validez en el desarrollo histórico de las sociedades, con la salvedad de las revoluciones y de las asonadas militares que, en definitiva, tienen por finalidad adecuar las estructuras sociales al sistema capitalista mundial. Y, a pesar de ello, ni siquiera asonadas militares o revoluciones aparecen súbitamente en el escenario de la historia, sino tan solo se manifiestan en forma aparente como sucesos repentinos, pues advienen tras períodos de larga acumulación de tensiones. En realidad, revoluciones o asonadas militares constituyen cambios de comportamiento: presentan un carácter especial que puede afectar de manera tanto colectiva como particular.

Francesco Alberoni, que estudiara este fenómeno a propósito del concepto de ‘estado naciente’, sostiene que tal imprevista manifestación

*“[...] hace pensar que se trata de un fenómeno de cruce de umbral. Sin embargo, son los factores que, cambiando lentamente, acumulan acciones de modo silencioso y subterráneo hasta que se rompe el equilibrio. Entonces el cambio se manifiesta de improviso, de modo catastrófico. Pero antes un observador acucioso hubiere podido prever el acercarse de la explosión”<sup>18</sup>.*

Esta idea de la acumulación de factores subyace, también, en las investigaciones que se han llevado a cabo en materia de medición de comportamientos. El cambio de una conducta a otra opera, precisamente, como consecuencia de la acumulación sucesiva de factores que inducen a reemplazar la actitud anterior por una nueva.

Rene Thom, matemático francés, que hiciera investigaciones sobre el particular tomando como referencia la llamada ‘teoría de las bifurcaciones’, formuló las bases para la medición del

---

<sup>18</sup> Alberoni, Francesco: “*Genesi*”, Garzanti Editore S.P.A., Milano, 1989, págs. 58 y 59.

comportamiento al idear un modelo que hoy se conoce bajo el nombre de ‘teoría de las catástrofes’. Perfeccionada por E.C. Zeeman, que la consideró

“[...] según una óptica de la teoría de los sistemas [...]”,

se estudia hoy con variables de control que Thom no empleó en su oportunidad<sup>19</sup>.

El modelo de Zeeman, ideado en un comienzo para medir la agresividad del perro, derivó de inmediato a formas de predecir en qué momento se haría presente el cambio de actitud del animal y cuál sería el aspecto que adoptaría ésta. Supuso Zeeman, en su empeño, que el comportamiento agresivo del perro estaría determinado por dos factores contrapuestos entre sí —eólera y miedo—, el predominio de uno de los cuales daría como resultado una respuesta de ataque o huida del animal.

Una inventiva, por entero diferente, llevada a cabo por Francesco Alberoni, también arriba a una conclusión similar. Modificando la contraposición ideada por Freud entre *amor* y *thanatos* como los dos impulsos básicos del mecanismo que opera en el cambio de comportamiento, establece que amor y agresividad serían las funciones óptimas para determinar el signo de la carga predominante al interior del ‘estado naciente’. Por eso, dice Alberoni:

*“Todos los impulsos del alma humana, están clasificados en dos categorías, el amor y la agresividad”*<sup>20</sup>.

Las sociedades funcionan ligadas a un tejido normativo que constituye su propia institucionalidad. En dicho entramado, se establecen las condiciones mínimas a las cuales se encuentran sometidos quienes son parte de ella; tales condiciones importan sus derechos y obligaciones. Sin embargo, puesto que toda sociedad es una parte dentro de otra parte, es decir, sociedad dentro de otra sociedad mayor, experimenta cambios si dentro de esta última los

---

<sup>19</sup> Thom, Rene: “*Parábolas y catástrofes*”, Tusquets Editores S.A., Barcelona, 1993, pág. 82.

<sup>20</sup> Alberoni, Francesco: Id. (18), pág. 136.

ocurren; así, las condiciones mínimas establecidas para quienes viven dentro de ella también experimentan transformaciones.

Los cambios sociales no se limitan a modificar tan sólo el tejido normativo de la sociedad sino afectan la estructura institucional de la misma. Puede, así, ser alterado tanto su tipo de estado como la forma de éste e, igualmente, su forma de gobierno<sup>21</sup>. Si es esto lo que sucede cuando se hacen presente tales fenómenos, en el Chile de los dos primeros decenios del 1900 no tenía por qué ocurrir de manera diferente.

Hasta esos años, había funcionado un tipo de estado que respondía al modo de producción vigente. Y puesto que ese tipo de estado no era otro que el capitalista, tal estructura había de mantenerse durante los años siguientes en tanto estuviese vigente el modo de producir. No sucedería lo mismo con la forma de estado, de carácter liberal, adecuada a los requerimientos de la época, pero inadecuada a las transformaciones que se empezaban a vivir en esos años, más necesitadas de un estado interventor; poco o nada importaría que fuese o no democrático-representativa su forma de gobierno. La nueva fase exigía cambios que reflejasen la distinta composición de clases que experimentaba la sociedad chilena, las diferentes formas de extracción de plusvalor que empezaban a probarse, las nuevas formas de trato entre patrón y trabajador y, lo más importante, el desplazamiento del centro hegemónico del capitalismo mundial que se trasladaba desde Inglaterra (Europa) hacia los Estados Unidos de Norteamérica. En un país esencialmente monoprodutor —como lo era Chile— cuyas industrias básicas siempre habían estado en manos del capital foráneo, tal fenómeno no debía causar extrañeza en el campo laboral. Sin embargo, la situación había de ser diferente: los movimientos sociales, fortalecidos en los años anteriores, comenzaban a plantear sus reivindicaciones, en tanto USA se hacía presente dentro del país bajo la forma de dos empresas monopólicas —una tras de la otra (aunque la primera era filial de la segunda)—; prestas a explotar las pertenencias mineras de cobre: la Chile Exploration Company y la

---

<sup>21</sup> Poulantzas, Nicos: *“Poder político y lucha de clases en el Estado Capitalista”*, Siglo Veintiuno Editores S.A. de C.V., México, 1984, págs. 184 y siguientes.

Braden Copper Company. El primer yacimiento cuprífero que abrió sus puertas a la nueva era fue el mineral El Teniente, en 1905; le siguió Chuquicamata, en 1914, para culminar con Potrerillos en 1920.

En la lucha por obtener mejores condiciones de vida para los obreros, se puso a prueba la fortaleza de las organizaciones sindicales alcanzada en la onda larga de fines de siglo y en los ciclos cortos, propios de una formación social como la chilena, en extremo sensible a los vaivenes del mercado internacional. Las huelgas que se sucedieron en ese período, por orden cronológico, entre otras de menor importancia, fueron: huelga de los mineros de Lota, destinada a poner un límite de ocho horas a la jornada de trabajo (mayo de 1902), huelga de los panaderos por el derecho al descanso dominical (1903), nueva huelga del carbón en Lota (1903), huelga de los ferroviarios de Antofagasta (1905), nueva huelga de los ferroviarios de Antofagasta, con el apoyo de los mineros de las salitreras (1906) —pródiga en enfrentamientos de trabajadores con efectivos de la policía y del ejército—, y la gran huelga salitrera de 1907, que culminó con la masacre de la Escuela ‘Santa María’ (Iquique).

Si bien este trágico suceso redujo ostensiblemente el creciente avance sindical logrado hasta ese entonces, tal circunstancia fue tan sólo transitoria pues la huelga de El Teniente (1911) reactivó las luchas sociales. Ese mismo año, un partido político chileno, el Partido Demócrata, bajo la dirección de aquel extraordinario dirigente de las clases postergadas, trabajador, periodista, ideólogo, que fue Luis Emilio Recabarren, derivó a Partido Obrero Socialista POS. Al año siguiente (1912), tuvo lugar la huelga de Punta Arenas, luego Chuquicamata (1915), Curanilahue (1916), El Teniente (1918) y, en 1919, la primera gran huelga de profesores. Dos años más tarde y bajo la influencia renovadora de las Revoluciones mexicana y rusa, el POS tomaba el nombre de Partido Comunista de Chile PC con el que, de ahí en adelante, participaría en las contiendas políticas y sociales del país. Se puede sostener, por ende, como lo hiciera Rodrigo Ambrosio en una de sus tantas entrevistas a los medios de comunicación, que el Partido Comunista chileno

*“[...] aparece en la década del 20 como resultado de las*

*grandes luchas obreras de principios de siglo. Surge muy ligado al movimiento sindical naciente de esa época y a las primeras grandes concentraciones proletarias de los enclaves mineros del Norte Grande*<sup>22</sup>.

Lo que no pudo conseguir la Revolución Mexicana en América lo consiguió la Revolución Rusa con su éxito: trastornar al mundo y, por consiguiente, al continente americano. Los partidos comunistas se fueron creando en cada uno de sus países a un ritmo que semejaba el desplome de piezas en dominó. Dos se establecieron en México durante 1919, fundiéndose en una sola organización poco tiempo después; uno nació en Estados Unidos (1919), otro en Colombia (1920), en Argentina (1920), en Brasil (1921), Uruguay (1921), Guatemala (1923), El Salvador (1925), Cuba (1925), Ecuador (1926), país en el que funcionó bajo el nombre de Partido Socialista hasta 1931, Perú (1928) también bajo el nombre de Partido Socialista, Costa Rica (1929), Panamá (1930), Venezuela (1931), etc.<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> Ambrosio, Rodrigo: “Entrevista concedida al diario *Ultima Hora*”, contenido en el libro “*Sobre la construcción del partido*”, Ediciones Barco de Papel, Santiago, 1972, pág. 52.

<sup>23</sup> Saña, Heleno: “*La Internacional Comunista*”, Zero S.A., Madrid, 1972, págs. 72 y siguientes.

## Capítulo VIII: Comienza el traspaso de la hegemonía capitalista planetaria.

La Primera Guerra Mundial produjo cambios importantes al interior del sistema capitalista mundial. Expresa Dillard, sobre el particular:

*“Se debilitaron los mercados internacionales, se suspendió la vigencia del padrón de oro, la hegemonía bancaria pasó a Estados Unidos, la población africana y asiática inició revueltas sociales contra el imperialismo europeo y los impedimentos al comercio mundial se multiplicaron. Europa occidental retrocedía y el sistema capitalista empezó a desarticularse en esa región. La dirección que necesitaban las naciones capitalistas se trasladó a Estados Unidos”<sup>24</sup>.*

Sin embargo, tales cambios no iban tan sólo a limitarse al macromundo capitalista, sino se harían sentir en todos los ámbitos del planeta, de diferente manera, con distinta intensidad. Las primeras manifestaciones de la crisis se hicieron presentes en la estructura social por excelencia: el estado.

Producto inevitable de todo sistema de dominación, el estado asegura el funcionamiento del conjunto de individuos de acuerdo a un modelo político determinado y, con ello, afianza la producción y reproducción ininterrumpida de las condiciones que hacen posible la existencia de esa organización social. En las sociedades donde opera el modo de producción capitalista garantiza la producción y reproducción constante de las calidades de comprador y vendedor de fuerza o capacidad de trabajo. El estado hace posible la explotación porque, como muy bien lo expresa Poulantzas, su función no es otra que la de

*“[...] desorganizar políticamente a las clases dominadas, organizando a la vez políticamente a las clases dominantes”<sup>25</sup>.*

---

<sup>24</sup> Dillard, Dudley: Obra citada en (12), pág. 423.

<sup>25</sup> Poulantzas, Nicos: Obra citada en (21), págs. 239 y 240.

No debía sorprender, entonces, que las primeras manifestaciones de la crisis se hiciesen presentes al interior del estado chileno.

Con todo había, además, una razón adicional que obligaba a arribar a similares conclusiones: la mecánica tan particular que opera en el funcionamiento del estado capitalista.

Sucede que ese tipo de estado, como lo advirtiesen Marx y Engels, no puede ser dirigido sólo por la clase burguesa sino que ésta debe ‘ceder’ parte de ese ‘poder’ a otros estamentos y funcionar en un bloque que Poulantzas denomina ‘*bloque en el poder*’ y que define como

“[...] *unidad contradictoria de clases y fracciones políticamente dominantes bajo la égida de la fracción hegemónica*”<sup>26</sup>.

La mecánica de esa estructura permite entender el momento en que se hacen presentes las revoluciones o las asonadas militares. Si no existe clase o fracción de clase hegemónica alguna al interior del bloque en el poder se abre, entonces, un período que se denomina ‘*de inestabilidad hegemónica*’. En las formas de gobierno democrático-representativo, las diversas representaciones políticas de las clases y fracciones de clase buscan, a través de las ‘*alianzas*’, resolver este problema de carácter estructural. A veces, es posible realizar tal empeño; otras veces no: la amenaza de los llamados ‘*gobiernos de excepción*’ o dictaduras se hace presente.

¿Sucedió algo de todo eso en el Chile de principios del siglo 20?

Expresemos, en primer lugar, que las transformaciones propias de una nueva era comenzaron a hacerse notar en el país sudamericano bajo la forma novedosa de ingreso que adoptaron las inversiones norteamericanas pues, a diferencia de los capitales ingleses, los provenientes de Estados Unidos llegaron de manera directa.

“*La historia de la penetración imperialista en Chile es conocida*”,

---

<sup>26</sup> Poulantzas, Nicos: Obra citada en (21), pág. 308.

sostiene Fernando Ortiz Letelier.

*“Primero, hasta la guerra del 14, domina el capital británico, sus inversiones son principalmente de ‘cartera’ y ‘empréstito’. A partir de la primera guerra el capital norteamericano tomará el lugar hegemónico y las inversiones de ese país cobrarán un ritmo intensivo. Las inversiones ‘directas’ reemplazan a las de ‘cartera’; éstas se producen mediante la adquisición por grupos financieros de paquetes de acciones de otras empresas, con el objeto de asegurar una mayoría y el control de la misma, sistema que adoptarán especialmente las exportaciones de materias primas”<sup>27</sup>.*

Además de la inversión directa, el capitalismo norteamericano arrastraba consigo una forma empresarial que se iba haciendo dominante en esa época: el monopolio. Grandes compañías reemplazaban a las viejas empresas y la sociedad anónima comenzaba a presentarse como el tipo de organización jurídica más eficiente para el desarrollo de la economía. Muy pronto los 5.722 establecimientos productivos que existían en 1910 dando trabajo a 74.618 operarios, iniciarían una serie de fusiones para dar origen a empresas más poderosas, más sólidas, más competitivas.

No obstante, la innovación fundamental de la empresa norteamericana de esa época estaría constituida por el abandono relativo del trabajo manual y el uso creciente y significativo de la maquinaria y la técnica, hecho que cerraría un capítulo más en la extracción del plusvalor absoluto para abrir aquel que debía inaugurar el predominio en la extracción del plusvalor relativo. Así, el camino quedaba abonado para la dictación de una ley de enseñanza básica obligatoria para todos los chilenos, como ocurriría en 1919. Y no era que el estado nacional se hubiese tornado más humanitario frente a los cambios sociales, sino simplemente se transformaba adecuando su estructura a los requerimientos del capital: la futura fuerza de trabajo necesitaba mayor preparación.

---

<sup>27</sup> Ortiz Letelier, Fernando: *“El movimiento obrero en Chile”*, Ediciones Michay S.A., Madrid, 1985, pág. 61.



Para ostentar la calidad de ‘calificados’, los obreros deberían aprender a leer y a conocer otros idiomas, pues las maquinarias que iban a emplear contendrían las indicaciones e instrucciones respectivas en esos términos. Las reformas que se avecinaban eran muchas y el tiempo se hacía breve.

Un régimen democrático es una institucionalidad: funciona en medio de un entramado jurídico que fija las condiciones del juego político. Quien desea participar en ese juego debe respetar las reglas; y si busca imponer su voluntad para realizar el cometido que lo guía —como es usual en la política— debe hacerlo dentro de las condiciones impuestas. La forma de gobierno que hemos denominado democrático-representativa (ya lo indicamos anteriormente) lo hace en virtud de acuerdos, pactos políticos, alianzas que permiten el juego de las mayorías y de las minorías en todas las instituciones del estado y, principalmente, en el parlamento. Las clases dominadas, actuando en democracia, proceden de manera similar; con una gran diferencia: jamás lo harán por sí solas. Puesto que son dominadas buscan, *corrientemente*, celebrar alianzas con otras fuerzas a la realización de cuyos intereses siempre van a acceder en tanto ello no ponga en peligro la ejecución de los propios. No obstante lo dicho, es frecuente que cometan errores al llevar a cabo dichas alianzas. Así, pueden sobredimensionar los beneficios del pacto, evaluar erróneamente sus resultados, ser burladas en sus pretensiones o, lo que es peor, creer que solamente a través de alianzas podrán imponer —tarde o temprano— sus intereses de clase. Miradas desde este punto de vista, las clases dominadas se presentan como estamentos cultores por excelencia del empleo constante de la estructura democrática de la sociedad: participan en los procesos electorarios, adecúan sus estructuras partidarias a las exigencias del estado y responden con diligencia a las veleidades del sistema. Así, las clases dominadas se revelan en el carácter de extremadamente conservadoras. Por lo demás, es natural que así lo sean: se aferran con desesperación a lo poco que han conseguido porque conocen con certeza lo mucho que les ha significado el obtenerlo.

Y es esto lo que, en cierta medida, puede explicar la actitud de los estamentos obreros en el Chile de principios del siglo 20, al momento de construir la organización que había de representarlos en

sus luchas sociales y políticas: el Partido Comunista. Porque, si bien tal estructura partidaria se originó en el deseo irrefrenable de las masas de contar con un instrumento propio para obtener sus propósitos, casi de inmediato tomó ese sentimiento forma institucional identificándose, primero, en el Partido Demócrata para constituir el POS y luego, en el mismo POS para constituir el PC. No por otro motivo expresaría, años después, escuetamente, Joan Garcés una explicación como la que sigue, a propósito del proceso de cambios en la sociedad chilena:

*“El movimiento popular chileno se ha desarrollado históricamente dentro de este cuadro institucional”<sup>28</sup>.*

---

<sup>28</sup> Garcés, Joan E.: *“El Estado y los problemas tácticos en el Gobierno de Allende”*, Siglo Veintiuno de España Editores S.A., Madrid, 1972, pág. 102.

## Capítulo IX: Crisis mundial, derrumbe de la tasa de ganancia.

El estado que existía en el Chile de principios del siglo 20 presentaba forma republicana-liberal (no interventora); su forma de gobierno era democrático-representativa, con un ejecutivo débil, desprovisto de poder, sometido a las decisiones de ese organismo colegiado, distante, pesado, burocrático, que era (y continúa siéndolo) el parlamento. Correspondía tal orden institucional a sus necesidades sociales, a la composición de clases de esa sociedad, a los intereses de sus grupos dominantes y, en especial, a la estructura adoptada por el bloque en el poder, formado por clases y fracciones de clase dominantes bajo la conducción hegemónica del estamento propietario de la tierra (dueños de latifundios y de pertenencias mineras). Y, sin embargo, era precisamente esa estructura la que empezaba a experimentar hondas transformaciones: las clases y fracciones de clase se modificaban, alteraban su forma y esencia, los dueños de pertenencias mineras no eran ya los peticionarios de créditos bancarios sino auténticos inversionistas, dueños de capitales ingresados desde el exterior en forma efectiva, la ciudad artesanal devenía en metrópoli donde levantaban sus sedes las grandes industrias, los establecimientos comerciales y los bancos, en tanto el latifundio, considerada la causa principal del atraso en el desarrollo del agro, era blanco de fuertes ataques por parte de los más variados sectores. La candidatura de Arturo Alessandri Palma, sostenida en esos años por una coalición que abarcaba un amplio espectro social, obedecía precisamente a esa composición distinta de manifestarse que ofrecía la sociedad chilena en pleno proceso de transformación.

Alessandri Palma asumió la Presidencia de la nación en 1920, apoyado por ese abanico amplio de sectores sociales que se hacían eco de los cambios; había ofrecido a la comunidad un 'Programa de Gobierno' que contenía en gran medida las reformas institucionales más urgentes requeridas por el estado chileno para adecuar sus relaciones de producción al nivel que alcanzaba el desarrollo de las fuerzas productivas en el campo tanto nacional como internacional. No alcanzó a realizar esas reformas; apenas si un Código del Trabajo

dejó de manifiesto la necesidad de legislar sobre cuestiones elementales como lo eran los derechos de los trabajadores y las condiciones mínimas para la celebración de contratos de trabajo y convenios colectivos.

Pero ¡cuidado! La dictación de todo cuerpo legislativo no es casual: obedece a una línea de conducta no siempre explícita. El Código del Trabajo de Alessandri no escapaba a esa constante: había de poner freno a esa peligrosa tendencia que acusaba el movimiento sindical encaminada a tomar el control de la estructura social misma. Por eso, sus disposiciones incitaban a las organizaciones sindicales a renunciar a todo intento de revolucionar las estructuras del estado y a limitar la extensión de sus demandas a la presentación anual de ‘pliegos de peticiones’, en los cuales estuviese ajeno el problema del poder y vigente la solución de problemas económicos o sociales comunes a todos los afiliados al movimiento.

En marzo de 1924, había sucedido un hecho que, cincuenta años más tarde y bajo la Presidencia de Salvador Allende, debería repetirse: en las elecciones parlamentarias realizadas ese mes, las fuerzas gobiernistas habían obtenido una amplia mayoría de votos. Las reformas prometidas durante la campaña podían empezar a realizarse. Sin embargo, el triunfo no era oportuno; representaba, exactamente, lo que temían las clases dominantes. Era más: nunca debió acontecer. Porque, si bien la burguesía —como ya se ha expresado— no puede gobernar sin el apoyo de otras clases o fracciones de clase (incluidas las representadas por los partidos populares institucionalizados) ello en modo alguno significa atribuirle la voluntad de tolerar una alianza dentro de la cual pueda verse compelida a participar en la adopción de medidas que impliquen su propia defunción. Y era eso lo que podía suceder con aquel triunfo: las transformaciones, necesarias para adecuar al estado chileno a la nueva fase iniciada por el sistema capitalista mundial, no serían tales sino el comienzo de una era de realizaciones en favor de los sectores más desposeídos, desvirtuándose así los objetivos primitivos.

La crisis de inestabilidad hegemónica se agudizó; de larvada, como lo había sido hasta esos años, derivó a manifiesta. Las revueltas comenzaron y las clases dominantes no hallaron mejor

excusa que recurrir —como era su costumbre— al ejercicio de la asonada militar, golpe de Estado, dictadura o gobierno de excepción. El gestor de esa tarea fue el entonces coronel de ejército Carlos Ibáñez del Campo.

No debe sorprender, así, que la primera labor de esa dictadura consistiese en adoptar medidas contra los trabajadores y sus organizaciones políticas y sociales. Por supuesto. La primera tarea de una dictadura consiste, precisamente, en alejar el eventual peligro de una insurrección popular, y ello se logra disolviendo las organizaciones políticas y sociales de la clase obrera (partidos, sindicatos, federaciones, agrupaciones), cerrando la prensa subversiva y todo medio de comunicación del cual pueda disponer, encarcelando o eliminando a líderes y dirigentes y declarando ilegales sus actividades. Pero sería ingenuo suponer que una dictadura, por esos motivos, estaría obligada a suprimir el movimiento obrero y un error de proporciones pensar que así lo haría Ibáñez. A la manera que procedería, cincuenta años más tarde, su émulo y discípulo espiritual Augusto Pinochet Ugarte, Ibáñez amparó y alentó la creación de sindicatos dóciles a sus invectivas, leales a su Gobierno y dispuestos por entero a subordinarse a los nuevos sectores dominantes. La dictadura tomaba en sus manos la tarea de adecuar el estado a la nueva fase internacional. Chile no era una isla dentro del sistema sino parte del mismo. Los soplos que lo recorrían eran apenas los vientos regionales de un huracán mayor.

¿Cuándo hay una crisis mundial? ¿Cuándo, en verdad, comienzan a producirse los problemas? Como ya lo hemos dicho, el capital es un valor, una construcción ideal que se acrecienta constantemente. Hay un mecanismo que lo hace aumentar. Ese mecanismo se denomina ‘tasa de ganancia’. Cuando esa tasa decrece o, sencillamente, se derrumba, la crisis se hace presente. Las inversiones no son atractivas para el inversionista, no hay confianza, ni siquiera se busca ahorrar en bancos e instituciones. Todos tienen temor a perder lo que han acumulado. Fue lo que sucedió en aquellos años.

El sistema capitalista mundial no era dirigido hegemónicamente aún por Estados Unidos; existía una suerte de dirección compartida entre esa nación e Inglaterra, dirección que era inestable, vacilante. Se necesitaba de una Segunda Guerra Mundial para que esa

hegemonía se estableciese de manera definitiva. En tanto, las instituciones encargadas de velar por el cuidado de la tasa de ganancia ensayaban nuevas y sucesivas recetas para evitar su violenta y sostenida caída que comenzaba ya a manifestarse; entre ellas, tolerar que algunas naciones volviesen a reimplantar, con escaso éxito, el padrón de oro. Entretanto, creyendo con ello dinamizar la débil economía, los bancos norteamericanos concedían más y más créditos tanto a naciones como a particulares cuyas capacidades de pago estaban manifiestamente agotadas. Alemania, agobiada por el peso de las deudas de guerra, empezaba a suspender el cumplimiento de los pagos; una nueva y peligrosa fracción del socialismo mundial, nacida a la grupa de la industrialización, se hacía presente en la escena política internacional —el socialismo nacional o nacional socialismo— proponiendo como solución a la crisis global una especie de autarquía económica y la corporativización de las instituciones.

En los años siguientes, la crisis mundial recrudeció. Los préstamos que los bancos norteamericanos habían concedido a empresas y estados no eran servidos con regularidad y los banqueros, estimando resolver de esa manera el problema de las deudas y, a la vez, realizar un negocio aún más lucrativo, propusieron a sus deudores la concesión de nuevos créditos para pagar con ellos los antiguos. La propuesta de la banca se combinó con otra medida adicional cual fue elevar las tasas arancelarias vigentes. A pesar de los esfuerzos realizados por los bancos para regular el constante flujo de dinero a sus cajas, las medidas no surtieron el efecto deseado: las deudas no sólo permanecieron impagas sino comenzaron a crecer por efecto de los intereses. El momento del colapso bursátil se acercaba.

*“El tres de septiembre de 1929, los valores mobiliarios alcanzaron su más alta cotización en las transacciones de fondos bursátiles de Nueva York. Tal situación produjo marejadas de honda inquietud en el mundo de las finanzas que, desde el ‘crash’ hasta fines de octubre, se prolongaron durante seis semanas. El jueves 24 de octubre cambiaron de dueño cerca de 13 millones de acciones en una época en que 5 millones era considerado una suma exorbitante. Ante*

*miles de personas, cuyos valores mobiliarios fueron vendidos por sus corredores cuando las deudas que acreditaban se esfumaron por efecto de la drástica baja en el precio de las acciones, quedó de manifiesto haberse realizado operaciones de 'compra marginales'. El mercado se salvó temporalmente de una catástrofe total cuando algunos de los más poderosos banqueros de Wall Street constituyeron un 'pool' para la compra de aquellas acciones con significado estratégico buscando con ello detener la caída de precios originada en el pánico de inversionistas aterrados.*

*La postergación de la ruina fue breve. Ni siquiera las divinidades de Wall Street pudieron detener la tormenta que se desató 'el martes negro' del 29 de octubre, uno de los días trágicos en la historia de Estados Unidos. Durante la primera media hora de transacciones se vendieron a precio vil 3 millones de acciones en el mercado; pasadas dos horas habían cambiado de dueño ocho millones de acciones en medio de una violenta caída de precios siendo 16,5 millones de acciones el total registrado ese día en tanto otros tantos millones quedaron sin registrar como vendidos. En definitiva, 'el martes negro' cambiaron de dueño de 20 a 25 millones de acciones. Nunca había sucedido algo semejante. Los millonarios y sus sirvientes se arruinaron por igual en el 'crash'. El desplome de precios continuó día tras día. Cuando a mediados de noviembre alcanzaron los precios su nivel más bajo, un volumen de 25 mil millones de dólares había desaparecido sin dejar rastros bajo el oscuro cielo de Manhattan. El 'crash' puso violento término a los dorados años 20, 'la nueva era', el decenio de la prosperidad<sup>29</sup>.*

Las crisis de los ricos son las crisis de los pobres y las crisis de los países ricos son crisis en los países pobres. Exportadores de comestibles y, en general, de medios de vida, los países pobres vieron descender drásticamente el precio de sus productos; lo mismo ocurrió con aquellos que se dedicaban a la exportación de materias

---

<sup>29</sup> Dillard, Dudley: Id. (12), págs. 486 y 487.

primas, también pobres: los precios de esos productos se vinieron al suelo. Las naciones poderosas empezaban, de esa manera, a traspasar su crisis a las naciones débiles disponiendo, además, que el manejo de la economía sería realizado a través del control de la emisión monetaria. La crisis se desencadenó en Chile. Manifestación de ello fue el desfile generoso de jefes de estado, que se sucedieron con sus diversas recetas, intentando revertir la situación: Luis Altamirano, Arturo Alessandri, Emiliano Figueroa, Carlos Ibáñez, Carlos Dávila, Bartolomé Blanche, Arturo Alessandri (nuevamente).

Deseosas las clases dominadas de encontrar nuevos canales que les permitiesen expresar no sólo sus frustraciones y desencantos, sino además sus más sentidas aspiraciones, reprimido el Partido Comunista y con graves problemas internos, atacado por representar una línea foránea ajena a las necesidades locales, estaba fértil el terreno para que una nueva agrupación política de la clase trabajadora se hiciese presente en la escena política de la nación: el Partido Socialista de Chile. Rodrigo Ambrosio se referiría a ese hecho, en sus intervenciones, con las siguientes palabras:

*“El Partido Socialista nació en la década del 30; es en buena medida producto de la crisis mundial del capitalismo que se refleja en las profundas convulsiones sociales y en la agitada historia política de esos años, y que golpea duramente a extensos sectores de nuestro pueblo. Eso explica que un partido que en su nacimiento no es más que la fusión de diversos grupos de intelectuales, se expanda rápidamente en las masas, especialmente en el proletariado manufacturero tradicional y en las capas medias más radicalizadas”<sup>30</sup>.*

No obstante, a poco e iniciar sus actividades, la organización política Partido Socialista de Chile estaba ya institucionalizada. Y duros problemas le aguardaban pues la crisis de octubre/noviembre de 1929 no iría a terminar allí, sino se extendería por largos años. John Kenneth Galbraith recuerda, al respecto, que

---

<sup>30</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (22), pág.52.



*“[...] el 8 de julio de 1932 la media industrial del Times estaba a 58, ligeramente por encima de la octava parte del nivel de tres años antes [...],*

que si en 1929 el desempleo era de 1,6 millones de personas (un 3,2 del total de la fuerza de trabajo),

*“[...] en 1932 fue de 12,1 millones, o sea, poco menos de la cuarta parte de la fuerza de trabajo. El año siguiente fue todavía mayor. No había compensación para el desempleo. De acuerdo con un serio principio constitucional, citado con frecuencia por los ricos, el sustento de los indigentes era una responsabilidad local”<sup>31</sup>.*

En el área bancaria, la crisis resultó una catástrofe total.

*“En 1929 quebraron 659 bancos, un buen número después del crac. En 1930 se hundieron 1352 y en 1931, 2294[...]”<sup>32</sup>*

*“Al terminar el año 1933, casi la mitad de los bancos de la nación habían desaparecido [...]”<sup>33</sup>*

*“Hubo que esperar hasta 1937 para que el Producto Nacional Bruto volviera a alcanzar el nivel de 1929, y hasta 1941 para que el desempleo bajara a menos del 10 por ciento de la fuerza de trabajo. La depresión de 1920-1921 fue fuerte, pero breve. La de los años 30 fue fuerte y muy larga”<sup>34</sup>.*

Y, en 1938, se elegía como Presidente de Chile al abanderado de la coalición denominada Frente Popular Pedro Aguirre Cerda: la era de la industrialización comenzaba para aquel país sudamericano.

---

<sup>31</sup> Galbraith, John Kenneth: *“El dinero”*, Hyspamérica Editores Argentina S.A., Buenos Aires, 1983, pág. 214.

<sup>32</sup> Galbraith, John Kenneth: Obra citada en (31), pág. 226.

<sup>33</sup> Galbraith, John Kenneth: Obra citada en (31), pág. 228.

<sup>34</sup> Galbraith, John Kenneth: Obra citada en (31), pág. 215.

## Capítulo X: El todo se reordena para decidir, una vez más, el destino de la parte.

Murray Gell-Mann previene contra una práctica errónea, en la que corrientemente se incurre, al recordarnos que

*“[...] la explicación del nivel superior en términos del inferior se suele denominar ‘reducción’”<sup>35</sup>.*

En tales circunstancias se ‘reducen’ las formulaciones de los hechos a su ocurrencia inmediata, a lo que sucede en el interior de los mismos, para considerarlos en el carácter de fenómenos autónomos, independientes de su entorno. Pero actuar contra el ‘reduccionismo’ es ardua tarea: obliga a explicar la parte como función del todo o, lo que es igual, los niveles inferiores en términos de los superiores. Es, en suma, un intento de formular la historia de la nación no a partir de la ocurrencia de sus propios sucesos, sino considerar a éstos como resultado de lo que acontece dentro del organismo mayor al que pertenece.

Tal vez, estas consideraciones ayuden a entender nuestro esfuerzo en torno a intentar la formulación de una historia del MAPU como historia del Partido Socialista e historia del Partido Comunista, a la vez; como historia de las luchas sociales del país e historia de la historia de Chile, que es la historia del sistema capitalista mundial y, también, historia de la tierra. Todos, organizados en otros todos; partes, conformando partes de otras partes mayores. La historia de los objetos y de los organismos no es más que la compleja historia de sus relaciones con el entorno dentro del cual interactúan, y sus propias transfiguraciones no son sino la reproducción rítmica de las transfiguraciones que se producen en el mundo exterior.

El período de auge del último ciclo que estudiara Kondratiev (el tercero) se extiende desde 1891-1896 hasta 1914-1920; el de recesión desde 1914-1920 a un año incierto, que el investigador no alcanzó a establecer. No obstante tales inconvenientes, otros autores —como, por ejemplo, Freeman y Louçã—, siguiendo el mismo

---

<sup>35</sup> Gell-Mann, Murray: *“El quark y el jaguar”*, Tusquets Editores S.A., Barcelona, 1996, pág. 130.

método suyo, desarrollan un cuarto ciclo que comprende desde los años 1930-1940 hasta finales del 2000. Ernest Mandel, por su parte, sostiene que el período de auge de ese ciclo abarca de 1940 hasta 1967 siendo el de recesión de 1968 a 1976. Una proyección simple (aproximada, por cierto) de los ciclos anteriores de Kondratiev permite suponer que su cuarto ciclo se extendería desde 1940-1950 hasta 1960-1976 (para el período de auge) y desde 1960-1976 hasta 1990-1996 (para el de recesión). La importancia de este ciclo es crucial. Entre sus fechas de inicio y de término hace su aparición un conjunto de fenómenos de diversa índole, ligados estrechamente entre sí.

Aunque la industria automovilística había hecho su aparición a fines del siglo 19, es hacia comienzos de 1900, y más exactamente hacia 1940, cuando adquiere un desarrollo sin precedentes, aumentando en forma espectacular el de por sí cuantioso empleo del petróleo. “*Civilización del petróleo*” llaman algunos autores a la época que se extiende desde 1950 en adelante; Freeman y Louçã sostienen que este cuarto ciclo de Kondratiev merecería con justicia denominarse

*“[...] la edad del petróleo, de los automóviles, de la motorización y de la producción en masa [...]”<sup>36</sup>.*

Y, no obstante estas semblanzas y precisiones, un fenómeno singular —que también acontece en ese ciclo— viene a revolucionar por entero las relaciones internacionales: el desarrollo de la industria militar.

El fenómeno aquel no es casual: se inicia y alimenta al amparo de las dos guerras mundiales, en medio de un doble juego que ha de mantenerse constantemente por las potencias involucradas en el transcurso de los años venideros.

*“En realidad, durante todo el período de 1914 a 1915 la fortaleza relativa de Estados Unidos aumentó más o menos continuamente a expensas de ambos, aliados y enemigos”,*

---

<sup>36</sup> Freeman, Chris y Louçã: Obra citada en (13), pág. 257.

expresan Baran y Sweezy,

*“y, al final de la Segunda Guerra Mundial, surgió como nación dirigente e indisputable, con una posición absoluta en el mundo capitalista, tan dominante como la que tuviese la Gran Bretaña de 1815.*

*Esto sólo bastaría para explicar por qué las necesidades militares de Estados Unidos se inflaron enormemente durante las dos guerras y hayan seguido siendo descomunales en tiempos de paz, después de la Segunda Guerra”<sup>37</sup>.*

Sin embargo, como los propios Baran y Sweezy lo indican, eso no basta para explicar el extraordinario auge de la industria militar. Dos razones se hacen presentes para justificar tal circunstancia:

1. La primera de ellas es la aparición de un contradictor planetario al sistema capitalista mundial: la Unión de Repúblicas Socialistas Federativas Soviéticas URSS.

*“Para explicar por qué las necesidades militares de Estados Unidos se expandieron rápidamente durante el período de la posguerra tenemos que ir más allá de una teoría basada en la experiencia capitalista del pasado y tomar en cuenta un nuevo fenómeno histórico, el nacimiento de un sistema socialista en el mundo, como rival y alternativa del sistema capitalista”<sup>38</sup>.*

2. La segunda de las razones ha de encontrarse en el carácter mismo de la mercancía militar, lo que nos obliga a internarnos —aunque sea superficialmente— en el modo de consumo.

Karl Marx distingue la existencia de varios modos a través de los cuales se realiza el proceso productivo, dentro de los cuales señala el modo de circulación o cambio, el modo de distribución, el modo de participación y el modo de consumo. Y así, afirma:

---

<sup>37</sup> Baran, Paul y Sweezy, Paul: *“El capital monopolista”*, Siglo Veintiuno Editores S.A., México, 1979, pág.146.

<sup>38</sup> Baran, Paul y Sweezy, Paul: Obra citada en (37), pág. 147.

*“Es únicamente en el consumo donde el producto deviene en producto real [...]”<sup>39</sup>.*

En efecto: todo producto se elabora para ser consumido. El consumo es aplicable a todos los productos pues si bien hay unos que se emplean en la producción de otros, de todas maneras se usan y desgastan en esa tarea. Un **producto**, como su nombre lo indica, requiere ser elaborado; tras ese hecho pasa al comercio en donde abandona su carácter de tal para denominarse **mercancía**: adquirido por quien la va a emplear termina como **medio de consumo o de producción** (a la vez que de consumo). La característica esencial de toda mercancía no es tanto su rol de bien mercantil sino esa aptitud permanente que debe mostrar para ser consumida. En tanto más rápido se consume más pronto crea una necesidad, dinamiza la producción, y el capital circula velozmente a la vez que aumenta en forma vertiginosa.

*“El consumo crea la necesidad de una nueva producción y, por consiguiente, la razón ideal, el móvil interno de la producción, que es la premisa de ésta”,*

afirma Marx<sup>40</sup>.

*“El consumo como menester, como necesidad, es el mismo un factor interno de la actividad productiva, pero esta última es el punto de partida de la realización y por tanto también su factor predominante, el acto en que se opera de nuevo todo el proceso”<sup>41</sup>.*

El consumo, no obstante, puede ser suplido por una forma especial, una modalidad que hace inútil a la mercancía por el simple hecho de estar en condiciones de ser reemplazada por otra que representa con

---

<sup>39</sup> Marx, Karl: “*Contribución a la crítica de la economía política*”, Editorial Progreso, Moscú, 1989, págs. 186 y 187.

<sup>40</sup> Marx, Karl: Obra citada en (39), pág. 187.

<sup>41</sup> Marx, Karl: Obra citada en (39), pág. 189.

mayor fidelidad las aspiraciones del potencial consumidor. Es el fenómeno de la *obsolescencia*, en virtud del cual una mercancía —la que sea— deja de ser objeto de transacción por el sólo transcurso del tiempo; fabricada en una cierta época y lugar, es declarada fuera de uso —sin, siquiera, ser empleada— por otra nueva, que la reemplaza adquiriendo todas sus anteriores propiedades. La obsolescencia opera, fundamentalmente, en los bienes que se presentan en el carácter de medios de producción; también lo hace tratándose de bienes de consumo duradero. En el mundo de la moda, opera sin contrapeso bajo diversas formas. Con su empleo, se trata, en el fondo, de declarar consumidos todos aquellos productos cuyos modelos se reemplazan por otros más actuales o que representan mayor novedad.

En la industria militar, el fenómeno de la obsolescencia opera a gran escala. El armamento de un país puede, de un momento a otro, quedar bruscamente en desuso por la sola exhibición de un modelo recién fabricado. Las operaciones militares de Estados Unidos en Irak, Kosovo y Afganistán, realizadas en el curso de los primeros años del nuevo milenio, tuvieron por objeto, precisamente, demostrar la inutilidad de determinados productos bélicos. Por el simple hecho de su exhibición, una nueva arma convierte en chatarra a todo un arsenal militar en pocos segundos, y obliga a su inmediato reemplazo, dinamizando con ello la economía. Siendo la más cara de las industrias por el valor de sus productos (generalmente, son sólo los Estados quienes están en condiciones de adquirir tales productos) es, no obstante, la más dinámica de todas.

El desarrollo de la industria armamentista, importante de por sí, facilitó además la creación de un nuevo tipo de relaciones interestatales. Como lo expresan Baran y Sweezy:

- permitió la

*“[...] rápida rehabilitación y fortalecimiento de los centros tradicionales de poder capitalista y su integración en una alianza militar dominada por Estados Unidos [...]”;*

- construyó

*“[...] la trama de una red de pactos y bases militares que rodea todo el perímetro del bloque socialista [...]”;*

y,

- dio comienzo a una nueva forma de concebir la política para Estados Unidos, que

*“[...] necesitó armas de todas clases, el adiestramiento y los hombres para usarlas, la provisión de músculos y fibra para este esqueleto mundial de alianzas estableciendo así las ‘posiciones de fuerza’ desde las cuales podía enfrentarse a la expansión del socialismo [...]”<sup>42</sup>.*

El cambio que experimentó el funcionamiento del sistema capitalista mundial en esta nueva fase fue decisivo para Chile. Por una parte, y a diferencia de lo que sucediera al desencadenarse la Primera Guerra Mundial (donde defendió para sí un rol de neutralidad), en la Segunda Guerra Mundial estuvo junto a los Aliados y, potencialmente, fue sujeto internacional beligerante: Chile presumía poseer respaldo o capacidad suficiente para declarar la guerra a un enemigo desconocido. Por otra, también a partir de la Segunda Guerra Mundial, la oficialidad de su ejército comenzó a recibir adiestramiento doctrinario y bélico en tres bases militares, centros de estudios controlados y dirigidos por Estados Unidos: uno fue el War College, otro la Escuela de las Américas y, el tercero, la Escuela Superior de Guerra de Brasil, dependiente del War College. Los nexos entre la oficialidad militar latinoamericana, incluida la de los chilenos, y los intereses del Pentágono dejaron de ser lejanos y secretos para hacerse estrechos y manifiestos; los golpes de estado, de ahí en adelante, no serían una mera casualidad en el continente latinoamericano.

Transformaciones de toda índole abarcan materias de toda índole. Desde siglos inmemoriales, desde que apareciese sobre la tierra, el capital lucha por alcanzar cada vez mayores espacios de libertad. El capital es una creación esencialmente libertaria; es un sujeto en sí y para sí, no para los demás. Por eso busca romper los vínculos

---

<sup>42</sup> Baran, Paul y Sweezy, Paul: Obra citada en (37), pág.152.

familiares que lo ligan a su parturienta, que es el obrero; por lo mismo busca sacudirse la dependencia que lo une al capitalista, propietario suyo. Y a las leyes de la rotación que lo aprisionan. No por otra circunstancia multiplica su apariencia y, como Dios, se vuelve trinidad (capital industrial, bancario y comercial) trocándose en tres personas distintas y una entidad total. Pero su transmutación, por excelencia, es ser capital bancario pues, en tal calidad, se liga al dinero y vive como factor reproductor de sí mismo, expresándose en números y cifras que dan cuenta de su constante acrecentamiento: como capital bancario es producción, banca y comercio a la vez. Y, sin embargo, no es libre totalmente. Necesita disociarse, efectuar una nueva separación, abrirse e independizarse más aún, huir del control de sus propietarios cuya pasividad, a menudo, le resulta mortal. La oportunidad se la brinda la forma de expresión que adopta la agrupación humana, las formas de unión que emplea el empresario para multiplicarse, para hacerse colectivo y colectivizar, a la vez, la percepción de la base monetaria que requiere; en suma, hacerse masa percibiente. Es la llamada 'sociedad' jurídica y, dentro de ella, la sociedad por excelencia, la sociedad anónima, que capta el dinero del conjunto social volviéndolo capital. Un grupo osado de sujetos pide dinero a los bancos, dinero que no tiene nombre ni dueño específico a no ser el banco mismo, dinero casi libre. A través de un proceso de emisión de acciones, este grupo de sujetos capta dinero de la población e inscribe como propietario de cada suma al inversionista respectivo. Se forma así una empresa en la cual la generalidad del dinero que va a emplear como capital es ajeno a quienes la dirigen; se trata de capital con dueños múltiples que administra un grupo reducido de sujetos. La contradicción se hace manifiesta y basta tan sólo legalizar esta disociación. Los que manejan el capital no son sus dueños jurídicos; el capital está de por sí separado de sus propietarios y entregado a manos de administradores y factores de comercio, sujetos extraños, temerarios, capaces de realizar la labor de acrecentamiento que necesita. La propiedad jurídica cede así paso a una nueva forma libertaria de capital, en donde la administración del mismo se torna autónoma, independiente de aquella. De ahí en adelante no será necesario contar ya con la aprobación del propietario para la realización del negocio social; es más, muchas veces se actuará directamente en su contra para realizar los negocios



que interesan a la administración. Quienes ejecutan esa labor exigirán altas remuneraciones, expresadas parte en dinero, parte en acciones de la empresa en donde se desempeñan o de otras igualmente importantes. Un nuevo estamento parece emerger, una fracción burguesa administradora de capitales que hace su entrada a la escena de la nación y, al igual de las demás, exige su participación directa dentro del bloque en el poder; por lo mismo, como las otras, deberá contar con su correspondiente representación política. El modelo empresarial se va a repetir en el modelo político. Los actores de la escena política y los administradores del estado participarán crecientemente en la instauración de un modelo en el cual los verdaderos propietarios de la nación —sus ciudadanos— quedarán cada vez más separados del poder político consumándose, de esa manera, la reproducción social de esa disociación. Si, en los años de la ‘industrialización chilena’, ensayó primero el Partido Radical (PR) y luego la Democracia Cristiana el desempeño exhaustivo de semejante rol, en la fase post dictatorial (de 1990 en adelante), sería la ex dirigencia del MAPU, convertida en socialismo-pepedeísmo (PS-PPD) quien volvería a hacerlo; pero, a diferencia de la anterior, tal labor se consumiría con maestría sin igual.

¿Nueva fracción de clase? No. Ello es sólo aparente. En la dinámica de la lucha de clases, estos sujetos toman su lugar junto a los explotadores en los lugares correspondientes. Son su brazo ejecutor. Son los ‘Torquemada’ de esta nueva ‘Inquisición’ mercantil, ávida de enviar a la hoguera a los estamentos empobrecidos.

## Capítulo XI: Se abre espacio social para la emergencia de otras fuerzas políticas.

¿Qué importancia tiene, para la historia del MAPU, esta secuencia de ciclos globales, la maraña de relaciones a que dieron lugar, las transformaciones vertiginosas que sucedían en esos años? La importancia es trascendental: por una parte, explica el industrialismo de las naciones no como una imposición de los países ricos, sino en función de la respuesta que cada nación pobre debió dar a sus necesidades propias, originadas en la paralización o reducción de las importaciones; por otra, explica la mecánica de los movimientos populares, sus ascensos y sus declinaciones.

Un período de auge (al que llamaremos ‘fase A’, como lo hacen varios autores) en los países ricos —más exactamente, en el país rector—, corresponde a un período de recesión (‘fase B’) en los países pobres. Por regla general. Esto quiere decir que, a menudo, los ciclos contraponen sus fases según las distintas regiones donde el fenómeno tiene lugar y recorren, así, inversas órbitas; si en la ‘fase A’ los países ricos exportan sus productos a los pobres, éstos satisfacen sus necesidades en virtud de la práctica del intercambio de dinero por mercancías. Pero cuando los países ricos entran en recesión (porque se desencadenan las crisis, cae la cuota de ganancia, no hay buenos negocios, no hay rentabilidad), la relación comercial se deteriora, se accidenta, se torna irregular; las naciones ricas no alcanzan a satisfacer las necesidades de las pobres y éstas deben empezar a autoabastecerse, primero con la producción artesanal, luego con la creación de pequeñas industrias que, en el transcurso del tiempo, devienen en grandes. El país pobre empieza a producir, hay cierta satisfacción del mercado interno, el desempleo disminuye; comienza un período de auge en el cual no deja de hacerse presente la paradoja del fortalecimiento de las organizaciones sociales.

Así sucedió en el período que abarca desde el año 1920 a 1938. Mientras las naciones industrializadas vivían una ‘fase B’ del ciclo global, Chile se vio obligado a resolver los problemas que creaba la satisfacción de su demanda interna. Lo hizo en la forma de autoorganización industrial; los movimientos populares se hicieron fuertes, pero como se trataba de una cuestión de sobrevivencia para

las clases dominantes también lo fueron las represiones. Sólo en 1938, y con el triunfo del abanderado del Frente Popular, Pedro Aguirre Cerda, tuvo lugar una estrategia de desarrollo, consciente, deliberada, que contemplaba la industrialización del país dirigida por el poder político, y que había de extenderse hasta las proximidades de los años 60.

Las afirmaciones precedentes no deben conducir a estimar que la historia se encuentra predestinada ni, mucho menos, hacer creer que un cambio social sucede como obligada consecuencia de otro. La historia enseña que las opciones de una nación no son diferentes, en número, a las que se presentan a diario para cada individuo. Desvela por qué algo sucedió y por qué no pudo hacerse presente otra alternativa. En el Chile, de ese entonces, también se dieron otras oportunidades para la población, a la manera que sucede en el Chile de hoy. El por qué de los fenómenos obedece tan sólo a la selección que cada formación social hace de tales opciones. La historia permite prever por qué algo que pudo hacerse no se hizo en su debida oportunidad y, por lo tanto, por qué se produjeron determinadas consecuencias. La historia de las naciones sudamericanas demuestra que no todas siguieron modelos similares, sino seleccionaron para sí las soluciones que más satisfacían el interés de sus clases o fracciones de clase dominantes. Los resultados alcanzados por todas ellas dan testimonio de la rica variedad que ofrecía el espectro social de aquel entonces y las diferentes opciones que eran posibles.

Contra toda predicción triunfalista, el crecimiento experimentado durante esa época se detuvo para dar paso a una nueva estrategia del sistema capitalista mundial. Las naciones ricas experimentaban desde hacía varios años un nuevo sistema de fabricación que reducía los costos haciendo más rentables las operaciones productivas. Era el momento que esa nueva forma de realizar la producción hiciese su ingreso en Chile; era la hora de la ‘transnacionalización de la economía’. Eran, también, los años en que Rodrigo Ambrosio, empujado por la necesidad del perfeccionamiento y el hambre de conocer en profundidad el pensamiento de Karl Marx, enfilaba rumbo a Europa; hacía su ingreso a ese continente cuando arribaban los cambios y emergían nuevos y sucesivos movimientos.

El fenómeno de la transnacionalización comenzó a darse en Chile durante las postrimerías del mandato de Jorge Alessandri Rodríguez,

prolongándose a lo largo de todo el período de su sucesor Eduardo Frei Montalva.

Raúl Vigorito y Raúl Trajtenberg, que estudiaran en su tiempo la realización de este proceso<sup>43</sup>, sostienen que la forma de llevarse a efecto presentó dos variantes, a saber:

- a) Por '*repetición*'. En este caso, la transnacionalización se realizó reproduciendo, en una localidad, las mismas operaciones que la industria original ejecutaba en su domicilio oficial; y,
- b) Por '*segmentación*'. Por esta vía, el productor fabricaba determinadas piezas o partes del producto principal, o realizaba las operaciones de montaje de esas piezas o partes, en una localidad distinta a la de la industria originaria.

Transnacionalización, sea que se realice por vía de la repetición o de la segmentación, implica industrialización; e industrialización implica trabajo, necesidad del empleo de mano de obra, ocupaciones, oficios. Cuando esa mano de obra no existe es necesario crearla, lo que implica sacarla de otra parte para prepararla y adecuarla a los requerimientos del capital. La industria siempre recurre a los colegios para proveerse de trabajadores; pero cuando no puede hacerlo recaba el concurso del agro. Entonces, grandes contingentes de trabajadores del campo emigran a la ciudad, al tiempo que los estudiantes ven alterarse sus planes de estudio y períodos de escolaridad en beneficio del capital. Pero, para que ello ocurra, menester es realizar dos importantes ajustes que conducen a un tercero:

1. Una 'Reforma Agraria' con la que se provoca el éxodo del campo hacia las ciudades, y
2. Una 'Reforma Educacional' a través de la cual se asegura la preparación del contingente laboral de acuerdo a las exigencias del capital.

Campeños que emigran del campo a la ciudad y estudiantes que ingresan con prontitud al mercado del trabajo implican la aparición de nuevos problemas de carácter urbano para cuya solución se hace necesario la formulación de otro ajuste, como ya lo hemos dicho. Este no es otro que el denominado 'Plan Habitacional'.

---

<sup>43</sup> El trabajo de Raúl Vigorito y Raúl Trajtenberg se publicó en la Revista del Comercio Exterior de México en la década de los 80.

Alessandri, cuya labor primordial debía expresarse en el cabal cumplimiento de estas tareas, se vio imposibilitado de hacerlo; los sectores que le apoyaban querían obtener ganancias inmediatas sin realizar grandes inversiones y la ayuda que podía brindar Estados Unidos al desarrollo de esos proyectos era insuficiente para su realización. Y es que sucede, además, algo muy simple: cuando advienen las crisis, la acumulación capitalista se realiza a otro nivel: a través del sistema de las ‘quiebras’, los bienes se transfieren, pasan de mano en mano; no desaparecen, pero tampoco aumentan. Se requiere, para ello, de grandes inversiones, y eso se logra obteniendo ‘dinero fresco’ de otras naciones. Correspondió la ejecución de dicha labor al Presidente Eduardo Frei Montalva quien contó con el apoyo de la Administración del entonces Presidente de USA Lyndon B. Johnson, sucesor de John Fitzgerald Kennedy, e impulsor del programa denominado “Alianza para el Progreso”; las transformaciones se llevaron a cabo con gran celeridad generalizándose la extracción del plusvalor relativo a toda la economía. La dependencia de Chile respecto a Norteamérica se hizo más estrecha, en tanto el predominio del modelo norteamericano se extendía a escala mundial. Sin embargo, a lo largo y ancho de la nación, se acumulaban hechos, circunstancias, luchas, frustraciones, rebeldías y los partidos políticos tradicionales no eran capaces de traducir tanto en sus análisis como programas la globalidad del nuevo mapa social; no interpretaban adecuadamente la esencia de los movimientos estudiantiles ni podían dar respuestas oportunas a las nuevas condiciones impuestas a los sectores dominados. Fue lógico, entonces, que otras organizaciones, conformadas al compás de los cambios, emergiesen impetuosamente en la escena social para interpretar con mayor fidelidad los distintos intereses de los nuevos sectores. Tal fue el caso del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que, naciendo bajo el influjo de la naciente Revolución Cubana, tuvo como primer Secretario General a Enrique Sepúlveda<sup>44</sup> —y más carismático líder al estudiante de la Facultad de

---

<sup>44</sup> En el libro “*Miguel Enríquez: Páginas de Historia y lucha*”, publicado por el Centro de Estudios Miguel Enríquez CEME, Octubre de 1999, pág. 8, se lee que, en el Congreso Constituyente del MIR, realizado el 14 y 15 de agosto de 1965 en la Federación del Cuero y del Calzado, Santiago, “el CC

Medicina de la Universidad de Concepción, Luciano Cruz—, y del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), como fracción de la Democracia Cristiana (junto a otros movimientos), cuyo primer Secretario General fue Jacques Chonchol, que se había destacado antes como Director del Instituto de Desarrollo Agropecuario INDAP.

Al declarar el MIR agotadas las formas de contienda democrática y llamar a las masas a tomar las armas como única forma de resolver las injusticias sociales, la opción del MAPU quedó sellada: sería, a no dudarlo, ‘la’ nueva organización política que iba a representar el descontento popular a la administración DC, una oposición frontal a la creciente intervención norteamericana y la convicción absoluta que vastos sectores tenían de poder realizar aún grandes transformaciones sociales a partir del empleo exhaustivo de las instituciones de Gobierno. Rodrigo Ambrosio expresaría todo aquello de la siguiente manera:

*“El MAPU surge a fines de la década de los 60, en un período de estrepitoso fracaso del reformismo burgués y de ascenso de las luchas del pueblo, marcado por la consolidación de la CUT, por un aumento ostensible de la combatividad proletaria, por la rápida organización de clase del proletariado agrícola, por la proletarianización de importantes sectores de trabajadores. Es también la década en que la Revolución Cubana ha hecho un profundo impacto en las izquierdas tradicionales y en que el "guerrillerismo" ha mostrado cabalmente sus limitaciones políticas y de clase. En esas condiciones se hace posible el MAPU, como la vía de proletarianización de nuevos sectores de la clase obrera”<sup>45</sup>.*

---

eligió como Secretario General al compañero Luis Sepúlveda”.

<sup>45</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (22), pág. 52.

## Capítulo XII: Las transformaciones eclesiales del 60.

Una religión no es la simple creencia en un ser superior o una divinidad; implica, generalmente, la propagación de dichas creencias y su organización, lo que conduce a la adopción de determinadas formas de comportamiento social. El cristianismo nació como religión de los sectores dominados; sus defensores predicaban la igualdad de los seres humanos. Las expresiones de Cristo sentenciando lo difícil que sería para un rico entrar ‘en el reino de los cielos’ fueron abiertamente subversivas; no se orientaron en sentido diferente las prédicas del profeta Mahoma en condena de la esclavitud y sus exigencias en torno a reconocer la igualdad de la mujer frente al hombre. También lo hicieron la religión fundada por Buda y las ideas de Lutero, orientadas en lo esencial a introducir reformas al campo de la solidaridad. Naturalmente que todas ellas implicaban la adopción de nuevas formas de vida o de comportamiento social.

Cuando se construye un modelo ideal del dios venerado —su origen humilde, su prédica a las clases desposeídas, su condena a la riqueza, el reclutamiento de sus discípulos entre los más bajos estratos sociales y la entrega de la vida por la redención del género humano o, dicho de otra manera, el sacrificio propio por el bien de los demás—, como sucede con la religión católica, esa prédica asume un carácter altamente subversivo en las sociedades escindidas en clases. Así sucedió a fines de la década del 50 y principios de la del 60. Fundada sobre principios de solidaridad social, la religión católica no podía mostrarse insensible a los acontecimientos que se irían a generar en esos años. Era la época dentro de la cual los intereses de los desposeídos parecían estar representados —a nivel mundial— por la Unión de Repúblicas Socialistas Federativas Soviéticas (URSS), en tanto Estados Unidos (USA) lo hacía con los intereses de los ricos.

La Iglesia Católica, profundamente anticomunista luego de una interpretación un tanto extrema de los textos de Karl Marx<sup>46</sup>, ejercía

---

<sup>46</sup> Siempre se ha atribuido a Karl Heinrich Marx la frase aquella según la cual ‘la religión es el opio del pueblo’. Nada más erróneo. El maestro de Tréveris sólo se limitó a reproducir una frase escrita por su amigo Johann

notable influencia sobre un conglomerado de partidos denominados ‘demócrata cristianos’. Aquello no era casual. Si quería evitar el eventual triunfo del ‘comunismo internacional’ y rechazar, al mismo tiempo, la explotación, necesitaba abrir una tercera (o cuarta) alternativa para el cambio social. Pero eso exigía un cambio en las concepciones de aquellos partidos que más parecían representar sus ideas, es decir, los demócratacristianos. Para la realización de tales tareas, necesitaba reformarse a sí misma, dar a esas organizaciones políticas el basamento moral que requerían: una reforma total tanto de los principios como de las prácticas dentro de la propia Iglesia. Una suerte de retorno al viejo dilema que impulsara a León XIII para acometer la empresa de dictar la Encíclica ‘Rerum Novarum’

Por eso, tampoco fue un hecho casual la elección de Angelo Giuseppe Roncalli que, bajo el ilustrísimo nombre de Juan XXIII, en octubre de 1958 asumió como Papa, la máxima jefatura de la Iglesia Católica: era la respuesta precisa de la comunidad cristiana al propio reordenamiento interno que requería para pronunciarse en forma definitiva acerca de la cuestión social y la paz mundial. No debía sorprender, pues, que la nueva autoridad eclesial se involucrase en las disputas de las grandes potencias, se pronunciase acerca del verdadero rol del empresario cristiano, manifestase su opción por los pobres, llamase a las naciones al desarme mundial, impulsase la dictación de la Encíclica ‘Mater et Magistra’ y convocase a los máximos prelados de la Iglesia a la realización del llamado Concilio Vaticano II. La era de las reformas parecía, así, asegurada. La Iglesia se renovarían. Y sus principios orientarían una nueva opción política. Los líderes cristianos ya no serían solamente Konrad Adenauer (en Alemania) ni Aldo Moro (en Italia); se les agregaría John Fitzgerald Kennedy (en USA) y muy pronto les seguirían Eduardo Frei (en Chile) y Rafael Caldera (en Venezuela), entre los más conocidos.

Las nuevas concepciones de la Iglesia se propagaron rápidamente; incluso estuvieron presentes en las declaraciones de algunos teóricos del Partido Comunista francés, entre otros, Roger Garaudy. Y, como toda propuesta social necesita del éxito de un modelo que exista en la vida real para convencer al elector incauto, se identificó a la sociedad autogestionaria yugoslava, impuesta por

---

Wolfgang Goethe que, por provenir de aquel, presumía conocida de todos.



Josip Broz Tito dentro de la confederación balcánica, como su prototipo ideal. En los libros que escribiese el más preclaro expositor de las nuevas concepciones cristianas, Jacques Maritain, se la llamó ‘sociedad comunitaria’; y, en un lejano país de Sud América, el partido que impulsaba tales ideas no vaciló en realizar su más exitosa campaña electoral sobre la base de anunciar la construcción de ‘la Patria Joven’ a través de una ‘Revolución en libertad’.

Sin embargo, el Papa Juan XXIII no pudo llevar a cabo la totalidad de las reformas emprendidas; la muerte lo sorprendió en 1963, sucediéndole en la jefatura de la Iglesia Giovanni Battista Montini (Papa PauloVI), quien asumió como tarea suya la conclusión del Concilio Vaticano II.

Las reformas emprendidas hasta ese momento no habían sido sólo insuficientes para cambiar algunas concepciones políticas, sino los líderes cristianos parecían muy poco proclives a impulsar la paz mundial: la crisis de los misiles y la fracasada invasión a Cuba eran fenómenos que se habían desencadenado, precisamente, en Estados Unidos durante la Presidencia de un católico como lo era John Fitzgerald Kennedy. Y la Revolución en Libertad se desprestigiaba día a día... Ya no era posible introducir más cambios. Ni a la Iglesia ni a los partidos cristianos. Los hechos que se desencadenarían más adelante confirmarían tales asertos.

Hacia 1967, comenzaron las dificultades en la Universidad Católica de Chile. En sus sedes tanto de Santiago como de Valparaíso. La generalidad de los alumnos estaba convencida que las reformas emprendidas por el Concilio Vaticano II se aplicarían también a esa casa de estudios; pero así no había ocurrido. Por el contrario, la designación de Rector seguía siendo atributo exclusivo del Vaticano y no de la autoridad eclesiástica local; mucho menos, de los alumnos, profesores y personal administrativo. Ya lo había constatado el Cardenal Raúl Silva Henríquez<sup>47</sup> quien, al asumir su cargo de tal, se encontró

---

<sup>47</sup> El Cardenal Raúl Silva Henríquez destacó durante la Dictadura Militar por la defensa irrestricta que hizo de los derechos humanos, aún en contra de la alta jerarquía eclesiástica. Bajo su conducción se organizó el Comité Pro Paz que, posteriormente, derivó a Vicaría de la Solidaridad. Se justifica, sobradamente, que se le recuerde con su efigie en la moneda de 500 pesos.

*“[...] con la desagradable sorpresa de que no tendría injerencia alguna dentro de la Universidad y que ésta mantendría como Rector y Gran Canciller a don Alfredo Silva Santiago”.*

No era aquel el único problema que enfrentaba la Universidad Católica de Chile. Notablemente disminuida frente a las demás, que sí habían sido objeto de profundas reformas, el plantel católico no contaba con profesores a tiempo completo, dificultándose con ello el trabajo de investigación y la preparación científica de los futuros profesionales; pocos de los maestros manifestaban preocupación por los problemas sociales del país; no existía participación alguna del estudiantado, del profesorado o del personal administrativo en las bases sociales y obreras; ninguno de aquellos estamentos tenía derecho a voz y voto en la generación de las autoridades o en la preparación de planes de estudio; la elección del Rector era decisión privativa de un poder establecido no sólo fuera de la Universidad sino de la nación chilena y su dependencia no era de la Iglesia Católica nacional sino del Vaticano. La Universidad era un feudo de Roma y a eso había necesidad de ponerle fin. Así, al iniciarse el año escolar en marzo de 1967, las ideas de introducir cambios —en profundidad— al funcionamiento de ese plantel educacional estaban en la mente de la generalidad de los alumnos.

## Capítulo XIII: El Movimiento 11 de Agosto.

El 7 de abril de 1967, a poco de celebrada la misa del Espíritu Santo, que precedía la inauguración del año académico, el estudiante de Medicina y presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica FEUC de ese entonces, Miguel Ángel Solar, leyó su tradicional discurso ante el alumnado y cuerpo directivo del Centro de Estudios. En dicho documento se contenía un párrafo con los siguientes términos:

*“La superación de la actual crisis de la Universidad solamente comenzará cuando sea relevado el actual Rector Excelentísimo Monseñor Alfredo Silva de su cargo y, más que eso, cuando su lugar de Rector pase a ser ocupado por un hombre de reconocidas capacidades y vocación universitaria y moderno espíritu organizador”.*

Aquel párrafo no era una simple afirmación temeraria: traducía con extrema fidelidad el espíritu del Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos de la Universidad Católica en orden a comenzar de esa manera un acelerado proceso de reformas orientadas a reconocer a cada estudiante su inalienable derecho a tomar parte activa en las decisiones trascendentales de esa Casa de Estudios.

Casi dos meses más tarde, el 6 de junio, y al no recibir aún respuesta satisfactoria a sus demandas, la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, nuevamente por intermedio de su presidente, volvía a dirigirse al Consejo Superior del plantel a través de la presentación de un documento que, bajo el nombre de “Hombres nuevos para la nueva Universidad” y redactado por el propio Miguel Ángel Solar, denunciaba una profunda “*crisis de autoridad*” e insistía en la necesidad de cambiar al Rector para dar, así, paso al proceso de reformas.

Coetáneamente, se reunía el Consejo de Presidentes de Centros de Alumnos para imponerse de la actitud adoptada por el Consejo Superior de esa Casa de Estudios y proceder, tras cortas deliberaciones, a adoptar una resolución de extraordinaria trascendencia: el llamado a un plebiscito que había de realizarse en el

curso de los días 27 y 28 de junio. En dicho acto cívico, debería el alumnado pronunciarse ante una sola pregunta:

*“¿Debe renunciar el Rector de la Universidad Católica, designado directamente por el Vaticano?”*

A poco de esa reunión, el 15 de junio, los alumnos de la Escuela de Arquitectura de Valparaíso procedieron a apoderarse del plantel, exigiendo mayor participación en las decisiones de la Escuela y la renuncia de su Rector local, Arturo Zavala. Temeroso de otras repercusiones y de un escándalo mayor, el Consejo Superior de la Universidad Católica de Valparaíso, haciéndose eco de las peticiones de los jóvenes, accedió convocar a elecciones dentro del plazo de treinta días. En tanto esperaba el estudiantado porteño el transcurso de ese plazo, se hacía presente en Santiago la fecha para la realización del plebiscito.

El acto se realizó sin mayores tropiezos y su resultado tampoco causó sorpresas: 3.221 votos a favor del ‘sí’, 569 por el ‘no’, 2.500 abstenciones y 300 votos entre blancos y declarados nulos.

El apoyo que la FEUC recibió de sus miembros fue inmenso. A poco del triunfo, se asignó a Miguel Ángel Solar la misión de entrevistarse no con el Rector del plantel sino con el jefe máximo de la Iglesia Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez y discutir con él los términos de las reformas. La razón de tal decisión radicaba, por una parte, en exponer el problema ante la más alta autoridad regional de la Iglesia; por otra, entenderse con una persona proclive a las reformas: el Cardenal había votado a favor de ellas durante la realización del Concilio Vaticano II; por el contrario, el Rector Silva Santiago se había pronunciado oponiéndose a ellas.

El 6 de julio, envió el Cardenal una carta al presidente de la FEUC en la que hacía referencia a los términos de la conversación sostenida entre ambos; y, resolviendo sobre un problema de dirección en el plantel, expresaba en una de sus partes:

*“Después de oír al Comité Permanente del Episcopado, consulté a Ud. si sería satisfactorio para los alumnos el que la autoridad competente de la Universidad nombrara un Pro Rector, capaz, y con la autoridad necesaria, que diera*

*garantía a todos los interesados, para llevar adelante cuanto antes las reformas estructurales de la Universidad que al parecer son aceptadas por todos [...]*

En realidad, las soluciones que se habían dado al conflicto —de carácter transitorio, pues se requería de una previa consulta al Vaticano— contenían, entre otras materias, las siguientes proposiciones:

1. El Rector sería nombrado por la Santa Sede dentro de una terna propuesta por el Consejo Superior de la Universidad;
2. El Rector podría ser un seglar;
3. Los profesores de la Universidad no necesitarían ser católicos;
4. Cada Facultad dictaría sus propios planes de estudio; y,
5. Por una sola vez, sería elegido el Rector en un claustro pleno por profesores y representantes estudiantiles.

Las concesiones hechas por la Universidad al alumnado habían dejado fuera, no obstante, dos asuntos de la más alta prioridad:

1. El compromiso de la Universidad con la sociedad; y,
2. La participación del estudiantado en la toma de decisiones que afectaban a todo el plantel, incluida la elección de Rector.

Es muy probable que ambas cuestiones centrales —a pesar de no haber sido consideradas y provocar con ello malestar entre los alumnos— hubieren quedado como puntos a discutir para un nuevo pliego de peticiones en 1968 a no mediar un hecho de extraordinaria trascendencia que puso de manifiesto la ‘*crisis de autoridad*’ en el plantel educacional.

Así era. El Consejo Superior de la Universidad porteña se había comprometido con los estudiantes a realizar elecciones de Rector dentro de treinta días contados desde la fecha de la resolución de la ‘toma’ de la Facultad de Arquitectura. El plazo no sólo estaba expirado, sino se excedía en 18 días al término de los cuales el Arzobispo de Valparaíso y Gran Canciller de la Universidad

Monseñor Emilio Tagle Covarrubias determinaba dejar sin efecto la resolución del Consejo Superior. El hecho era de extrema gravedad: la confianza en las autoridades universitarias se había quebrantado y el conflicto era ya inevitable.

El 10 de agosto llamó el presidente de la FEUC a una reunión del Consejo General de esa organización. El tema de la convocatoria decía relación con las medidas a adoptar frente a los recientes hechos. ¿Huelga? ¿Paro estudiantil? ¿‘Toma’? El acuerdo final fue casi unánime: 63 votos por la ‘toma’ de la Universidad y 9 en contra. A partir de ese momento, un grupo de jóvenes vehementes, que más tarde irían a conformar parte del estamento dirigente del MAPU, comenzó a darse a conocer: Carlos Montes, a cargo de la ‘toma’; José Joaquín Brunner, encargado de las relaciones con el Vaticano; Rodrigo Egaña, vocero de prensa y propaganda de la FEUC; José Antonio Viera-Gallo, Jaime Riesco, Oscar Guillermo Garretón, Rafael Echeverría, etc. Y dos de los anteriores presidentes de la FEUC: Manuel Antonio Garretón y Carlos Eugenio Beca (1963 y 1965, respectivamente).

Al día siguiente, 11 de agosto de 1967, la Universidad Católica de Chile aparecía ‘tomada’ por los estudiantes en una acción que se iría a prolongar hasta el día 22 del mismo mes. Un año después de ese hecho, en el mismo día y a una hora similar, en conmemoración de aquella ‘toma histórica’, siempre con la participación del presidente de la FEUC Miguel Ángel Solar, otro grupo de jóvenes apoyados por un grupo de sacerdotes y monjas procedió a ‘tomarse’ la Catedral Metropolitana de Santiago. Con ellos estuvo el ex dirigente y creador de la Central Única de Trabajadores de Chile, Clotario Blest Riffo<sup>48</sup>.

---

<sup>48</sup> Clotario Blest Riffo fue el prototipo del católico radicalizado que se entregó por entero a la causa de los desposeídos. Profundo admirador del creador de las mancomunales y organizador del movimiento obrero chileno, Luis Emilio Recabarren, quiso hacer de su vida la continuación de la obra de éste. Por lo mismo, luego de ser elegido Presidente de la Asociación de Trabajadores Fiscales ANEF, orientó todos sus esfuerzos a la construcción de la central sindical unitaria, obra que pudo concluir exitosamente el 12 de febrero de 1953. Clotario Blest fue, pues, el factor de unidad de todo el movimiento sindical chileno y causa eficiente de la creación de la Central única de Trabajadores CUT cuyo lema no fue otro que el redactado por Karl Marx para la I Internacional: “La liberación de los trabajadores ha de ser

Había nacido, finalmente, el llamado Movimiento 11 de Agosto, organización social que iría a servir de refugio a todos aquellos demócrata cristianos que ya no se identificaban con el partido al que pertenecían. Y un año más tarde, la Democracia Cristiana perdía a toda su juventud. Rodrigo Ambrosio era el presidente de esa colectividad.

---

obra de los trabajadores mismos”. La figura de ‘santón’ atribuida a él por algunos de sus biógrafos no corresponde en absoluto a aquella que le conocimos quienes tuvimos la ventura de trabajar en su compañía. Separado ya de la CUT, participó activamente en la creación del MIR y de muchas organizaciones sociales, entre otras, del Comité de Defensa de los Derechos Humanos y del Comité de Denesa de los Derechos Sindicales. Dotado de una integridad difícil de encontrar en la generalidad de los personajes públicos de hoy, jamás se vió envuelto en acusaciones de traición a sus principios o corrupción. Personalmente, guardo el recuerdo de una conversación —entre muchas— que sostuvimos en una oportunidad, a propósito del dolor de las madres, cónyuges e hijos de los detenidos desaparecidos y ejecutados durante la dictadura de Pinochet. Sus palabras, duras, atrevidas, tenían la conmovedora sinceridad que siempre lo caracterizó: “Cuando pienso en el drama de estas personas, cuando pienso que también todo ello pudo sucederme a mí, puede Ud. estar seguro, Manuel, que no hubiere vacilar en salir, a la calle, enloquecido, a matar”.

## Capítulo XIV: Los orígenes del MAPU.

El nacimiento del MAPU no obedeció, así, a la simple división de la Democracia Cristiana, a la fuga de toda su juventud en busca de nuevos derroteros, o al deseo simple de una o más personas de dar forma y contenido a una nueva fuerza política capaz de llenar el espacio vacío creado por la inercia de otras. Ni siquiera a la organización de un movimiento social como lo fue el Movimiento 11 de Agosto. Como todo lo que sucede en la naturaleza, el origen del MAPU ha de encontrarse en la exacta concurrencia de factores diversos dentro de un específico momento de la historia. A la manera que sucediese con el movimiento *hippie*. O como ocurriese con las grandes movilizaciones obreras y estudiantiles de París, en 1968. La acumulación de circunstancias en tiempo y lugar precisos provoca la emergencia de fenómenos sociales como lo fue el MAPU. Algunos de esos factores pueden ser agrupados en dos grandes rubros:

- 1 . **Factores internacionales.** Dentro de éstos, podemos señalar los siguientes:
  - 1.1. La confrontación cada vez más directa entre los dos grandes bloques mundiales de ese entonces (USA y la URSS) y el desprestigio de uno de ellos (el primero), que utilizaba todo su poderío bélico en atacar a pueblos pobres e indefensos como lo eran Cuba y Vietnam;
  - 1.2. El creciente temor a un holocausto nuclear como consecuencia de la confrontación entre USA y la URSS y el nacimiento de movimientos por la paz mundial y el desarme. Este factor, unido al anterior, creaba una suerte de moral nueva que repercutía directamente en el mundo cristiano;
  - 1.3. La incapacidad de las ‘terceras vías’ (Democracia Cristiana y Social Democracia) para resolver los problemas de los desposeídos en las distintas regiones del planeta;
  - 1.4. La emergencia de nuevos movimientos de liberación en distintos lugares del planeta y, en especial, en Latinoamérica;
  - 1.5. Las revueltas en Hungría y Checoslovaquia en contra del autoritarismo soviético en demanda de mayores espacios de libertad; y,
  - 1.6. Las transformaciones de la Iglesia Católica a nivel mundial, tal



cual lo señaláramos en las páginas precedentes. El rol social del cristiano se iba a resolver a través de una ruptura con las concepciones anteriores.

Como lo expresara Francesco Alberoni, se trató de

*“[...] una fractura en el mundo católico, el ‘disenso católico’. Es este un hecho menos notorio, pero muy importante en el plano político. Este movimiento repite el esquema consiguiente del catolicismo: se forma de pequeños grupos de creyentes que quieren realizar una auténtica vida cristiana. Quieren ir más allá del Concilio Vaticano Segundo y se estrellan contra la jerarquía. Entre 1966 y 1968 en estos grupos ‘el hambre y sed de justicia’ viene elaborada en términos marxistas a través de la ecuación: pobres del evangelio= obreros; ricos del evangelio= capitalistas. Se puede decir que en este período se produce una conversión en masa del catolicismo al marxismo”<sup>49</sup>.*

En efecto, en América Latina, las transformaciones políticas del cristianismo fueron gigantescas. No hubo solamente un MAPU que arrancara su juventud a una Democracia Cristiana chilena, sino también un movimiento que, en Perú, hizo emigrar de su tronco principal a toda la Juventud Demócrata Cristiana para convertirla en Partido Socialista Revolucionario (PSR); esta organización fue, más tarde, uno de los fuertes sostenes del Gobierno de Juan Velasco Alvarado. En Bolivia, los jóvenes cristianos, bajo la dirección de Jaime Paz, dieron origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y en Brasil, conducida por José Serra, la Acción Católica (AC) se convirtió en fuerza política bajo el nombre de Acción Popular (AP). Estas transformaciones no se realizaron de manera institucional. Por el contrario: en contadas ocasiones tomaron el nombre de ‘partido’, prefiriendo más bien el de ‘movimiento’. No lo hicieron por simple casualidad. Ya volveremos a referirnos a esta circunstancia.

**2. Factores nacionales.** De los factores nacionales que provocaron la emergencia de una nueva fuerza política

---

<sup>49</sup> Alberoni, Francesco: Obra citada en (18), pág. 365.

denominada MAPU, podemos anotar los siguientes:

2.1. El fuerte predominio de las ideas conservadoras dentro de la dirección de la Democracia Cristiana, su carácter altamente reaccionario y la soberbia de sus líderes luego de la asunción al Gobierno de la nación. La DC se mostraba partidaria de la represión obrera y estudiantil; las masacres de Pampa Irigoín y El Salvador dieron dramático testimonio de una conducta hostil hacia los desposeídos por parte del partido gobernante;

2.2. La división de la DC. Luego de la renuncia del senador Rafael Agustín Gumucio a esa colectividad política, le siguieron la del Director del Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario INDAP Jacques Chonchol, la de los diputados Alberto Jerez, Julio Silva Solar y Vicente Sota, y la migración en masa de toda su juventud, capitaneados por Rodrigo Ambrosio;

2.3. La crisis de la Universidad Católica y el nacimiento del Movimiento 11 de Agosto, a lo cual ya nos hemos referido;

2.4. La reacción de partes de las juventudes comunistas y socialistas en contra de sus dirigencias ante lo que consideraban inconsecuencia de la línea política al apoyar esos partidos el ataque contra las revueltas de Hungría y Checoslovaquia;

2.4. La incapacidad de los partidos populares tradicionales para dar respuesta a los urgentes requerimientos de las grandes mayorías nacionales;

2.5. La existencia de numerosos sectores convencidos de la necesidad de organizar movimientos que pudieran entrar a disputar un lugar de importancia en las luchas sociales a las demás fuerzas populares; y,

2.6. Finalmente, la presencia de un factor de unidad, capaz de reunir en torno suyo a un variado espectro de caracteres y opiniones, con un programa de acción alternativo a las tesis propuestas por las demás fuerzas políticas populares. Ese factor se llamó Rodrigo Ambrosio y su importancia fue crucial.

Como se desprende de los documentos agregados a este trabajo en el carácter de anexos, Rodrigo Ambrosio no sólo había trabajado pacientemente en la elaboración de las tesis programáticas destinadas a la Juventud Demócrata Cristiana, sino además en el esbozo de ciertas proposiciones para la lucha revolucionaria, la conquista del poder, la consolidación del socialismo y la construcción de la nueva

sociedad. No de otra manera se explica el documento que contiene las críticas tanto a la proposición del 'Frente Popular' (del PC) como a la estrategia guerrillera (del MIR) y condensa sus ideas acerca del 'Frente Revolucionario'. Tampoco se explican de otra manera sus estudios acerca de las fuerzas motrices de la revolución. Rodrigo Ambrosio, aún en la Democracia Cristiana, trazaba ya los lineamientos generales de aquel vasto movimiento popular que había de hacer realidad la revolución chilena.

Que, durante esos años, sostuviese el líder juvenil demócrata cristiano permanentes contactos con el dirigente del Partido Comunista chileno (PC), Volodia Teitelboim, no debe sorprender. Convencido como estaba del rol que a la DC le correspondía desempeñar en el proceso revolucionario a desencadenarse, comenzaba a sostener conversaciones al respecto con quien más conveniente le parecía hacerlo. A diferencia de otros elementos que compondrían la dirigencia del futuro MAPU, Rodrigo no era 'anticomunista'; mucho menos 'antisocialista'. Por el contrario, tenía la certeza absoluta que una revolución, de la naturaleza que fuese, era imposible sin la concurrencia de esos partidos (PC y PS) a los cuales, siempre y aún en las peores circunstancias, llamó 'hermanos'.

La existencia de vastos sectores convencidos de la necesidad de organizar un movimiento político en determinadas circunstancias históricas no implica atribuirles, por ello, identidad de pareceres en torno al caso. Las motivaciones de unos pueden no ser las motivaciones de los otros. Es más: generalmente, son todas ellas por entero diferentes. Es lo que sucedió con gran parte de los sectores que conformaron el MAPU.

De carácter autoritario (más adelante explicaremos este concepto), la generalidad de estos sujetos se mostraba públicamente bajo la apariencia de 'rebeldes'. En las luchas sociales, tal circunstancia les asimilaba en propiedad a quienes verdaderamente buscaban un cambio de sociedad.

Algunos de ellos, si bien apoyaban la organización de una nueva fuerza política no lo hacían como resultado de un profundo análisis, sino más bien para evitar la vergüenza que podía significarles ante sus relaciones cualquier vinculación con las estructuras políticas populares tradicionales. De ese hecho estaban plenamente conscientes. Como muy bien lo confiesa el ex militante del MAPU y

gerente de SODIMAC, Jorge Bande:

*“Para un niño del barrio alto, por muy de izquierda que fuere, era difícil meterse en el PS o en el PC [...]”*

Otros, estaban convencidos de la necesidad de organizar un movimiento propio porque tenían un prejuiciado concepto de lo que había de entenderse por orden y pulcritud. Mario Valdivia, también ex militante del MAPU, que en 2001 se desempeñaba aún como asesor de Fernando Flores (ex Ministro de Economía del MAPU, durante el Gobierno Popular) en su empresa BDA, lo explicaría de manera pintoresca: un ingeniero (¡sic!) no tenía cabida en partidos

*“despelotados y poco productivos”.*

En algunos casos, los celos y aprensiones que parte de la ex dirigencia del MAPU recibió como legado de su entorno, alcanzaron dimensiones espectaculares. La concepción vertical y jerárquica de la sociedad, el autoritarismo, la convicción según la cual es el líder y no la base social quien hace la historia, perdura hasta el día de hoy en algunos de esos sujetos. Eugenio Tironi la pone de manifiesto con notable precisión cuando atribuye a Allende la ‘culpa’ no sólo del golpe militar sino de lo que les sucedió a ellos. ¡Como si hubiere bastado que el Presidente tomase a sus partidarios de la mano para arrastrarlos al infierno!

*“Este grupo del que provengo, de izquierda, católico, basista, nunca fue muy proclive a Allende. Nos parecía aristocrático, que confiaba mucho en la política..., cosas que nosotros despreciábamos un poco. Tampoco era una figura intelectualmente muy poderosa. Para mi generación, él tiene este doble significado. Desde el punto de vista político, nos hizo zambullirnos en una tragedia en la cual se fue toda nuestra juventud. Pero también es un símbolo moral de consecuencia, que ¡también nos hizo perder toda nuestra juventud! Pero nos tocó ese tiempo, lo viví a concho y feliz*

*de haberlo hecho*<sup>50</sup>.

Esta forma de atribuir a otras personas la culpabilidad de las propias decisiones —especialmente al Presidente Salvador Allende—, y el temor de legar a los hijos una vida inestable, como la que les tocó vivir a los prófugos de la UP, en otras palabras, la eterna búsqueda de la seguridad, se encuentra también en las concepciones políticas de quien se desempeñara en los años 2004/2005 en calidad de presidente del Partido Socialista, Gonzalo Martner, ex militante del MIR<sup>51</sup>.

Todos estos individuos —que se preocupaban solamente de la seguridad propia y de los suyos— se elevaron al rango de personalidades post dictatoriales, paradójicamente, haciendo de los puestos de trabajo de los demás un lugar de alto riesgo e inseguridad, en aras del capital. Dotados de caracteres bastante desmesurados, fuertemente contaminados por la ideología dominante, con prejuicios profundamente arraigados y notable seguridad en afirmar sus propias invectivas, tuvieron la suerte de encontrar a Rodrigo Ambrosio como factor de unidad de todos ellos. El constructor del MAPU fue su centro aglutinador. Su atractor. Autoritarios como eran, en su mayoría, se doblegaron ante la sagaz dirección colectiva impulsada por el líder juvenil y, aunque en algunos casos ni siquiera las conocieron, adoptaron las tesis propuestas por éste en ausencia de las propias. La figura de Rodrigo Ambrosio, luminosa como era, opacó el brillo de esas personalidades, subsumió sus caracteres. Ser MAPU fue, durante ese tiempo, ser Rodrigo Ambrosio repetido en multitud de jóvenes. Como lo fue la figura de Salvador Allende en la Unidad Popular. Sólo la muerte de esos factores de unidad, liberaría sus personalidades opacadas.

---

<sup>50</sup> Coddou, Paula: Entrevista a Eugenio Tironi “*Me resbala que me acusen haberme vendido al enemigo*”, Revista “Cosas”, Santiago, pág. 132.

<sup>51</sup> Acuña, Manuel: “*Alexitimia*”, artículo de fecha diciembre de 2003, publicado en [www.continente.nu](http://www.continente.nu) y [www.lafuna.nu](http://www.lafuna.nu)

## Capítulo XV: Elementos determinantes para una ulterior escisión.

El conocimiento se basa en una acumulación de información y ulterior selección, proceso que se realiza en el cerebro de modo permanente: todo estímulo que nos llega procedente del exterior se incorpora a nuestro cuerpo en forma de sensación para aflorar a la memoria cuando sea menester. Conocer o saber es acumular información y seleccionarla debidamente; para realizar ese proceso se requiere estudio. El estudio permite sistematizar. El fenómeno de la comprensión adviene en la unificación de tales actos: se comprende cuando se conoce y estudia o, lo que es igual, cuando se acumula información y se la sistematiza. Comprender —como resultado copulativo de dos verbos necesarios entre sí— se presenta, de esa manera, como uno de los actos más racionales del ser humano pues, cuando así no ocurre, se puede conocer o sistematizar sin comprenderse lo que se conoce o sistematiza.

Por eso, decir que los estudios se completan es una falacia más de las que a diario se escucha: tanto el saber como el estudiar son inagotables. Aunque algunos no lo practiquen. Ambos procesos se encuentran implícitos en la estructura misma del ser humano. Como la sombra al cuerpo, lo persiguen a lo largo de toda su existencia.

*“El conjunto crítico, formativo, de estímulos con parejas somáticas se adquiere, indudablemente, en la infancia y la adolescencia”*,

expresa Damasio.

*“Pero la acumulación de estímulos marcados somáticamente sólo cesa cuando cesa la vida, de modo que es apropiado describir esta acumulación como un proceso de aprendizaje continuo”<sup>52</sup>.*

Aprender es ley de la vida, pero una cosa es hacerlo mecánicamente y otra en virtud de la disciplina y la dedicación. Y esto, entre otros

<sup>52</sup> Damasio, Antonio R.: Obra citada en (5), pág. 171.

factores, diferencia a los seres humanos. Rodrigo jamás abandonó el estudio, esa saludable práctica de acrecentar voluntariamente el saber. No de otra manera se explica su estadía en Francia, país al que también llegó en esa fecha Tomás Moulián. Su maestro (y amigo, en un principio) fue Louis Althusser, a quien muchos autores han considerado ‘padre del estructuralismo’. Nada más falso y erróneo. Althusser intentó, constantemente, marcar distancia con esa escuela. En su obra más conocida (“Para leer ‘El Capital’”), en una de las páginas dedicadas ‘Al lector’, podemos leer, al respecto, lo siguiente:

*“A pesar de las precauciones que tomamos para distinguirnos de lo que llamaremos ‘la ideología estructuralista’ (dijimos con todas sus letras que la ‘combinación’ —Verbindung— que se encuentra en Marx no tiene nada que ver con una ‘combinatoria’), a pesar de la intervención decisiva de categorías ajenas al ‘estructuralismo’ (determinación en última instancia, dominación/subordinación, sobredeterminación, proceso de producción, etc.) la **terminología** que empleamos estaba a menudo demasiado ‘próxima’ a la terminología ‘estructuralista’, como para no provocar, a veces, equívocos o malentendidos.*

*De ello resulta que, salvo raras excepciones —la de algunos críticos perspicaces que han visto muy bien esta diferencia fundamental—, nuestra interpretación de Marx ha sido juzgada muy a menudo, gracias a la moda reinante, como ‘estructuralista’”<sup>53</sup>.*

Durante los primeros años de su estadía en Francia, tuvo Rodrigo junto a él a Marta Harnecker, compañera suya y amiga, sostén teórico y alumna predilecta de Louis Althusser, en una época en que la juventud ilustrada entregaba lo mejor de su producción. Étienne Balibar, Nicos Poulantzas, Eduardo Fioravanti, entre otros, desmenuzaban el concepto de modo de producción extrayendo sus elementos a partir de la construcción teórica de Karl Marx llamada

---

<sup>53</sup> Althusser, Louis: “Para leer *El Capital*”, Siglo Veintiuno Editores S.A., México, 1976, pág.3.

‘unidad originaria’; de la matriz espacial de los fenómenos sociales transponían aquellos elementos a una matriz temporal en donde no estaban ajenos los conceptos de diacronía, sincronía y síntesis. Lucien Febvre, Marc Bloch y Fernand Braudel, máximos exponentes de la Escuela de los Anales, que soñaron con escribir una historia sin héroes ni gobernantes, sin personalidades, fechas ni gestas bélicas, sino tan sólo con clases contrapuestas, desplazándose, ágiles, por la arena de las contiendas sociales, podían, a partir de los componentes del modo de producción, dar por resueltos aquellos problemas que aparecían ante ellos como insolubles. Y Rodrigo se deslumbraba con esos descubrimientos que confirmaban su idea acerca de la necesidad de impulsar la aparición de una nueva organización partidaria en la escena política de la nación chilena. Tarea posible, por cierto, si concurrían determinadas circunstancias, pero imposible si ello no sucedía. Un grupo de personas, la avanzada teórica de la organización, debía alimentar de ideas a la militancia, promover los debates y discusiones y elevar el nivel de conocimientos del conjunto partidario. No se trataría de una simple labor de educación política ni bastaría con encargar dicha tarea a una Comisión especializada sino sería toda una estructura teórica funcionando como escuela permanente de cuadros para ofrecer lo mejor de sí al movimiento popular chileno. La dirigencia no estaría a la cabeza del grupo por el simple hecho de ser tal sino porque había de representar lo mejor del desarrollo teórico del movimiento. Y Rodrigo redactaba los borradores.

Meses después de su muerte, por extraña paradoja, el grupo dirigente de la organización escribiría las siguientes frases introductorias al libro que debía contener los trabajos suyos:

*“A ningún militante le cabría la imagen de un Rodrigo Ambrosio escritor.*

*Sin embargo, Rodrigo escribía mucho, aunque no por afán intelectual”<sup>54</sup>.*

Enigmáticas palabras estas, que resultan hoy difíciles de ignorar o no prestarles la atención debida. ¿Por qué aparece como reprochable la

---

<sup>54</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (7), pág. 7.



imagen de un Rodrigo escritor? ¿Hubiere sido delito, acaso, que lo fuese? ¿O una traición imperdonable a las luchas de la clase obrera? ¿Qué secretos sentimientos ocultaban tales juicios, apresurados por cierto, colocados como presentación de un libro destinado a honrar su memoria?

La posterior división del MAPU se presenta, aparentemente como una lucha por el poder librada entre dirigentes mayoritariamente provincianos, bajo la conducción penquista, con dirigentes mayoritariamente santiaguinos, liderados por Enrique Correa. Aparentemente. Porque lo decisivo no eran disputas regionalistas sino la contraposición de tesis diferenciadas en torno al carácter de la revolución chilena, al estilo de la dirección política y al rol del MAPU dentro de la Unidad Popular, esto último admirablemente descrito por Kalki Glauser en su documento *'Unidad en lo táctico, lucha en lo estratégico'*.

El grupo compuesto mayoritariamente por dirigentes provincianos se caracterizaba por poseer un nivel teórico bastante aceptable y sus proposiciones eran generalmente avaladas por argumentos poderosos; no así su opositor, con las honrosas excepciones de Tomás Moulián y Kalki Glauser, entre otros. Se puede decir así que el primer grupo estaba compuesto por 'intelectuales', elaboradores de tesis y documentos de discusión, con los cuales había trabajado Rodrigo en sus años de 'exilio' en Concepción y que el otro era crítico a ese estilo de discusión y de resolución de las controversias. Había una forma de trabajo que dividía, a la vez que identificaba, a ambos sectores: el primero, elaboraba documentos de estudio, proposiciones escritas, tesis contenidas en ensayos que resumían horas intensivas de discusión y análisis, generalmente refrendados por la opinión de autores y tratadistas, pródigos en la descripción de modelos y métodos de la más variada índole; el segundo empleaba una forma distinta de debate, un estilo en el cual predominaba ampliamente la exposición verbal, el discurso, el alegato, la solución de la controversia a través de la votación y la ausencia de teoría social. No resultaba difícil prever como iría a terminar esa disputa. Las frases desgraciadas con las cuales se introduce el libro destinado a dar a conocer la obra de Ambrosio, permiten entender que ya en esa época, en los momentos que ellas fueron redactadas, estaba sembrada la semilla de la división

entre ambas corrientes.

Si en el MAPU abundaban los caracteres autoritarios —como se verá más adelante— no es aventurado suponer que existía desde ya en la dirección cierta repugnancia a todo lo que pudiese ‘oler’ a preparación teórica, a innovación, a renovación hacia formas más desnudas de oposición al sistema vigente, expresándose ese sentimiento en el rechazo al ‘intelectual’, al ‘escritor’, por el hecho simple de serlo, como fuente inagotable de confusión y conflicto. No hay que olvidar que el sujeto autoritario se distancia naturalmente del estudio y del argumento pues le basta, como autoritario que es, el ejercicio irrestricto del poder para imponer su voluntad. Si bien Rodrigo exhibía, también, determinados rasgos de autoritarismo se puede argüir en defensa suya que no era un sujeto anosognótico: sabía de sus propios defectos e intentaba suplirlos con el adecuado uso de la teoría, a diferencia de otros que no lo sabían y carecían de teoría. La dirección y gran parte de la militancia copió y reprodujo su modelo de ser, pero no de saber y esa circunstancia marca de por sí diferencias fundamentales. En las personalidades autoritarias, las tendencias autoafirmantes predominan ampliamente por sobre las integradoras: manifestado el desequilibrio entre ambas, las luchas por el poder son inevitables: las diferencias programáticas se resuelven en la guerra o la dominación. El golpe de estado realizado por una fracción contra la otra, en 1973, fue producto del predominio de esa conducta autoritaria e irreflexiva que se haría manifiesta más tarde con la participación de esos sujetos bajo la democracia post dictatorial dentro del gobierno de la Concertación.

## Capítulo XVI: El ascenso de la Unidad Popular.

Un movimiento social, una revolución, una protesta, se manifiesta en tiempo y lugar determinados, pero entre su manifestación y nacimiento se extiende una longitud temporal de dimensión no despreciable. Los fenómenos se originan en otros que, a menudo, adoptan el nombre de causas, motivos, razones. En los fenómenos sociales, esta circunstancia es tanto más notoria cuanto más se manifiestan los mismos, aparentemente, de súbito. Como si se tratara de actos imprevistos, nacidos en el carácter de producto del azar o de la casualidad. No obstante, como nos lo enseña Alberoni, constituyen apenas la consecuencia de un lento acumular de circunstancias que los hacen posible. Así sucedió con el nacimiento del MAPU, movimiento político parcial; así también ocurrió con el ascenso de la Unidad Popular, movimiento político global.

De las causas que originaron aquel fenómeno político denominado Unidad Popular se han señalado muchas, entre las cuales podemos señalar la pauperización en constante aumento de los sectores populares, al ascenso creciente de las luchas sociales en Latinoamérica, la situación internacional de confrontación bipolar, la presencia de un Salvador Allende, en fin. Una causa no explica que un suceso acontezca; ni dos o tres. Los fenómenos no reducen su ocurrencia a un simple suceso; son producto de hechos múltiples. Son hechos de creciente complejidad, en donde aparentes causas parciales que interactúan entre sí, se acumulan, se imbrican y entrelazan unas a otras, adquieren peso, hasta provocar la emergencia de un fenómeno nuevo, una circunstancia cuya manifestación basta para abrir una época diferente. O como lo expresa Alberoni:

*“Los grandes movimientos surgen sólo cuando en el sistema social han madurado condiciones económicas, sociales y culturales que provocan, a un cierto punto, el simultáneo activarse de muchos procesos de estado naciente”<sup>55</sup>.*

De entre todos los hechos que hicieron posible la existencia de la

---

<sup>55</sup> Alberoni, Francesco: Obra citada en (18), pág. 17.

Unidad Popular, quisiera referirme tan sólo a uno de ellos, muy poco conocido y, no obstante, de especial relevancia. Puede, en gran medida, explicar otros fenómenos o, al menos, introducirnos en una mecánica de prácticas sociales contrapuestas en donde acciones determinadas originan reacciones también determinadas.

La Constitución Política de la República de Chile en 1925 no se impuso de manera diferente a como lo hicieron las demás constituciones del mundo: fue, igualmente, una forma de resolver la creciente inestabilidad política de la nación. Las clases dominantes recurren al cambio de su ropaje jurídico-político cuando las presiones sociales amenazan romper la institucionalidad vigente.

Sufragar, participar en la generación de las autoridades políticas a través de la emisión de un voto directo fue la solución de las clases dominantes a la conducta díscola y veleidosa de las clases dominadas. Como era de suponerse. El voto directo no cambiaba la estructura desigualitaria de la nación, mucho menos el sistema de dominación, pero creaba en la masa la ilusión de poder castigar al representante inepto con la privación de su apoyo electoral. De esa manera, el voto directo, que reemplazaba al indirecto o censitario, vigente en los remiendos de la vieja constitución de 1833, creó tres hechos políticos de honda trascendencia, a saber:

1. La ilusión del castigo al inepto, como ya se ha dicho, en virtud de la privación del apoyo electoral;
2. La estrecha vinculación entre candidato y elector, a través de la captación del voto; y,
3. El comienzo de la formación de una casta social que, en el transcurso de los años, se ‘profesionalizaría’ en el arte de la política (hasta 1973) para, posteriormente, transformarse en un nuevo estamento burgués. Este estamento, que hemos denominado ‘administrador’, estará oscilando permanentemente en el desempeño de altos cargos tanto en la empresa privada como la pública, desempeñará el rol de una suerte de ‘factor de comercio universal’ y será pródigo en el empleo de sus influencias políticas en todos los cargos que le corresponda desempeñar. La vieja militancia del MAPU, transmutada en socialismo, se vaciará por completo a esta nueva forma de hacer política.

De los hechos enumerados más arriba, nos interesa particularmente el segundo.

El desarrollo de la vinculación entre elector y candidato no tuvo un desarrollo rápido. Durante los primeros años de vigencia de la Constitución, el ciudadano no manifestó mayor interés en la participación electoral, probablemente debido, en parte, a la desconfianza que sentía por el sistema que había regido hasta ese entonces. Sin embargo, la relación que se establecía entre elector y candidato, a pesar de todo, produjo un nuevo efecto.

Un candidato necesita los votos de la masa. Para recabarlos, no puede ya soslayar referirse en sus intervenciones a las más urgentes necesidades de la misma. Debe pronunciarse frente a aquellas y dar su opinión; en lo posible, ofrecer una solución. Para eso debe prometer. Una acción genera una reacción. En un mecanismo cibernético, aquello equivale a un cambio de comportamiento que genera otro y otro. Y así, sucesivamente. Fue eso lo que sucedió en aquellos años y en los que siguieron. Las promesas electorales se hicieron presentes como forma de convencer al elector. Los partidos crecieron en función a las promesas y a la generación de expectativas. Muchos electores se inscribieron en ellos y vieron que, en ese acto, podían hacer carrera política. Pero las acciones seguían generando reacciones. Los candidatos pasaron a ser actores y comediantes; militancia y simpatizantes se tornaron en ‘clientela’ suya. Simultáneamente, los partidos populares y las organizaciones sindicales aumentaron sus demandas por una mayor participación social; también la masa acrecentó sus peticiones: había democracia y la democracia permitía aquello. Las promesas se multiplicaron y también los incumplimientos de las mismas. A un compás similar aumentó el descontento popular. Y la participación ciudadana en los actos electorales. El voto había que ejercerlo no solamente para elegir un candidato, sino para cambiar la sociedad.

El momento de plantearse por una alternativa popular había llegado: 1952 cedió paso a 1958 y 1958 a 1970. El tiempo de la Unidad Popular se hizo presente con una fuerza sobrecogedora<sup>56</sup>.

---

<sup>56</sup> La tabla siguiente —confeccionada por el autor en base a los datos proporcionados por el investigador Angel Flisfish, en una exposición suya de 2003—, es bastante indicativa de la tendencia antes señalada. La primera

La historia de la Unidad Popular es la historia del MAPU, y la de éste, historia de aquella; así lo hemos afirmado y seguiremos haciéndolo a lo largo de estas páginas. Con una salvedad: entre ambas historias hay diferencias. La primera posee una dimensión temporal que excede con creces la longitud de la segunda; también es mayor su riqueza en volumen de fenómenos y acontecimientos. No es de extrañar. El MAPU fue holón de holones inferiores; la UP fue su holón superior. El MAPU fue una estructura particular; la UP fue *la* estructura general.

Cuatro partidos —el Comunista, el Socialista, el Radical y el Social Demócrata— y dos movimientos (MAPU y Acción Popular Independiente API) dieron origen, en 1969, a la alianza política que bajo el nombre de ‘Unidad Popular’, se consolidó definitivamente con la suscripción del documento intitulado ‘Programa de la Unidad Popular’. Sin embargo su historia no había comenzado allí. Como muchas otras, la de la UP fue historia de otras historias o, lo que es igual, síntesis o resultado social de circunstancias múltiples, la mayoría de las cuales se vinculaba y remontaba a los orígenes mismos del movimiento obrero, a su comportamiento de apego a las normas y a la institucionalidad, pero fundamentalmente al nacimiento de sus primeras organizaciones políticas de clase, a saber, los partidos Comunista y Socialista. Esa era, por lo demás, una historia de uniones y desuniones, de alianzas y hostilidades, de conveniencias y desavenencias. Conozcamos algo de ello; al menos,

---

columna muestra el año en que sucedió la elección; luego, el tipo de elección, el porcentaje de electores potenciales, el porcentaje de electores potenciales inscritos, el porcentaje de votos emitidos válidamente por los electores inscritos y el porcentaje de votantes con relación a la población total, con la excepción de la última columna. No hay datos de los electores potenciales a marzo de 1973, pero el número de votantes inscritos en relación a la *población total* era de un 46%. Casi el 50% de la población chilena.

Año	Tipo Elec.	Elect. Pot.	Inscritos	% votos	%Total Pob
1920	Parlamento	23%	40%	45%	4%
1949	Parlamento	24	40	78	8
1952	Presidente	52	34	86	15
1964	Presidente	50	70	86	30
1973	Parlamento	¿?	46 (PT)	81	37

sus fundamentos teóricos.

En 1936, y tras varias negociaciones, el PC y el PS decidieron firmar un acuerdo con el PR en torno a crear una alianza denominada ‘Frente Popular’ cuyo objetivo central era abrir paso al triunfo de la candidatura del abanderado radical Pedro Aguirre Cerda. El pacto aquel, como muchos otros, no era casual.

*“Este proyecto era la transcripción nacional de la línea diseñada por Jorge Dimitrov en el VII Congreso de la Internacional Comunista, materializado casi simultáneamente en España y Francia”<sup>57</sup>.*

En efecto. Ante el espectacular avance del movimiento nazi en Alemania, y fascista en Italia, Georg Dimitrov, secretario general del partido comunista búlgaro PCB, hablando ante la asamblea de la Internacional Comunista, el 2 de agosto de 1935, había expresado la necesidad de establecer gobiernos de nuevo tipo, en los que participara el partido comunista, con fuerzas políticas no siempre comprometidas en las luchas de la clase obrera, como lo eran los socialdemócratas.

*“Preferimos, incluso, renunciar al nombre de ‘gobierno obrero’ y **hablar de un gobierno de frente único** que, por su carácter político es algo completamente distinto, **fundamentalmente distinto**, de todos los gobiernos socialdemócratas que acostumbran llamarse ‘gobierno obrero’”<sup>58</sup>,*

había expresado Dimitrov, en esa oportunidad.

La estrategia ideada por el líder búlgaro, aprobada en esa asamblea de la Internacional Comunista de 1935, consistía en crear un ‘frente popular antifascista’ en cada una de las naciones europeas, y un ‘frente único antiimperialista’ en las restantes naciones del

---

<sup>57</sup> Altamirano, Carlos: “Dialéctica de una derrota”, Siglo XXI editores S.A., México, 1978, pág. 19.

<sup>58</sup> Dimitrov, Georg: “Contra el fascismo y la guerra”, Editorial Partido Comunista Búlgaro PCB, Sofía, 1970, pág. 100.

mundo o ‘coloniales’, según sus propias expresiones, a partir de un ‘frente único proletario’, formado por la militancia obrera tanto comunista como social demócrata. Este ‘frente único proletario’ tendría como misión fundamental la instalación de un gobierno de nuevo tipo contra el fascismo. Solamente si las condiciones posteriores lo aconsejaban sería posible orientar las acciones hacia el establecimiento de una ‘dictadura del proletariado’.

*“¿Qué sería este gobierno? ¿Y en qué situación pudiera ser posible?”*,

se preguntaba Dimitrov, para responderse, de inmediato:

*“Es, ante todo, **un gobierno de lucha contra el fascismo y la reacción.** Debe ser un gobierno formado como consecuencia del movimiento de frente único y que no limite de ninguna manera de actividad del PC y de las organizaciones de masas de la clase obrera, sino al contrario, que tome enérgicas disposiciones dirigidas contra los magnates contrarrevolucionarios de la finanza y sus agentes fascistas”<sup>59</sup>.*

La unión socialista/comunista no duró demasiado; a la muerte de Pedro Aguirre Cerda, estaba ya rota. Los partidos podían actuar libremente. Y cometer libremente disparates. En 1946, los comunistas decidieron dar su apoyo al abanderado del PR Gabriel González Videla y era tanto el fervor puesto en esa alianza que el poeta Pablo Neruda no vaciló en dedicar al candidato su poema ‘El pueblo lo llama Gabriel’. El PS tampoco se libraba de los desaciertos pues, a mediados de 1952, vio

*“[...] en la insurgencia del multitudinario movimiento populista liderizado por Carlos Ibáñez, la posibilidad de orientarlo tras las banderas antiimperialistas”<sup>60</sup>.*

---

<sup>59</sup> Dimitrov, Georg: Id. (58), pág. 97.

<sup>60</sup> Altamirano, Carlos: Obra citada en (57), pág. 30.



El 29 de febrero de 1956, año bisiesto, la unidad socialista/comunista volvió a cristalizar en un nuevo intento por acceder al gobierno de la nación. Esa vez se trataba de levantar la candidatura de uno de los suyos, el abanderado del PS Salvador Allende Gossens. La estrategia del ‘Frente Popular’ no se alteró en modo alguno. Para el PC, las tesis de Dimitrov se encontraban plenamente vigentes. Y, en prueba de su flexibilidad teórica y buena voluntad para superar cualquier discordia, no insistió en el nombre de la estrategia de esa alianza, sino aceptó, simplemente, se le llamara ‘Frente Democrático’. El gobierno sería de ‘tipo burgués’ y, si las condiciones lo permitían, podría, más adelante, transformarse en un gobierno ‘socialista’. Las tesis establecidas en aquella ocasión, que más tarde serían conocidas bajo el nombre de ‘revolución por etapas’, fueron incorporadas en el documento de la alianza que pasó a denominarse ‘Frente de Acción Popular’ FRAP.

El PS no quedó conforme, sin embargo, con los términos del acuerdo. Al año siguiente (1957), en el Congreso que realizara en esa oportunidad, aprobó una estrategia propia, contenida en el documento respectivo, que llevaba por nombre ‘Frente de Trabajadores’. Esta proposición suponía

*“[...] el agrupamiento de las masas en cuanto clases explotadas, para enfrentar a la clase explotadora”<sup>61</sup>.*

Sin embargo, una serie de imprecisiones y carencias en tales postulados provocaron que, en el llamado ‘Congreso de Chillán’, realizado diez años más tarde (1967), se estableciese una línea política más dura, distanciándose crecientemente del ‘frente único proletario’ de Georg Dimitrov. En la parte pertinente de las resoluciones de ese Congreso, expresaba el PS lo siguiente:

*“El PS no desdeña la utilización de métodos pacíficos y legales como las luchas reivindicativas, las tareas ideológicas, la actividad de las masas y los procesos electorales, etc., pero considera que esos métodos no conducen por sí mismos a la conquista del poder, sino que*

---

<sup>61</sup> Altamirano, Carlos: Obra citada en (57), pág. 32.

*son factores complementarios de su acción política sustantiva que busca la derrota definitiva de las fuerzas reaccionarias internas y la destrucción de toda forma de penetración imperialista*<sup>62</sup>.

Aunque la llamada ‘vía armada de acceso al poder’ comenzaba ya a incluirse en la estrategia de algunos movimientos populares, el PC no abandonó los postulados de la Internacional Comunista de 1935. Considerado el PC chileno como el más fiel exponente de la línea política dictada por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), no debe sorprender que, en 1969, y a propósito de definir lo que se entendía por ‘poder popular’, insistiese su secretario general Luis Corvalán Leppe, en la estrategia del ‘frente único proletario’ con las siguientes palabras:

*“[...] el poder popular que queremos generar y la revolución que necesitamos hacer son, por su esencia y objetivos, antiimperialistas y antioligárquicos con la perspectiva de socialismo. De ahí que, dicho sea de paso, no nos parezcan serios y sí carentes de rigor científicos, aquellos planteamientos que suelen hacerse en el sentido de darle ya un carácter socialista a todo el proceso revolucionario que hoy debemos operar. El camino hacia el socialismo pasa a través de las transformaciones antiimperialistas y antioligárquicas*<sup>63</sup>.

Así, pues, ya antes de constituirse la UP como fuerza política capaz de tomar para sí el gobierno de la nación, existían dos grandes estrategias propuestas por las organizaciones partidarias para llevar adelante los intereses de las clases dominadas, a saber:

1. Las tesis del PC, contenidas en el llamado ‘Frente Antifascista’; y

---

<sup>62</sup> Partido Socialista: “Documento Político del XXII Congreso”, Chillán, 1967.

<sup>63</sup> Partido Comunista: Informe del Secretario General al XIV Congreso del Partido, 23 de noviembre de 1969, publicado en el diario ‘El Siglo’ de 24 de noviembre de ese mismo año.

2. Las tesis del PS, contenidas en el llamado ‘Frente de Trabajadores’.

El terreno estaba, de esa manera, abonado para la siembra de otra propuesta como alternativa a las otras dos. Tales fueron las tesis del ‘Frente Revolucionario’, trazada por Rodrigo Ambrosio durante su período como presidente de la Juventud Demócrata Cristiana y formulada por el MAPU al momento de incorporarse a la UP. Implicaban esas tesis la organización de estructuras sociales de base no sólo en todas las ramas de la producción, sino en instituciones estudiantiles, profesionales y de servicios, cualesquiera fuesen las militancias de sus integrantes. ‘Poder popular’ era poder de todos, no de algunas minorías iluminadas.

Ante tales proposiciones, las organizaciones integrantes del pacto tomaron el acuerdo de resolver sus antagonismos en la formulación de un programa que, redactado bajo el espíritu según el cual ‘son más las ideas que nos unen, que las que nos desunen’, resumiese los planteamientos generales de todas ellas, como especie de ‘común denominador’. Tal fue el llamado ‘Programa de la UP’, complementado con otro documento intitulado ‘Cuarenta medidas del Gobierno Popular’. En lo sucesivo, las discusiones se orientarían en torno al cumplimiento o postergación de ese programa y de aquellas medidas.

## Capítulo XVII: La primera división del MAPU.

“El hombre propone y Dios dispone”, dice un viejo refrán de gran sabiduría. La vida sentimental de Ambrosio se definió fuera de las fronteras nacionales. En Francia y dentro de las aulas universitarias. Porque es en esos recintos donde la autoridad se impone vestida con el ropaje del paternalismo al que no pocas veces se confunde con el amor. Entonces, se abren bifurcaciones en las vidas de las personas en donde se hace necesario optar para poder seguir adelante; las rupturas se hacen inevitables, y un observador ingenuo casi diría que todo ha sucedido por desavenencias personales. Coincidamos con esa sentencia y digamos, así, que Michéle Uttard hizo su ingreso en la vida de Rodrigo, en tanto Marta se entregaba al desarrollo de la teoría y de la educación popular desde una trinchera diferente: no lo acompañaría en la organización de esa nueva fuerza política e ingresaría al Partido Socialista como su ideóloga por excelencia.

La historia de Rodrigo Ambrosio como líder político es de sobra conocida. De si la división de la Democracia Cristiana se organizó en uno de los tantos cafés del París de los años 60, luego de conversaciones entre Marta, Rodrigo o Tomás casi no vale la pena insistir. El MAPU nació a la vida política de la nación como un producto de integraciones sucesivas (Movimiento 11 de Agosto, JDC, ex militancia de otros partidos, en fin ). La Democracia Cristiana perdió toda su juventud. En masa, todo aquel conjunto de jóvenes emigró hacia otros derroteros para dar vida y continuidad a esa nueva fuerza política y apoyar, de esa manera, las proposiciones de la coalición que representaba las esperanzas de los desposeídos: la Unidad Popular. Previo es, sin embargo, decir algo al respecto.

Las fuerzas partidarias que integraban la alianza denominada Unidad Popular no aceptaron la presencia del MAPU junto a ellas por la sola circunstancia de tratarse de una nueva organización política que venía a sumarse a la realización de dicho proyecto, sino porque su ingreso traducía, fundamentalmente, una vieja aspiración de los sectores mayoritarios de esa alianza que eran el PC, el PS y el Partido Radical (PR). Tal aspiración no era otra que contar entre sus filas con un destacamento de raigambre cristiana, vinculado en sus

orígenes a la Iglesia Católica, credo mayoritario en el país. El apoyo de semejante grupo al Programa de la Unidad Popular, su participación en el Gobierno junto a sectores marxistas (el PC y el PS) y masones (el PR) no sólo facilitaba las relaciones entre la Iglesia y el Ejecutivo, sino legitimaba el cumplimiento exhaustivo de las tareas empeñadas por la coalición oficialista a la vez que consolidaba su base social<sup>64</sup>. Pero si tal era la aspiración más sentida de los sectores mayoritarios de la Unidad Popular, algo muy diferente sucedía al interior del MAPU. Algo que había de guardar asombrosa similitud con lo que acontecía en el resto del país.

La estadía de Rodrigo en Europa determinó lo que iba a ser su futuro tanto emocional como teórico: nacía por segunda vez y lo hacía en Francia, durante los años más inquietos del continente. La juventud de ese país, mayoritariamente adicta a las ideas de Karl Marx, terminó por conquistarlo. Las discusiones, los debates, la elaboración de documentos, el abundante y variado material de estudio le permitieron comenzar a construir un alucinante mundo de proposiciones e ideas a sus camaradas. Entre otras, la del ‘Frente Revolucionario’ que iría a ser la proposición alternativa del MAPU a aquellas elaboradas por los otros partidos de la coalición denominada Unidad Popular.

No existe constancia de si, en esa época, militó Rodrigo en las filas del Partido Comunista francés. Teresa Donoso expresa, no obstante, al respecto:

*“Un sacerdote de la Parroquia Saint Séverin (Paris), asesor espiritual de becarios latinoamericanos, confidenció en 1964 a ciertos funcionarios de la Universidad Católica que Rodrigo Ambrosio (becado en L’Ecole Practique) estaba ‘inscrito en el partido Comunista francés’ y que allí*

---

<sup>64</sup> Paradojalmente, estas tareas fueron cumplidas años más tarde, bajo la Dictadura y el Gobierno de la Concertación Nacional, por sectores provenientes del llamado MAPU Obrero Campesino, desde la Vicaría de la Solidaridad y, fundamentalmente, desde la Academia de Humanismo Cristiano, hoy Universidad, también dirigida por tráfugas de esa fracción. Enrique Correa, cuyos méritos de conductor estatal fueran reconocidos por el General Augusto Pinochet, ha sido uno de los mayores artífices de esta obra.

*había recibido orden de ‘no dejar la Democracia Cristiana, a fin de servir de puente’<sup>65</sup>.*

Poca importancia tiene, en verdad, determinar ese hecho. De todas maneras, los estrechos contactos que mantuvo con algunos de sus personeros permiten suponer que hubo, en todo caso, un copioso traspaso de experiencias y afianzamiento de ideas. No se explica, de otra manera, que más adelante se le encargara la redacción definitiva de lo que sería la Declaración de Principios del MAPU. En ese cuerpo enunciativo incorporó gran parte del acervo de conocimientos teóricos que había adquirido hasta ese entonces.

La dirección del MAPU, transfigurada en medio de transfiguraciones, parte de un todo en proceso de cambios, producto social de una época de transformaciones, profundamente sensible a toda innovación, reaccionó favorablemente a las proposiciones de su conductor, orientadas a adoptar el método marxista como instrumento de análisis y discusión. No así el grupo de personalidades emigradas desde la DC (Jacques Chonchol, Julio Silva Solar, Alberto Jerez Horta y Rafael Agustín Gumucio Vives) que, con la honrosa excepción de Vicente Sota Barros, abandonaron la tienda política construida junto a Rodrigo para unirse al grupo de ex demócrata cristianos renunciantes, encabezado por Luis Maira, Bosco Parra, Ricardo Badilla y Sergio Bitar, entre otros. De esa unión debía nacer la llamada Izquierda Cristiana (IC). El MAPU había sido dividido por primera vez; le aguardaba una segunda división dentro del Gobierno Popular. La primera se producía con ayuda de los partidos mayoritarios de la Unidad Popular y el beneplácito del Presidente mártir Salvador Allende Gossens; la segunda tendría lugar con posterioridad a la muerte de Rodrigo y el Presidente Allende participaría directamente en ella, en una acción que no debía sorprender. En el capítulo 6 del libro que escribiesen Jorge Arrate y Eduardo Rojas, puede leerse, a propósito de esta segunda división, lo siguiente:

*“A pocos días del éxito electoral de la UP las constantes*

---

<sup>65</sup> Donoso Loero, Teresa: *“Historia de los cristianos por el socialismo”*, Editorial Vaitea, Santiago, 1975, pág. 20.

*diferencias de línea política se expresan con toda su fuerza al interior del Mapu, que sufre una profunda división: por una parte el sector encabezado por Oscar Garretón, electo secretario general en el reciente congreso, por la otra el que dirige Jaime Gazmuri, que pasará a ser conocido como Mapu Obrero Campesino. La operación, llevada adelante por este último sector, minoritario en el congreso, para ‘expulsar’ a sus opositores, que cuenta con un disimulado pero efectivo apoyo de Allende, constituye una flagrante violación de las normas de la democracia partidaria [...]”<sup>66</sup>.*

Como ambos autores lo expresan, ese suceso constituía una flagrante violación a las normas de la democracia interna partidaria; el propio Jaime Gazmuri lo reconocería, con honestidad, treinta años después:

*“La idea era producir una definición en el PS y en el MAPU, una definición que pasaba por el cambio de las direcciones... Este asunto lo trabajamos mucho con los socialistas que estaban en esta línea, sobre todo con Clodomiro Almeida y con Rolando Calderón, que representaban a un sector importante de la dirección del PS [...] Y así se produce la ruptura del MAPU [...] Hay una reacción masiva de simpatía hacia Garretón en el PS, salvo en el núcleo de amigos nuestros, que no se halla en condiciones de asumir nuestra defensa, porque, desde el punto de vista formal, lo nuestro no tiene defensa, es un atentado contra la democracia interna con todas las de la ley”<sup>67</sup>.*

Todo ello no sucedió por casualidad o simple perversión. Las divisiones eran parte de la lucha de clases que se libraba al interior de la Unidad Popular; pero también lo eran de la lucha de clases que se daba al exterior de la misma, con las organizaciones políticas de la oposición, con las diferentes fracciones de las clases dominantes,

---

<sup>66</sup> Arrate, Jorge y Rojas, Jorge: “Memoria de la izquierda chilena”, Javier Vergara Editor, Santiago, 2003, Tomo II, pág. 111.

<sup>67</sup> Arrate, Jorge y Rojas, Eduardo: Obra citada en (66), pág. 111

atrincheradas en numerosos bastiones del poder. La conservación del Gobierno, como forma de asegurar la del sistema, tuvo mayor significación para la Unidad Popular que la destrucción de un partido miembro; la coalición popular optaba por librar la lucha de clases contra las propias fuerzas populares.

Una clase o fracción de clase se realiza en tanto oponga a otra u otras sus respectivos intereses dentro de uno de los campos donde tienen lugar, precisamente, las prácticas de clase. Esos campos pueden ser extremadamente variados. Normalmente, son las empresas privadas, públicas o mixtas; también lo son las fundaciones o corporaciones públicas, privadas o mixtas; y, por supuesto, ciertas instituciones e instancias específicas como, por ejemplo, el mercado, la escena política o los medios de comunicación. La escena política es, pues, uno de los tantos campos donde se enfrentan los intereses de las clases en pugna; adquiere extraordinaria relevancia en tanto mayor participación ciudadana existe en la contienda política. Porque en ella se desenvuelven determinados actores que son los partidos políticos y sus representantes, los miembros del Parlamento y del Gobierno, el cuerpo diplomático y, en general, las ‘personalidades’ que acostumbran a pronunciarse en torno a los grandes problemas nacionales. En el Gobierno de la Unidad Popular, donde la participación ciudadana en la contienda política era altísima, las clases y fracciones de clase realizaron de manera exitosa gran parte de sus prácticas dentro de la escena política de la nación.

Dividir a un partido que representa los intereses del sector de compradores de fuerza o capacidad de trabajo es una tarea que jamás dejarán de realizar los partidos populares; aunque también lo harán aquellos respecto de éstos. Repetimos: es parte de la lucha de clases y de la contienda política. Pero dividir a una organización que representa los intereses de la propia clase es, sin lugar a dudas, un acto reprobable; lo es más, si con esa medida se trata de dar seguridades al ‘enemigo’. Peor, aún, si el acto vuelve a repetirse y, a pesar de esas maniobras, no se evita, de todas maneras, perder el Gobierno del país. Fue lo que sucedió con la Unidad Popular.

Los hechos se fueron desencadenando de a poco. El MAPU, como partido marxista, no tenía interés alguno para la Unidad Popular pues le bastaba con los dos que ya existían (PS y PC); por otra, para la coalición gobernante se hacía cada vez más necesaria la



presencia de una 'izquierda cristiana' por las razones ya expresadas. La idea era compartida por todos los partidos de la Unidad Popular con excepción, naturalmente, del MAPU aunque no de su grupo disidente. Aliados a esa fracción estaban los partidos de la Unidad Popular y el propio Presidente Allende. El trabajo de división comenzó con reuniones en las sedes de los diferentes servicios públicos bajo el pretexto de analizarse la conducción del movimiento. Rodrigo no sólo conoció desde un principio el trabajo subterráneo de socavamiento de bases que realizaba la fracción disidente, sino había advertido con antelación la presencia de signos premonitorios que apuntaban en esa dirección. Por lo mismo, al preparar los documentos para la realización del Primer Congreso del MAPU, en octubre de 1970, llamó la atención en ellos acerca de la acción disociadora de la ideología socialdemócrata al interior del movimiento, describiendo con precisión su forma de manifestarse. Al respecto, decía Ambrosio que tal tendencia se caracterizaba en el

*“Empeño por vincular —directa o indirectamente— la ideología del MAPU al pensamiento cristiano y por convertirlo básicamente en el cauce de radicalización política de los católicos, sectarizando de hecho sus posibilidades y delimitando campos con la **izquierda marxista**”<sup>68</sup>.*

Era aquella la primera advertencia suya al grupo disidente. Y a la propia Unidad Popular, incluido el Presidente Salvador Allende: el MAPU sería marxista.

Rodrigo no manifestó mayor interés por detener el trabajo de los facciosos limitándose, tan sólo, a conocer sus actos, a imponerse de los nombres de los involucrados en la maniobra y saber qué clase de contactos mantenían con otras instituciones políticas hermanas. Tenía confianza absoluta en la forma de organización que había elegido para la militancia del MAPU y estaba cierto que la labor de dividirla iba a resultar muy difícil a quien o quienes intentasen llevarla a cabo.

En conocimiento de mi asistencia a una reunión de dudoso

---

<sup>68</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (7), pág. 19.

contenido, y estimando una presunta vinculación mía a las acciones del grupo de parlamentarios, me enfrentó abruptamente durante un almuerzo al que me invitara Alejandro Bahamondes, en esos meses Secretario General de la Superintendencia de Bancos, en uno de los comedores de esa institución.

—Bueno, cuéntame ahora qué es lo que sabes de la Izquierda Cristiana.

Nada sabía yo acerca de aquella. No entendí la pregunta y Rodrigo se percató de ello. Cambió rápidamente de tema y se despidió, no sin antes criticarme la torpeza de asistir a encuentros sin objetivos claros.

## Capítulo XVIII: Algunos rasgos distintivos del carácter individual de Rodrigo Ambrosio.

**A**sombra y fascina el comportamiento de Rodrigo, completamente diferente al que sería, años más tarde, el de sus seguidores, paradójicamente los mismos que buscaron, junto a él, aplicar —como estrategia para Chile— el “Frente Revolucionario”. Asombra y fascina, en primer lugar, por ese lenguaje directo, sin tapujos, que empleaba en sus relaciones sociales y políticas. Nunca violento en sus expresiones, nunca grosero, nunca agresivo, sino franco, sincero, limpio, abierto como una palma amiga extendida a los demás. Jamás empleó la hipocresía del corrupto ni el silencio reprobador del falsario o pedante. Las escasas veces en que debió pronunciarse acerca del comportamiento de otras personas, a sus espaldas, nunca empleó palabras que no pudiesen conocer de sus propios labios, actitud que permanentemente observó en sus relaciones con los partidos hermanos, las organizaciones políticas que conformaban la alianza denominada ‘Unidad Popular’. Por eso, cuando asistió a la Conferencia Nacional del Partido Comunista, el 2 de octubre de 1971, en conocimiento de las maniobras realizadas por miembros de esa organización en contra del MAPU, no vaciló en enfrentarlos diciéndoles, entre otras cosas:

*“Hubo también un periodista comunista, que en un periódico de vuestro Partido, planteó que el MAPU poco menos entraba a remate. Pero hay algo más grave. Hemos tenido la impresión de que no se trata de una actitud aislada. Estamos seguros de que esa no puede haber sido una política oficial. Pero el hecho es que en múltiples niveles, en los frentes de masas, en el Gobierno, en muchas provincias, cuadros nuestros recibieron con insistencia el ofrecimiento de militar en el Partido Comunista”.*

*“Si traemos a colación este episodio, que nos duele, es porque refleja de un modo crítico dificultades nuevas en nuestra relación. Tenemos menos diferencias políticas, pero tenemos más encontrones en los frentes de masas. En el avance de la participación, en el campo sindical, en el*

*movimiento poblacional, en algunas áreas de Gobierno que tienen relación más directa con el trabajo de masas, se multiplican los problemas. Dicho con toda franqueza, nos parece que muchas veces se prefiere paralizar trabajos, archivar iniciativas, con tal de que el MAPU no se desarrolle.*

*Pues bien, compañeros, no nos sentimos bloqueados. Crecemos para todos lados. Nos sobra aire donde respirar ¡y porque nacimos a caballo no nos asusta topear!”<sup>69</sup>.*

No fue distinta su intervención ante el XXIII Congreso del Partido Socialista, realizado en La Serena, el 30 de enero de 1971, cuando, al referirse a las ‘importantes coincidencias’ entre el MAPU y aquella organización política, criticó el curso que comenzaban a presentar las nuevas relaciones entre ambas colectividades:

*“Sin embargo, el diálogo y la discusión recién iniciados se hicieron cada vez menos frecuentes y las amplias perspectivas de trabajo conjunto, que tanto nosotros como ustedes vislumbrábamos, en la práctica, de alguna manera abortaron.*

*Posteriormente hemos tenido diferencias y roces, especialmente en el frente estudiantil y, desde hace algún tiempo, en el frente campesino. Es nuestra impresión también que en el trabajo de la campaña y ahora en la distribución de responsabilidades administrativas no hemos sabido encontrar métodos de discusión y de trabajo que nos permitan ir enfrentando las distintas cuestiones con una perspectiva cada vez más común. Por el contrario, afloran con excesiva frecuencia manifestaciones de sectarismo, de espíritu de parcela y de ausencia de dirección colectiva en las tareas cotidianas que surgen del Gobierno”<sup>70</sup>.*

---

<sup>69</sup> Ambrosio, Rodrigo: “Intervención en la Conferencia Nacional del Partido Comunista”, contenido en el libro citado en (7), págs. 67 y 68.

<sup>70</sup> Ambrosio, Rodrigo: “Escritos Políticos”, Colección Forjadores 1, sin pie de imprenta, fecha ni ciudad de impresión, págs. 18 y 19.

Asombra y fascina, también a diferencia de sus ‘seguidores’, la extrema austeridad de su vida, exenta de lujos. Rodrigo nunca quiso poseer bienes que no necesitara verdaderamente. No buscó ser propietario de grandes extensiones de terrenos, no poseyó fundos, haciendas, mansiones en la playa o en las afueras de una ciudad (“suburbs”, en Inglaterra; en Chile, bajo el influjo norteamericano, se les conoce por ‘condominios’), protegidas por vigilantes, con un vecindario exclusivo de grandes políticos, empresarios o elementos arribistas. Nunca anheló para sí ni para su familia un automóvil de lujo. Una simple citroneta, de segunda mano, para el docente de la Universidad de Concepción; un simple Fiat 600 para el Secretario General de la tercera fuerza política de la Unidad Popular. Una forma de vida lujosa o que buscarse imitar el comportamiento de las clases poderosas era, para él, una bofetada propinada en pleno rostro de la clase obrera cuyos intereses su movimiento anhelaba representar, lo cual marca una diferencia magnífica con el comportamiento de sus ex compañeros.

Jamás toleró la presencia o existencia de sujetos que sirviesen de intermediarios entre él y los sectores populares; no tuvo secretarias, secretarios, asesores, concertadores de audiencias o ‘colchones’ humanos que amortiguaran sus encuentros con elementos provenientes del conjunto social. Puede decirse, en este aspecto, que le tenía horror a la burocracia.

Rodrigo gustaba de trabajar en la construcción de la línea política del nuevo movimiento, de redactar documentos que contuviesen ideas al respecto. Cuando el MAPU era ya una realidad, vació todas sus energías en la elaboración de dos documentos de extraordinaria trascendencia: fue el primero aquel denominado ‘El Carácter de la Revolución Chilena’; el segundo, un análisis de la estructura de clases de la sociedad chilena. En la confección de tales documentos, no pidió la colaboración de los ex alumnos del Saint George sino la de un ex comunista, Kalki Glauser, convertido ya en un excelente teórico de la organización. Con ese apoyo, emprendió Rodrigo no sólo la espectacular tarea de clasificar las clases y fracciones de clases que existían en la nación sudamericana a principios de los años 70, sino introdujo, por primera vez, en el lenguaje teórico —y político— el concepto de ‘proletariado de cuello y corbata’ para

referirse al estamento social que la legislación positiva calificaba de *empleados*. Las demás fuerzas políticas de tipo marxista (Partidos Comunista y Socialista) consideraban a dichos sectores en el simple carácter de ‘pequeña burguesía’, olvidando el hecho fundamental que se trataba de un fuerte segmento de los vendedores de fuerza o capacidad de trabajo.

Uno de los rasgos que más definía la personalidad de Rodrigo era esa especial capacidad suya para captar las intenciones de sus interlocutores. Con mayor razón, la de una audiencia. Hasta parecía adivinar los pensamientos de los demás. Y cuando descubría intenciones aviesas en aquellos no vacilaba en expresar su opinión lapidaria al respecto:

—Son sujetos de *mala leche*— decía. Y, desgraciadamente, pocas veces erraba en sus juicios.

Físicamente, era alto, con una frente amplia que parecía estar amenazándolo permanentemente con una prematura calvicie. Un bigote largo, negro, descuidado, incapaz de ocultar su sonrisa, le cubría el labio superior. Sus ojos eran grandes, oscuros y muy brillantes. Aunque parecían, a veces, clavarse en los de su interlocutor, jamás estaban quietos. Como los del prócer José Miguel Carrera —en la descripción que de ellos hace Benjamín Vicuña Mackenna—, nunca se detenían en algún lugar, sino iban de un lado a otro recorriendo inquietos el espacio, captando y procesando todo lo que se movía a su alrededor. Ejercían no sólo fuerte atracción sobre quienes se encontraban a su alrededor, sino reflejaban la confianza y seguridad que Rodrigo tenía en sí mismo y que parecía transmitir a los demás. Cuando sonreía, esa atracción era total; entonces aparecían sus manos y brazos de prestidigitador innato, moviéndose con armonía, extendiéndose y cerrándose, reproduciendo la magia que aprendiese cuando niño, para describir ante su auditorio procesos, marchas, concentraciones, esperanzas, alegrías, victorias.

## Capítulo XIX: El MAPU como movimiento social.

Existen no pocos autores que han dedicado su vida a la construcción de conceptos, categorías y métodos de análisis para el estudio de los fenómenos sociales. Por eso, ignorar tales aportes en la investigación de éstos, no constituye tan sólo una falta de respeto a quienes los elaboraron, sino una estupidez sin límites. Obliga a suponer lo que no puede suponerse; obliga a rehacer un camino que otros ya recorrieron. La humanidad no ha obtenido sus logros en la acción de iluminados o de quienes desconocieron el trabajo de sus propios predecesores, sino en la labor paciente y combinada de todos aquellos que han agregado lo suyo al gran acervo del conocimiento universal. La historia del movimiento no se aparta de esta constante que une autores y análisis en una compleja red de relaciones.

Un movimiento es un proceso que une a seres humanos; tiene una dimensión temporal. Por eso comienza y termina en umbrales específicos. Constituye una fase de transición. Es un instante (bastante prolongado en algunos casos) entre dos fases de estabilidad.

Francesco Alberoni lo define como

*“[...] el proceso histórico que tiene inicio en el estado naciente y que termina con la reconstitución del momento institucional cotidiano”<sup>71</sup>.*

El movimiento se caracteriza por el estado de exaltación que une a quienes lo experimentan. Es una fase de emoción colectiva no momentánea, que tiende a prolongarse por días, semanas, meses, años. Es un estado transitorio de dimensión temporal extensa. Es un ‘estado’. Es un ‘estado naciente’. Alberoni, que tomara este concepto de Max Weber, lo define como

*“[...] una experiencia, un modo de ver el mundo y de comportarse con los demás”<sup>72</sup>.*

---

<sup>71</sup> Alberoni, Francesco: Obra citada en (18), pág. 356.

<sup>72</sup> Alberoni, Francesco: Obra citada en (18), págs. 15 y 16.

El MAPU no se inició como partido, sino en el carácter de movimiento, en la forma de comportamiento colectivo, contradictor a la institucionalidad vigente; como el acto emotivo e intuitivo de un grupo social, convencido de poder instaurar una nueva forma de organización social. Fue una sumatoria de individuos dotada de un entusiasmo generalizado que emergió, de improviso, de modo catastrófico, en medio de una situación especialísima.

No fue sorprendente que sucediese de ese modo. Una institucionalidad crea, por reacción, al movimiento. Extremadamente libertario, antisistema y antiinstitucional son, por lo mismo, las características de todo movimiento. Cuando éste logra sus objetivos, se institucionaliza. La cotidianeidad comienza a reproducirse, el movimiento deja de ser tal y el período de estabilidad se hace presente, una vez más. Entonces, un nuevo sentimiento se apodera de las masas. Orden institucional, comienzo de la desarticulación, desorden institucional, comienzo de la rearticulación y nuevo orden institucional: tal es el ciclo de las sociedades a lo largo de la historia.

El MAPU fue un movimiento. Como tantos otros. No el único. Por el contrario: fue uno de los que conformó y dio origen a aquel otro, mayor y más trascendental. Aquel que, en lugar de sucumbir a la institucionalización, tuvo la capacidad increíble de arrastrar en su vorágine al conjunto de los partidos populares institucionales chilenos y convertirlos en elementos contradictorios al sistema: la Unidad Popular. Pero eso constituye ya el hilo conductor de otra historia de la que esta vez no hablaremos. Aunque haya sido holón mayor de la que estamos narrando.

*“El movimiento”,*

reitera Alberoni,

*“es el proceso histórico que va del estado naciente a la institución y que termina cuando la institución se encuentra ya consolidada y ha reproducido la cotidianeidad”<sup>73</sup>.*

---

<sup>73</sup> Alberoni, Francesco: Obra citada en (18), pág. 18.



La existencia del MAPU, su vida política, no fue diferente a la de todas las organizaciones de carácter marxista que existieron en su época. Por una parte entró, como también lo hacía el MIR, a discutir al PS y, principalmente, al PC la ‘correcta’ línea marxista de la ‘vanguardia’ de la clase trabajadora y a disputarles sus presuntos caracteres de tal. No lo hizo sino como reacción al rol que dichas estructuras partidarias se atribuían: guardar mayor fidelidad a las leyes del ‘materialismo histórico’ e interpretar con la máxima rigurosidad el legado de Karl Marx. Si así había ocurrido en Francia y de la misma manera en Italia, no debía resultar extraño que aconteciese de la misma manera en una formación social como la chilena.

“*Estos marxistas*”,

expresa Alberoni,

*“se topan con la institución Partido Comunista Italiano, porque éste se presenta como la única institución que interpreta ‘auténticamente’ los movimientos ‘de clase’. Todos los ‘grupúsculos’ marxistas que emergen del movimiento se consideran el único verdadero Partido Comunista revolucionario y piensan que terminarían por sustituir al PCI en la conducción del ‘movimiento obrero’”*<sup>74</sup>.

El MAPU buscó encontrar su nicho político en medio de una disputa constante entre organizaciones populares por el perfeccionamiento del Programa de la Unidad Popular, por la efectividad de las medidas adoptadas, por la correspondencia entre la teoría y la práctica social. Para ello, su intérprete y conductor Rodrigo Ambrosio debió emplear en forma exhaustiva la crítica directa, fraternalmente unitaria, conmovedoramente convincente:

*“Es un hecho concreto que también el MAPU, lejos de estorbar, facilita la unidad de los partidos obreros. Se*

---

<sup>74</sup> Alberoni, Francesco: Obra citada en (18), pág. 366.

*comprende que en un momento de la historia de la clase obrera en que un partido nuevo como el nuestro puede aprovechar toda la experiencia acumulada durante generaciones, aquí y en el mundo, y puede madurar antes de envejecer.*

*No estamos pidiendo nada. Queremos simplemente que los comunistas sepan que nuestras relaciones alcanzarán su pleno y profundo desarrollo sólo sobre la base de nuestro mutuo respeto. Nosotros podemos recorrer la mitad del camino. La otra mitad deben recorrerla ustedes.*

*A recorrerlo nos ayuda ese obrero linotipista que se llama Oscar Córdoba, comunista ejemplar, que practicó la unidad con firme y amplia conciencia de clase, en jornadas decisivas que abrieron camino a la Unidad Popular. A recorrerlo nos ayuda ese obrero de la construcción, que se llamó Gilberto Moreno, que habiendo vivido muchas cosas e intuyendo muchas otras, pidió en el momento en que anticipaba su muerte, que sobre su ataúd hubiera, junto a la bandera del partido de ustedes, una bandera del partido nuestro. A recorrerlo nos ayuda ese viejo minero de Sewell, llamado Oscar Astudillo, que más allá de la muerte, igual que el Cid, sigue ganando batallas contra el sectarismo”<sup>75</sup>.*

---

<sup>75</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (67), pág. 69.

## Capítulo XX: Marxismo y cristianismo.

La “*compatibilidad histórica y práctica*” entre las aspiraciones religiosas del cristiano “*y la necesidad histórica del socialismo*” fue un estigma que persiguió a Rodrigo desde la formación misma de la Unidad Popular hasta la primera división del MAPU.

En septiembre de 1970, y a poco de realizados los comicios presidenciales, se acercó hasta el domicilio de Salvador Allende un grupo de veinte sacerdotes que trabajaban en las poblaciones marginales para felicitarlo por su elección; querían, además, hacerle entrega de un documento en el cual manifestaban su deseo de colaborar con él en el sentido de llevar tranquilidad a esos sectores ante la campaña del terror que habían desatado las fuerzas reaccionarias del país.

Dos meses más tarde, en noviembre, este mismo grupo de religiosos, interesados en “*trabajar por la libertad del hombre*” decidió preparar unas jornadas de estudio y análisis del rol del cristiano en el Gobierno Popular, a realizar en el mes de abril del año siguiente. La reunión se haría sobre la base de un documento redactado por Rodrigo Ambrosio, que sería enviado a otros religiosos por los doce convocantes. Este documento, jamás dado a conocer en su texto íntegro, decía, en una de sus partes:

*“Hay un peligro que acecha a los cristianos que comienzan a actuar en política. Puede darse el caso de una radicalización que se hace, no a partir de un contacto con la clase trabajadora, su explotación, su lucha y sufrimientos, sino de inquietudes intelectuales a menudo provenientes de círculos universitarios burgueses y pequeño burgueses. Esto puede llevar a posiciones políticas terriblemente abstractas y, por lo tanto, ineficaces. Es lo que, por ejemplo ha sucedido con la Iglesia Joven que, motivada por un deseo de autenticidad, quiere comprometerse en la liberación de América Latina y dar testimonio personal, por lo cual fomentan posiciones políticas abstractas, políticamente ineficaces para la liberación de Chile [...]”*

Las jornadas se realizaron en las fechas previstas bajo el nombre de “La colaboración de los cristianos en la construcción del socialismo” y participaron en ellas ochenta religiosos. Al término de aquellas (16 de abril de 1971), los participantes dieron a conocer un documento que resumía sus inquietudes y en el que se podía leer lo siguiente:

*“Un grupo de ochenta sacerdotes que convivimos con la clase trabajadora nos hemos reunido para analizar el proceso actual que vive Chile al iniciar la construcción del socialismo.*

*La clase trabajadora permanece todavía en condiciones de explotación, que implican desnutrición, falta de vivienda, cesantía y escasas posibilidades de acceder a la cultura. Hay una causa clara y precisa de esta situación: el sistema capitalista, producto de la dominación del imperialismo extranjero y mantenido por las clases dominantes del país [...]*

*Una situación tal no puede tolerarse por más tiempo. Constatamos la esperanza que significa para las masas trabajadoras la llegada al poder del Gobierno Popular y su acción decidida a favor de la construcción del socialismo. Esta intuición del pueblo no es errada [...]*

La Unidad Popular estaba profundamente empeñada en mantener el carácter cristiano del MAPU, como ya se ha señalado. Para ello, hubieron ofrendado gran parte del programa. Las declaraciones de Rodrigo Ambrosio a favor del marxismo causaban, por ende, profunda irritación en las filas de los partidos socialista, comunista y radical. Por supuesto, también lo hacían en el Gobierno. Como lo fue aquella que consignara el diario “Crónica”, de Concepción, en una entrevista que le hiciera el 29 de mayo de 1971, con ocasión de su visita a la ciudad penquista:

**Crónica:** “¿Se considera usted marxista?”

**Rodrigo Ambrosio:** “Soy tan marxista como todo el MAPU”.

El 3 de abril de 1971, el diario ‘La Estrella’, de Valparaíso, le hizo una entrevista en la que se tocaron los temas del marxismo y cristianismo de la siguiente manera:

**Periódico:** ¿Y el marxismo?

**Rodrigo:** El marxismo es para nosotros la elaboración, a un nivel científico, de toda esa acumulación de conocimientos de la clase obrera.

**Periódico:** ¿El marxismo es para Uds. una ciencia?

**Rodrigo:** Sí, una ciencia de la historia, de la sociedad. Sin una ciencia de la historia, sin una ‘anatomía’ de la sociedad, la revolución no sería posible. Estaríamos todavía en los generosos deseos del socialismo utópico, en los palos de ciego del voluntarismo. En ese sentido, el marxismo es una ciencia de la revolución proletaria.

**Periódico:** ¿El MAPU es o no marxista?

**Rodrigo:** El marxismo no es una metafísica, sino una herramienta científica. Era Lenin el que decía que ‘no era un dogma, sino una guía para la acción’. No se trata, pues, de saber si somos o no somos marxistas, sino de ver cómo nos servimos de esa guía, cómo hacemos de ella un instrumento fecundo de investigación de nuestra realidad”<sup>76</sup>.

Y, en la entrevista que le hiciera la revista ‘Cristianismo y Revolución, editada en Buenos Aires, en abril de 1971, a la pregunta de cuáles eran las fuentes ideológicas del MAPU, respondió:

*“El MAPU busca inspiración en la historia del proletariado internacional, en su experiencia acumulada, en su rica conciencia de clase, y particularmente en la historia, experiencia y conciencia del proletariado chileno.*

*Pensamos que el marxismo constituye una herramienta científica irremplazable en manos del proletariado y buscamos que nuestros militantes sean capaces de manejarla creadoramente para orientar su participación concreta en la lucha de clases”<sup>77</sup>.*

...

*“El MAPU ha rechazado desde la partida la posibilidad de ser un partido institucional de ‘izquierda cristiana’.*

---

<sup>76</sup> MAPU: “El primer año del gobierno popular”, Unidad Proletaria, No.1, Noviembre de 1971, págs. 106 y 107.

<sup>77</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (68), pág. 22.

*Queremos ser un instrumento revolucionario del proletariado*<sup>78</sup>.

El viaje que realizara a un número determinado de países socialistas, durante los primeros meses de 1972, reafirmó en Rodrigo su absoluta convicción acerca de la posibilidad de construir para Chile un tipo de sociedad nueva, diferente, basada en los valores de la persona humana. Y no vacilaba en hablar con entusiasmo de los países visitados. Por eso, cuando tropezó en los pasillos del local del MAPU (Santiago Centro) con Francisco Lira Vial, representante de esa organización política en el directorio del Banco Nacional del Trabajo, empresa estatizada, le preguntó sin disimulo alguno:

—¿Sigues tan "ultra" como siempre, Panchito?

El aludido se limitó a contestarle con una sonrisa. Entonces, Rodrigo le palmoteó la espalda alejándose, mientras le decía:

—Vas bien, muchacho, vas bien...

Y es que el viaje le había hecho comprender la impresionante diversidad de opciones que ofrecía un mundo abierto más allá de las fronteras, un mundo ancho, diferenciado, rico en modelos, matices y experiencias nuevas. Por lo mismo, no perdía la oportunidad de volver siempre con el mismo tema, el de las sociedades socialistas. Lo haría, incluso, pocas horas antes de su muerte, como lo relata Bernarda Aguirre Valdivieso en uno de sus recuerdos:

*“Ambrosio se apoderó de la conversación y nos relató de manera fascinante su viaje a Corea, Vietnam, China y Cuba y sus encuentros con Kim Il Sung, Chou En Lai y Fidel Castro”*<sup>79</sup>.

Sentía profundo aprecio y admiración por la Revolución Cubana y, en especial, por uno de sus más prestigiados constructores, Camilo Cienfuegos. Lo puso de manifiesto —una vez más— aquella respuesta dada a un periodista que lo interrogó, en cierta oportunidad, acerca de si acaso el nombre de su hijo (Camilo) era o

---

<sup>78</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (68), pág. 22.

<sup>79</sup> Aguirre, Bernarda: “*Recuerdo de Rodrigo Ambrosio*”, La Nación, Santiago, 19 de mayo de 1972.

no un homenaje al recuerdo de Camilo Torres, el cura guerrillero colombiano.

—No— repuso Rodrigo—. El homenaje es a Camilo Cienfuegos.

Camilo Cienfuegos, Fidel Castro, Ernesto Guevara, José Carlos Mariátegui, José María Argüedas, Ho-Chi-Min, Kim-Il-Sung, Pablo Neruda, Vladimir Ilich Lenin, Karl Marx, Rose Luxemburg, Luis Emilio Recabarren, Violeta Parra, Elías Laferte, eran nuestros héroes; sus revoluciones, sus ideas, eran las nuestras. En la estructura jerárquica del MAPU, como organización política, y bajo la conducción política de Rodrigo, también hubo hombres y mujeres que pensaron de idéntica manera y que, luego de su muerte, jugaron a los dados la suerte de esa estructura, arrebatándose sus precarios bienes como si fuesen los retazos de un manto sagrado.

¿Qué hizo que ello sucediese? ¿Qué hizo imposible evitar la división del MAPU? ¿Las cartas que enviaba Gazmuri a Garretón o éste a aquel, infidencias de un amor político no consumado? ¿Qué hizo a las fracciones resultantes concurrir hasta el despacho de un bufo y solicitarle que, en nombre del pueblo chileno, dirimiera el carácter 'legítimo' de una de las fracciones en pugna? ¿Qué hizo fragmentarse en mil pedazos las mil fracciones del MAPU (Garretón) que estallaron al advenir la Dictadura? ¿Qué hizo, finalmente, a todos estos revolucionarios declarados, terminar su carrera política al amparo de las leyes de la economía social de mercado administrando la miseria de la población y de los pueblos originarios?

Sostener de manera simplona, como una canción lo expresa, que *‘cambia, todo cambia’* es hacer mofa de la tragedia de todo un pueblo. Tampoco ayuda en ese sentido la liviana constatación de haberse producido *‘un viraje inexplicable’*<sup>80</sup> de toda la ex dirigencia del MAPU ni, mucho menos, la torpe y cínica explicación que Eugenio Tironi diera a la revista *‘Capital’*, en 2001, atribuyéndolo a una *‘evolución natural’*:

*“[...] porque éramos soñadores y queríamos cambiar el mundo y esas son cosas que se necesitan para ser empresarios. De partida, para ofrecer un producto que interese a los consumidores se requiere cambiar algo, soñar un poco[...].”*<sup>81</sup>

---

<sup>80</sup> Pérez Villamil, Ximena: *“La conexión MAPU-empresa”*, Revista Capital, Santiago, 1 al 14 de junio 2001, pág.68.

<sup>81</sup> Pérez Villamil, Ximena: Artículo citado en (78), pág.68.



No ayuda, igualmente, a encontrar una respuesta adecuada la superflua falacia aquella en virtud de la cual todo sucede en el ejercicio del inalienable derecho que compete a toda persona a cambiar sus opiniones. Porque, en este caso, no se trata de cambiar tan sólo de opinión como se cambia de ropa, de decir algo que no debió decirse, de llevar a cabo una acción que no debió realizarse o de advertir haber cometido un error de proporciones, a la manera del niño que cree gustar de una golosina y luego la rechaza o, finalmente, de quien se engañó por una simple creencia. Se trata, en el fondo, de saber qué hizo a determinados sujetos predicar la inminencia de una revolución e incitar a vastos contingentes al sacrificio para, luego, abjurar de tales ideas o principios. Porque los mecanismos que hacen desplazarse —aparentemente— a una persona desde la ‘izquierda’ hacia la ‘derecha’ pocas veces dicen relación con una transformación en su manera de concebir la solidaridad respecto del núcleo social. Desde este punto de vista, la transformación es sólo aparente: el tráfuga no es tal sino, más bien, puede definírsele como una suerte de ‘agente encubierto’, un sujeto que ocupa determinado espacio social revestido de una calidad que no posee y que el conjunto social acepta, porque desconoce su esencia o porque no está mayormente interesado en realizar, al respecto, descubrimientos más allá de lo estrictamente necesario. En los acápite que se siguen a continuación, intentaremos una aproximación del fenómeno a la luz de la teoría. Para tales efectos, necesariamente hemos de referirnos tanto a los mecanismos de defensa propios de los seres vivos —entre ellos, a los que gobiernan la conducta manifestada por el individuo cuando sabe, supone o cree estar amenazado en el ejercicio de sus normales funciones de conservación y reproducción— como el carácter social e individual del sujeto. Advertimos que esas materias son un tanto áridas.

## Capítulo XXI: Intentando el inicio de una explicación.

Explicar el cambio de determinada conducta no es tarea que pueda realizarse sin el conveniente auxilio de un instrumental teórico. La lógica del cambio inevitable —contenida, a veces, en su versión melódica (‘cambia, todo cambia’); otras, en su versión jurídica (‘el derecho a cambiar de opinión’)—no es menos ingenua, como explicación, que suponer ‘malvados’ o ‘vendidos’ a quienes son sujetos de análisis. La descalificación de personas jamás ha sido un modo de estudiar los comportamientos.

He tomado en mis manos algunas de las obras que estimo adecuadas para ayudarnos en esta búsqueda tan necesaria. Son textos que acostumbro a mantener cercanos al lugar en que me encuentro pues su lectura me resulta indispensable. Es extraño. Debo confesarlo sin rubor: años atrás, miraba con temor reverencial tanto a esas obras como a sus autores. Hoy no lo hago. A fuerza de leerlos y releerlos, a fuerza de repetir sus afirmaciones y sentencias los he convertido en mis herramientas teóricas predilectas. No acierto a comprender cómo ha sido posible esa suerte de simbiosis intelectual establecida entre mis ideas y las contenidas en ese instrumental. Sé que tales obras han sido escritas para todos y, no obstante, las siento propias, como si hubieren sido hechas para mí. Como si sus autores, en algún momento de la historia, hubieren pensado lo que yo iría a necesitar en el futuro. Son, por eso, compañeros míos, amigos, camaradas. Fritjof Capra es uno de ellos. De profesión físico, escribe sobre el particular lo que podría ser un buen comienzo en este intento de explicarnos lo que hemos sido, somos y, probablemente, seremos mañana.

*“Los sistemas vivientes están organizados de tal suerte que forman estructuras poliniveladas; cada nivel comprende un número de subsistemas que forman una unidad respecto de sus partes y una parte respecto de una unidad mayor. Así pues las moléculas se combinan para formar orgánulos que a su vez se unen para formar las células; estas últimas forman tejidos y órganos que integran sistemas más grandes como el sistema digestivo o el sistema nervioso. Por último,*

*los distintos sistemas se unen y dan forma al hombre y a la mujer. Pero el 'orden estratificado' no termina aquí. Las personas forman familias, tribus, sociedades, naciones. Todas estas entidades —desde las moléculas hasta las personas y así sucesivamente hasta llegar a los sistemas sociales— pueden considerarse unidades en sí en la medida en que son estructuras integradas y, a la vez, pueden ser vistas como partes de una unidad de los niveles más complejos”<sup>82</sup>.*

Un partido político es un sistema social, un conjunto de personas, una organización. Su funcionamiento es directamente proporcional a quienes lo integran. Conocer al ser humano en su esencia más íntima ayuda a desenmarañar el complejo mundo de la política. Ayuda a entender lo que sucedió en el MAPU, por qué hubo un Rodrigo Ambrosio, cuál fue el rol que cumplió. Introduzcámonos, pues, en el mundo de las fuerzas que mueven al ser humano.

Arthur Koestler —que había estudiado la doble ambivalencia de toda unidad— fue quien reservó el término de ‘*holón*’ a cada una de las partes integradas a otras partes de partes aún mayores pues, como lo señala Capra,

*“las partes y las unidades en sentido absoluto no existen”<sup>83</sup>.*

El aporte genial de Koestler a la concepción del ‘*orden estratificado*’ radica más bien en haber puesto de relieve las tendencias complementariamente opuestas que rigen la existencia de cada holón, a saber, **la tendencia integradora** que funciona como parte de una unidad mayor y **la tendencia autoafirmante** que preserva su autonomía individual.

Esta concepción es trascendental para el análisis que nos proponemos. La razón es simple pues, siempre en palabras de Capra,

---

<sup>82</sup> Capra, Fritjof: “*El punto crucial*”, Editorial Troquel S.A., Buenos Aires, 1998, pág.47.

<sup>83</sup> Capra, Fritjof: Obra citada en (80), pág.47.

*“en un sistema biológico o social cada 'holón' tiene por un lado que afirmar su individualidad a fin de mantener el orden estratificado del sistema y, por el otro, tiene que someterse a las exigencias de una unidad mayor a fin de que el sistema sea viable; estas dos tendencias son opuestas y, al mismo tiempo, complementarias”<sup>84</sup>.*

Un sistema vivo es, en biología, un *organismo*; se le llama también ser vivo. Que se encuentre organizado de la manera precedentemente descrita no debe sorprender. Ya lo había adelantado, algunos años antes, Ludwig Von Bertalanffy al exponer en su teoría general de los sistemas que los organismos son una de las tantas expresiones adoptadas por los diferentes tipos de sistemas abiertos. El organismo, explicaba Von Bertalanffy,

*“es ante todo un sistema abierto. Se mantiene en continua incorporación y eliminación de materia constituyendo y demoliendo componentes, sin alcanzar, mientras la vida dure, un estado de equilibrio químico y termodinámico, sino manteniéndose en un estado llamado uniforme (steady) que difiere de aquel”<sup>85</sup>.*

El ser vivo existe de esa manera, persiste en lo que es gracias al equilibrio de sus componentes y realiza así aquel presupuesto fundamental contenido en la frase latina según la cual *“esse persistere, in esse est”* (‘el ser que persiste en sí continúa siéndolo’). No por otra circunstancia recaba energía de su entorno, la procesa y asimila, devolviendo aquello que no necesita para beneficio de quien sí lo necesita. Es una estructura por entero dependiente del medio en que vive: se autoafirma en la medida que obtiene de su alrededor lo que le es útil aunque la necesidad de autoafirmarse le haga recogerse cada vez más dentro de sí mismo y, consecuentemente, le distancie de la integración.

Detengámonos, un momento, en este aspecto:

---

<sup>84</sup> Capra, Fritjof: Obra citada en (80), págs. 47 y 48.

<sup>85</sup> Von Bertalanffy, Ludwig: *“Teoría General de los Sistemas”*, Fondo de Cultura Económica S.A. de C.V., México, 1993, pág. 39.

La vida es el desafío constante a las leyes del orden newtoniano; desde este punto de vista, es el permanente ponerse fuera de dicho equilibrio y una rebelión de la naturaleza a las formas de medición inventadas por el ser humano. Es el reto universal a la *entropía*, segunda de las leyes de la termodinámica.

Pero la vida no es sólo desorden; su orden se encuentra precisamente en una especie de equilibrio dentro del desequilibrio que la caracteriza. Y ese equilibrio en el desequilibrio, que permite la perseverancia de la vida, se llama “*homeostasis*”. El equilibrio entre las tendencias autoafirmante e integradora no es sólo una suerte de homeostasis, sino su auténtica expresión en la teoría general de los sistemas; mantiene y provee la conservación del individuo a través del tiempo y le vincula a su entorno.

Si no hay autoafirmación no hay integración, pues toda integración es ilusoria en tanto alguien no se autoafirme en lo que es.

¿Qué es, entonces, la racionalidad del individuo sino el equilibrio constante entre sus tendencias integradora y autoafirmante? En el equilibrio predomina la cooperación como forma natural de vida, reservándose a la competencia un rol de defensa del individuo que ve amenazada su existencia y descubre la imposibilidad de ejercer formas de cooperación.

¿Qué ocurre si el equilibrio se rompe? ¿Qué sucede si este aspecto de la homeostasis deja de ser tal? Se entiende que el equilibrio entre las tendencias integradora y autoafirmante se ha roto cuando una de ellas predomina sobre la otra. El predominio de la tendencia integradora conduce a la autoinmolación, al desprecio de lo propio por ‘amor a los demás’; pero, como muy bien lo señala Fromm:

*“La afirmación de mi propia vida, felicidad, expansión y libertad están arraigadas en la existencia de la disposición básica y de la capacidad de lograr tal afirmación. Si el individuo la posee, también la posee con respecto de sí mismo; si tan sólo puede ‘amar’ a los otros, es simplemente incapaz de amar”*<sup>86</sup>.

---

<sup>86</sup> Fromm, Erich: “*El miedo a la libertad*”, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona, 1993, pág. 124.

Por el contrario,

*“[...] un exceso de autoafirmación se manifiesta en forma de poder, control y dominación de los demás por la fuerza; de hecho, éste es el modelo que predomina en nuestra sociedad”<sup>87</sup>.*

Y como es de suponer, el triunfo de la autoafirmación por sobre la integración conduce al irrestricto ejercicio de la competencia por sobre las cordiales formas de cooperación. Así lo expresa Capra:

*“Esta preferencia por el comportamiento competitivo y no por la cooperación es una de las principales manifestaciones de la tendencia autoafirmativa de nuestra sociedad”<sup>88</sup>.*

¿Significa todo lo dicho que el problema de saber por qué una persona de pensamientos ‘avanzados’ se vuelve conservadora está resuelto de una vez por todas? No. En modo alguno. Recién empezamos a introducirnos en el tema.

---

<sup>87</sup> Capra, Fritjof: Obra citada en (80), pág. 47.

<sup>88</sup> Capra, Fritjof: Obra citada en (80), pág. 48.

## Capítulo XXII: ¿Comportamientos patológicos en el MAPU?

Autoafirmarse a la vez que integrarse... ¿implica, únicamente, lo que tales palabras expresan? ¿O es que recuerdan, además, la descripción que desde hacía ya muchos años se venía discutiendo en el campo de la psicología? Esta mecánica —física, química, biológica, ciencia interdisciplinaria— ¿no trae a la memoria aquel proceso que, descrito por Carl G. Jung bajo el nombre de ‘*individuación*’, fuese recogido y desarrollado por su más preclara discípula Marie-Louise Von Franz en un trabajo sobre los sueños cuyo título es, precisamente, ‘*El proceso de individuación*’? Ya nos había enseñado aquel ilustre discípulo de Freud que, en el transcurso de la vida, toda persona evoluciona hacia el encuentro consigo misma, se hace más ella, deviene aquello que estaba en tránsito de ser, se hace individuo, se individúa.

La construcción de las ciencias no es distinta, en modo alguno, a la construcción del ser humano; ni, mucho menos, a las formas cómo el ser humano construye sus formas de vida. Al fin y al cabo, se trata de una construcción acumulativa y las ciencias, como parte de la vida misma, son desarrolladas en una verdadera cadena de aportes individuales que se extiende a través del tiempo y de los continentes: uno continúa lo que otro ha dejado, las tesis de una persona son desarrolladas por otra, y así sucesivamente.

Erich Fromm, que continuara en la investigación de los avances realizados por Freud, Adler, Jung, Eriksson y otros en el campo de la psicología, basó gran parte de sus trabajos en el desarrollo de ese concepto de ‘*individuación*’.

Definida como

“[...] *el proceso por el cual el individuo se desprende de sus lazos originales [...]*”<sup>89</sup>,

la individuación deja, aparentemente, una incógnita en la penumbra: si se trata de un proceso en virtud del cual los seres humanos se

---

<sup>89</sup> Fromm, Erich : Obra citada en (84), pág. 43.

desprenden de ciertos lazos que entraban su desarrollo, con justicia podemos preguntarnos ¿de qué lazos se trata? ¿Cuáles son aquellas ataduras que impiden la libre expresión del ser humano? ¿Qué son, en definitiva, los lazos originales?

En las tesis de Fromm, la existencia del ser humano se encuentra ligada naturalmente a una variedad de pertenencias, relaciones, amarres, que deriva del concepto extraído de un trabajo realizado por Karl Marx intitulado “*Salario, precio y ganancia*”: la ‘unidad originaria’<sup>90</sup>; de este concepto deriva otro, que es el de los ‘vínculos primarios’ (o ‘lazos originales’), que son, a la vez, trabas/protecciones en su relación con aquello a lo cual pertenece.

*“A causa de que no es **vivido**, sino que **vive**, a causa de haber perdido la unidad originaria con la naturaleza, tiene que tomar decisiones, tiene consciencia de sí mismo y de su vecino como personas diferentes, y tiene que ser capaz de sentirse a sí mismo como sujeto de sus acciones. Como ocurre con las relaciones de relación, arraigo y trascendencia, esta necesidad de un sentimiento de identidad es tan vital e imperativa, que el hombre no podría estar sano si no encontrara algún modo de satisfacerla. El sentimiento de identidad del hombre se desarrolla en el proceso para salir de los ‘vínculos primarios’ que ligan al hombre con la madre y la naturaleza”*<sup>91</sup>.

Los vínculos primarios no constituyen un lastre en el desarrollo de la personalidad del individuo. Son fases que debe superar sucesivamente en la búsqueda de mayor independencia y libertad.

*“El individuo”*,

---

<sup>90</sup> No nos referiremos a este concepto. Su tratamiento resultaría demasiado extenso. La deuda que tenemos con nuestro amigo y compañero Kalki Glauser en torno a desarrollar este concepto de ‘unidad originaria’ ha sido saldada en un documento publicado en [www.continente.nu](http://www.continente.nu) intitulado ‘El concepto de unidad originaria’.

<sup>91</sup> Fromm, Erich: “*Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*”, Fondo de Cultura Económica Sucursal para España, Madrid, 1990, pág.57.



expresa Fromm,

*“carece de libertad en la medida en que todavía no ha cortado enteramente el cordón umbilical que —hablando en sentido figurado— lo ata al mundo exterior; pero estos lazos le otorgan a la vez la seguridad y el sentimiento de **pertenecer** a algo y de estar arraigado en alguna parte. Estos vínculos, que existen antes que el proceso de **individuación** haya conducido a la emergencia completa del individuo, podrían ser denominados **vínculos primarios**”<sup>92</sup>.*

En el proceso de individuación tiene lugar un fenómeno conocido: en tanto más se desprende de sus lazos primitivos el ser humano, más aumenta su autoestima y las ansias de libertad e independencia que posee. El ego se desarrolla progresivamente; y si, como Fromm lo hiciera,

*“[...] llamamos yo al todo organizado e integrado de la personalidad, podemos afirmar que **un aspecto del proceso del aumento de la individuación consiste en el crecimiento de la fuerza del yo**”<sup>93</sup>.*

¿Cómo, entonces, lograr todo aquello? ¿Cómo realizar esa autoestima? ¿Cómo avanzar en la adquisición de mayores cuotas de libertad e independencia en pos del desarrollo de la personalidad?

Fromm propone un modelo a emplear que se desarrolla a partir de dos vías posibles para alcanzar tales objetivos.

1. La primera de esas vías es una especie de intento de reversión hacia la relación perdida, una tentativa de recrear las condiciones de seguridad y protección que brindaban los vínculos primarios. Pero eso, dice Fromm, es algo imposible; no se puede volver atrás pues

*“[...] los intentos de reversión toman necesariamente un*

---

<sup>92</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), pág. 44.

<sup>93</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), pág. 47.

*carácter de sometimiento en el cual no se elimina nunca la contradicción básica entre la autoridad y el que a ella se somete*<sup>94</sup>.

2. La segunda de esas vías es la exteriorización de una actitud, la creación de un nuevo vínculo que Fromm describe como

*“[...] la relación espontánea hacia los hombres y la naturaleza, relación que une al individuo con el mundo, sin privarlo de su individualidad”*<sup>95</sup>.

La similitud que existe entre las concepciones teóricas de Fromm, en torno a situar el problema de una mayor libertad e independencia para el individuo frente a dos vías, y las de Arthur Koestler, referidas a la ambivalencia de las tendencias autoafirmadora e integradora, tratadas en el título precedente, es notable. El ‘intento de reversión’ conlleva implícito el desequilibrio de esas tendencias, en tanto la identificación con los otros seres humanos y la naturaleza corresponde, de todas maneras, al equilibrio de las mismas. Una vez más se hacen presentes en estas construcciones teóricas no sólo las grandes coincidencias de los modelos empleados por distintas disciplinas para tratar un fenómeno, sino la complementariedad imperiosa de todos ellos y la conveniencia de desarrollar un trabajo multidisciplinario.

Dentro de la primera de las vías posibles para alcanzar mayores grados de libertad e independencia, desarrolla Fromm una estructura taxonómica que, bajo el nombre de ‘intentos de evasión’, le permite describir y ordenar tres tipos de comportamientos patológicos, originados en la angustia que produce esa reversión imposible que se intenta hacia los vínculos primarios. Tales tipos son:

1. Autoritarismo.
2. Destructividad.
3. Conformismo.

Cada uno de estos intentos de evasión corresponde a un tipo especial de carácter. Nos referiremos, en este capítulo, tan sólo al

---

<sup>94</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), pág. 48.

<sup>95</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), pág. 48.

primero de ellos, al autoritarismo.

El autoritarismo, como patología, contiene caracteres ambivalentes que se presentan en sentido inverso de acuerdo al predominio de cada una de las tendencias que dan forma a la conducta sadomasoquista (sadismo y masoquismo) descrita por Sigmund Freud. Un sujeto autoritario naturalmente domina, pero admite también su dominación por otros y lo acepta como un hecho normal. En una relación de dominación autoritaria es tan autoritario quien domina como el dominado: las relaciones son de propiedad pues uno es el dueño de otro que así lo entiende y consiente. El autoritarismo en el amor se realiza de manera similar: el sujeto autoritario ama porque siente al objeto amado como algo de su propiedad y éste lo ama porque se siente propiedad del otro.

*“Para el carácter autoritario existen, por así decirlo, dos sexos: los poderosos y los que no lo son. Su amor, admiración y disposición para el sometimiento surgen automáticamente en presencia del poder, ya sea el de una persona o el de una institución. El poder le fascina, no en tanto que defiende algún sistema determinado de valor, sino simplemente por lo que es, porque es poder. Del mismo modo que su ‘amor’ se dirige de una manera automática hacia el poder, así las personas e instituciones que carecen de él son inmediatamente objeto de su desprecio”<sup>96</sup>.*

Este especial tipo de carácter estaba ya presente en gran parte de la dirigencia del MAPU. Las luchas sociales y políticas ocultaban tal anomalía. Los rasgos autoritarios aparecían subsumidos en la urgencia por lo que sucedía en la coyuntura. Parecía subentenderse que, en esos momentos, era necesario actuar rápida y eficazmente, lo cual implicaba dar y obedecer órdenes, gritar, vociferar, dar rienda suelta a las formas más imperativas de expresar las ideas. Someter y ser sometido. Intentar imponerse y mostrar sumisión. Cabe, al respecto, recordar un episodio memorable.

En 1968, trabajaba Rodrigo con ahinco en la construcción de la nueva fuerza política que había de conformarse mayoritariamente

---

<sup>96</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), págs. 168 y 169.

con sectores provenientes de la juventud demócrata-cristiana. En conocimiento que un grupo de militantes de esa colectividad, un tanto impacientes, no deseaban seguir esperando para provocar la división del partido sino querían hacerlo de inmediato, citó hasta su domicilio a uno de los dirigentes que encabezaban esa fracción con intención de hacerlo desistir de sus propósitos. Ambrosio estaba convencido que una división prematura podría dañar seriamente el trabajo de migración masiva que preparaba.

Mientras esa conversación se realizaba en el departamento que Rodrigo alquilaba en calle Amunátegui (de Santiago), llegó hasta allí Enrique Correa, considerado el más seguro candidato que tenía para reemplazarlo en su cargo de Presidente de la Juventud Demócrata Cristiana JDC. Correa ingresó de inmediato a la habitación donde Rodrigo dialogaba con el dirigente rebelde, convencido de su derecho a imponerse, en forma directa, tanto de la identidad del entrevistado como del contenido de la entrevista. Rodrigo reaccionó de manera seca y abrupta, acostumbrado como estaba a expresar sin vacilar su desagrado ante conductas impropias:

—¿Me puedes esperar en el salón?

Correa acusó el golpe. Visiblemente sorprendido, bajó la cabeza en un gesto de extrema sumisión y, sin pronunciar palabra alguna, salió de la pieza dirigiéndose al salón, donde esperó pacientemente que terminara aquel encuentro.

Ya en sus años de estudiante presentaba Correa algunos comportamientos curiosos, entre otros, aquel que le hacía empuñar su mano derecha y ocultar en ella el dedo pulgar para, luego, golpear repetidamente con el brazo por detrás del cuerpo mientras apretaba con fuerza los labios. Discutiendo, en una oportunidad, con uno de sus compañeros y agotados los argumentos que daban fe de sus ideas, al no poder convencer a su rival montó en cólera descalificándolo por el simple hecho de no vestir como él lo hacía (en una clara alusión a la condición social de aquel, a quien consideraba inferior).

El autoritarismo era corriente en la dirigencia del MAPU. Eran autoritario Rodrigo González, Oscar Guillermo Garretón, Eduardo Rojas, Eduardo Olivares, Jaime Gazmuri, Enrique Correa, José Joaquín Brunner, Mario Valdivia, María Antonieta Saa, entre muchos otros. El autoritarismo ahogaba la voluntad del colectivo; en

algunos casos, ahogaba hasta la voz de las masas. El comportamiento de la dirigencia desmentía el propio discurso de la organización según el cual había de cambiarse la sociedad para dar protagonismo a la voluntad popular. Recuerdo, al respecto, el momento en que hubo de designarse a la persona que asumiría en el carácter de Presidente del Banco Continental, cargo que correspondía al MAPU, en virtud del cuoteo que existía en ese entonces. Alejandro Bahamondes (al momento de publicarse este libro, Secretario General del Partido Por la Democracia) tenía en sus manos la realización de esa tarea. El Sindicato de Trabajadores de ese Banco había pedido el cargo para el autor de estas líneas en asamblea plena; Bahamondes, contrariando esa voluntad, nombró a Carlos Soto, ex funcionario del Banco de Crédito e Inversiones, hombre de su absoluta confianza. Torpe medida pues, al producirse el quiebre de la organización, Soto tomó partido junto a las huestes de Gazmuri, contradiciendo la línea defendida hasta ese entonces por Bahamondes.

El autoritarismo no funciona sin el servilismo; ambos conceptos son necesarios e idénticos entre sí. Son las caras de una misma moneda. Son sadismo y masoquismo funcionando como el Ying y el Yang. En las instituciones fuertemente jerarquizadas constituyen una forma normal de relación social y, desde este punto de vista, es comprensible que el comportamiento de Augusto Pinochet llamase tanto la atención de un hombre libertario como lo fue Orlando Letelier, a poco de asumir como Ministro de Defensa del Presidente Salvador Allende.

*“Es adulator y servil”,*

confesó, en una oportunidad, a su mujer,

*“como el barbero que te persigue con el cepillo después de cortarte el pelo y no cesa de cepillarte hasta que le das su propina. Constantemente está tratando de ayudarme con el abrigo, con cargar mi portafolios...”<sup>97</sup>.*

---

<sup>97</sup> Dingues, John y Landau, Saúl: “Asesinato en Washington”, Grupo Editorial Planeta, Santiago, 1990, pág.72.

Sostiene Fromm que el carácter autoritario jamás podrá ser revolucionario. Prefiere, por lo mismo, denominar ‘rebeldes’ a quienes, siendo personas de carácter autoritario, se autodenominan revolucionarios.

*“El carácter autoritario no es nunca **revolucionario**; preferiría llamarlo **rebelle**. Hay muchos individuos y numerosos movimientos políticos que confunden al observador superficial a causa de lo que pareciera un cambio inexplicable desde el **izquierdismo** a una forma extrema de autoritarismo. Desde el punto de vista psicológico, se trata de ‘rebeldes’ típicos”<sup>98</sup>.*

Estos rasgos autoritarios serán determinantes en el futuro para comprender la segunda división del MAPU, hecho caracterizado por una absoluta carencia de argumentos en torno a la línea política del movimiento: la fatalidad, la existencia de un poder superior colocado por sobre encima del género humano, la imposibilidad de imponer una línea política anticapitalista dentro de la UP, el convencimiento que ‘ellos’ (la oposición) eran más fuerte que ‘nosotros’ (la UP) constituirá el tono del debate. Se tratará, en suma, no de una discusión en torno a una línea sino a creencias emanadas de caracteres autoritarios. Permítasenos, a riesgo de provocar el cansancio del lector con el abuso de citas excesivas, reproducir aquí las propias palabras de Fromm al respecto, que ilustran de mejor manera esta idea a como yo pudiere hacerlo:

*“La actitud del carácter autoritario hacia la vida, su filosofía toda, se hallan determinadas por sus impulsos emocionales. El carácter autoritario prefiere aquellas condiciones que limitan la libertad humana; gusta de someterse al destino. Y lo que éste ha de significar para él depende de la situación social que le toque en suerte. Para el soldado puede significar la voluntad o el capricho de sus superiores, a los que se somete de buena gana. Para el pequeño comerciante su destino es producto de las leyes*

---

<sup>98</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), pág. 170.

*económicas. Prosperidad y crisis no constituyen para él fenómenos sociales que puedan ser cambiados por la actividad humana, sino la expresión de un poder superior al que es menester someterse. Para los que se hallan en la cumbre de la pirámide social las cosas no son esencialmente distintas. La diferencia reside tan sólo en la magnitud y generalidad del poder al que tiene uno que obedecer, y no en el sentimiento de dependencia como tal.*

*Y son experimentadas como una fatalidad inconvencible no solamente aquellas fuerzas que determinan directamente la propia vida, sino también las que parecen moldear la vida en general. A la fatalidad se debe la existencia de guerras y el hecho de que una parte de la humanidad deba ser gobernada por otra. Es la fatalidad la que establece un grado perenne de sufrimiento, que no podrá disminuir jamás. La fatalidad puede asumir una forma racionalizada, como 'ley natural' o 'destino humano' desde el punto de vista filosófico, como 'voluntad divina' hablando en términos religiosos, y como 'deber' en términos éticos... Para el carácter autoritario se trata siempre de un poder superior, exterior al individuo, y con respecto al cual éste no tiene más remedio que someterse. El carácter autoritario adora el pasado. Lo que ha sido una vez, lo será eternamente. Desear algo que no ha existido antes o trabajar para ello, constituye un crimen o una locura. El milagro de la creación —y la creación es siempre un milagro— está más allá del alcance de su experiencia emocional”<sup>99</sup>.*

¿No podríamos, en estos conceptos extraídos de la psicología, recién empezar a aproximarnos a una suerte de respuesta al por qué determinadas ‘gentes de izquierda’ emigran a posiciones ‘de derecha’? Porque, ¿no nos recuerda el autoritarismo esas peligrosas convivencias que realizan sádicos y masoquistas, dominantes y dominados, víctimas y verdugos, mártires y asesinos? ¿No resulta revelador —a la vez que sintomático—, para esa esquiva respuesta, la

---

<sup>99</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), págs. 170 y 171.

existencia de tendencias de 'autoflagelantes' y de 'autocomplacientes', habida al interior de una colectividad política a la cual arribó gran parte de la vieja dirigencia (y sus secuaces) del que fuera MAPU?



## Capítulo XXIII: Perfil de la militancia del MAPU.

Intentar un estudio acerca de las causas que provocaron cambios de comportamiento (reales o ficticios) en la militancia (fundamentalmente, en la dirigencia) del MAPU conduce, a la vez, a la realización de un trabajo adicional cual es incursionar en el movedizo campo de la construcción de su perfil.

En verdad, como acostumbra suceder en la generalidad de las organizaciones, entre dirigencia y militancia del MAPU no sólo existía un estrecho vínculo que las unía, sino además una notable correspondencia. Más que en otros similares casos, la militancia del MAPU era a su dirigencia lo que ésta era a aquella. Por regla general, naturalmente.

El MAPU jamás llegó a ser un movimiento obrero y, durante las cortas semanas que funcionó dentro de la institucionalidad del país como partido, tampoco adquirió ese carácter. Por el contrario, siempre fue un destacamento de jóvenes en dificultoso tránsito ‘hacia forma y contenido proletarios’, una estructura política con aspiraciones de ponerse al servicio de los intereses de las grandes mayorías nacionales y encontrar, de esa manera, su natural espacio dentro del movimiento popular chileno.

Poseía, sí, una cualidad notable: era un cuerpo social extraordinariamente bien constituido y, me atrevo a asegurar en esta parte, el mejor organizado de todos cuantos existían. Por consiguiente, superaba en muchos aspectos a las viejas estructuras partidarias de la clase obrera y a los partidos tradicionales. Revivió, por lo mismo, el antiguo debate acerca de lo que había de entenderse ‘partido de cuadros’.

El MAPU no sólo estaba organizado en células de cinco miembros cada una que adoptaban el nombre de ‘Grupo de Acción Política’ (GAP)<sup>100</sup>, sino cada uno de sus integrantes debía

---

<sup>100</sup> No confundir con la forma despectiva —GAP, ‘Grupo de amigos personales—que el periodista Miguel Otero, director del pasquín ‘Sepa’ y miembro del movimiento sedicioso y paramilitar ‘Patria y Libertad’, bautizó en 1971 al grupo de especialistas armados, tanto del PS como del MIR (principalmente, del primero), que tenía como misión la defensa del presidente Salvador Allende.

desempeñar obligadamente una función específica. El coordinador del grupo era el ‘Secretario Político’ (SEPO), que dirigía los debates, entregaba el informe político y preparaba las reuniones; le seguía el ‘Secretario de Organización’ (SEO o SOR) que tenía a su cargo la organización del grupo, la distribución de las tareas y el control de las mismas; luego, el ‘Secretario de Educación Política’ (SEP), encargado de la preparación teórica de cada militante, de la selección de textos y confección de documentos; en cuarto lugar, el ‘Secretario de Finanzas’ (SEF) y, finalmente, el ‘Secretario de Agitación y Propaganda’ (SAP).

Dos trabajos eran fundamentales en cada GAP. Se trataba de tareas que jamás podían dejar de realizarse: las labores de control y de educación política. Todo militante del MAPU debía dominar la técnica de la organización partidaria y descollar en todas partes por su preparación teórica. Por tal motivo, los informes no eran una simple discusión de coyuntura; tampoco lo eran los documentos partidarios. En ellos se entendían incorporados los nuevos avances teóricos elaborados por los investigadores de todo el mundo. Los vínculos entre GAPs y de éstos con las estructuras superiores se mantenían constantemente activos; la organización del movimiento era ejemplar.

Esa forma de actuar no era casual. La generalidad de la dirigencia del MAPU se había enfrentado a la realización de acciones que exigieron notable capacidad de organización, entre otras, la toma de la Universidad Católica (UC), la marcha en contra de la guerra de Vietnam, la toma de la Catedral, el trabajo de construcción del Movimiento 11 de agosto, el trabajo de división de la Democracia Cristiana y, finalmente, la construcción de la nueva fuerza política. Quienes habían participado en la dirección de esos sucesos eran jóvenes provenientes de familias con recursos económicos y aspiraciones sociales elevadas, bien relacionados con el mundo de la política y de la empresa, educados en colegios privados (pagados o subvencionados, en su caso), casi todos con estudios universitarios y trabajos en organizaciones eclesiales, principalmente, la Acción de Universitarios Católicos (AUC).

De excelente preparación teórica, eran diestros además en el uso de la retórica; rápidos de palabra, enfrentaban con facilidad los debates y, algunos de ellos, mostraban gran capacidad para la

elaboración de tesis, informes, proyectos y documentos. Jamás acometían una empresa sin concluirla pues tenían en alta estima su responsabilidad social. No en pocas oportunidades convivieron con los sectores populares porque consideraban su deber hacerlo.

Ximena Pérez Villarroel relata el caso de Máximo Pacheco, Rafael Guilisasti y Ángel García, quienes se fueron a vivir a una modesta vivienda construida en Peñalolén por la Congregación de la Santa Cruz, del Colegio Saint George, como parte de un programa de inserción de ese Colegio destinado a revelar el drama de la pobreza *in situ* a los jóvenes. Según el Director de FLACSO (ex MAPU), una labor similar realizó el ex Presidente de la Cámara de Diputados Carlos Montes (también ex MAPU), durante su juventud, en el sector de La Florida<sup>101</sup>. Tanto Máximo Pacheco como Rafael Guilisasti comenzaron a destacarse, en los años siguientes, no sólo como empresarios sino como excelentes representantes de los grupos económicos: Pacheco lo hizo desde el Banco de A. Edwards; Guilisasti, que anteriormente se desempeñara como Presidente de la Sociedad de Fomento Fabril SOFOFA, asumió en 2008 como Presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio CPC. Carlos Montes no se destacó como empresario sino dentro del mundo político y la actitud que evidenció frente al proletariado no fue menos arribista que la de sus otros compañeros, como se verá más adelante.

Que parte de lo que iba a ser o era ya militancia del MAPU se fuese a vivir con los pobres no puede, con todo, sino calificarse de encomiable. Pocas personas pueden dar testimonio de haber hecho algo semejante. No obstante, esa actitud no basta por sí misma para demostrar capacidad de entrega a una causa. Especialmente, si no se persevera en tal sentido y dicha actitud se transforma en norma de vida para quien la practica. Una cosa es ver la pobreza; otra es experimentarla. Y hacerlo a sabiendas que, en cualquier momento, se puede salir de ella, es algo diferente a experimentarla como una fatalidad. La extrema empatía de un patrón, su bondad manifiesta (de hecho, muchos lo son), en nada altera la composición de clases de una sociedad. El dominador no deja de ser tal (o pertenecer a su estamento) con sólo demostrar comprensión hacia las necesidades

---

<sup>101</sup> Pérez Villamil, Ximena: Artículo citado en (78), págs. 69 y 72.

del dominado; tampoco éste por el simple hecho de aceptar el auxilio de aquel: la estructura social se mantiene inalterable. Porque, así como la luz no puede existir sin la sombra, tampoco es posible concebir la riqueza sin su abyecta compañera la pobreza.

Con todo, no exageramos aquí en lo más mínimo al afirmar que la militancia del MAPU contó con excelentes profesionales, sujetos diestros, hábiles, despiertos, seguros de sí mismo y de sus afirmaciones, capaces no sólo de orientar la veleidad de las masas, sino orientarlas, sobrepasarlas, dirigirlas y asumir la conducción de aquellas a través del control de sus organizaciones. No ha sido simple casualidad que en el transcurso de todos los gobiernos de la Concertación permaneciesen a la cabeza de las instituciones y organismos del Estado y se transformasen en el plato preferido de las empresas privadas o, si se quiere, la fuente inagotable de dónde el empresariado criollo e internacional estuvo proveyéndose de ejecutivos e individuos de empresa. Se trataba de sujetos extraordinariamente inteligentes y perspicaces, con estudios preferentemente en ingeniería civil o comercial, sociología, economía y, en menor medida, derecho, preparados para realizar todas las tareas que se habían propuesto.

Sin embargo, tales cualidades no pueden atribuirse tan livianamente a la formación de la Universidad Católica, como parece desprenderse del artículo de Cristián Gazmuri, publicado en 'El Mercurio'<sup>102</sup>, el 7 de diciembre de 1997. No es el follaje de los árboles, al moverse, lo que provoca el viento; tampoco el desplazamiento de las nubes. Existen otras circunstancias que contribuyen a formar los caracteres y ayudan a explicar esa calidad. Pero, antes de ello, precisaremos lo que entendemos por inteligencia y por personas 'seguras de sí mismas'.

---

<sup>102</sup> Gazmuri, Cristián: "Formadora de elites", 'El Mercurio', 7 de diciembre 1997, págs. E-12/13.

## Capítulo XXIV: Inteligencia, seguridad y extracción de clase.

La inteligencia no es una simple capacidad para comprender *las* cosas, sino más bien la posibilidad de hacerlo tan sólo respecto de *una*; o, también, de un hecho. O de una materia. En suma, inteligencia es la aptitud para entender un aspecto concreto de la realidad, la particularidad de un todo mayor. Corresponde, en gran medida, a una habilidad o destreza para combinar conceptos y orientarlos a un fin determinado. Por eso, puede la inteligencia alcanzar una perfección sin límites; implica aislar los fenómenos para facilitar la emergencia de la especialidad. La inteligencia es la particularización más exacta del saber; o, como lo expresa Fromm:

*“[...] el pensamiento al servicio de la supervivencia biológica”<sup>103</sup>.*

Sin embargo, contrariamente a lo que podría suponerse, la inteligencia no es un atributo orientado a hacer más racional al ser humano. Es más: casi podría asegurarse que, en la generalidad de los casos, inteligencia y racionalidad se presentan en el carácter de conceptos contrapuestos. El motivo de ello parece bastante simple: la inteligencia conduce a una especialidad cada vez más exacta a la vez que limitada; por lo mismo, brinda seguridad, certeza. La racionalidad hace cavilar al ser humano acerca de su rol dentro de una unidad más vasta como lo es el planeta.

*“La inteligencia basta para manipular adecuadamente un sector de una unidad más amplia, ya sea una máquina o un estado”*,

nos enseña Fromm.

*“Pero la razón sólo puede desarrollarse si está engranada*

---

<sup>103</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (89), pág. 145.

*con el todo [...]»<sup>104</sup>*

Un invento, un descubrimiento, una innovación, un simple artilugio es siempre producto de la inteligencia. Cálculos exactos, dimensiones precisas, selección acabada de material, soluciones rápidas, constituyen las más de las veces manifestaciones de inteligencia, pero no siempre de razón. Una bomba atómica es la más elaborada perfección de la especialidad en el exterminio de los seres humanos. Construida por físicos, químicos, ingenieros de alto nivel académico, personajes cuya capacidad nadie osaría poner en duda, es producto de la inteligencia, pero no de la racionalidad. Lo mismo sucede con los misiles. Y con el mecanismo de las máquinas tragamonedas, destinado a quitar su dinero a las personas incautas. Producto de la inteligencia es el cálculo que establece el punto máximo de ganancia en los llamados juegos de ‘azar’ (loterías y otros), el que fija las tarifas diferenciadas para el uso de los vehículos de transporte urbano, el que concede pensiones decrecientes a medida que avanza la edad o el que priva de atención médica a los enfermos terminales por no resultar económico su tratamiento. Todas estas innovaciones, presentes en la sociedad moderna, son producto de los más acabados estudios y recursos tecnológicos disponibles. Representan, a la vez, el triunfo de una especialidad que encuentra su razón de ser en sí misma y se impone por sobre cualquier intento de hacer comprensible el rol del ser humano sobre el planeta. Es más: representan la forma más acabada de irracionalidad.

La inteligencia brinda, de por sí, seguridad: la certeza de estar obrando de la manera debida es atributo de todo sujeto inteligente; le hace perseverar en lo suyo. Como le sucedía a la ex dirigencia del MAPU. Pero la seguridad es, además, expresión de autoritarismo, requisito más que indispensable para hacerse parte del mundo de la empresa y los negocios. Los sujetos seguros de sí mismo —autoritarios— se afirman unos a otros en rígidas estructuras de poder y escalafones de jerarquía. Así, no puede sorprender que esa certeza extrema, esa

*“[...] suerte de voluntarismo, el deseo de hacer las cosas y*

---

<sup>104</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (89), pág. 146.

*la ilusión de que uno puede hacerlo bien [...]*

haya caracterizado a gran parte de la ex dirigencia del MAPU. Ni tampoco, que se ocultase bajo una difusa forma de ensoñación:

*“[...] porque éramos soñadores y queríamos cambiar el mundo y esas son cosas que se necesitan para ser empresario. De partida, para ofrecer un producto que interese a los consumidores se requiere cambiar algo, soñar un poco [...]”<sup>105</sup>*

*Vender* la seguridad que brinda la defensa de una línea política —cualquiera—, mimetizado con las luchas sociales, es labor fácil de realizar desde la tribuna de un partido o de un movimiento. Y, no obstante, la naturaleza misma nos enseña que la inseguridad y la incertidumbre son atributos consubstanciales a la tarea de vivir.

*“Hay certeza sólo acerca del hecho de que hemos nacido y de que moriremos”*,

nos recuerda Fromm.

*“Hay seguridad completa sólo cuando hay también una sumisión completa a otros poderes que se suponen fuertes y duraderos y los cuales libran al hombre de la necesidad de tomar decisiones, correr riesgos y tener responsabilidades. **El hombre libre es por necesidad inseguro; el hombre que piensa es por necesidad indeciso**”<sup>106</sup>.*

La ex dirigencia MAPU, inteligente, segura de sí misma, no fue producto de una Universidad ‘formadora de elites’. Ningún centro de estudios es causa eficiente de la formación de dirigentes; contribuye, sí, como lo hacen otros factores, a moldear sus perfiles, pero no es *la* razón ese fenómeno.

---

<sup>105</sup> Pérez Villamil, Ximena: Artículo citado en (78), pág. 68.

<sup>106</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (89), pág. 166.

En realidad, lo que corrientemente se conoce como formación de un dirigente corresponde, más bien, a la construcción de su carácter tanto individual como social a cuya realización concurren numerosos factores que, para los efectos didácticos, hemos querido separar en dos grandes grupos:

- a) Factores fisiológicos o genéticos, conocidos también como hereditarios; y
- b) Factores sociales o ambientales, originados en el entorno del individuo, que admiten una doble clasificación, a saber:
  1. Estadio prenatal, que corresponde a la vida intrauterina del sujeto, fuertemente determinada por las condiciones de estrés de la madre. La situación familiar posee enorme relevancia en este estadio, como es fácil de suponer; y,
  2. Estadio postnatal, dentro del que es posible separar tres épocas marcadas por las influencias ambientales:
    - 2.1. Fase familiar, que se extiende desde el nacimiento de la criatura hasta su entrega a la guardería o al jardín infantil;
    - 2.2. Fase de escolaridad, que va desde el ingreso de la criatura a la guardería o jardín infantil hasta su egreso de la educación secundaria; y,
    - 2.3. Fase de participación social, que se extiende a partir del ingreso del joven a los centros de estudios superiores o a la vida laboral de la nación, en su caso.

Los factores sociales o ambientales, dentro de los cuales predominan ampliamente aspectos culturales de la formación social, están íntimamente relacionados con la división de una sociedad en clases. No por algo constituyen aspectos de la región ideológica del modo de producción capitalista. El recorrido que el individuo hace a través de esos estadios es diferente según sea el estamento social al que pertenece.

La afirmación que la ex dirigencia del MAPU provenía de ‘sectores acomodados’ o ‘vivían en el Barrio Alto’ no es, en modo alguno gratuita; pero en poco ayuda a la determinación de su pertenencia de clase. Tales expresiones, en Chile, conllevan la



creencia de estimar a ciertas personas como integrantes de la gran burguesía, lo que no es efectivo.

La ex dirigencia del MAPU, contrariamente a lo que se supone, no provenía de los sectores de la gran burguesía. No eran vástagos de familias propietarias de las grandes industrias, bancos o establecimientos comerciales; tampoco hijos de grandes inversionistas extranjeros. Si bien algunos de ellos estaban vinculados a lo que se ha dado en denominar ‘aristocracia castellano-vasca’ (por regla general, los apellidos con doble ‘erre’, apreciados en Chile, mirados con desconfianza en España) o a una suerte de ‘nobleza criolla’ empobrecida, fuertemente asimilada en lo económico a la ‘clase media’, la mayoría de ellos descendía de profesionales o personas que vendían su fuerza de trabajo a empresas privadas, mixtas o públicas. En efecto: la generalidad de esos sujetos no era ‘clase alta’ sino, por una parte, hijos de funcionarios de rentas elevadas, empleados de algunos de los ‘poderes’ del Estado, ex oficialidad de las Fuerzas Armadas, ex diplomáticos, ex políticos (ex Ministros, ex embajadores, ex subsecretarios y demás burocracia estatal), con grandes aspiraciones, fuertes tendencias arribistas y mucha frustración. Por otra, hijos de empleados u obreros a quienes sus progenitores les inculcaron la idea de no reproducir en su descendencia la condición social que ellos llevaron. Por regla general, vendedores de fuerza o capacidad de trabajo con grandes aspiraciones a ser reconocidos parte de alguna de las fracciones de clase burguesas. En todos estos estamentos se había establecido una forma de vida fundamentada en la estrategia de la imitación. Que predominara ampliamente en ese conglomerado de jóvenes el ‘carácter rebelde’ —al que nos refiriésemos en páginas anteriores— en detrimento del ‘carácter revolucionario’, notoriamente disminuido, no era de extrañar. La segunda división del MAPU no advendría por simple casualidad; tampoco la tercera.

## Capítulo XXV: La desaparición de un factor de unidad.

La vida es al Ying como la muerte es al Yang. Conceptos contrapuestos, sin lugar a dudas; necesarios entre sí, por efecto de las leyes de la dialéctica. No existe el uno sin el otro ni el otro sin el uno. Son categorías interdependientes. Muere todo lo que tiene vida. Y sólo vive lo que ha de morir.

La vida se expresa de un modo asombrosamente diferenciado. Por eso, también lo hace la muerte, pavorosamente múltiple. Y, aunque fenómeno natural, nunca deja de sorprender ni de estremecer. Es la frontera de la existencia, el fin de una misión cuyo contenido jamás se conoce y, sin embargo, se supone. La variedad de la muerte distingue tipos y formas; es víctima de la taxonomía, que descubre sus aspectos. Hay muertes sorpresivas y muertes que no lo son. Las primeras constituyen siempre una tragedia; no así las segundas, que pueden o no serlo. La muerte inesperada es atterradoramente simple, conmovedoramente selectiva. Como si se tratase de un suceso necesario, de un hecho que fatalmente ha de acontecer.

La muerte de Rodrigo fue una circunstancia de aquellas. Repentina. Sorprendente. Inexplicable. Como el tipo de muerte que enfrentan los ‘elegidos de los dioses’, la muerte temprana, la muerte prematura, la muerte de los jóvenes o de los héroes. Lo cierto es que se desencadenó de modo ineluctable, con la rigurosidad ineludible de los designios que decreta con antelación un poder situado más allá del universo y de las estrellas.

Como mítico personaje de una leyenda, apareció Rodrigo un día en el firmamento de Chile para cumplir funciones determinadas y, luego, extinguirse. Como los meteoros, que desaparecen velozmente dejando tan sólo tras de sí la estela luminosa de su paso, también lo hizo en su recorrido por la historia antes de transformarse en recuerdo.

Personalmente, guardo memoria de aquella mañana del 19 de mayo de 1972 cuando, al dirigirme a cumplir las tareas que me imponía mi obligada condición de vendedor de fuerza de trabajo, fui interceptado por la dama que administraba el Hotel bancario, donde temporalmente residía:

—Murió el compañero Ambrosio— dijo, con simplicidad aterradora.

Conocedora de mi filiación política, resumía en esa sencilla aunque patética frase el drama que debíamos comenzar a representar en el teatro de la historia toda una generación de jóvenes de esa época. La abrupta desaparición de Ambrosio era un signo de los tiempos: marcaba la ruta obligada que muchos de nosotros habíamos de recorrer a partir de ese momento; su suerte era nuestra suerte, parte de nuestra suerte, del trágico destino de todos quienes quisimos construir una nueva sociedad o, al menos, transformar la vigente. Rodrigo sólo nos precedía. Como ya lo había hecho en muchas otras ocasiones.

Hay quien dice que toda muerte es estúpida. Si es así como se afirma, la muerte de Rodrigo debería ser considerada la más estúpida de las muertes estúpidas.

El 18 de mayo de 1972, viajó a Valparaíso a fin de participar y apoyar con su presencia la campaña de Eduardo Rojas, Segundo Subsecretario General del MAPU, a la Presidencia de la Central Única de Trabajadores de Chile (CUT). Lo hizo en compañía del candidato, en uno de los Fiat 600 de propiedad de la organización. El vehículo era conducido por Carlos Arévalo, militante del MAPU y hombre de confianza del dirigente; con ellos iba, además, la periodista Bernarda Aguirre Valdivieso para cubrir los sucesos. El MAPU no era una agrupación política que se caracterizara por sus abundantes recursos económicos. Los únicos vehículos destinados al transporte de sus dirigentes eran unos pocos Fiat 600; nada más. A Rodrigo se le había advertido que, en caso de usarlos, debía viajar en los asientos posteriores, protegido por sus acompañantes. Pero, tales recomendaciones poco o nada servían para un hombre galante que no deseaba aparecer como elemento disociador de la pareja que viajaba junto a él.

*“Me voy adelante chiquillos para dormir con las piernas estiradas”*,

dijo, a sus acompañantes<sup>107</sup>.

En La Ligua, pequeña localidad situada a medio camino entre

---

<sup>107</sup> Aguirre, Bernardita: Obra citada en (77).

Santiago y Valparaíso, punto obligado para la transacción de ‘chilenitos’ y ‘empolvados’, el pequeño auto se detuvo. Rodrigo bajó a comprar algunos de aquellos dulces para su mujer, miró el reloj y comentó:

—En una hora más estaré en casa con Michéle.

Con las mercancías que había adquirido en las manos, retornó al automóvil, ocupó nuevamente su lugar junto al conductor, dobló un poco la cabeza y se volvió a dormir, esta vez para no despertar más. Un camión con acoplado, inmóvil, con medio cuerpo asomado a la carretera, sin luces traseras, niebla de mayo, niebla espesa, velocidad excesiva para un vehículo tan inseguro, desprecio a las normas mínimas de seguridad establecidas para los dirigentes, tales fueron las circunstancias que terminaron con la vida del constructor del MAPU. El cráneo de Rodrigo se hundió a un lado de la frente, cerca de una de sus sienes. Por esa herida horrible —imposible de ocultar, incluso, en el cadáver expuesto al respeto de la militancia, en el local de la organización, de Calle San Isidro, en Santiago— escapó la vida del dirigente. Había nacido en Santiago de Chile un 5 de enero del año 1941 y no tuvo la suerte de conocer al segundo de sus hijos que, meses más tarde, había de dar a luz Michéle. De apenas 31 años, poseía la edad que parece precisa para empezar a vivir.

La taxonomía de la muerte hace de la de Rodrigo un suceso instantáneo. A partir de ese supuesto puede deducirse infinidad de hechos, entre otros, que no sufrió, es decir, que estaba inconsciente y falleció sin experimentar dolor alguno. Personalmente, no puedo aceptar tan febles conclusiones. Una muerte instantánea es un suceso que adviene en un instante. Y, aunque todo instante es un breve segmento temporal, no es fácil determinar su dimensión. ¿Cómo hacerlo? ¿Basta el simple cálculo de quienes la presencian o testimonian? ¿O se requiere usar del común instrumental establecido para la medición del tiempo —un cronómetro—? ¿O, finalmente, recurriendo a distinguir diferentes categorías de tiempo, como lo son el tiempo biológico, el tiempo psicológico, en fin, cuyas dimensiones guardan escasa o nula armonía con la del tiempo normal?

Me he esforzado en comprender el mecanismo cibernético que activa el cuerpo de los seres humanos. De esa manera funciona mi estructura biológica. Hablar de lo que me puede suceder en un

eventual accidente automovilístico es hacerlo respecto de lo sucedido a Rodrigo. Desvelar mis posibles reacciones frente a ese aciago hecho es desvelar las que fueron suyas. Necesito estremecerme en la suposición de lo mío para entender el sufrimiento suyo; la empatía no es un concepto vacío. Exige de nosotros más de lo que suponemos.

La reacción cibernética comienza con la percepción de un fenómeno. Supongamos que duermo. Viajo en un vehículo que choca. Mi cuerpo salta hacia delante, impelido por la inercia. Despierto violentamente. No, no despierto. Abro los ojos. No es que yo quiera hacerlo. Tengo percepción visual. O intento tenerla. Nada de lo que realizo es fruto de mi razonamiento y, no obstante, lo archivo en la memoria. Mi cerebro reptil está en pleno funcionamiento. No necesita de las otras instancias. Se basta a sí mismo. La corteza cerebral y el sistema límbico pueden irse al trasto. La estructura del automóvil se destruye precisamente al lado que yo ocupo. Mi cabeza golpea contra esos restos coarrugados. Hay ruidos de choque. Los ruidos alertan mis oídos; hay información que se transmite velozmente hacia los centros receptores del cerebro. Simultáneamente, al golpear la cabeza contra los fierros retorcidos, mis cabellos alertan a la piel de una emergencia; la información vuela de allí al 'sistema límbico', región del cerebro donde reside la memoria. Un nuevo proceso se inicia. Entretanto, el proceso de destrucción de la cavidad craneana continúa; también la afluencia de información. Y el proceso comparativo. Función trascendental del sistema de defensa, la memoria permite al cuerpo realizar la acción de identificar al agente perturbador. La sensación que produce el elemento extraño se compara en la memoria con otra experimentada anteriormente para homologarla con aquella, identificarla o diferenciarla; la memoria permite la selección de la respuesta a esa nueva sensación. Cuando el cuerpo es agredido, la memoria fabrica una sucesión de recuerdos que tiene por objeto establecer el tipo de amenaza presente para reaccionar de manera adecuada. Los recuerdos desfilan vertiginosamente para realizar a la brevedad el proceso de comparación previo a la selección de la respuesta. El tiempo para llevar a cabo tal función es extremadamente breve; entonces, la sucesión de recuerdos se hace más rápida, los neurotransmisores actúan con celeridad y las imágenes que forma el

cerebro desfilan a una velocidad asombrosa. Las fracciones de segundos pueden, así, contener memoria de horas, días, semanas, meses e, incluso, de años. El cuerpo experimenta la sensación, entonces, de estar haciendo un recuento de toda su vida... Este proceso es más vertiginoso cuando la muerte se hace presente; y más veloz, aún, cuando es violenta. El *locus cinereus*, centro del terror, productor de la noradrenalina, se pone en movimiento y es difícil suponer que su actividad pueda detenerse en tan breve lapso. La fabricación de los neurotransmisores, que bloquean la acción del tronco cerebral e inhiben, por ende, la descarga de neuronas de la noradrenalina en el locus cinereus, requiere de tiempo y éste posee dimensiones de mezquindad desoladora... Nada hay que mitigue el dolor cuando éste alcanza niveles desmesurados...

*“La muerte no es jamás dulce”,*

ha escrito Erich Fromm,

*“aún cuando se la enfrente en nombre del más alto de los ideales. Es atrozmente amarga y, sin embargo, puede constituir la afirmación extrema de nuestra individualidad”<sup>108</sup>.*

Tengo, como postrer recuerdo de esa época, memoria del rostro suyo, muy pálido, los labios entreabiertos mostrando los dientes del maxilar superior, envuelto casi por completo en un lienzo blanco, los párpados cerrados, en un premonitorio ademán de negarse a contemplar el universo mapucista dejado a sus espaldas. Había sido factor de unidad de una fuerza social que amenazaba transformarse en un movimiento de proporciones y, sin embargo, se disgregaba a partir de su mismo sepelio.

Porque, como ya lo hemos señalado, un factor de unidad atrae. Concita el encuentro de personas, reúne a todo un conjunto social, alienta las coincidencias, soslaya las diferencias. El factor de unidad es un ‘atractor’. Los diversos caracteres que existen en el grupo subsumen sus manifestaciones desmesuradas para expresarse en la

---

<sup>108</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), pág.256.

personalidad del líder; al hacerlo, subsumen también sus voluntades. El carácter del conductor se impone y predomina por sobre los demás. Con mayor razón si responden a un tipo especial de caracteres como lo es el autoritario. Sus voluntades aparecen como anuladas. El individuo autoritario no solamente busca dominar a quienes se desenvuelven en su entorno, sino se doblega —en algunos casos, hasta la humillación— ante el líder carismático. El sujeto autoritario es el primero en someterse; lleva impresa esa impronta dentro de sus rasgos sado-masoquistas.

En una organización social, todos sus miembros (o participantes) se encuentran unidos por lo que se conoce bajo el nombre de ‘espíritu de grupo’ y que, en la teoría de la organización, se denomina ‘identificación’. El espíritu de grupo (identificación) no es sino una de las múltiples formas de cómo se manifiesta la perseverancia de dicha organización en el tiempo. Esta conducta hace que toda organización política crea estar actuando siempre de acuerdo a los requerimientos del momento; consecuentemente, las personas que participan dentro de una organización política actúan de una determinada manera porque ese —y no otro— es el modo de actuar de la sociedad en su conjunto. Los seres humanos se comportan como verdaderos tambores de resonancia de una manera de ser generalizada en donde el elemento exótico se encuentra proscrito. Tal conducta recuerda, más bien, un comportamiento gregario que se da normalmente en las especies animales (de hecho, en la jerga popular se habla de ‘comportamiento de ganado’). Nadie se preocupa de descubrir signos que advierten acerca de la presencia de personalidades psicopáticas pues todos, en gran medida, actúan contagiados por esa psicopatía. El autoritarismo no se distingue del conjunto; la presencia del potencial tirano o del esquilador se subsume dentro del cuadro general. El líder carismático representa, en sí, el ‘espíritu de grupo’; todos buscan asimilársele o interpretar sus deseos u opiniones.

La desaparición del factor de unidad retrotrae las cosas a su estado primitivo; produce el efecto contrario a su aparición. Los caracteres subsumidos emergen violentamente, el voluntarismo se hace presente en toda su extensión, las formas extremas de competencia adquieren preeminencia, las diferencias de ideas

comienzan a hacerse públicas dentro de la organización social y cada cual cree ser depositario de la verdad absoluta: la hora del fraccionamiento orgánico se manifiesta con una fuerza arrolladora. Y quien jamás sintió simpatía por esa estructura social no necesita librar batalla alguna en contra suya para lograr su colapso; como el árabe del refrán popular, puede sentarse tranquilamente frente a la puerta de su casa y esperar que pase el cadáver del rival odiado.

Pero, para que ello suceda, deben hacerse presentes, además, otras circunstancias. Y otros rasgos en la personalidad de los actores. No ocurrió de otra manera con la atomización del MAPU.

Eugenio Lira Massi, desde su tribuna en el periódico ‘Puro Chile’, había dicho, sentenciosamente, luego de la muerte de Rodrigo:

*“El MAPU durará siempre. Perdió a su jefe en la primera línea de combate. Cuando un partido tiene historia, tiene tradiciones en las cuales fundar su potencia, no puede morir. Entonces, se puede decir que Rodrigo Ambrosio, el revolucionario, está presente en la historia de Chile. Saludémosle”<sup>109</sup>.*

Se equivocaba, no obstante aquel brillante periodista: no sólo las sombras de la división amenazaban al MAPU, sino su inevitable extinción. A partir de ese instante, la organización política que creara Rodrigo —empleando sus propias palabras—

*“poco menos que entraba a remate”<sup>110</sup>.*

Y el cumplimiento de esa tarea estaría a cargo de quienes habían quedado al mando del movimiento, luego de su trágico deceso.

---

<sup>109</sup> Artículo aparecido en el diario “Puro Chile”, de 21 de mayo de 1972.

<sup>110</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (68), pág. 32.



## Capítulo XXVI: Un factor económico determinante.

No son similares las causas que hicieron a la ex dirigencia del MAPU tanto involucrarse en la aventura de su segunda división como participar —al término de la dictadura— en la administración de la miseria de gran parte de la población chilena, junto al gobierno de la Concertación. Para que ocurriese lo primero hubo de desencadenarse una sucesión de acontecimientos de la más variada procedencia. Estos hechos —de carácter biológico, psicológico, religioso, social, en fin— pesarían gravemente en la conducta de ese grupo social en los años venideros; la concurrencia de otros sucesos, adicionales a aquellos, haría posible lo segundo. A ello nos referiremos en los capítulos siguientes. Por el momento, analizaremos dos factores de gran relevancia como lo son el económico y el ideológico. El primero dice relación con el sistema capitalista y sus obligados componentes.

El modo de producción capitalista presenta dos características substanciales. Por una parte, subordina el funcionamiento de dos de sus regiones a las veleidades de una tercera: las áreas jurídico/política e ideológica se someten a los dictámenes de la económica; por otra, el sistema capitalista es esencialmente dependiente de la existencia del capital, es decir, del valor en constante incremento que emerge como resultado de la acción contrapuesta de dos actores sociales, a saber, comprador y vendedor de fuerza o capacidad de trabajo. El fenómeno que origina ambas categorías de individuos no se presenta en forma explícita ante el conjunto social. Por ese motivo, tales actores aparecen como condición propia e ineludible de la existencia humana: que una persona posea dinero y pueda comprar los servicios de otra —que no lo posee y debe venderlos para obtenerlo—, no sólo parece algo por entero natural sino se estima anormal que así no suceda.

Sin embargo, para que estas categorías puedan manifestarse como tales, a la manera que sucede en la física, necesitan de una ‘condición inicial’, un punto de partida desde el cual pueda explicarse el universo social. Adam Smith, recurriendo a un eufemismo, la denominó ‘acumulación originaria’; Karl Marx, simplemente, la denunció como ‘expropiación originaria’ porque implicaba que para

poder *comprar* era necesario, antes de nada, *poseer* la capacidad de comprar, es decir, poseer el instrumento o dinero. Cuando no se tiene esa capacidad de compra, hay que procurársela de alguna manera. La forma más corriente es la rapiña o el despojo ajeno. Un rico, para poder ser tal, debe apoderarse de lo que a otro pertenece. Sólo así puede, en lo sucesivo, comprar fuerza o capacidad de trabajo. Este proceso de apropiación se continúa realizando hoy como elemento consubstancial del sistema capitalista, a través de la cadena de correas transportadoras de plusvalor hacia los centros recolectores/receptores del mismo. La diferencia entre la apropiación originaria y la actual radica tan sólo en la manera de hacerlo: una es violenta y no consentida; la otra es pacífica y consentida.

Suele suceder que, con motivo de un imprevisto cambio de forma de estado o de régimen, quienes ejercen el gobierno de la nación se asignen entre ellos —o a sus amigos, familiares o conocidos, dispuestos a pagar sobornos—, empresas o bienes estatales, tal cual ha sucedido en las ex repúblicas del socialismo real y en aquellas en las que se ha establecido el régimen de economía social de mercado. En tales casos, las maniobras aquellas encubren formas modernas de ‘acumulación originaria’ pues permiten la constitución de nuevas fracciones burguesas que van a iniciar legalmente su rol de compradores de fuerza o capacidad de trabajo. Las dictaduras militares acostumbran a realizar este tipo de traspaso de bienes públicos.

La fuerza o capacidad de trabajo no ha sido siempre la misma bajo la vigencia del modo de producción capitalista. Karl Marx recuerda que, ya en esa época, existían dos tipos o categorías, siendo la primera ‘*fuerza de trabajo principal*’ —ejecutada por el hombre desde los 14 años hasta su muerte— y ‘*fuerza de trabajo subsidiaria*’ —ejecutada por las mujeres, los niños y los ancianos, cuando había carencia de varones adultos—. Con la aparición del Estado de Bienestar, la edad para trabajar experimentó un cambio: se iniciaría desde los 16/18 años para extenderse durante 30 años de la vida del trabajador; la mujer, los niños y los ancianos continuarían siendo considerados ‘fuerza de trabajo subsidiaria’ hasta 1945 en que, con ocasión de la Segunda Guerra Mundial y del enrolamiento del

personal masculino en las filas de los ejércitos, la mujer fue incorporada definitivamente al mercado del trabajo en calidad de ‘fuerza de trabajo principal’. Hacia la década del 70 y con el triunfo de la llamada Economía Social de Mercado, la capacidad para trabajar se modificó nuevamente. La edad mínima para trabajar se mantuvo en los mismos términos, no así la fecha de inicio y goce de la jubilación. Los 30 años de servicio establecidos anteriormente se cambiaron por los 65 años de edad. Las razones que llevaron a la adopción de esa medida fueron obvias: a esa fecha, la vida del ser humano se había extendido considerablemente y el sistema capitalista necesitaba aumentar la extracción del plusvalor absoluto. La forma de realizarlo fue a través de aumentar la jornada de trabajo prolongando, a la vez, la vida útil del ser humano. En Suecia, el promedio de vida entre 1901 y 1910 era de 54 años para los hombres y 57 para las mujeres; entre 1986 y 1990 ese mismo promedio era de 77,4 para los hombres y 83,2 para las mujeres. Por su parte, Chile ostentaba en 1930 como promedio de vida para los hombres 35,4 años y de 37,7 para las mujeres; entre 1985 y 1990 ese promedio había aumentado a 68 y 75, respectivamente<sup>111</sup>.

En la sociedad moderna, la compra y venta de la fuerza de trabajo es la única forma a través de la cual el individuo puede cumplir sus funciones de conservación y reproducción. Sin embargo, tanto la reproducción de sí mismo (o conservación) como la reproducción en cuanto especie (o, simplemente, reproducción) exigen la concurrencia previa de un requisito esencial: la “capacidad” para comprar o vender. Adquirir capacidad implica aceptar el establecimiento de relaciones de producción entre la sociedad y sus propios componentes. Este requisito se vincula al transcurso del tiempo; la edad del sujeto determina su capacidad. Antes de adquirir capacidad, las condiciones de vida del individuo son diferentes: goza de mayor libertad, es más independiente tanto en su forma de actuar como de pensar; no es responsable del mantenimiento de las estructuras productivas, se encuentra virtualmente fuera de ellas. Las condiciones de existencia que lo gobiernan crean en él no sólo una suerte de compromiso extremo con sus ideas o creencias sino una

---

<sup>111</sup> Statistiskcentralbyrå : ”Statistisk årsbok för Sverige”, SCB, Estocolmo, 1992, págs. 428 y 429 .

moral fuertemente dominada por la empatía; en defensa de los demás puede verse arrastrado hasta la autoinmolación. No hay, aún, madurez. La conciencia que lo domina es fuertemente emotiva. Sus sentimientos están dominados por la solidaridad, por una pasión que, a menudo, describen los poetas como "la alegría de dar" que es el deseo de brindar a los demás aquello que les pertenece sin esperar nada a cambio, la voluntad de entregar lo que posee a sabiendas que no recibirá retribución alguna. En esta fase de su vida, no sólo demuestra el individuo falta de interés por acceder a cargos de representación, sino una suerte de desprecio hacia todas aquellas apetencias. Es una renuncia indirecta a la figuración, un rechazo indirecto a la organización jerárquica de la sociedad, a sus instituciones, a sus valores, un repudio también indirecto a todo aquello que nos hace diferenciarnos, una ruptura respecto de todo lo que nos somete y obliga a someter a los demás. Como lo hemos expresado anteriormente, siguiendo el modelo de Fromm, el individuo se encuentra atado aún a los 'vínculos primarios' o 'lazos originales' que lo ligan a la madre y a la naturaleza. La crisis de autoconfianza no se hace presente todavía. Especialmente, si concurren dos circunstancias:

- a. El sujeto no busca trabajar porque sus necesidades inmediatas están satisfechas. Por lo mismo, se distancia de todo lo que implique un compromiso laboral, se hace 'estudiante perenne', 'investigador' o artista 'multifacético'; y/o,
- b. El sujeto comienza a participar activamente en una organización política, en una cofradía religiosa o instituto armado.

En tales casos, la crisis no se resuelve; se prolonga indefinidamente, manteniéndose en estado larvado. Puede aflorar en cualquier momento o circunstancia.

Un hecho que facilita la comprensión de lo que se ha dado en denominar 'los locos años 60' es la afirmación de algunos autores en torno a considerar a la década del 60/70 como una fase de relativa bonanza en el desarrollo del sistema capitalista mundial: permitió que muchos sectores juveniles soslayaran la —a menudo,

insoslayable— obligación de incorporarse al mercado laboral en calidad de fuerza o capacidad normal de trabajo. Prolongó —por consiguiente, mantuvo—la crisis de autoconfianza de esos sectores sin resolverla. Prolongó la fase estudiantil de tales personas en la militancia de organizaciones políticas y movimientos culturales. Prolongó, en suma, la condición de ‘rebeldía’ con la consiguiente aparición de personas con deseos de hacer cualquier cosa (‘to do something’), sin importar lo que fuese.

Al igual que lo hicieron otras colectividades políticas y sociales de la época, también el MAPU fue polo de atracción para una multitud de sujetos rebeldes. Con todos sus defectos y peculiares cualidades, que Rodrigo conocía y no vacilaba en hacerlas públicas. Lo exteriorizaba como parte de la política que impulsaba su propia organización.

*“Vimos antes de nosotros tantos partidos en la política chilena que corrían desesperados para hacer el timbre o para inscribir la marca en el Registro Electoral. Tantos partidos que se atropellaban (en las palabras y en los pasos) para tener alguna representación en el Parlamento. No ha sido el caso nuestro. No estamos apurados, compañeros”<sup>112</sup>.*

Y es que la juventud no posee una inagotable capacidad de entrega sólo porque es juventud. El transcurso del tiempo —el espacio que recorre el ser humano dentro de su desarrollo, en palabras de Karl Marx—no tiene la virtud de generar semejantes atributos. Son las relaciones sociales nacidas a partir de un modo de producción específico lo que fija, en definitiva, las formas de comportamiento individual y colectivo.

Ello explica que, en determinados períodos históricos, aparezcan en cada sociedad —si empleamos una metáfora— jóvenes que envejecen de pronto, como si padeciesen una suerte de hipoplasia social, y viejos que rejuvenecen, dispuestos siempre a darlo todo por los demás, como aquel hombre admirable que fuera Clotario Blest.

---

<sup>112</sup> Ambrosio, Rodrigo: “*Discurso del Estadio Nataniel*”, 30 de mayo de 1971, contenido en el libro citado en (3), págs. 33 y 34.

Rodrigo representaba esa forma de ser capaz de desprenderse de lo suyo hasta llegar a la entrega total, representaba las virtudes que eran nuestras en esa época, la moral diferente que orientaba a los movimientos sociales de esos años y que sobrevive en el proletariado de la América explotada. A diferencia de otros, Rodrigo había dejado atrás la fase de la relación primaria, se había conferido autoconfianza; la posibilidad de una regresión al pasado le era ya imposible y empezaba a transitar cada vez más decididamente por el camino de una *“relación espontánea hacia los hombres y la naturaleza”*. No ocurriría así con muchos de sus seguidores. Derrocado el Gobierno Militar, atomizada la estructura de la organización partidaria en que militaban, la crisis de la autoconfianza —oculta, antes, por la pertenencia al grupo político— se haría presente en esos miembros del MAPU con todo su rigor. Saldrían de allí muchos sujetos productivos; pero abundarían los sujetos improductivos en sus tres patológicos estados de sado-masochistas, narcisistas y destructivos. Adquirirían, como era de suponerse, el carácter social que les permitiría desarrollarse con eficacia al interior de la sociedad legada por la Dictadura Militar. Cumplirían, en suma, el rol social que les reservaba el futuro.

## Capítulo XXVII: Un factor ideológico, también determinante.

Este capítulo bien podría iniciarse con las palabras finales del célebre Prólogo de la ópera *'I Pagliacci'*:

*“Il concetto vi dissi; or ascoltate com'egli é svolto”.*

Porque los conceptos generales han sido vertidos precedentemente; resta tan sólo agregar otro elemento disociador que aporta el paradigma vigente: el uso y abuso del léxico corriente y la resistencia a recurrir a expresiones técnicas de mayor precisión. Los términos ‘derecha’ e ‘izquierda’ son elocuente testimonio de esta práctica; además está decirlo del vocablo ‘democracia’. Revelan hasta qué punto las direcciones políticas sucumben ante el imperio de la ideología dominante.

Es de sobra conocida la circunstancia que los términos ‘izquierda’ y ‘derecha’ fueron extraídos del legado social de la Revolución Francesa. A la izquierda de quien presidía la Convención acostumbraban a sentarse los sectores más radicalizados de la política nacional; a la derecha lo hacían los conservadores. Las proposiciones y las voces se elevaban hacia la Presidencia desde ‘la izquierda’, desde ‘la derecha’ o, naturalmente, desde un ‘centro’; las formas políticas quedaban definidas por una relación de ‘ubicación’, pues quienes apoyaban a uno u otro sector eran denominados, también, izquierdistas, derechistas y centristas, sin perjuicio de ser distinguidos por sus militancias específicas.

Los términos aquellos han perdurado con los años. A pesar de mantener su ambigüedad originaria intentan hoy expresar los intereses de las clases dominantes y dominadas, respectivamente. Las discusiones acerca de si es conveniente o no continuar usando estos términos no se han agotado...

Uno de los más tenaces defensores de estos términos ha sido el filósofo y parlamentario socialdemócrata italiano Norberto Bobbio, para quien ‘izquierda’ y ‘derecha’ no sólo constituyen verdaderos

conceptos dotados de contenido social, sino también identifican con exactitud el horizonte político.

¿Basta, entonces, con expresar el término ‘izquierda’ para indicar con ello determinada concepción social? ¿Se define la política, en los términos que lo hace J. A. Laponce, distinguiéndose el ordenamiento espacial vertical, alto-bajo, del horizontal, derecha-izquierda, para entender una sociedad? ¿Basta, para la política, decir soy ‘de aquí’ y ese señor es ‘de allá’?

Que los términos ‘derecha’ e ‘izquierda’ pertenecen al mundo de la política se encarga Bobbio de dejarlo en claro:

*“[...] Izquierda y derecha son términos que el lenguaje político ha venido adoptando a lo largo del siglo XIX hasta nuestros días, para representar al universo conflictivo de la política”<sup>113</sup>.*

Izquierda y derecha no pertenecen al universo de las teorías. Tampoco pertenecen al universo que se sitúa fuera del sistema vigente, pues el sistema se organiza en virtud de un modo de producción y ese modo de producción posee regiones que, en el capitalista, son la económica, la jurídico-política y la ideológica. Puesto que ambos términos no pertenecen a la teoría, son vagos e imprecisos. Como lo es, también, ‘democracia’. Jamás a Karl Marx se le hubiera ocurrido definir a las clases sociales a partir de relaciones cardinales; mucho menos, establecer categorías ‘democráticas’.

*“Los dos conceptos ‘derecha’ e ‘izquierda’ no son conceptos absolutos,”*

dice Bobbio, al respecto, citando a M. Revelli.

*“Son conceptos relativos. No son conceptos substantivos y ontológicos. No son calidades intrínsecas del universo político. Son lugares del ‘espacio político’. Representan una*

---

<sup>113</sup> Bobbio, Norberto: *“Derecha e izquierda”*, Santillana S.A. Taurus, Madrid, 1995, pág. 129.



*determinada topología política que no tiene nada que ver con la ontología política: “No se es de derecha o de izquierda, en el mismo sentido en que se dice que se es ‘comunista’, o ‘liberal’ o ‘católico’”. En otros términos, derecha e izquierda no son palabras que designen contenidos fijados de una vez para siempre. Pueden designar diferentes contenidos según los tiempos y las situaciones”<sup>114</sup>.*

Conviene detenerse en esta parte: Bobbio expresa correctamente que los términos indicados corresponden a una descripción de los antagonismos al interior del sistema. Izquierda y derecha se contraponen *dentro* del sistema, no *fuera* como la generalidad de los movimientos sociales parece creerlo. No por algo la ‘izquierda’ disputa a las demás fuerzas políticas su mejor derecho a administrar el Estado, a realizar desde allí las reformas necesarias para lograr la justicia o la igualdad, a sabiendas que la justicia para ser justa debe ser injusta y que la igualdad para ser igualitaria debe ser desigualitaria. No obstante, si se tratase del obligado empleo de una jerga corriente para la descripción de una sociedad escindida en clases, la referencia a un ‘estamento alto’ y a uno ‘bajo’ o, si se quiere, a ‘los de arriba’ y a ‘los de abajo’ parece ser más exacta: representa la estructura jerárquica de la misma, organizada en forma piramidal con una cúspide pequeña y una base descomunal.

Las concepciones de ‘izquierda’ y ‘derecha’ definieron en gran medida lo que se interpretaría, más tarde, como ‘traición a los principios socialistas’. Pero también ayudó en tal sentido la presencia de otras concepciones una de las cuales fue la de partido político y su centralismo ‘democrático’.

Durante el Gobierno de la Unidad Popular solamente dos organizaciones de la coalición oficialista no funcionaron como partidos políticos legalmente constituidos: el MAPU y la API (Acción Popular Independiente). El MIR jamás perteneció a la Unidad Popular y, a la manera de la API y del MAPU, no funcionó como partido político. Las razones son simples: ninguno de ellos lo hizo porque, sencillamente, se negaron a serlo durante largo tiempo.

---

<sup>114</sup> Bobbio, Norberto: Obra citada en (109), págs. 128 y 129.

El hecho de presentarse ante la comunidad nacional en el carácter de ‘movimiento’ les hacía aparecer en directa y frontal oposición al sistema: los legalizaba ante las masas. Y es que, como se ha expresado anteriormente, el movimiento aparece sólo para oponerse a la institucionalidad proponiendo, en palabras de Alberoni, una nueva forma de solidaridad social al contrario del partido, que es un organismo dentro de la institucionalidad, parte de ella, una estructura capaz de adaptarse a los requerimientos del cuerpo al que pertenece. En ese sentido, el partido es una réplica de la vieja sociedad, un sistema complejo adaptativo en la forma que lo describe Murray Gell-Mann, una organización que

*“adquiere información acerca tanto de su entorno como de la interacción entre el propio sistema y dicho entorno, identificando regularidades, condensándolas en una especie de ‘esquema’ o modelo y actuando en el mundo real de dicho esquema”*<sup>115</sup>.

El partido es un sistema complejo adaptativo porque también lo es el ente social del cual forma parte. Obedece tal circunstancia a la tendencia general que muestran esas estructuras

*“a generar otros sistemas de la misma categoría”*<sup>116</sup>.

Si bien el MAPU se definía como ‘movimiento’, a la muerte de Rodrigo había de romper abruptamente con esa concepción: se haría partido. Y no porque, en vida, su Secretario General se hubiere opuesto a ello sino porque los sucesos se ordenaron históricamente para que así sucediera. Es más: Rodrigo consideró siempre conveniente consumir esa tarea.

La estructura del MAPU fue similar a la del Partido Comunista de la Unión Soviética PCUS, modelo al cual se ajustó la generalidad de las organizaciones políticas de ‘la izquierda’ chilena: un Secretario General, una Comisión Política, Subsecretarios Generales de número variable, Comité Central, Comisiones de Apoyo a la Comisión

---

<sup>115</sup> Gell-Mann, Murray: Obra citada en (35), pág. 35.

<sup>116</sup> Gell-Mann, Murray: Obra citada en (35), pág. 37.

Política y al Secretario General, Congreso Nacional, Conferencia Nacional, Conferencias Regionales, Pleno Nacional, Plenos Regionales, en fin. No poseyó una réplica partidaria creada por razones de edad, propia de los Partidos Socialista y Comunista, sólo porque la generalidad de su militancia no sobrepasaba los 30 años; no hubo, por ende, un MAPU Juvenil ni mucho menos conflictos generacionales entre los ‘jóvenes’ y los ‘viejos’, originados por segregaciones de carácter temporal. Tampoco hubo Departamentos Femeninos o algo que se les pareciese, pues no se hacía presente diferenciación alguna de carácter sexual. En ese sentido, tanto el MAPU como el MIR fueron organizaciones más igualitarias y libertarias que el resto de los partidos políticos chilenos.

El mecanismo de funcionamiento que empleó el MAPU también fue tomado del PCUS y se llamaba ‘centralismo democrático’. Se ignoraba que dicho sistema había sido instaurado por la Social Democracia europea, de cuyo seno emigrara la fracción bolchevique (minoría) con Vladimir Ilich Uljanov (Lenin) para fundar, años más tarde, el Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Federativas Soviéticas. El centralismo democrático consistía en una forma de funcionamiento autoritaria en virtud de la cual la militancia elegía a sus dirigentes para que éstos tomaran las decisiones que aquella debía adoptar. En las naciones dirigidas por Partidos Social Demócratas, el centralismo democrático funciona de la manera descrita y ha alcanzado —en plena democracia occidental— niveles de autoritarismo impresionantes que los acerca en mucho a las concepciones del PCUS: el pueblo —la masa votante, la clientela electoral— elige a un partido para que éste decida internamente quiénes van a ser sus parlamentarios y quién su Presidente o Primer Ministro. Es una forma velada de sufragio censitario: se elige a uno para que éstos elijan; la subrogación en el ejercicio del sufragio directo es la clave.

El funcionamiento de tal centralismo democrático no fue obstáculo para que —al igual que las demás corrientes políticas chilenas— la estructura partidaria del MAPU reprodujese de modo particularizado la vertical estructura del Estado. El MAPU no fue una excepción a esta constante de toda organización en vía de institucionalizarse, a pesar de las múltiples explicaciones que el

propio Rodrigo dio para presentarlo con un carácter más igualitario. No podía ser de otra manera. Se trataba de partidos que se preparaban para ejercer el poder; era del todo descabellado pedirles que exteriorizaran vocaciones libertarias<sup>117</sup>.

El poder del partido radicaba en el Congreso Nacional, pero era la Comisión Política quien decidía y, en su defecto, el Secretario General con sus Subsecretarios. Desde ahí se ejercía la autoridad expresada en nominaciones, sanciones, determinaciones, línea política. Esa misma estructura se preocupaba de la prolongación de su mandato cuidando que las elecciones no arrojasen un resultado que le fuera desfavorable y, para ello, se preocupaba previamente de colocar sujetos claves en puestos claves en virtud de la designación.

Queremos expresar, en esta parte, algo trascendental:

Al carecerse de claras definiciones acerca de lo que había de

---

<sup>117</sup> Véase sobre el particular el trabajo del miembro del Comité Central del MAPU Víctor Figueroa “*Eurocomunismo en Chile*”. La versión que existe está mecanografiada y es de 1982.

El MAPU tuvo la virtud de ser recipiente natural de un conjunto considerable de intelectuales. Podía suponerse, en consecuencia, que la gran mayoría de ellos continuarían desarrollando con acuciosidad la obra teórica de Ambrosio. No fue así, sin embargo. Con las honrosas excepciones de Eduardo Aquevedo, Tomás Moulian y Kalki Glauser que se destacaban ya en los años 70-73 en las luchas teóricas y continuaron haciéndolo más tarde en el exilio, tan sólo destacó posteriormente Víctor Figueroa. Los escritos de Jaime Gazmuri y Oscar Garretón fueron de contenido deplorable. En su trabajo acerca del ‘Eurocomunismo en Chile’, Víctor Figueroa denuncia el plagio que Oscar Garretón hizo de la obra del malogrado teórico greco/francés Nicos Poulantzas en sus intentos de impulsar lo que más tarde se conocería como ‘socialismo renovado’. Los triunfos de otros ex militantes del MAPU en el mundo político confirman esta circunstancia. La política, como región del modo de producción capitalista, requiere tan sólo de dotes histriónicas, mucha especialización en los sucesos inmediatos y escasa preparación teórica. No obstante lo expresado más arriba, el estilo de trabajo del MAPU basado en la confección de documentos, propuestas y análisis avalados por investigadores sociales de reconocida trayectoria (aprendido, finalmente, por la generalidad de la militancia) parece haber sido una de las causas principales del control cada vez más estricto que sobre el conjunto de las organizaciones políticas PS y PPD ha ejercido la ex militancia del partido de Ambrosio.

entenderse por ‘nueva sociedad’, al no expresarse de manera clara cuáles deberían ser las relaciones humanas que debían de regir entre los miembros de una organización y recurrirse a conceptos vagos e imprecisos —a menudo necesarios, según Bobbio—, o a palabras que expresasen tan sólo buenas intenciones o aspiraciones, muchas de ellas nacidas de la situación de inestabilidad y de constante atropello a los derechos de los ciudadanos, no podía existir seguridad tampoco de estarse frente a personas que verdaderamente buscaban fundar un nuevo modelo de sociedad. Por el contrario: en todos nosotros y, en particular, en nuestros dirigentes, seguían vigentes los valores del sistema y, con ellos, las tendencias autoafirmantes de Capra, las angustias que provocan las rupturas sucesivas de fases en el proceso de individuación, las tendencias sádicas y masoquistas —presentes en toda estructura que ha sido segregada entre dirigentes y dirigidos—, el innegable predominio de los ‘rebeldes’ (sujetos autoritarios que no vacilan en actuar contra sus semejantes cuando creen ver amenazados sus intereses). Éramos todos, sin saberlo, función social de una organización. Cumplíamos necesariamente el rol que debíamos desempeñar de acuerdo a nuestra condición dentro del sistema pues la integridad del todo no tolera errores: si había dirigentes era porque también debían existir dirigidos, de la misma manera que si hubieren existido éstos forzosamente habían de hacerse presente aquellos. La celeridad con que funcionaba el sistema hizo naturales esas fallas y confirmó nuestras creencias. Así, fue inevitable que un extenso conglomerado de individuos ilustrados, aunque débiles teóricamente, pero con inagotable capacidad de adaptarse a las situaciones más difíciles, emergiera con fuerza a la arena política reorganizada al término de la dictadura.

## Capítulo XXVIII: La segunda división del MAPU.

A la muerte de Rodrigo Ambrosio, la Comisión Política del MAPU, reunida extraordinariamente, resolvió nombrar a Jaime Gazmuri Mujica en el carácter de Secretario General interino del movimiento y citar a un Congreso Nacional en noviembre de ese año durante el transcurso del cual se elegiría a la nueva Dirección Nacional y determinaría la línea política a seguir en el futuro más próximo. A la fecha, la Unidad Popular enfrentaba problemas que requerían de urgentes y decisivas resoluciones, entre otros, determinar si se avanzaba o no en el cumplimiento exhaustivo del Programa de Gobierno, se hacía o no un alto en el camino para examinar las realizaciones alcanzadas, se resolvía o no la crisis de desabastecimiento entregando la distribución de la producción nacional a las Juntas de Abastecimientos y Precios JAP y se incorporaba o no a otros miembros de las Fuerzas Armadas a los Ministerios a fin de poner término, de esa manera, al estado de ingobernabilidad que buscaban imponer en el país las organizaciones sociales y políticas de las clases dominantes.

No obstante, era un hecho cierto que el MAPU estaba ya dividido. Faltaba tan sólo la presencia de un factor que, actuando en el carácter de detonante, la consumase. Tal fue el rol desempeñado por la Asamblea del Pueblo, realizada durante el curso del mes de julio de 1972, en Concepción.

Incorporada como parte del Programa de la Unidad Popular, la Asamblea del Pueblo —estructura política que reemplazaría a las instituciones legislativas en la construcción de la nueva sociedad— había sido escasamente considerada en las medidas que adoptaba el Gobierno y, dadas las condiciones existentes, nada hacía suponer que ello cambiaría en el futuro. Antes bien, más parecía que, con el paso de los años, tal propuesta había de transformarse en letra muerta de aquel Programa.

Había sucedido algo más, no obstante. En muchos de sus discursos, el Presidente Salvador Allende había asegurado que los cambios se harían en estricta consonancia con los deseos de las masas. Por tal motivo, la dirección regional penquista del MAPU, junto a otras fuerzas políticas y sociales, convocó a las

organizaciones populares a la primera Asamblea del Pueblo del país, a realizarse en el Teatro Concepción de la misma ciudad. El acto, que contó con la presencia de todas las fuerzas sociales y políticas de la región, no fue en absoluto de grado del Presidente Allende ni del Gobierno; tampoco del Partido Comunista, del Partido Radical, de la API ni del sector conservador del Partido Socialista, que desautorizaron la presencia de sus militantes y dirigentes locales en el acto. Aquello fue el comienzo de las disputas al interior del MAPU. La dirección nacional entró en conflicto con la dirección regional y las diferentes posiciones comenzaron a enfrentarse bajo las emblemáticas consignas de ‘sólo avanzando se consolida’ y de ‘consolidar lo avanzado’. Y, a la manera que sucede en la mitosis, donde los cromosomas de la célula comienzan a ordenarse para dar inicio a la división celular, también los cromosomas mapucistas empezaron a alinearse cuidadosamente, tomando posición para dar partida al proceso de división que se acercaba a pasos agigantados. El ordenamiento se realizó de la única manera que era posible sucediera: un grupo, el más compacto, comenzó a funcionar autónomamente en virtud de la ‘identificación’ o, lo que es igual, de la ‘identidad de grupo’. Pesaron, al respecto, como era de suponerse, numerosos factores; principalmente, aquellos derivados de las vivencias propias de los miembros de la antigua dirección.

En efecto. La ex dirigencia del MAPU tenía fuertes vínculos que unían a sus miembros entre sí. En otras palabras, tenían ‘identificación’, poseían ‘espíritu de cuerpo’ frente a los ‘demás’, que eran los elementos provincianos y santiaguinos ‘advenedizos’ Esta ‘identificación’ partía de su pertenencia al ‘barrio alto’, seguía en la vida estudiantil para continuar en la vida comunitaria, los centros de estudios superiores y finalizaba en la común militancia demócrata cristiana.

En el Santiago de 1972, se entendía por ‘barrio alto’ la prolongación oriental de la Alameda, es decir, Providencia, Apoquindo, Las Condes y ciertos sectores de Vitacura. Los estamentos ‘arribistas’ siempre buscaron establecerse en esas áreas, junto a la gran y mediana burguesía nacional e internacional, a fin de asimilárseles. No eran ‘barrio alto’ Ñuñoa, La Reina ni Santiago Centro, que se consideraban, más bien, ‘de medio pelo’. Y, aunque numerosos sectores de la ‘aristocracia’ castellano/vasca vivían en

tales áreas habitacionales, el vulgo seguía catalogando de ‘barrio alto’ solamente la prolongación en ángulo agudo extendida desde Plaza Italia hacia la cordillera, por Providencia.

Pero la identificación de estos sujetos era, también, estudiantil. En su mayoría, provenían de Colegios pertenecientes a congregaciones religiosas, principalmente el Saint George. Tenían, por lo mismo, un pasado similar del cual conversar y un patrimonio de conocimientos general a todos ellos (profesores, lenguaje y vivencias comunes). Un encuentro posterior en determinado centro de estudios superiores (la Universidad Católica) y la participación dentro de una organización comunitaria como lo era la Acción de Universitarios Católicos, estrechaba mayormente los vínculos comunes. Tanto más si a todo ello se añadía un pasado político colectivo: la pertenencia a un partido como lo era la Democracia Cristiana. Entonces, la ‘identidad’ era completa. O concomitante. No bastaba un vínculo para ‘identificarse’, sino un verdadero conjunto de circunstancias. Así, ante la luminosidad de este sol unitario como aparentaba serlo el ‘grupo’, comenzaron a rotar algunos planetas humanos con sus respectivos satélites. Al frente, oponiéndoseles, otro sector militante extraordinariamente diversificado comenzaría a disputarles, con éxito, un membrete y timbre partidarios, al tiempo que emprendía ineluctablemente el camino de su propia segmentación. Muchos de éstos últimos, que habían abandonado ‘equivocadamente’ al primer grupo, retornaron a su redil durante los períodos dictatorial y post dictatorial.

El Congreso Nacional del MAPU fue precedido de dos Congresos Regionales en donde desde ya comenzaron a enfrentarse las dos tendencias que existían al interior del movimiento: la primera fue llamada ‘del Poder Popular’; la segunda ‘reformismo’. Al momento de realizarse el Congreso de noviembre, la tendencia ‘del Poder Popular’ no se encontraba representada en la Comisión Política del MAPU, a pesar de contar con tres grandes regionales que eran el de Concepción, el de Valparaíso y el de Santiago Centro. El llamado ‘reformismo’ tenía, por consiguiente, completo control del aparato partidario y el apoyo de numerosos regionales, aunque pequeños la mayoría de ellos.

La convocatoria al Congreso Nacional se realizó, pues, bajo la atenta mirada de lo que, más adelante, sería conocido indistintamente



como ‘fracción Gazmuri’, ‘MAPU-Gazmuri’ e, incluso, ‘MAPU-OC’ (MAPU Obrero-Campesino). Fue este sector quien llamó a la celebración del Congreso, redactó los preinformes, calificó los poderes de los delegados y, a fin de robustecer el apoyo a sus pretensiones, llevó a sufragar a un destacamento de campesinos al que puso bajo la protección de guardias armados con garrotes. Nadie podía acercárseles para discutir con ellos las proposiciones sobre línea política sin correr el grave riesgo de ser molido a palos por los guardias del Servicio de Asuntos Especiales SAE, dirigido en ese entonces por María Antonieta Saa.

Oscar Guillermo Garretón Purcell jamás estuvo de acuerdo con las tesis sostenidas por los partidarios del ‘Poder Popular’. Si en un momento histórico se vio compelido a tomar posición junto a esa bancada no fue por otro motivo que un acto irracional suyo y una torpeza incalificable de sus propios amigos y camaradas. En el fragor del debate y con la finalidad de descalificar una afirmación de Garretón, extrajo Gazmuri de entre sus papeles una carta de carácter privado que aquel le había enviado en los días previos al Congreso, comprometiéndose con la línea política de ese sector. El aludido (y remitente de la misiva) se indignó, como era de suponerse. Nunca imaginó ser, alguna vez, víctima de semejante bajeza. A partir de ese momento, entregó todo su apoyo a las posiciones defendidas por los regionales de Concepción, Valparaíso y Santiago Centro, sectores mayoritarios dentro del Congreso. Ese gesto le elevó no sólo a la categoría de Secretario General del MAPU, sino además a la calidad de candidato a diputado por la circunscripción penquista en las elecciones que se irían a realizar el 4 de marzo de 1973.

El carácter autoritario engendra comportamientos autoritarios y, por lo mismo, soluciones autoritarias. Las personas dotadas de esos rasgos raramente resuelven sus controversias por la vía del diálogo o del razonamiento. El lenguaje que emplean es agresivo; frecuentemente, recurren al insulto, a la descalificación, al desprecio o desdén, a la ironía e, incluso, al silencio reprobador. El uso de la coacción (física, moral o económica) sobre el oponente constituye una de sus características más elocuentes; y, naturalmente, la apropiación de lo ajeno y la legitimación que otorgan a ese despojo.

Es inútil insistir en la realización de un debate con el sujeto autoritario en el que pueda practicarse la buena argumentación. No

hay discusión posible con quien se presenta en el carácter de poseedor de 'la' verdad. El individuo autoritario no necesita dar razones de lo que hace o afirma pues se autoconfiere la calidad de ser una suerte de representante terreno de la divinidad. Esta forma extrema de autoritarismo sería determinante en los sucesos posteriores a los comicios de marzo de 1973.

Así pues, realizado ya ese evento eleccionario, resolvió aquel conglomerado de personalidades perdedoras del Congreso de noviembre, dar por zanjadas las discusiones teóricas con las posiciones mayoritarias a través de la perpetración de un golpe de estado. De inmediato, en forma sorpresiva, los locales de la organización fueron asaltados por los guardias de la SAE, que golpearon sin compasión a quienes tuvieron la desgracia de encontrarse en esos momentos dando cumplimiento a sus tareas políticas y partidarias. No fue aquel un mero asalto sino la apropiación real y efectiva de inmuebles, muebles, archivos, maquinarias, vehículos, dinero. Incluso, se sacó a golpes, en plena vía pública, a las personas que, en esos momentos, conducían los automóviles de propiedad del movimiento. El método aplicado para la resolución de la crisis teórica no fue otro que el aplicado históricamente por las clases y fracciones de clase dominante para la solución de sus controversias. Esta forma de actuar contó con el apoyo indisimulado del Gobierno, de los partidos Comunista y Radical, de la API y de los sectores conservadores del PS, nucleados en ese entonces en torno a Clodomiro Almeyda. Una cadena nacional de radioemisoras, facilitada por el Gobierno, permitió al sector golpista dar a conocer a la ciudadanía la 'expulsión de una fracción pequeño burguesa' (¡sic!) del movimiento, en tanto 'El Siglo' informaba que 'el MAPU' había marginado de sus filas a una 'fracción ultraizquierdista', noticia repetida hasta la saciedad en los otros medios de comunicación controlados por la Unidad Popular. El argumento central de la información se contenía en un razonamiento simple: se trataba de convencer a la opinión pública que el sector mayoritario de un cuerpo político se operaba de un sector minoritario a la manera que un organismo lo hace con una pústula. Para el sector gobiernista, el MAPU era solamente lo que, más tarde, sería MAPU OC.

El golpe de estado de la fracción 'reformista' sorprendió al

Secretario General del MAPU, Oscar Guillermo Garretón Purcell, en la localidad penquista, desde donde viajó apresuradamente a la capital para hacerse cargo de la situación y conversar con el Presidente Allende sobre el particular.

Camino al despacho del Primer Mandatario, tropezó el flamante nuevo diputado mapucista, cara a cara, con el entonces Ministro de Economía Orlando Millas quien no sólo evitó saludarlo, sino pasó junto a él, sobándose las manos, '*como un ratoncillo frente a un festín de queso*', diría más tarde Oscar Guillermo Garretón, en su informe a la Comisión Política del MAPU.

Allende lo recibió con grandes muestras de camaradería, felicitándolo por el triunfo alcanzado en una zona que, aunque difícil, le traía '*tan buenos recuerdos*'. Hizo memoria el Presidente, a continuación, de esos '*esforzados mineros del carbón*', extendiéndose en algunas anécdotas que le habían sucedido en sus recorridos por la sureña región. Al cabo casi de una hora de conversaciones intrascendentes y, antes de despedirse, se dirigió Salvador Allende al Secretario General del MAPU para decirle, en un tono que, aunque cordial, denotaba cierta ironía:

—He sabido que, últimamente, tiene Ud. algunos problemas, Oscar Guillermo.

—Así es, Presidente— repuso el aludido, sin alterarse en lo más mínimo—. Y, por ahí no falta quien anda diciendo que Ud. sabe mucho acerca de todo ello.

Allende pareció ignorar la indirecta y, sin dejar de sonreír al momento de despedirse, dijo, moviendo con malicia la cabeza:

—Es que en estos asuntos de unir y desunir partidos, tengo mucha experiencia.

La disputa por la legitimidad del nombre, por demostrar cuál era el verdadero MAPU, constituye uno de los hechos más bochornosos en la historia de las luchas sociales chilenas. Trae a la memoria aquella escena protagonizada por un periodista que fue a entrevistar al líder del movimiento estudiantil del 68, en Francia, Daniel Cohn-Benditt, en los momentos más intensos de la revuelta.

—Usted, que dirige este movimiento ¿no piensa que, en unos años más, habrá cambiado de opinión y estará arrepentido de todo esto?

—No, se equivoca usted— repuso Cohn-Benditt—. Ya estoy cambiado. De otra manera no le hubiere concedido esta entrevista.

Por mucho que hoy se quiera justificar esa lucha por la legitimidad en el uso del nombre del movimiento, tal circunstancia pone de manifiesto el intenso predominio que sobre el conjunto de esos sujetos ejercía la ideología de las clases dominantes. La ‘verdad’ se asimilaba a la ‘legitimidad’. Y esa ‘legitimidad’ la otorgaba la resolución de una autoridad colocada por encima de la sociedad. Se disputaba, en síntesis, una ‘legitimidad’ concedida por una institución del estado, no nacida del reconocimiento de las masas.

La batalla por la legitimidad del MAPU comenzó a disputarse en el despacho del Director del Registro Electoral, en ese entonces, un actor, de filiación demócrata cristiana, llamado Andrés Rillón, quien falló a favor de la tendencia mayoritaria. En las filas de la Democracia Cristiana se escuchó decir que, si bien resultaba imposible inclinarse en favor de una tendencia tan minoritaria como lo era la representada por Jaime Gazmuri, con mayor razón lo era tratándose de un sujeto tan ‘tenebroso’ y ‘torcido’ como parecía serlo el Secretario General de esa fracción. La apelación, hecha ante el Tribunal Calificador de Elecciones no introdujo mayores variaciones a la sentencia anterior. La sentencia fue lapidaria: el MAPU representado por Oscar Guillermo Garretón era la mayoría y resultaba descabellado suponer siquiera que una minoría podría expulsar a la mayoría. Y Tomás Pablo, ex senador demócrata cristiano, que presidía el Tribunal, conociendo las gestiones hechas por el sector derrotado ante ese organismo, en conversaciones privadas expresaba, atónito:

—¿Cómo quiere este huevón de Gazmuri que falle a favor suyo si, siendo Director del Departamento Campesino, al irse del partido, se llevó hasta las máquinas de escribir?!

## **Capítulo XXIX: La línea política del MAPU y el comportamiento de un sector militante.**

Los factores que fueron determinantes en la desintegración del MAPU durante la Unidad Popular han sido, en gran parte, expuestos. El tiempo, empero, no corre en vano (si queremos recurrir a una metáfora); las épocas cambian y cambian las condiciones. Los elementos que componen cada suceso no son los mismos, ni tampoco el instante en que sucede. Y los factores que provocan determinadas catástrofes —empleamos aquí las categorías creadas por René Thom— no son los que provocan otras. Porque a veces aumentan o disminuyen ya sea en número o calidad.

El advenimiento del Régimen Militar fue, a no dudarlo, un acontecimiento importante para la militancia de las organizaciones políticas. Entre otras circunstancias especiales, permitió la instauración de un régimen de economía social de mercado contribuyendo, de esa manera a profundizar la cultura de la autoventa y el desarrollo de las tendencias narcisistas dentro de la sociedad. Al mismo tiempo, la dureza del castigo impuesto a quienes se consideró ‘responsables del caos social, económico, moral y político’ del país creó un fuerte sentimiento de cooperación capitalista. A estos hechos nos referiremos en las páginas que siguen. Sin embargo, previo es dejar establecidas las condiciones en que ello sucedió, es decir, las tendencias ya presentes en la ex dirigencia MAPU y sus contradicciones con la línea política del movimiento.

La pertenencia de ciertas personas a determinada clase, origen social y educación constituye, a no dudarlo, un factor clave para descubrir sus respectivos modos de pensar y de comportarse. Si así actúan en determinados momentos, si así piensan frente a determinada situación, es porque reflejan en sus conductas los intereses de esas clases, las exigencias que plantea esa pertenencia, las reglas a que se sometió su educación. Una persona se conoce a través de sus actitudes y palabras; a partir de éstas, es posible deducir la conducta que va a adoptar en determinada circunstancia.

En los tiempos en que Rodrigo aún estaba vivo ya demostraba gran parte de la dirigencia de la organización un culto desmedido por el control del aparato estatal. El deseo de acceder a cargos desde los

cuales se pudiese ejercer cuotas cada vez mayores de poder y cambiar ‘desde arriba’ la estructura social estaba ya presente en muchos sectores de los denominados ‘progresistas’; con mayor razón en el MAPU. Parecía creerse que cambiando tan sólo de diputado o senador, de ministro o jefe de servicio, bastaba para echar abajo toda la estructura jurídico política de la nación denominada Congreso Nacional, Ministerio o Servicio respectivo. En pleno período de la Concertación de Partidos por la Democracia la Ministro del SERNAM, Adriana Delpiano, reconocería abiertamente esta vocación, al expresar lo siguiente:

*“Nosotros nacimos con un compromiso social y también voluntad de poder. Siempre se valoró en el MAPU, particularmente en el MOC, la idea de gobierno y del aparato del Estado, muy válido para producir los cambios”<sup>118</sup>.*

Y, para no dejar dudas al respecto, agregaría de inmediato:

*“Cuando se divide el MAPU, la fracción de Garretón tenía una mirada más movimientista. Estaba el tema de los cordones industriales bajo la consigna de **Crear, crear poder popular**. El otro estaba más cercano al aparato de Estado, a la reforma agraria, al movimiento campesino. Yo opté por ese último”<sup>119</sup>.*

En el pensamiento de Rodrigo, el rol del Estado era sencillamente diferente. En las llamadas ‘Tesis del MAPU’, escritas de su puño y letra como tantos otros documentos partidarios, se puede aún hoy leer lo siguiente:

*“Entendemos que fases como las aludidas están en el Programa de la Unidad Popular y lo aprobamos porque ese es un programa mínimo para una era democrático-popular. Pero no aceptamos convertir el programa mínimo en*

---

<sup>118</sup> La Segunda, 17 de Marzo de 2000, pág. 44.

<sup>119</sup> La Segunda, 17 de Marzo de 2000, pág. 44.

*programas entre otros del MAPU [...]’*

*“Todo esto no excluye la destrucción del Estado burgués, sólo especifica la forma probable que asumirá ese proceso [...]”<sup>120</sup>.*

Pero también Rodrigo, temeroso de ser malinterpretado, no vacilaba en aclarar más aún sus ideas al respecto. Así, cuando señalaba que la tarea principal de los movimientos populares consistía en construir una nueva sociedad, advertía con gran naturalidad:

*“Pero **antes** será necesario liquidar a la burguesía como clase y a su Estado como instrumento de dominación. Mientras eso no suceda, la democracia es excluyente, para el pueblo y para los que a él se suman [...]”<sup>121</sup>.*

Rodrigo estaba plenamente consciente de los problemas teóricos que acosaban al MAPU, en especial, del pesado lastre que significaba para la organización la calidad de tráfugas de la Democracia Cristiana que poseía su dirigencia. Por eso, junto con recordar que

*“la ideología socialdemócrata sigue presente en el Movimiento”*

decía, refiriéndose al carácter del Estado, que tal ideología se manifestaba, entre otras cosas, en la:

*“Tendencia a eludir el carácter de clase del Estado burgués y la necesidad de destruir sus funciones de dominación, y las instituciones concretas a través de las cuales se ejerce”<sup>122</sup>.*

*“Insistencia enfática en las fórmulas democrático-burguesas: **’Estado democrático y pluralista en lo ideológico, político, cultural y religioso, con autoridades***

---

<sup>120</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (7), pág. 21.

<sup>121</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (7), pág. 20.

<sup>122</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (7), pág. 18.

*emanadas del sufragio ciudadano y libre y secreto, y sujeto a un régimen jurídico e institucional*<sup>123</sup>.

Al materializarse la división del MAPU entre MAPU Obrero y Campesino (MOC) y simplemente MAPU, marzo de 1973, y al consumarse el golpe de Estado encabezado por Jaime Gazmuri Mujica —en contra de la dirección del Movimiento—, llamó éste a las bases partidarias a apartarse de la otra fracción a la que calificó de ‘pequeño-burguesa’, ‘expulsada’ por divisionista. Gazmuri empleó dicha expresión en forma peyorativa desde los estudios de la Radio Nacional de Chile a través de una cadena nacional de emisoras, prerrogativa que no se concedió al otro sector por instrucciones expresas de la Presidencia de la República.

Sin embargo, Rodrigo Ambrosio había escrito, dieciocho meses antes, no sólo que todo el Movimiento en sí era pequeño burgués en una clara alusión a la extracción de clase de su dirigencia y militancia sino, además, que seguía creciendo en esa dirección.

*“Partimos del hecho básico de que el movimiento hasta ahora es expresión política de sectores de la pequeña burguesía. Que haya más o menos obreros militando en él no ‘destiñe’ ese carácter, marcado todavía en su ideología y reflejado tanto en su conducta política como en los sectores sociales que realmente orienta y moviliza”*<sup>124</sup>.

*“Entendemos por pequeña burguesía en sentido amplio, no sólo a los pequeños agricultores, artesanos y comerciantes, sino también a los profesionales, empleados, estudiantes y en general capas medias, entre las cuales el Movimiento recluta la mayor parte de sus militantes y simpatizantes”*<sup>125</sup>.

Las citas aludidas anteriormente nos permiten concluir que no hubo cambios en las concepciones de ciertos dirigentes y militantes del MAPU sino, más bien, reafirmaciones teóricas de ideas que, presentes en todos ellos, se manifestaban al ritmo del impulso

---

<sup>123</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (7), pág. 19.

<sup>124</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (7), pág. 14.

<sup>125</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (7), pág. 15.



creador de la Unidad Popular y se mimetizaban en el derroche de alegría de las masas, esperanzadas en construir su propio destino.

De uno de estos personajes —el actual senador y empresario Fernando Flores—dijo, en cierta oportunidad, Eduardo Aquevedo, ex Subsecretario General del MAPU:

*“Es un militante que se ha caracterizado por ser extraordinariamente ambicioso e individualista. Se ha resistido sistemáticamente al acatamiento de la disciplina interna”<sup>126</sup>.*

Flores se distinguió, entre otras cosas, y bajo la democracia post dictatorial, por su absoluta carencia de criterio. Se hizo famoso por sus exabruptos, torpezas y actitudes arribistas que rayaban en la grosería. Existen testimonios de ello en programas de la Televisión penquista (donde se indignó con un periodista que se atrevió a formularle preguntas consideradas indiscretas por él) y la Televisión Nacional, donde amenazó a otro periodista de manera bastante vulgar, con no concederle más entrevistas.

Como lo señaláramos anteriormente, no resultaba —ni resulta hoy—difícil distinguirlos: siempre dirigieron, nunca se incorporaron al mundo del trabajo y, en las raras veces que sí lo hicieron, desempeñaron cargos directivos con altas remuneraciones sin sujeción alguna a horario de trabajo. Cuando salieron al exilio tampoco lo hicieron porque eran dirigentes. Muchos de ellos, que hoy abominan de Cuba, fueron recibidos desde un principio allá en esa calidad; o en Rumania, en la ex-Unión Soviética, en fin. Vinculados a Centros de Estudios Superiores (Universidades, Institutos, Academias), establecieron allí sus contactos con lo que iría a ser el socialismo internacional. No es casualidad que se conozcan entre sí. La militancia partidaria les ha ayudado en ello, pero no ha sido la causa; más bien lo ha sido la pertenencia a una suerte de nueva fracción de clase capitalista que pretende disputar a la vieja su mejor derecho a dirigir el conjunto del sistema social.

Y si ellos no han alterado su nicho teórico espacial, no se han

---

<sup>126</sup> Barriá Reyes, Rodrigo: “*Los pétalos y espinas de Flores*”, El Mercurio de Santiago, 06.01.2002, Cuerpo D-12, Reportajes.

desplazado de sus posiciones originarias, ¿qué nos hace pensar que sí lo han hecho? Una metáfora que permite ilustrar con propiedad esta idea la proporciona la rotación del sol. La migración es aparente. No hay desplazamiento alguno. Antes bien: existe una reafirmación de actitudes y decires que, de una u otra manera, estaban presentes en tales sujetos durante su desempeño como militantes de las colectividades de la izquierda sin que nadie se percatara de ello. El cambio es aparente. Como en el movimiento del sol, es uno quien se mueve, no el astro; los ‘derechistas’ han estado allí, siempre, quietos, expresando en esa frase terrible sus intenciones verdaderas: “¡Qué maravillas haríamos con las leyes que, de seguro, va a dejar la Dictadura!”. Somos nosotros quienes rotamos, quienes nos hemos movido en busca de explicarnos por qué un día decidimos abrazar otras ideas, otros intereses, que fuesen más allá del estrecho límite de los propios. Conceder a esos sujetos la facultad de realizar cambios estructurales dentro de sí mismos es atribuir a las fuerzas conservadoras la posibilidad de realizar una revolución contra sí misma o que tenga por objeto su propia extinción. Dichas fuerzas realizan, sí, revoluciones; son, en sí revolucionarias, pero sus revoluciones sólo tienen por finalidad colocar a la cabeza de la sociedad a los sectores de turno más dinámicos de la dominación para que ésta jamás altere su esencia verdadera. De esa manera ‘resuelven’ las contradicciones insolubles que se acumulan cíclicamente en la continuidad del modelo de dominación.

La pregunta a formular no es, por tanto, por qué la gente de ‘izquierda’ se pasó a la ‘derecha’, sino qué hizo a personas, creadas bajo el estigma de las ideas de las clases dominantes, transformarse en elemento contradictor al sistema, qué les hace separarse de esas ideas dominantes, vencer la gravedad del atractor del sistema y abrazar la causa de las grandes mayorías sociales. La respuesta está dada en gran medida en los acápites anteriores. No volveremos sobre ello.

## Capítulo XXX: La cultura de la autoventa y el desarrollo de las tendencias narcisistas.

El sistema capitalista difiere de los otros sistemas no sólo por el especial género de componentes que posee sino también por la típica distribución que éstos adoptan dentro de su estructura. La existencia de actores contrapuestos por sus específicas calidades implica, además, entre otras cosas, hablar de órdenes, jerarquías, escalas de valores, formas de pensar y de comportarse, ligadas indisolublemente a la compraventa; formas de organizarse armónicas a esas relaciones, adaptadas a la división del trabajo que realizan otros individuos dentro de sólidas estructuras de dominación.

*“En cada sociedad, el espíritu de toda cultura está determinado por el de sus grupos más poderosos”,*

nos recuerda Erich Fromm<sup>127</sup>, en una clara reafirmación de lo que casi un siglo antes había expresado Karl Marx:

*“Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante”<sup>128</sup>.*

Damasio, que incorporara a la psicología el concepto de ‘marcador somático’ como una suerte de sentimiento que expresa una preselección emotiva destinada a ahorrar energía psíquica y tiempo en la emisión de una respuesta, señala, al respecto:

*“El dispositivo marcador somático de la mayoría de los que tenemos la suerte de haber sido criados en una cultura relativamente sana, se ha acomodado, por educación, a las normas de racionalidad de dicha cultura. A pesar de sus*

---

<sup>127</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), pág. 121.

<sup>128</sup> Marx, Karl: “*De la ideología alemana*”, contenido en el libro de Erich Fromm “*Marx y su concepto del hombre*”, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pág. 221.

*raíces en la regulación biológica, el dispositivo se ha ajustado a recetas culturales diseñadas para asegurar la supervivencia en una determinada sociedad. Si suponemos que el cerebro es normal y que la cultura en la que se desarrolla es sana, el dispositivo se ha hecho racional en relación a las convenciones sociales y a la ética”<sup>129</sup>.*

El entorno social determina, en última instancia, las reacciones de quienes se desplazan dentro de aquel. La forma específica de funcionamiento adoptada por una sociedad obliga al individuo a asimilarse a dicho funcionamiento. Cuando la sociedad fundamenta su desarrollo en los ‘negocios’ que unos hacen respecto de otros —y ‘hacer negocios’ no es más que una forma de estar esquilmando constantemente al prójimo— no cabe la menor duda que dicha sociedad construye su moral sobre los dictados del lucro. Aceptar que un ser humano venda a otro su fuerza corporal es aceptar como norma de vida la prostitución; aunque se le dé una denominación más eufemística (‘recurso humano’). La venta de la energía del ser humano o, si se quiere, el arriendo de su cuerpo por horas constituye la esencia de la sociedad actual. Y cuando el mercado predomina, la cultura es el mercantilismo: es objeto de valor sólo aquello que es posible vender. Obras literarias, musicales, pictóricas, escultóricas, poemas, instrumentos de trabajo, técnicas, ciencias, tienen precio según las fluctuaciones del mercado. Así, toda relación personal o social que se establezca será fatalmente regida por las leyes del mercado. Los vínculos sociales se originarán en el constante ejercicio de la compra y de la venta de todo lo que se estime susceptible de ser considerado mercancía. Con las conveniencias e inconveniencias que ello implica. El ser humano tiene de sí la misma concepción que posee de su entorno; si dicho entorno es considerado por él nada más que mercancía, como mercancía se considerará a sí mismo y aceptará ser vendido o considerará moral ser comprador de otro que se vende.

*“El hombre no solamente vende mercancías”,*

---

<sup>129</sup> Damasio, Antonio R.: Obra citada en (5), pág.188.

señala Fromm,

*“sino que también se vende a sí mismo y se considera como una mercancía”*<sup>130</sup>.

Pero para vender una mercancía es necesario destacar sus bondades o cualidades y propagarlas. El mercado exige la previa apología del producto que se pretende vender; no existe otra ruta más indicada y óptima que ésta para obtener el convencimiento del cliente o comprador. Y si alguien desea asumir determinadas tareas o funciones dentro de la sociedad —para lo cual necesita el consentimiento de ciertos grupos sociales—no podrá eludir la tarea de venderse a sí mismo como cualquier otra mercancía. El terreno se encuentra, así, abonado para la emergencia de un nuevo carácter —el carácter narcisista—, que va a expresarse en una forma desmedida de sobrestimar las cualidades propias. Sin la imprescindible apología de sí mismo es imposible obtener el fin deseado. Pero no hay que preocuparse; todo ello es determinable en base a un índice que revela el éxito en la promoción de la mercancía humana: la popularidad. La escena, entonces, está lista para que ingresen en ella los actores de la política.

*“Yo no puedo creer en mi propio valer, con independencia de mi popularidad y éxito en el mercado. Si me buscan, entonces, soy alguien, si no gozo de popularidad, simplemente no soy nadie”*<sup>131</sup>.

De todos los dirigentes del MAPU, puede señalarse a Oscar Guillermo Garretón como el más fiel exponente de las tendencias narcisistas que se daban al interior de esa organización. De esa circunstancia da cuenta una visita que hizo al hogar de uno de los máximos ejecutivos de una empresa estatal, en Concepción, donde discutió durante la cena con los dueños de casa, acerca del futuro de todos ellos. Garretón, en esos años, era Presidente de la Telefónica, y

---

<sup>130</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), pág. 127.

<sup>131</sup> Fromm, Erich: Obra citada en (84), pág. 128.

no ocultaba su interés por incorporarse a las luchas políticas en busca de una diputación. Los dueños de casa no ocultaban la gracia que les causaba oír tales pretensiones.

—¿Y por qué no aspirar al cargo de senador? Un senador es más importante que un diputado— le dijo la dueña de casa, en un tono no exento de ironía.

—Sí, en verdad... Sí... Senador... No es mala la idea...— respondió Garretón, sin advertir que estaba siendo objeto de una burla—. Pero... ¿verdaderamente crees que yo sería un buen senador?

—Oh, bueno... Eso no puedo saberlo...— contestó la dueña de casa. No estaba segura, en ese momento, si trataba con un sujeto extremadamente ingenuo o con uno incorregiblemente fatuo, y decidió seguir adelante con la ironía, ante la mirada temerosa de su marido—. Lo que sí sé y puedo asegurar es que tienes ‘pinta’ de senador, pero no de diputado...

—¿Y cuál es la ‘pinta’ de senador?

—La que tienes, pues...

—¿Verdaderamente lo crees así?

—Oh, sí... ¡Por supuesto!

La dueña de casa rió de buena gana.

—Mira— le dijo—, camina un poco por el salón... Mira hacia acá como si fueses un senador... Paséate como frente a un auditorio... Convéncete que eres senador... Da trancos de senador...

Y Garretón obedeció. No solamente se dirigió al salón para pasearse con el rostro erguido, como si estuviese dirigiendo una altiva mirada hacia quienes le observaban, aún incrédulos ante lo que presenciaban, sino preguntó a sus anfitriones, con un hilo de voz, una vez finalizada su exhibición:

—¿Estuve bien así?

La ascensión por cada uno de los peldaños hacia los estamentos superiores de la escala social es tarea prioritaria para el individuo en el sistema capitalista mundial. Al realizar ese cometido cumple, además, con otra de sus misiones fundamentales: robustecer la estructura de clases de la sociedad. Y si es una persona ‘de izquierda’ quien realiza tales supuestos, es ‘la izquierda’ en su conjunto, con sus actos, la que robustece en la práctica la vigencia del sistema que, en su discurso, busca derribar. No debe sorprender, por ende, la carrera frenética que se libra al interior de las empresas y servicios

del Estado (¿para qué decirlo respecto de la empresa privada cuando esas acciones son consustanciales a ella?) por acceder a los puestos superiores de las mismas. La condición de líder, cabecilla, caudillo, administrador, jefe, capataz, gerente, dirigente, embajador, cónsul, agregado cultural, director, profesional, oficial, general, comandante, almirante, juez, ministro, presidente, es crucial: todos quieren desempeñar tales cargos, nadie quiere ser pueblo común. Sólo en la cúspide final —o, en su defecto, en las cúspides parciales— de la pirámide jerárquica social operan las leyes del *feed-back* o de la retroalimentación; sólo allí se goza de libertad; sólo allí se reciben las recompensas del sistema.

No ocurre de manera distinta en otras áreas: los artistas, que encuentran su retribución en los aplausos y el elogio, necesitan alcanzar la fama para hacerse acreedor a tales aplausos y elogios. Todos se venden. Una neurosis colectiva por ofrecer el ‘último producto’ parece haberse desatado. En tanto más se exhiba ese ‘producto’ a vender y, por lo mismo, se repita, reproduzca o multiplique una y mil veces su imagen ante el público consumidor, más exitosamente podrá venderse dicho ‘producto’ en el mercado. Poco importa que sea bueno o malo; poco importa lo que diga o lo que haga. En la repetición está el éxito. Reproducida constantemente la imagen de esa persona ante la comunidad elegida, se hace imprescindible para todos sus componentes, se incorpora a sus conversaciones, a sus discusiones, a sus ideas, como un concepto más: se internaliza en sus mentes.

La moderna democracia funciona no sólo con esos parámetros: el dinero —que mueve los medios de comunicación y permite la reproducción del ‘producto’ que se va a elegir— decide las contiendas electorales. La posibilidad de vencer en las urnas se torna cada vez más ilusoria para los sectores dominados; el individuo que estudia las conveniencias para las grandes mayorías nacionales, el que tiene intenciones de desarrollar trabajos en beneficio de aquellas y en procura de construir una nueva sociedad, se esfuma frente a la nueva ‘producción’ de políticos en donde hay sólo lugar para los traficantes de armas, expoliadores de las cajas fiscales, lavadores de dinero, sobornantes, sobornados, saltimbanquis, predicadores iluminados, prestidigitadores, clowns, feladores, psicópatas y degenerados que abundan en los municipios, alcaldías, intendencias,

embajadas, gobernaciones, parlamentos, empresas, servicios,  
ministerios, tribunales, ejércitos, presidencias.



## Capítulo XXXI : La ex dirigencia del MAPU bajo la dictadura militar.

**T**erminemos esta obra abordando dos temas —en los dos capítulos que se suceden— a los cuales no nos hemos referido, y que, de todas maneras, nos van a ayudar a entender mejor el por qué algunas personas exhiben en ciertos períodos determinadas conductas.

La repetición es la clave de la sabiduría, hemos aseverado en el primer capítulo de esta obra. Basta que una conducta se repita para que emerja la normalidad como resultado de ese proceso. Repetición es normalidad y, sin embargo, no es ‘verdad’. Puede ser ‘natural’, porque lo natural es aquello que, al acontecer, no sorprende; se espera que suceda como constantemente lo ha hecho. Como producto ineluctable de la naturaleza.

En un grupo humano, es ‘natural’ lo que acostumbra a hacer la generalidad de sus integrantes. Es, por lo mismo, normal. Y, no obstante, es una simple repetición de prácticas sociales determinadas que bien pudieron ser otras. Quien no actúa de la manera que lo hace el conjunto social se trastoca en elemento extraño y hasta puede ser calificado de enemigo.

Cuando una sociedad opera de determinada manera, sus formas de vida se entienden ‘naturales’. Porque las formas de vida son prácticas sociales reiteradas: es algo que se ha hecho, se hace y continuará haciéndose *uscum ad infinitum*. La obligación de todo miembro de una sociedad que adopta cierta forma de desarrollo es asimilar su conducta a la de los demás, adaptarse a las formas de ser del conjunto social. La ‘verdad’ pasa a ser esa manera colectiva de comportarse y lo ‘incorrecto’ es toda acción que busque subvertir tales prácticas.

Por lo mismo, la trasgresión de lo ‘normal’ o ‘natural’ no sólo puede ser reprobable, sino hasta peligroso. Lo que la generalidad hace moldea el carácter particular de los individuos y crea su carácter social, lo ‘identifica’ con su comunidad. El ‘grupo’ deja de ser tal y se convierte en ‘región’, ‘pueblo’, ‘raza’, ‘nación’, ‘estado’. Actuar contra de tales conceptos convierte en ‘asocial’ al individuo, lo hace ‘elemento exótico’. Cuando esas prácticas se legitiman, es decir,

cuando se convierten en derecho escrito o consuetudinario, el ‘asocial’ se trastoca en el ‘enemigo’: es el ‘delincuente’.

Hacer lo que practican los demás es, por consiguiente, una estrategia de sobrevivencia que John Maynard Smith, continuando los estudios realizados por W. D. Hamilton y R. H. Mac Arthur, denominó ‘estrategia evolutivamente estable’ (EEE). Cuando en la realización de esas prácticas se encuentra alegría o placer (o se piensa estar realizándose) el carácter social se ha hecho presente. O, más bien, se ha terminado de construir.

Las expresiones anteriores permiten comprender por qué, a menudo, es difícil descubrir quien, dentro de nuestro grupo social, podrá realizar acciones en contra de nosotros pues todos actúan de manera similar: el ‘enemigo’ se disfraza como uno del grupo en virtud de la ‘estrategia evolutivamente estable’; en verdad, no se ‘disfraza’, sino actúa como debe hacerlo, se mimetiza con el conjunto social. En la organización de fuerzas que van a actuar contra el sistema social sucede este fenómeno con inusitada frecuencia. No se trata solamente del elemento ‘infiltrado’ —acción consciente y deliberada de un agente—, sino de uno de nosotros que, inconscientemente, se mimetiza con la conducta del grupo a fin de no ser considerado elemento extraño.

El enemigo que se descubre fuera del grupo ocupa toda la atención del conjunto social; se trata de un fenómeno ajeno a la reproducción de quien está inmerso en el mismo. Entonces, el camino se encuentra llano para el desarrollo de ese embrión ya presente en la estructura vertical de las organizaciones, en la nostalgia de la democracia, en la defensa del Estado, en la necesidad que exista dirigencia y dirigidos, en la necesidad de ser ‘realistas’. Quien no lo estime así está fuera del grupo. La mayoría constituye la normalidad; la minoría es lo anormal. Si la ignorancia es mayoritaria, la normalidad es sinónimo de ignorancia. Se debe proceder como ignorante; no serlo constituye una abominación. Ocurre como en el cuento de Herbert George Wells “The country of the blind” (‘El país de los ciegos’), en donde un joven arriba a una nación cuyos habitantes son ciegos. Aquejado por algunas dolencias, debe ser examinado por un conjunto de científicos cuyo desolador diagnóstico resulta ser el siguiente: la causa del mal radica en sus ojos, que son

peligrosos y deben ser extirpados.

*“This”, said the doctor, answering his own question. “Those queer things that are called the eyes, and which exist to make an agreeable soft depression in the face, are diseased, in the case of Bogota, in such a way as to affect his brain. They are greatly distented, he has eyelashes, and his eyelids move, and consequently his brain is in a state of constant irritation and destruction”.*

*“Yes?” said old Jacob. “Yes?”*

*“And I think I may say with reasonable certainty that, in order to cure him completely, all that we need do is a simple and easy surgical operation—namely, to remove these irritant bodies”<sup>132</sup>.*

Una estrategia evolutivamente estable afirma la vigencia del sistema. Los principios que mantienen la estructura de esa sociedad, es decir, su verticalidad, su jerarquía, el orden, se prolongan en la construcción de las fuerzas políticas alternativas. Generalmente. En especial, cuando el autoritarismo —oculto casi siempre bajo la forma de ‘voluntarismo’— está presente en esas organizaciones. Richard

---

<sup>132</sup> Wells, Herbert George: *“Complete Short Stories”*, Guild Publishing London, 1998, pág. 188. Hemos querido transcribir la versión directa del inglés a fin de mantener la fidelidad al texto original. De todas maneras, en la edición del libro de Erich Fromm *“Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea”*, aparece una traducción que transcribimos, a continuación:

*“Esto —añadió el doctor, contestando a su propia pregunta— Estas cosas extrañas que se llaman ojos, y que existen para hacer en la cara unas agradables y suaves depresiones, en el caso de Bogotá están enfermos de tal suerte, que afectan al cerebro. Están muy distendidos, tienen pestañas, los párpados se le mueven y, en consecuencia, su cerebro está en un estado constante de irritación y distracción.*

*—¿Si?—preguntó el viejo Jacob—. ¿Si?—*

*—Y creo que puedo decir con bastante certeza que, para curarlo por completo, todo lo que tenemos que hacer es una fácil y sencilla operación quirúrgica, a saber: quitarle esos cuerpos irritantes”.*

Dawkins nos previene al respecto, en el caso de los animales

*“[...] que trabajan con una memoria general de pasadas luchas [...]”,*

cuando

*“[...] se mantienen juntos en algún grupo cerrado durante algún tiempo, es probable que se desarrolle un tipo de jerarquía dominante. Un observador puede clasificar a los individuos en orden. Los individuos que se encuentran en un orden más bajo tienden a ceder ante aquellos que se encuentran en un orden superior”<sup>133</sup>.*

¿Qué sucede, entonces, con los sujetos autoritarios sometidos a un intenso castigo? ¿Qué sucede si estos ‘libertadores del pueblo’ son golpeados fuertemente por una dictadura?

En la relación sadomasoquista propia del carácter autoritario, las funciones de resultado (premio/castigo) revisten, a menudo, rasgos extremos de infantilidad. Un dictador que castiga se autoestima como padre ejemplar y, no obstante, es apenas un niño raciocinando tan sólo en el nivel emotivo. El castigado no lo es menos. La relación entre dictador y sometido no es distinta a la del padre respecto del hijo que se somete a la voluntad de su corrector. Nuestra tesis es, al respecto, que los golpes militares y el derrumbe del Estado Soviético pusieron fin al estado de angustia de los inconformistas; el carácter autoritario, presente en todos ellos aunque subsumido en sus frustraciones y desvelos, pudo manifestarse en toda su amplitud. Los asfixiantes marcos, dentro de los cuales se habían desenvuelto hasta esos momentos, estaban rotos. Las palizas recibidas les habían hecho entender que, para realizarse a la manera anhelada por ellos, era necesario someterse al poder mayor y, consiguientemente, someter al conjunto social reproduciendo la vertical estructura del sistema. Poseedores de carácter autoritario, no les sería difícil hacerlo; se trataba tan sólo de convencer a los demás acerca de una nueva

---

<sup>133</sup> Dawkins, Richard: “*El gen egoísta*”, Salvat Editores S.A., Barcelona, 2002, pág. 107.

interpretación de la historia: administrar la economía social de mercado y demostrar a los capitalistas que, en la realización de semejante tarea, podían ser tanto o más eficaces que ellos. Y, a la ‘izquierda’, demostrarle que, como modernos Reyes Midas, todo lo que tocasen sus manos no se transformaría en oro, pero sí en socialismo. Así, sería socialismo administrar el capital, extraer el plusvalor a sus compatriotas, fortalecer las jerarquías, modernizar los ejércitos, crear superestados, reprimir a los pueblos originarios, efectuar ajustes al Estado de Bienestar, ‘flexibilizar’ el trabajo, aumentar la vigilancia y control de las sociedades, facilitar el libre flujo del capital a través de las naciones, abominar del comunismo, arrepentirse de haber participado en alguna protesta, en manifestaciones o, incluso, haber pensado en la posibilidad de algún cambio social. Inútil hubiere sido pedirles que se abocasen a la construcción de una sociedad al margen del Estado, una sociedad en donde desapareciesen las formas dinerarias, no existiesen compradores ni vendedores de fuerza o capacidad de trabajo y nadie estableciese escalas de valores basadas en las jerarquías sociales o estructuras de dominación.

Así, los ‘izquierdistas’ que se volvieron ‘derechistas’ jamás cambiaron de lugar; son lo que siempre fueron y hasta casi podría considerarse ocioso formular una pregunta orientada a exigir una explicación al respecto.

## Capítulo XXXII: La cooperación capitalista.

La circunstancia que sea posible encontrar explicaciones psicológicas a los cambios experimentados por determinadas personas —tanto aparentes como reales— en sus formas de concebir el funcionamiento de una sociedad no invalida en absoluto la existencia de otras explicaciones. Por el contrario: refuerza la idea que subyace en el desarrollo de este trabajo en el sentido que una explicación es siempre parcial y, por ende, reduccionista al revés de muchas, que acercan a una comprensión más general de los conceptos haciéndolos más universales.

La teoría de la cooperación muestra, precisamente, otro aspecto del fenómeno. Sin embargo, no se trata en este caso de un cambio aparente sino real: la actitud del sujeto experimenta modificaciones ostensibles; lo que antes presentaba como su ‘verdad absoluta’ cede paso al imperio de otra concepción o, lo que es igual, a otra actitud suya fundada en esa nueva ‘verdad’. Para introducirnos en este difícil campo de la cooperación (o *sinergia*) hemos de remontarnos un poco hacia atrás en la historia de las ideas.

Una célula cumple dos misiones centrales, a saber: absorber energía de su entorno y dividirse. En los seres vivos cuya complejidad es mayor, estas funciones se expresan fundamentalmente, bajo el carácter de una doble —valga el pleonasma—repetición:

- a) reproducción del individuo en cuanto sujeto particular, y
- b) reproducción del individuo en cuanto especie.

Se acostumbra a denominar ‘conservación’ a la primera de estas repeticiones, reservándose el nombre de ‘reproducción’ para la segunda.

Entre ambas funciones existe una estrecha relación: una depende de la otra; la reproducción presume la previa conservación de quien ha de reproducirse. Estimar que los seres vivos se identifican tan sólo por su calidad de replicarse implica ignorar el requisito esencial de la propia existencia. Humberto Maturana y Francisco Varela han sido enfáticos al respecto cuando expresan que

“[...] la reproducción no puede ser parte de la

*organización del ser vivo porque para reproducirse algo, primero es necesario que ese algo esté constituido como unidad y tenga una organización que lo defina*<sup>134</sup>.

La reproducción presume la existencia previa del reproductor y ésta no es otra que su propia conservación. “Nadie da lo que no tiene”, reza una de las reglas de oro de la teoría de la organización, pues nada puede reproducirse si no existe.

*“Pese a su capacidad para conservarse y repararse”,*

recuerda Fritjof Capra,

*“ningún organismo complejo puede funcionar indefinidamente. Estos organismos se deterioran gradualmente durante el proceso de envejecimiento y, a la larga, sucumben al agotamiento aunque estén relativamente sanos. Para sobrevivir, estas especies han desarrollado una suerte de ‘super-reparación’: en vez de sustituir las partes dañadas o consumidas sustituyen todo el organismo. Este, por supuesto, es el fenómeno de la reproducción, que es típico de los organismos vivientes*<sup>135</sup>.

Karl Marx, que estudiara en el trabajador este doble aspecto de la vida, señala en una de sus obras tempranas, al respecto:

*“Para poder desarrollarse y sostenerse, un hombre tiene que conseguir una determinada cantidad de artículos de primera necesidad. Pero el hombre, al igual que la máquina, se desgasta y tiene que ser reemplazado por otro. Además de la cantidad de artículos de primera necesidad requeridos para su propio sustento, el hombre necesita de otra cantidad para criar determinado número de hijos llamados a reemplazarlo a él en el mercado de trabajo y a perpetuar la*

---

<sup>134</sup> Maturana, Humberto y Varela, Francisco: “*El árbol del conocimiento*”, Editorial Universitaria, Santiago, 1990, pág. 38.

<sup>135</sup> Capra, Fritjof: Obra citada en (80), págs. 315 y 316.

*raza obrera*”<sup>136</sup>.

Y, en su obra máxima, expresa con mayor precisión:

*“Dada la existencia del individuo, la producción de la fuerza de trabajo consiste en su propia reproducción o conservación. Para su conservación, el individuo necesita cierta suma de medios de vida”*<sup>137</sup>.

Pero

*“[...] el propietario de la fuerza de trabajo es mortal. Así, pues, para que su presencia en el mercado sea continua, como presume la transformación continua de dinero en capital, el vendedor de la fuerza de trabajo tiene que eternizarse ‘como se perpetúa todo ser viviente, por la procreación’”*<sup>138</sup>.

En el modo de producción capitalista, las funciones básicas de conservación y reproducción de los seres humanos se realizan en medio de relaciones sociales de competencia. No obstante, como muy bien lo advierte Capra,

*“[...] en las últimas décadas, los estudios realizados sobre los ecosistemas han demostrado claramente que la mayoría de las relaciones que existen entre los organismos vivientes son, en esencia, relaciones de cooperación caracterizadas por la coexistencia y la interdependencia, y por varios niveles de simbiosis. Si bien existe competencia, ésta suele darse dentro de un contexto de cooperación más amplia, de tal suerte que el ecosistema más general se mantiene en*

---

<sup>136</sup> Marx, Karl: “Salario, precio y ganancia”, contenido en “Obras Escogidas de Marx y Engels”, Editorial Progreso, Moscú, sin año de impresión, pág.212.

<sup>137</sup> Marx, Karl: “El Capital”, Tomo I del Libro I, Akal Editor, Madrid, 1996, pág. 229.

<sup>138</sup> Marx, Karl: Obra citada en (133), pág. 230.



*equilibrio. Incluso las relaciones entre los animales de rapiña y sus presas, que son destructivas para la fase inmediata, suelen ser ventajosas para ambas especies*<sup>139</sup>.

Al contrario de lo que sucede en el reino de los ecosistemas, las relaciones de competencia predominan ampliamente en la sociedad humana, como ya se ha expresado. La cooperación se da, normalmente, bajo el signo de la dominación lo cual implica que se presenta condicionada por la coacción física, económica o moral: el trabajador ‘colabora’ con el patrón porque necesita recibir la paga —diaria, semanal, quincenal o mensual— que le permitirá conservarse y reproducirse, y porque se encuentra, además, bajo la condición resolutoria de ser separado de su trabajo en caso de no ejercitar esa colaboración. De hecho, los patrones acostumbran a referirse a sus dependientes como ‘colaboradores’.

Karl Marx, que dedicara a la cooperación un extenso título en el Libro I de ‘El Capital’, llama la atención sobre esta forma de relación social y, aun cuando no pretende en modo alguno construir una teoría al respecto, distingue determinados tipos de cooperación entre los cuales señala aquella que denomina ‘simple’ para separarla de la ‘capitalista’.

Fue Robert Axelrod quien, poco más de un siglo después, intentó sistematizar las ventajas de la cooperación como forma de relación social, tema que había apasionado antes a físicos, químicos y biólogos por igual. Adaptada por economistas y sociólogos a las formas de dominación establecidas por el sistema capitalista ha sido empleada con éxito en círculos académicos y empresariales tanto por investigadores como por hombres de negocios bajo el nombre de ‘*sinergia*’.

Axelrod adoptó el principio de la reciprocidad como forma ideal de cooperación para desarrollar un juego de relaciones sociales conocido como ‘toma y daca’ (*tit for tat*) cuya práctica arroja notables resultados a los jugadores por sobre las que ofrece la competencia. Sobre tales supuestos, pudo Axelrod dar una explicación al cambio manifiesto de opiniones y actitudes que una persona o grupo de personas adopta en determinadas circunstancias y

---

<sup>139</sup> Capra, Fritjof: Obra citada en (80), pág. 324.

que, en el plano de las ideas políticas, les hace aparecer apoyando medidas o situaciones respecto de las cuales habían estado antes en desacuerdo.

En el fenómeno del cambio de actitudes, se da lo que Axelrod denomina, primeramente, el *'cese de la cooperación'* con determinada idea, persona, hecho o institución; seguidamente, el comienzo de otra, nueva, opuesta a la primitiva. Se trata de dos fases al interior de un fenómeno mismo que se suceden en orden riguroso.

Uno de los casos más notables que ilustra este cambio de actitud de personas o grupos de personas, aparentemente sorprendente, aparentemente inexplicable, es aquel protagonizado por Julio César, luego de haber vencido a Pompeyo, poco antes de hacer su entrada a Roma. Conocedor de las simpatías que el pueblo de esa ciudad manifestaba por el derrotado triunviro, vaciló el dictador antes de dar ese paso, temeroso de enfrentar a una multitud hostil. Sin embargo, la reacción que esperaba no se produjo: el pueblo salió a las calles no a manifestarle su repudio sino a rendirle tributo, a batir palmas en homenaje suyo. Sorprendido ante ese recibimiento, preguntó Julio César a uno de sus generales qué había sucedido con todos aquellos que otrora apoyaran a Pompeyo. Axelrod sostiene, al respecto, que la explicación de este hecho ha de encontrarse tan sólo en el ejercicio de la cooperación pues

*“[...] cuando es improbable que otro jugador siga mucho tiempo en activo por estar dando muestras de debilidad, el valor percibido de *W* decae y la reciprocidad de *Toma* y *Daca* deja de ser estable”<sup>140</sup>.*

Y agrega:

*“He aquí la explicación de César de por qué los aliados de Pompeyo dejaron de cooperar con él: ‘Consideraban sin esperanza su futuro (el de Pompeyo) y actuaron según la regla habitual por la cual, en la adversidad, los amigos de*

---

<sup>140</sup> Axelrod, Robert: *“La evolución de la cooperación”*, Alianza Editorail, Madrid, 1996, págs. 65 y 66.

*un hombre se convierten en enemigos suyos*”<sup>141</sup>.

El capítulo 26, versículos 69 al 75 del Evangelio de San Mateo, presenta otro ejemplo de cese de cooperación, al respecto:

*“Entre tanto, Pedro estaba sentado fuera, en el atrio, se le acercó una sierva, diciendo: Tú también estabas con Jesús de Galilea. Él negó ante todos, diciendo: No sé lo que dices. Pero cuando salía hacia la puerta le vio otra sierva y dijo a los circunstantes: Éste estaba con Jesús el Nazareno. Y de nuevo negó con juramento: No conozco a ese hombre. Poco después se llegaron a él los que allí estaban y le dijeron: Cierto que tú eres de los suyos, pues tú mismo hablar te descubre. Entonces comenzó él a maldecir y a jurar: ¡Yo no conozco a ese hombre! Y al instante cantó el gallo. Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: Antes que cante el gallo me negarás tres veces; y saliendo fuera, lloró amargamente”*<sup>142</sup>.

Durante la campaña en Afganistán, emprendida por Estados Unidos e Inglaterra en contra del régimen de los talibán, octubre/noviembre de 2001, sorprendida, daba cuenta la prensa que, apenas se adueñaba el contingente militar denominado Alianza del Norte de alguna de las ciudades controladas por los talibán, comenzaba de inmediato la población civil a cambiar sus hábitos: los hombres rasuraban su barba y las mujeres se quitaban el velo. En Chile, luego del golpe militar de 1973, la situación fue similar: la militancia masculina de los partidos que integraban la Unidad Popular se cortó los cabellos y rasuró sus barbas, en tanto las mujeres abandonaban la llamada ‘moda artesanal’ volviendo a los zapatos de taco alto y trajes de dos piezas.

La colaboración o cooperación del derrotado —o de quien se estima va a serlo— con el que aparece detentando el poder, reduce el riesgo de la amenaza o del eventual exterminio; aumenta, a la vez, la

---

<sup>141</sup> Axelrod, Robert: Obra citada en (136), pág. 66.

<sup>142</sup> “Sagrada Biblia”, Biblioteca de Autores Cristianos, Versión de Nácar y Colunga, Madrid, 1958, pág. 1077.

posibilidad de ejercer sin trabas la propia conservación y consiguiente reproducción. Poco importa quién sea el triunfador; poco importa si se trata de una persona, un sistema o una idea.

La cooperación, como efectiva forma de defensa, se practica corrientemente; la expresión ‘darse vuelta la chaqueta’ obedece, precisamente, al ejercicio de esa constante. Arranca de las contiendas religiosas entre católicos y protestantes que identificaron a la Francia del siglo XVI. Las vestimentas de los soldados de uno y otro lado lucían externamente los emblemas distintivos de la fe que profesaban, pero en su reverso ostentaban los del bando contrario. Esa estrategia les permitía virar las ropas cuando el desenlace de la batalla comenzaba a serles adverso y confundirse, así, con los soldados victoriosos.

Se puede decir que el cese de cooperación con el aliado anterior y el comienzo de la misma con el vencedor sigue, normalmente, una ruta (‘iter’) dentro de la cual se pueden distinguir las siguientes estaciones:

- distanciamiento del aliado;
- negación a toda forma de cooperación con él,
- mimetismo con la apariencia del vencedor;
- colaboración pasiva con el vencedor (obedecer sus dictámenes, trabajar en sus empresas, adoptar su comportamiento);
- colaboración activa con el vencedor (participar activamente en sus acciones y objetivos), e
- identificación con la esencia del vencedor y unificación de objetivos.

En su libro introductorio a la teoría del juego, recuerda Morton D. Davis un fenómeno similar de cooperación (cese y apoyo) presente, a menudo, en la realización de eventos electorales. El fenómeno, que guarda gran similitud con las situaciones anteriormente descritas, se conoce bajo el nombre de ‘efecto bandwagon’.

*“Al llegar un determinado momento empiezan a decantarse las probabilidades en favor de un candidato, y se desencadena el efecto bandwagon: el equipo de los que apoyan al ganador se va engrosando rápidamente por una oleada de votantes no comprometidos, y se empieza a*

*producir una bandada de deserciones entre los partidarios del otro candidato*”<sup>143</sup>.

No es casual, por tanto, la transmutación de determinadas ideas políticas ni es casual que las personas cambien sus aspiraciones. No basta, por ende, con decir de ellas que son ‘oportunistas’, pues se trata del cambio de conductas de determinados sujetos por razones de cooperación: adquiere caracteres diferentes en cada caso según el predominio de los valores vigentes. En un sistema de Economía Social de Mercado, la cooperación se da en términos mercantiles: los individuos hacen valer apreciaciones pecuniarias; se tasan a sí mismos y tasan a los demás de acuerdo a los precios vigentes en el mercado. Las opciones se plantean en términos de pérdidas o ganancias y toda acción política es una inversión de la cual hay que estar extrayendo constantemente ganancias. Se obtienen utilidades en la repetición de la conducta del vencedor; se pierde sosteniendo las propias formas de ser: el mimetismo social se transforma en una obligación. El voto y el apoyo social a determinadas ideas o personas se valora en idénticos términos: se trata de aportes en dinero, inversiones que deben obtener rentabilidad. El voto no se puede ‘perder’; de otra manera, se despilfarra la oportunidad de realizar otro negocio dentro de un sistema permanente de negocios.

Pero si el tránsito desde actitudes colectivistas hacia otras de tipo individualista es provocado, además, por el simple ejercicio de la cooperación dentro de una manifiesta conducta gregaria, como ya se ha visto; si en este caso estamos frente a un tránsito real de actitudes y, a menudo, de ideas, queda pendiente de todos modos la formulación de una pregunta: ¿Por qué se coopera? ¿Cuál es la razón que hace cooperar a un sujeto con otro? La razón fundamental y última —ya lo hemos dicho—radica en el conveniente ejercicio de las funciones de conservación y reproducción. El mecanismo a través del cual esta conducta se hace presente es la mimesis o reproducción de la conducta ajena.

La mimesis es una repetición como lo son muchos otros actos en la naturaleza, pero puede decirse de ella que es la imitación de

---

<sup>143</sup> Davis, Morton D.: “*Introducción a la teoría de juegos*”, Alianza Editorial, Madrid. 1998, pág.218.

conductas, gestos o expresiones de otros sujetos. Representa el más ancestral de los mecanismos de supervivencia. El ser vivo más insignificante repite lo que otro hace porque ‘supone’ que esa forma de actuar ha permitido alcanzar a su modelo un nivel determinado de desarrollo. Repetir la conducta ajena hace disminuir riesgos innecesarios a la vez que aumenta las posibilidades de alcanzar éxitos. Se trata, en el fondo, del ejercicio de una ley de economía biológica: elegir otro camino implicaría el consumo de grandes volúmenes de una energía que no se posee.

La mimesis, como toda repetición, supone un modelo y una imagen, un original y una copia, un repetido y un repitente. No implica igualdad pues, de acuerdo a las leyes de la lógica, nada es igual más que a sí mismo. La repetición, por ende, conlleva implícito el concepto de diferenciación, como lo señala con acierto el malogrado Gilles Deleuze<sup>144</sup>.

En las especies vivas, la repetición es la clave de la supervivencia y su importancia es tal que bastan algunos estímulos mínimos para que ciertos animales pongan en inmediato funcionamiento sus mecanismos de supervivencia. Konrad Lorenz, que realizara una serie de experimentos en torno al ejercicio de la mimesis por parte de ciertas especies vivas, llama la atención sobre un hecho que le sucediera cuando vigilaba atentamente el nacimiento de una oca. El investigador quería conocer cuál sería su comportamiento una vez salida del cascarón. El polluelo reconoció sólo a él como su auténtica madre y no al ave que estaba en el nido. Expresa Lorenz sobre este fenómeno, al que dio el nombre de ‘*impronta*’:

*“Habría enternecido a una piedra ver al pollito, con su desentonada vocecilla, acudir llorando detrás de mí, tropezando y dando tumbos, pero a una velocidad sorprendente y con una decisión que sólo se podía interpretar de una manera: ¡su madre era yo y no la oca blanca!”*<sup>145</sup>.

---

<sup>144</sup> Recomendamos, al respecto, la excelente obra del malogrado Gilles Deleuze “*Diferencia y repetición*”.

<sup>145</sup> Lorenz, Konrad: “*Hablaba con las bestias, los pájaros y los peces*”, Editorial Labor S.A., Bogotá, 1996, pág. 140.

Según Attenborough, ánaes, ocas y otras aves,

*“[...] poseen un mecanismo psicológico en el cerebro que les impulsa a seguir el primer objeto grande que se mueva ante ellos después de salir del huevo”<sup>146</sup>.*

La mimesis —y la ‘impronta’ como una de sus expresiones— es una conducta gregaria, supletoria de la conducta racional que deriva de la reflexión y el análisis; existe en tanto la racionalidad no elabore una conducta que ofrezca mejores resultados para enfrentar determinadas situaciones. En las contiendas sociales, suple la mimesis la carencia del bagaje teórico: el culto a la barba o a los bigotes, practicado en forma colectiva durante el período de la Unidad Popular por la sola circunstancia que otro luchador social lo hacía, era una forma de ‘impronta’. Esa misma actitud se manifiesta hoy en el culto al mercado, a la democracia y al ‘realismo político’, basamentos que identifican al internacional socialismo: excita al ánade humano supliendo su indigencia teórica, le hunde más aún en su especialidad. La creencia que una fiel imitación externa conduce a adquirir con propiedad determinadas calidades puede ser un instrumento adecuado para la imposición de los propios intereses, sin duda alguna; pero así como acarrea fatales consecuencias a las aves también puede hacerlo respecto de quienes la emplean en sus actos cotidianos.

---

<sup>146</sup> Attenborough, David: *“La vida a prueba”*, RBA Editores, Barcelona, 1993, pág. 35.

## Capítulo XXXIII: Escribiendo historia con visión retrospectiva.

La ‘identidad’ de un grupo no posee tan sólo un aspecto *espacial*, como muchos podrían suponer. La necesidad de cohesionar al conjunto humano en virtud de la identificación consigo mismo también se manifiesta de manera *temporal*. Las generaciones se contemplan en el pasado como ante un espejo, y copian de esa imagen inversa lo que estiman relevante para justificarse en cuanto organización. De esa manera, se reproducen históricamente. La fidelidad que dicha reproducción ha de mantener con el modelo es crucial, pues solamente de esa manera robustece su propia estructura de poder. Como bien lo expresa Eric Hobsbawn,

*“la historia legitima”.*

Por lo mismo, identifica. Confirma al gobernante. Corrobora que su autoridad proviene de la esencia de esa sociedad en marcha por la historia. Da poder. El jefe de estado que coloca tras de sí el retrato de su antecesor o de otro sujeto emblemático no lo hace, simplemente, por el solo deseo de posar junto a una obra de arte u ornamentación, sino porque siente ser la prolongación de un pasado común, la continuidad histórica de la nación. Y aunque todas aquellas maniobras no pasen de ser más que un juego de las clases o fracciones de clases dominantes, al elector común le basta para sentirse representado por un sujeto cuyo discurso contiene, precisamente, todo aquello que necesita para sentirse grato.

El uso del personaje histórico como forma de mantener la cohesión del grupo es algo común en la política; el muerto continúa desempeñando el rol de ‘factor de unidad’ del mismo, aunque notoriamente debilitado. Ocurre exactamente a la inversa de lo que sucede en el derecho hereditario donde una disposición testamentaria permite al difunto ‘agarrar’ al vivo (‘le mort saisit le vif’): en este caso, es el vivo quien ‘agarra’ al muerto y lo pone a su servicio. Por lo mismo, los homenajes que se rinden a quienes no están ya con nosotros a través de revistas, boletines, programas institutos, charlas, actos o manifestaciones, cuando no hacen referencia alguna a sus



pensamientos, no pasan de ser sino formas usuales de mantener la cohesión del grupo social al que se pertenece y una manipulación evidente de la memoria de aquellos.

Esta referencia es más frecuente, aún, en el arma, disciplina dentro de la cual los altos mandos justifican, constantemente, su actuar recurriendo al papel que desempeñaron en el pasado los héroes nacionales. En el campo político también ocurre con frecuencia: la figura del Presidente mártir Salvador Allende aparece, a menudo, apoyando las acciones de los grupos políticos gobernantes de la misma manera que se hace con otros dirigentes fallecidos; entre ellos, Rodrigo Ambrosio. Y es que tales consideraciones se formulan con una visión retrospectiva de la historia, con una concepción de la historia entendida como reflejo de nuestras propias acciones, como espejo de nosotros mismos y de nuestro propio comportamiento social e individual.

Marx había llamado la atención acerca de esto.

*“Lo que se llama desarrollo histórico descansa, en general, sobre el hecho de que la última forma considera a las anteriores como fases de su propio desarrollo y las concibe de manera unilateral, porque es capaz de adoptar una actitud crítica hacia sí misma sólo rara vez y en condiciones bien determinadas”<sup>147</sup>.*

Permítasenos, aquí, recurrir al abuso de la cita. Hay numerosos autores que se han referido a este problema. Sus palabras pueden ser más exactas que las nuestras.

Según Althusser, este mecanismo —que denomina “retrospección”— se produce porque

*“toda ciencia de un objeto histórico (y en particular de la economía política) se refiere a un objeto histórico dado, presente, objeto producto de un devenir, resultado de la historia pasada. Toda operación de conocimiento que parte del presente y que se refiere a un objeto producto de un devenir sólo es, entonces, la proyección del presente sobre*

---

<sup>147</sup> Marx, Karl: Obra citada en (39), pág. 202.

*el pasado de este objeto*”<sup>148</sup>.

Cerroni le llama “*conocimiento ‘individualizador’*” definiéndole como

*“aquella ‘comprensión’ de las cosas históricas que pretende diferenciarse de la explicación causal y que acaba por representarnos tautológicamente nuestros valores modernos, a veces como el producto del entero curso histórico y a veces como su metro; unas veces como fin y otras como principio del mundo*”<sup>149</sup>.

También Balibar, por su parte, se refiere a este fenómeno que denomina “*proyección retrospectiva*”<sup>150</sup>, en cuya ocurrencia distingue dos aspectos a considerar:

- a) la proyección hacia atrás de nuestras propias acciones

*“que presupone lo que justamente es preciso explicar*”<sup>151</sup>;

y,

- b) la dependencia del “*conocimiento del resultado del movimiento*” que se ha atribuido al pasado<sup>152</sup>.

La visión retrospectiva de la historia es una práctica corriente y una forma común de adecuar los fenómenos del pasado a nuestras propias conveniencias; la objetividad está fuera de ella, se la relega a un lado, a un rincón, se la deja al margen. A partir de ese momento, el pasado lo hace el presente. Más concretamente, lo hacemos nosotros mismos, a nuestra imagen y semejanza. La historia real se borra y se la sustituye por aquello que conocemos, que es lo actual,

---

<sup>148</sup> Althusser, Louis: Obra citada en (53), pág. 133.

<sup>149</sup> Cerroni, Umberto: “*Introducción al pensamiento político*”, Siglo Veintiuno Editores S.A. de C.V., México, 1987, pág.

<sup>150</sup> Balibar, Étienne: “*Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico*”, contenido en la obra citada en (53), pág. 300.

<sup>151</sup> Balibar, Étienne: Obra citada en (148), pág. 303.

<sup>152</sup> Balibar, Étienne: Obra citada en (148), pág. 303.

lo coetáneo a nuestras acciones.

Esta forma de concebir el pasado, en virtud de la cual se atribuye a las “investigaciones históricas una dirección 'interesada’”<sup>153</sup>, presenta tres momentos principales:

1. **La proyección retrospectiva misma del hecho.** El hecho que se analiza es concebido como nuestra reproducción en el pasado o en otro lugar, como si los seres humanos fueran idénticos en los diversos períodos de la Historia y en todos los lugares de la tierra.

2. **La separación temporal o espacial del hecho.** Concebido ya el hecho como idéntico a nosotros se le sustrae de su habitat y de los elementos que posibilitaron su existencia. El hecho adquiere la virtud de existir *per se*. No se trata tan sólo de aislar el hecho sino de separarlo para incorporarlo en otro habitat histórico.

3. **La atribución del resultado.** Concebido determinado hecho como espejo de nosotros mismos, separado de los elementos que hicieron posible su existencia, se le atribuyen nuestras reacciones y se le considera regido por las circunstancias que nos rodean.

Así establecido el basamento teórico para una original visión de la historia, los actores del pasado abandonan su habitat para ponerse a nuestras órdenes. Les podemos pedir lo que sea en la certeza que lo harán incondicionalmente. Aristóteles va a apoyar las demandas de los economistas y Napoleón puede transformarse en el modelo de las dictaduras militares o en el paladín de la libertad; con mayor razón se puede hacer con Salvador Allende o Rodrigo Ambrosio. Las figuras históricas se proyectan como si fuesen construcciones topológicas independientes prestas a servir demandas orientadas en esa “*dirección interesada*” de la que habla Cerroni.

La falacia ésta posee un fundamento más irracional aún: presupone la prolongación *in temporis* de la vida de un sujeto que se encuentra irremediamente muerto, es decir, presume la extensión de la vida más allá de la muerte para construir una suposición que sirva determinados propósitos. Y, si bien tales presupuestos pueden hoy considerarse posibles a la luz de las innovaciones que ha incorporado a las ciencias sociales la teoría de la complejidad, el valor de aquellas no va más allá del que posee cualquier simple suposición. La concepción de la historia con visión retrospectiva no

---

<sup>153</sup> Cerroni, Umberto: Obra citada en (147), pág. 23.

posee fundamento teórico alguno. Es una concepción del sí porque sí y del no porque no. Es una improvisación, una respuesta refleja, carente de raciocinio y capaz de conducirnos a las conclusiones más aberrantes. Así, por ejemplo, puede hacernos creer que Rodrigo Ambrosio apoyaba a las dictaduras puesto que simpatizaba con los regímenes de Kim Il Sung y Fidel Castro, como hoy son considerados por la prensa y, en general, medios de comunicación. Al amparo de los valores imperantes en la sociedad actual podemos condenar todo lo pasado por el simple hecho de haber sido incapaz de organizarse a la manera del presente. Y, si nosotros mismos fuimos parte de ese pasado, la visión retrospectiva de la historia nos permite separarnos de aquel, situarnos fuera de la historia y condenar al resto por permanecer allí.

Sin embargo, el pasado es pasado y el presente es presente. Los segmentos temporales son distintos unos de otros, con sus individuos, sus instituciones, sus procesos. Rodrigo pertenece a uno de ellos.

## CAPITULO XXXIV: Las cinco tesis programáticas del MAPU.

*"Tout passe,  
tout casse,  
tout lasse  
et tout se remplace".*

(Viejo proverbio francés)

Una organización —política o social, poco importa— no es tal si carece de un programa a realizar y de un grupo humano decidido a ejecutar las tareas contenidas en dicho programa. Ocurre con las organizaciones lo mismo que sucede a los fenómenos: cuando desaparecen los elementos de su esencia, también desaparecen o degeneran en una estructura diferente. Elementos esenciales de las organizaciones son el grupo social y el programa —o proposición formulada a la comunidad en el carácter de tarea colectiva—. Ese programa contiene la estrategia de la organización. Por consiguiente, para ser formulada requiere, ante nada, de abundante información; debe, además, describir hechos o circunstancias, y analizarlos con el apoyo de un fuerte instrumental teórico que permita, finalmente, elaborar una conclusión o resumen. El programa o plan constituye la manifestación racional de la organización pues toda planificación presupone racionalidad. Es más: la planificación es el acto racional por excelencia del ser humano.

En el MAPU nunca faltaron tales elementos porque era una organización. Sin embargo, aquellos no siempre guardaron identidad entre sí o respecto de sí mismos. Por el contrario: en el transcurso del tiempo, experimentaron profundas transformaciones. No sucedió eso por simple casualidad. Ya lo dijimos en las páginas precedentes: causa eficiente y material de esos cambios fue la desaparición del factor de unidad de la organización, es decir, Rodrigo Ambrosio. Las personalidades y sus ideas, opacadas por la rutilante presencia del líder, comenzaron a manifestarse a partir de ese trágico suceso; sólo en ese momento apareció lo que estaba subsumido. Afloraron nuevas

ideas, tesis y proposiciones; todas ellas crecieron, se multiplicaron, se sucedieron unas a otras siguiendo el exacto itinerario de los acontecimientos. Las razones de esa eclosión fueron, siempre, las mismas, en especial, luego del advenimiento de la dictadura: las condiciones habían cambiado; nuevas estrategias y tácticas se hacían necesarias. Por eso, en la historia de ese desarrollo podemos distinguir tres grandes fases, establecidas según la forma de gobierno que existió al momento de su formulación:

1. Fase democrática pre dictatorial;
2. Fase dictatorial; y,
3. Fase democrática post dictatorial.

En cada una de estas fases pueden subdistinguirse otras; intentemos una periodización de estas fases en forma más detallada.

#### **1 . Fase democrática pre dictatorial.**

Esta fase abarca desde el desprendimiento de un gran sector de la Juventud Demócrata Cristiana, que se escinde de ésta para, junto a otras fuerzas, dar vida y continuidad al MAPU, hasta el golpe militar contra el gobierno de la Unidad Popular el 11 de septiembre de 1973. Podemos, sin embargo, subdistinguir cuatro momentos (o subfases) en este período, a saber:

1.1. Desde la escisión de la Democracia Cristiana hasta la muerte de Rodrigo Ambrosio.

En esta subfase, las tesis del MAPU fueron las que redactó Rodrigo Ambrosio, desde la época en que era militante y presidente de la Juventud Demócrata Cristiana JDC, a saber, las del ‘Frente Revolucionario’, aprobadas en el Primer Congreso de la organización. José Rodrigo Ambrosio Brieva fue elegido secretario general del movimiento.

1.2. De la muerte de Rodrigo Ambrosio a la realización del Segundo Congreso Nacional (1972).

Durante el transcurso de esta subfase, el MAPU procedió a robustecer las tesis del ‘Frente Revolucionario’ desarrollando las ideas contenidas en el ‘Programa de Gobierno’ de la UP relativas a la creación del llamado ‘Poder Popular’. Estas concepciones comenzaron a discutirse desde antes de la celebración del Segundo Congreso Nacional; no contaban con la simpatía de la dirección del movimiento, un tanto temerosa que el avance en el cumplimiento del

programa de gobierno provocase el colapso del mismo. No obstante, las tesis del ‘Poder Popular’ fueron aprobadas por el Segundo Congreso que, junto con desplazar de la dirección al sector conservador, incorporó a quienes promovían y defendían la vigencia de aquellas. Oscar Guillermo Garretón Purcell fue elegido nuevo secretario general del movimiento.

1.3. Desde la realización del Segundo Congreso Nacional al ‘golpe de estado de marzo de 1973’ y formación del MAPU OC.

El Segundo Congreso Nacional terminó con una organización en quiebre, dentro de la cual se manifestaban claramente dos tendencias divergentes: una, ganadora del Congreso, que propiciaba el desarrollo del ‘Poder Popular’ como forma de robustecer al Gobierno de la UP, expresado en la frase ‘sólo avanzando se consolida’; y otra, que era partidaria de abrirse al ingreso de otras fuerzas políticas a la UP (en especial, la Democracia Cristiana DC) a fin de ampliar la base social del gobierno. Esta última consideraba una insensatez y una provocación el avanzar en el cumplimiento del programa, y expresaba tales ideas, también, en una consigna que se resumía en la expresión ‘consolidar lo avanzado’. La tesis sustentada por sus partidarios era una versión ‘mapucistizada’ de las proposiciones del ‘Frente Antifacista’ de Georg Dimitrov y abría la posibilidad de crear un nuevo movimiento (el MAPU OC). Esta escisión tuvo lugar luego del ‘golpe de estado’ de marzo de 1973. El MAPU OC se incorporó al gobierno; apoyó, de inmediato, la línea del PC, que era la del sector ‘anicetista’/‘almeydista’ del PS, del PR y del API, organizaciones que también buscaban ampliar la base social de la UP con la DC. El MAPU, por el contrario, desechó tales ideas y privilegió la realización de trabajos conjuntos con el sector ‘altamiranista’ del PS, la Juventud Radical Revolucionaria (JRR) y el MIR.

1.4. Desde la formación del MAPU OC al golpe militar de 11 de septiembre de 1973.

Durante esta cuarta y última subfase de la fase democrática pre dictatorial, ambos MAPU coexistieron en la jerga periodística, que generalmente identifica a los movimientos por sus líderes, bajo los nombres de ‘MAPU Garretón’ y ‘MAPU Gazmuri’. El primero continuó defendiendo las tesis del ‘Poder Popular’ bajo la bandera verde oliva con su estrella roja, en tanto el segundo lo hacía con las

del ‘Frente Antifascista’ bajo una bandera con los colores originales invertidos.

## 2 . Fase dictatorial.

En esta fase, que hemos denominado ‘dictatorial’, pues corresponde al desarrollo del movimiento durante la dictadura militar, pueden distinguirse dos subfases en la línea programática del MAPU:

### 2.1. Desde el golpe militar de 1973 al Congreso de Ariccia.

Dentro de esta subfase, el MAPU OC siguió organizado tanto en el exterior como en el interior; por su parte, el MAPU experimentó un proceso de organización/desorganización que dio, finalmente, nacimiento a tres líneas divergentes. Aquella no obedeció a simples caprichos. Al momento de asilarse Oscar Guillermo Garretón, y en vista de las dificultades que impedían el trabajo de un organismo colegiado, la dirección del partido designó a un cuerpo ejecutivo integrado por Rodrigo González y Carlos Montes, éste último en el carácter de dirigente responsable en el Interior o ‘Encargado de Chile’. Montes no tenía confianza en varios de los miembros del Comité Central. Aduciendo ‘razones de seguridad’, procedió a ‘descolgar’ a la generalidad de ese Comité, principalmente a quienes postulaban las tesis del ‘Poder Popular’. En numerosas oportunidades, los ‘descolgados’ quisieron imponerse acerca de qué sucedía con ellos pues pasaba el tiempo y no eran llamados a asumir sus funciones; Montes respondía que aún no era conveniente hacerlo y que más adelante se les informaría al respecto. Esta actitud de decir y no decir, de hacer esperar y actuar por detrás, de emplear constantemente la hipocresía como arma política, de mirar en menos a los demás, especialmente a quienes estaban con él, era típica de ese dirigente y, a pesar de ello, siempre contó con un séquito de creyentes que le seguían a todas partes. Cuenta cierta persona, a quien le correspondió vivir una experiencia con el diputado ya en la época post dictatorial, que, en una de sus tantas campañas electorales, necesitaba éste de un grupo de cincuenta personas que hiciesen para él los rayados murales correspondientes y colocasen los afiches de su propaganda. Pidió ayuda a esa persona —a quien llamaremos Carolina— y aceptó pagar diez mil pesos a cada uno de los jóvenes que, durante tres días harían el trabajo por la noche.



Cuando la propaganda estuvo lista, envió Montes a su secretaria (con la que se encontraba ligado sentimentalmente) a examinar la obra para dar su aprobación. A ésta no le agradó el aspecto de los jóvenes propagandistas y dio un informe desfavorable al diputado acerca del trabajo. Cuando Carolina fue a la oficina de Montes para retirar el dinero con el que había de pagar los servicios de los jóvenes, el diputado la enfrentó, produciéndose, más o menos, el siguiente diálogo entre ellos:

Montes: Me han informado que el trabajo está terminado, que la propaganda está colocada, pero que el grupo de trabajo tenía aspecto bastante ordinario.

Carolina: El trabajo se hizo con jóvenes pobladores. Su aspecto es el que tienen todos los pobladores.

Montes: Sí, pero éstos parecían maleantes. Y eso perjudica mi imagen.

Carolina (sorprendida): ¿Me lo estás diciendo en serio?

Montes: Absolutamente.

Carolina ( molesta): Pero ¿de qué imagen me estás hablando? A los jóvenes se les ofreció diez mil pesos a cada uno por su labor y eso hay que pagarlo.

Montes: Los propagandistas tenían mal aspecto, te digo.

Carolina (ya bastante molesta): Escucha: diez mil pesos no alcanza, siquiera, para que compren un par de zapatillas. Y ellos lo han aceptado de buena gana. Si ofrecieses una suma superior, yo podría reclutar jóvenes con otro aspecto en el barrio alto.

Montes: Oye... No se trata de eso. Pienso que se pudo hacer algo mejor.

Carolina: Cumplí con el encargo y ahora es necesario pagar a los jóvenes.

Montes: Pero creo que es necesario aclarar esto del mal aspecto. Te insisto que me han dicho lo perjudicial que puede ser para mi carrera. Los tipos esos tienen mala 'pinta'. Y alguien tiene que responder por ello.

Carolina (extrañada): ¿Me quieres decir que no quieres entregarme los 500 mil pesos con los cuales debo pagar a los jóvenes?

Montes: No, te digo que hay algunas cosas que deben discutirse previamente...

Carolina (con rabia y decidida): Bueno, cortémosla de una vez. ¿Me

vas a pagar o no?

Montes: Parece que no me entiendes... Quiero decir que eso del aspecto de maleantes es grave...

Carolina: Escucha, Carlos. No te preocupes. Yo pagaré a los jóvenes con dinero de mi bolsillo. Son gente humilde. Necesitan ese dinero. Pero, olvídate de mí. Jamás volveré a levantar un dedo por ti.

Montes: No, no, no. Espera. No te vayas, por favor. No se trata de enemistarse por esto... Aquí está el dinero.

Extrajo del cajón de su escritorio los 500 mil pesos y los entregó a Carolina para que pagara a los propagandistas, dando por superado el incidente.

Montes dirigió al MAPU como un feudo suyo. Las detenciones, y posteriores desapariciones, de Patricio Vergara y Luis Durán se produjeron bajo su dirección. Fue una época difícil, complicada. A pesar de ello, pudo realizar en 1974 un Balance y Autocrítica Nacional o BAN, con miras a un nuevo encuentro y reorganizar al partido.

Hacia 1975, y alejados ya todos los elementos molestos, un grupo de dirigentes de ese sector se constituyó en el carácter de Directiva Superior en el Interior; esta dirección, a la que también se le conoció como 'oficialista' —y más tarde 'renovados'—, estuvo integrada por Carlos Montes, Carlos Ortúzar, Víctor Barrueto, Guillermo del Valle, Eugenio Tironi, Julio López, Fernando Ossandón y Conrado Quiñones; el Comité Central siguió 'descolgado'. Pero el 'descuelgue' realizado por aquel grupo no había sido realizado solamente en el interior: también existían problemas en el exterior. Eduardo Aquevedo, junto a otros dirigentes que se encontraban en el exilio, comenzó a reorganizar a aquellos que Garretón no consideraba en sus planes. De esa manera nació el MAPU 'Partido de los Trabajadores', donde reconocieron filas Carlos Pulgar, Leonel 'Fonolo' Ojeda y Francisco Rojas, en el exterior; Luis Amigo, Alejandro Merino y René Rodríguez lo hicieron en el interior. El último grupo de 'descolgados', cansado de esperar el llamado a integrar el frente interno, también se reorganizó, adoptando como nombre MAPU 'Comité Central'. A este pertenecieron Carlos Lagos, Miguel Mercado, René Román, Juan de Dios Fuentes y Pedro Gaete (en Chile); en el exterior, estuvo con ellos Lionel 'Kalki' Glauser, Pedro Sepúlveda, Fernando Robles y Víctor Figueroa. También junto

a ellos participó el autor de estas páginas.

Detengámonos un momento, en esta parte.

Los grupos precedentes no nacieron por simple capricho: tras cada una de esas corrientes existieron líneas de acción política divergentes, diferentes modos de describir el momento político, distintos modos de caracterizar a la dictadura, desconfianzas, mesianismos y deseos de participar en el reparto de los fondos de la solidaridad internacional.

El MAPU ‘Oficialista’ comenzó muy pronto a distanciarse crecientemente de las tesis del Segundo Congreso; los pasos en ese sentido fueron dados bajo la excusa de estar adaptándose a ‘tácticas’ (no ‘estrategias’) que obligaban las ‘nuevas circunstancias’. Las reformas a tales concepciones fueron llevándose a cabo a través de ‘la línea táctica’. Haciéndose eco de algunas voces críticas, el propio Oscar Guillermo Garretón lo reconocería, en su exposición de noviembre de 1974:

*“Algunos podrán preguntarse si esta línea política implica diferencias sustanciales respecto a los documentos de los meses anteriores, o si el partido ha hecho ‘virajes’.*

*No es así, las bases de nuestra línea siempre son las mismas y por lo tanto permanece el mismo objetivo estratégico, igual caracterización de la dictadura y de la amplitud del Frente Antidictatorial, la misma concepción de Frente Único de la Izquierda, del carácter de masas de la resistencia y las formas de lucha”<sup>154</sup>.*

Pero si bien era prematuro en esos años formular críticas bien fundamentadas a las líneas directrices del MAPU ‘oficialista’, al cabo de ciertas conversaciones sostenidas entre los líderes de ese partido con sectores socialistas críticos, con la disidencia del MIR y del PC, ya podía presumirse una línea de renovación que iba a imponerse en los años siguientes. Contra esas concepciones escribiría Víctor Figueroa su tesis ‘Eurocomunismo en Chile’.

---

<sup>154</sup> Garretón, Oscar Guillermo: “Sobre la línea política del MAPU”, MAPU Chile 2, s/indicación de año de impresión, ciudad ni imprenta, pág.38.

El MAPU ‘Partido de los trabajadores, si bien en lo general se mantuvo fiel a las tesis aprobadas en los Congresos 1 y 2 de la organización, le introdujo modificaciones a la línea política, también amparadas en ‘las nuevas circunstancias’, adoptando como propias las tesis de ‘la guerra popular y prolongada’. Contra tales concepciones escribió Kalki Glauser, que gozaba escuchando tangos, su documento intitulado ‘Vamos parando el chamullo para cantar mano a mano’.

El MAPU ‘Comité Central’, finalmente, acordó ceñirse por completo a los acuerdos de los Congresos 1 y 2, razón por la cual se incorporó a la lucha contra la dictadura desde las organizaciones sociales, estableciendo sus frentes más destacados en la defensa de los derechos humanos (en el ‘CODEHS’, junto a Clotario Blest), en el sector comercial (con el proyecto ‘PROINFA’ y la organización de farmacias populares en tres sectores de la capital que, por eso, se llamaron, ‘Villa O’Higgins’, ‘Nueva Independencia’ y ‘Metropolitana’) y en el mundo del canto popular (con ‘La Casona de San Isidro’ y la ‘Asociación Nacional de Peñas Folclóricas’, cuyo primer presidente fue, a proposición del MAPU CC, Nano Acevedo). Todas estas estructuras se dirigieron en forma colectiva.

2.2. Del encuentro de Ariccia al de Argentina y término de la dictadura.

De los años 75 al 89, hubo cambios trascendentales dentro del MAPU, tomado como unidad.

La dirección del MAPU ‘oficialista’ se consolidó fuertemente a pesar de las dificultades que tuvo y que no fueron pocas: detención y desaparición de Juan Bosco Maino Canales, en 1976; muerte, en un accidente, de Carlos Ortúzar, en 1978, y detención de Carlos Montes el 30 de diciembre de 1980, que de inmediato fue subrogado en el cargo de secretario general por Guillermo del Valle.

La línea del MAPU ‘oficialista’, a esas alturas, se había distanciado por completo de la primitiva, contenida en las resoluciones de los Congresos 1 y 2. No por algo había acordado este sector realizar un nuevo encuentro masivo a fin de fijar la línea de la colectividad; Oscar Guillermo Garretón se encargaría de explicar el por qué en aquel cuerpo expositivo que fuese conocido bajo el nombre de ‘Mensaje al Tercer Congreso’, con las siguientes palabras:

*“En todo caso, independiente de los avatares y desventuras de cada partido, una nueva realidad se fue abriendo paso en el país bajo la dictadura. Al comienzo se prolongaron lógicas y temas de antes del golpe. Se sucedieron las inculpaciones mutuas y, afuera, la enorme solidaridad forzaba a una borrachera de activismo que inhibía la reflexión. Costó captar la magnitud de la derrota. Pero al final la historia es más porfiada; la izquierda debió encararse consigo misma.*

*Así terminó todo un ciclo histórico de la izquierda chilena y de cada uno de sus partidos. Entre ellos, del MAPU”<sup>155</sup>.*

Garretón estaba convencido que su sola calidad de Secretario General del MAPU le daba suficiente autoridad para cambiar la línea política del partido y que las bases acatarían todo lo que él decidiera. Y era tanto su convencimiento que, realizados ya los acuerdos sobre el cambio de línea con otras fuerzas políticas, viajó a Suecia a conversar con un dirigente obrero penquista a fin de recabar su apoyo para el proyecto que tenía en mente. Llegó de improviso al departamento donde aquel vivía y golpeó a su puerta. La mujer del dirigente —a quien llamaremos Lily—, también ex militante del MAPU, salió a recibirlo. Garretón estaba radiante:

—¡Hola, Lily!...— exclamó, zalamero, con el rostro iluminado por una sonrisa—. ¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo que no nos veíamos!...

La aludida, que no ignoraba lo que estaba sucediendo al interior del partido, lo quedó mirando de modo inexpresivo, sin mover un músculo de la cara. Sorpresivamente, su rostro cambió. De la indiferencia pasó al enojo. Entonces, moviendo los labios, con desprecio, le dijo en voz alta:

—¿Cómo te atreves a venir a esta casa? ¡No te quiero ver por estos lados! ¡No vuelvas más!”

Y le cerró la puerta en la nariz.

Al realizarse el Tercer Congreso, tenía ya el MAPU ‘oficialista’ un nuevo proyecto que también se encargó de dar a conocer en forma

---

<sup>155</sup> Valenzuela, Esteban: “Mapu Fuerza Socialista”, recopilación de textos, s/pie de imprenta ni ciudad de impresión, septiembre de 1987, pág.30.

de enunciado el propio Oscar Guillermo Garretón en esa ocasión:

*“Tenemos una propuesta con magnitud de Pueblo, de Patria y de Revolución que construir: una nueva fuerza política socialista”*<sup>156</sup>.

Pero llevar a cabo esa tarea exigía un esfuerzo adicional: la existencia de un nuevo partido. En el documento ‘Propuesta para un nuevo Chile’. Oscar Guillermo Garretón lo describiría de la siguiente manera:

*“Un partido como el que queremos deber ser parte y vanguardia a la vez. O sea distante por igual de una concepción de partido rector, ubicado por encima del pueblo, representante a priori de sus intereses; como de aquella otra que hace del partido simplemente un animador social anodino sin proyecto, propuesta ni voluntad conductora”*<sup>157</sup>.

El rol de aquel partido no sería otro que impulsar la nueva táctica trazada por la organización, contenida en una también nueva forma de alianza cuyo nombre sería ‘Bloque por los cambios’, descrito por Víctor Barrueto en su ‘Discurso en el cónclave de la izquierda’ como un conjunto de partidos

*“[...] integrado por todos aquellos que sienten que para su desarrollo —que es en último término el desarrollo de la nación— es preciso acabar con el autoritarismo, el dominio del capital financiero y monopolístico y la dependencia de centros imperiales”*<sup>158</sup>.

Al igual que los demás miembros restantes de esa dirección (ya se había retirado de ella Conrado Quiñones), no sólo adolecía Barrueto de un fuerte basamento teórico sino evidenciaba, en cada una de sus

---

<sup>156</sup> Valenzuela, Esteban: Obra citada en (153), pág. 31.

<sup>157</sup> Valenzuela, Esteban: Obra citada en (153), pág. 34.

<sup>158</sup> Valenzuela, Esteban: Obra citada en (153), pág. 45.

intervenciones, el comportamiento común a todo el grupo, altamente competitivo, no exento de mesianismo. Así, al pronunciar su ‘Discurso de despedida al 3er.Congreso Nacional’, no vacilaba en expresar:

*“Queremos un proyecto donde demos ser los mejores para solucionar los problemas de nuestra gente. Queremos demostrar que somos los mejores para solucionar el problema del empleo, para lograr el pleno empleo en el país”*<sup>159</sup>.

Era aquel el primer reconocimiento explícito del interés siempre presente que guiaba a aquel grupo político, a saber, demostrar a las clases dominantes su capacidad en ser mejores que la natural representación política del capital en la tarea de administrar el país. Poco importaba que, en ese mismo congreso recientemente terminado, hubieren acordado las bases algo diametralmente opuesto:

*“No es posible dentro de los límites del capitalismo superar la desigualdad y garantizar al mismo tiempo grados cada vez mayores de libertad política, por eso nuestro proyecto socialista supone una ruptura radical, de fondo, con las estructuras económicas, sociales y políticas vigentes hoy día”*<sup>160</sup>.

En 1984, participaba ya el MAPU ‘oficialista’ en la formación de un ‘bloque socialista’ junto a lo que se llamaba ‘Convergencia Socialista’, y el MAPU Obrero y Campesino (MOC) había sufrido su primera escisión, organizándose lo que se conoció como MOC ‘Corriente unitaria’. Así, pues, al celebrarse el aniversario del MAPU, el 19 de mayo de 1985, el sector ‘oficialista’, conocido ya como ‘renovado’<sup>161</sup>, el MOC ‘Corriente unitaria’ y la Convergencia

---

<sup>159</sup> Valenzuela, Esteban: Obra citada en (153), pág.54.

<sup>160</sup> Valenzuela, Esteban: Obra citada en (153), pág. 53.

<sup>161</sup> El nombre ‘renovado’ no constituye mofa o escarnio alguno. La propia organización empleaba tales expresiones para describirse a sí misma en esos

Socialista Universitaria (formada mayoritariamente por simpatizantes del MAPU ‘Renovado’) llamaron a un Congreso de Unidad que fue, más adelante, conocido como ‘Tercer Congreso’ del MAPU. Dicho Congreso eligió a Víctor Barrueto en calidad de secretario general; su Comisión Política estuvo integrada por Enrique Correa, Oscar Guillermo Garretón, Alejandro Bell, Carlos Montes, Guillermo del Valle, Jaime Cataldo, Eduardo Arrieta y Rodrigo González.

También, en esos años, las otras fracciones habían evolucionado entre problemas.

El MAPU Partido de los Trabajadores había perdido a uno de sus mejores cuadros en un accidente automovilístico ocurrido en el camino que une a Quito con Guayaquil (Ecuador). Se trataba de Carlos Pulgar, que en los primeros años de la dictadura había fijado su residencia en Suecia, formando uno de los más fuertes bastiones de esa organización. Por otra parte, enfermo, cesante y con dificultades para moverse dentro del país ante el recrudecimiento de la represión, también René Rodríguez buscaba refugio en Suecia. Los representantes que había en Chile empezaron a tener dificultades entre ellos y el grupo empezó, lentamente, a disgregarse.

El MAPU Comité Central, finalmente, había sufrido la detención de dos de sus dirigentes en 1978 (Miguel Mercado y el autor de estas líneas); Mercado, bárbaramente torturado y abandonado a su suerte por la CNI en la Penitenciaría, debió buscar refugio en Inglaterra. Pocos años más tarde, también era detenido Carlos Lagos. René Román tuvo escaso interés en participar dentro de las labores políticas del grupo y prefirió dedicarse a sus actividades particulares. En 1985, por acuerdo de su Comité Central, el grupo acordó disolverse.

De esa manera, hacia marzo de 1989, del partido de Ambrosio ya nada orgánico quedaba y sus restos (concentrados, fundamentalmente, en los ‘renovados’) no reflejaba en modo alguno las ideas de su fundador. El periódico ‘Fragua’ no vacilaba en reconocerlo abiertamente:

---

años. Así, el documento de Esteban Valenzuela tiene un capítulo especial para referirse a lo que llama ‘P oposiciones fundamentales de la renovación’”.



*“Sin duda en este tiempo hemos conciliado no pocas concepciones sobre la línea política e incluso sobre la ideología, pero hay constantes, cuestiones de fondo, que se mantienen enriquecidas por el tiempo y las circunstancias”<sup>162</sup>.*

En medio de todos aquellos sucesos, la dictadura llegaba a su término, se acercaba la época de las elecciones y una nueva era en la historia de Chile. No obstante, cuando las elecciones se aproximan, hay efervescencia social. Todo hace suponer que los grandes problemas nacionales han de resolverse en el ejercicio del derecho a sufragio; en otras palabras, en el plano jurídico/político. Es el momento preciso para el advenimiento de lo que Karl Marx llama, con acierto, ‘el cretinismo parlamentario’. Y como tal comportamiento social constituye una verdadera constante —y hay agentes encargados de cuidar que así ocurra—, no debe sorprender que también así sucediese en los años previos al término de la dictadura y que el MAPU ‘Renovado’ se preocupase de elaborar la táctica más adecuada para las elecciones. Aquella no sería otra que la práctica del ‘entrismo’, tan corrientemente empleada por sectores trotskistas: el recién constituido Partido Por la Democracia PPD sería el punto de encuentro y fusión de la militancia del MAPU:

*“El MAPU está en el PPD no sólo por justas necesidades electorales tan importantes en el proceso de transición que debe vivir la sociedad chilena como se demostró el 5 de octubre.*

*El MAPU está en el PPD, además, porque él es un escenario privilegiado del desarrollo de la unidad socialista y constituye el instrumento más eficaz, en las actuales condiciones, para dar dirección democrática y popular verdaderamente transformadora y no simplemente*

---

<sup>162</sup> “Fragua”, periódico del MAPU ‘Renovado’, Ediciones Verde y Rojo, 20 Aniversario del MAPU, Mayo de 1989, editorial ‘A los 17 años de la muerte de Rodrigo Ambrosio’, pág.1.

*contestataria*”<sup>163</sup>.

Y, por si aquello fuere poco:

*“No basta la crítica. El PPD es un espacio abierto a la actividad de los mapucistas. Y el PPD debe constituirse, otra vez, en la fuerza política más dinámica, activa y creadora de la Concertación por la Democracia”*<sup>164</sup>.

Ese mismo año, dio Ricardo Núñez respuesta afirmativa a la carta que la dirección del MAPU ‘Renovado’ había enviado al Partido Socialista PS. Poco tiempo después, la llamada ‘Comisión para la Unidad’, integrada por Víctor Barrueto, Carlos Montes, Oscar Guillermo Garretón y Francisco Estévez, acordaba con el PS y el PPD los cargos que los mapucistas ocuparían en la dirección de aquellas organizaciones. El MAPU de Rodrigo Ambrosio había sido sepultado definitivamente.

### **3 . Fase democrática post dictatorial.**

Durante esta última fase, puede decirse que la característica central de lo que fue el movimiento mapucista, ha sido la colaboración abierta y decidida de la generalidad de esos sectores con la Concertación, especialmente, de lo que fue el MAPU ‘Renovado’. Incorporado al PS o al PPD, lo mismo da, ha participado tan activamente en ese proyecto, disputándose cargos y representaciones, que puede afirmarse, sin temor a incurrir en equívocos, que ha sido alma y gestor del mismo. Por mi parte, estoy en condiciones de asegurar, casi con certeza, que la Concertación no hubiere sido lo que es sin la colaboración de esa colectividad.

Del MAPU ‘Partido de los Trabajadores’, si bien algunos de sus dirigentes ingresaron al PS, ninguno de ellos se ha desempeñado en cargos gubernamentales durante la era de la Concertación; tampoco lo han hecho los que fueron dirigentes del MAPU ‘Comité Central’.

Los únicos restos que existen de un MAPU OC, dirigido por Fernando Ávila, participan del gobierno de la Concertación; en las

---

<sup>163</sup> Anónimo:”El MAPU y el PPD”, Revista Fragua, mayo de 1989, pág. 15.

<sup>164</sup> Anónimo: Obra citada en (161), pág. 16.

pre elecciones presidenciales de 2005 dieron su apoyo directo a la candidata demócrata cristiana Soledad Alvear Valenzuela.

Existe una cantidad no despreciable de personas que se retiraron del campo político; otros pocos, como Nelson Ávila, luego de agotar sus esfuerzos en el PPD, ingresaron al Partido Radical Social Demócrata PRSD. En el grupo empresarial destacan Enrique Correa y Eugenio Tironi como los más exitosos ‘lobbystas’ y Rafael Guilisasti quien, al momento de la publicación de este libro, como ya se ha dicho, se desempeña como presidente de la Confederación de la Producción y del Comercio, la más poderosa organización patronal.

## Capítulo XXXV: El legado teórico de Rodrigo Ambrosio.

De la obra de Rodrigo nada queda; muchos de los que con él dirigieron el MAPU se han encargado de borrar ese legado. A la manera que caricaturizaron la obra e ideario del Gobierno Popular confundiendo con el de la Concertación Nacional, también lo hicieron con los trabajos de Ambrosio en sus 'continuadores'. Y con Allende y quienes perdieron la vida. La obra de Ambrosio, como la de muchos, ha seguido así la ruta de otros idearios, de otras tesis y propuestas sociales que, como el marxismo y el cristianismo, devinieron en caricatura del pensamiento de sus fundadores.

A diferencia de otros hombres, Rodrigo no sólo fue intérprete de una forma de pensar determinada sino tuvo la inmensa capacidad de plasmarla en organización política, en asociación de masas, en grupo social destinado a provocar cambios al interior de la sociedad. Fue un constructor de organización y un conductor social. Sin embargo, no hay que olvidar que, como lo señalara con acierto Umberto Cerroni, las ideas

*“[...] están rigurosamente ligadas a modos específicos de funcionamiento de la vida práctica asociada”<sup>165</sup>.*

Los hombres son a las instituciones como las instituciones a los procesos y a los cambios sociales. Ya lo hemos dicho. Seres humanos, instituciones y procesos coexisten simultáneamente. Son uno en el tiempo y en el espacio. Como lo expresara Althusser:

*“La estructura de la existencia histórica es tal que todos los elementos del todo coexisten siempre en el mismo tiempo, en el mismo presente y son contemporáneos los unos a los otros en el mismo presente”<sup>166</sup>.*

Quienes participan en la contienda política o alcanzan a desempeñar altos cargos de representación son personas que acostumbran a dejar

<sup>165</sup> Cerroni, Umberto: Obra citada en (147), pág. 21.

<sup>166</sup> Althusser, Louis: Obra citada en (53), pág. 104.

tras de sí una abundante producción literaria. Sin embargo, no siempre esas obras son hechas por sus propios autores, no siempre destacan por su calidad y sólo en contadas ocasiones contienen conceptos de relevancia o elaboración teórica. El político es un sujeto esencialmente práctico. Se preocupa de sucesos contingentes. Escribe libros en forma de autobiografía, biografía, memoria, diario de vida, relato de acciones protagonizadas por él o narración de hechos en cuya gestación y desarrollo haya participado o, al menos, colaborado. Son los analistas y estudiosos (historiadores, sociólogos) quienes ordenan tales escritos estableciendo relaciones, categorías o clasificaciones.

No ocurre de la misma manera con la obra de Rodrigo Ambrosio. La generalidad de sus escritos contiene nociones teóricas bastante adelantadas para su tiempo, a pesar de no llegar a constituir un compendio ordenado de materias. Rodrigo no escribió libro alguno. El único que —se sabe— es obra suya (“El carácter de la Revolución Chilena”) ni siquiera lleva su nombre; se atribuye a ese ente abstracto que construyera, denominado MAPU. Ignoro si en esa conducta tan poco preocupada de una sistematización más completa del saber revolucionario influyó el conocimiento de aquella conversación que sostuviese, aún joven, Edouard Bernstein con Friedrich Engels, cuando lo visitó en su hogar. Ignoro, incluso, si conocía Rodrigo o no el contenido de ese encuentro memorable.

*“[...] cierto día, cuando confesé a Engels algo avergonzado que a pesar de haber cumplido casi los treinta años todavía no había escrito ningún libro, éste casi me abrazó. «¡Cómo! ¿Todavía no ha escrito ningún libro? —exclamó— Esto es formidable». Y comenzó a criticar con vehemencia la forma con la que personas que todavía no habían estudiado nada a fondo, estaban comenzando en Alemania a escribir libros sobre cualquier tema”.*

Los trabajos de Rodrigo —algunos de los cuales hemos incluido dentro del presente homenaje, en el carácter de anexos— pueden, no obstante, ser no solamente examinados, sino sometidos a una crítica rigurosa. No de otra manera puede conocerse su pensamiento. Para

ello, nada mejor que situarlo dentro de su época, en el tiempo que le correspondió vivir. Torpe sería reprocharle haberlo hecho en un momento inadecuado y fallecer sin alcanzar a conocer los adelantos o aportes de otros investigadores. Establecido así el método de la crítica, podemos expresar lo siguiente:

1. **Basamento.** El basamento teórico de Rodrigo fueron las tesis propuestas por Karl Heinrich Marx y Friedrich Engels. Fue en la época que recién había Louis Althusser publicado su obra “Para leer ‘El Capital’” (1967) y Nicos Poulantzas preparaba la suya (“Poder político y clases sociales en el estado capitalista”, 1968). Era una época en que, si bien algunos autores vislumbraban algunas innovaciones de relevancia, no era usada la interdisciplinariedad como instrumento de análisis ni, mucho menos, los espectaculares aportes de la biología, la semiótica y las matemáticas. Por el contrario. Bajo el fuerte influjo de la Unión Soviética, las tesis de Marx y Engels pasaban, necesariamente, por la exégesis leninista, stalinista, maoísta, trotskista, kimilsungista, etc. Los teóricos habían sido sustituidos por conductores sociales o estrategas; el empirismo de éstos era la teoría. Los modelos ‘socialistas’ que aparecían como triunfantes determinaban las líneas de los partidos. Marx y su teoría acerca del acopio de las disciplinas, sus concepciones acerca de la globalidad, estaban olvidadas. Y era un milagro que, en un país distante como Chile, hubiere personas como Rodrigo que se atreviesen a formular tesis que fuesen más allá de los estrechos marcos que brindaban los modelos existentes.
2. **Concepción del Estado.** La concepción de Rodrigo acerca del estado era, a no dudarlo, ‘instrumental’. Si bien prevenía acerca de la necesidad de distinguir entre estado, gobierno y poder, sus ideas acerca del estado no eran diferentes de las que sostenían las demás organizaciones políticas. Las clases postergadas debían apoderarse de esa *“llave maestra del poder político”*. O, empleando sus propias palabras, el estado había de convertirse *“de instrumento de dominación de la burguesía en el instrumento al servicio de los intereses de*

*las clases populares*”. Esta concepción ‘instrumentalista’ desarrollada, entre otros, por el malogrado teórico italiano Antonio Gramsci, hacía suponer que la estructura social era como un edificio o un vehículo al cual bastaba ingresar para dirigirlo u orientarlo en cualquier sentido. La teoría ‘relacionista’ del estado, desarrollada más tarde por Nicos Poulantzas, vino a ajustarse con mayor fidelidad a las enseñanzas, no siempre claras en ese sentido, del maestro de Tréveris. Y no está claro si en el pensamiento de Ambrosio influyó o no la concepción ‘instrumentalista’ que, hasta la edición de 1985 de su obra más célebre (“Los conceptos elementales del materialismo histórico”), sostuvo la excelente teórica chilena Marta Harnecker.

3. **Estatuto de las clases sociales.** Rodrigo redactó un verdadero estatuto de las clases sociales chilenas. Tomó en sus manos todos los conocimientos que existían en aquellos años y los plasmó en un estudio que incorporó, como ya se ha dicho, un nuevo término en el estamento proletario y que denominó ‘proletariado de cuello y corbata’, segmento social que comprendía al sector de empleados bancarios, personal administrativo de las industrias y servicios y empleados o vendedores del comercio. Todos ellos, considerados en su calidad de vendedores de fuerza o capacidad de trabajo pasaban a integrar el proletariado chileno o ‘trabajadores’, a diferencia de otros estudios que los denominaban despectivamente ‘pequeña burguesía’. Ignoro si en esta contribución estuvo presente, también, la influencia de la que fuese compañera suya durante los años de estudio, en Francia, Marta Harnecker. Lo cierto es que en la más conocida de sus obras, esta notable investigadora chilena escribe, al respecto, lo siguiente:

*“[...] ello ha conducido a que muchos teóricos marxistas no incluyan en el concepto de proletariado a los trabajadores del comercio y de la banca, que son entonces considerados como ‘empleados’ (grupo social que se incluiría en el*

*ambiguo concepto de 'clases medias')<sup>167</sup>.*

No obstante tal innovación, el propio Rodrigo incurrió al respecto en contradicciones aparentemente manifiestas. No sucedió ello en pocas oportunidades. Pero es posible suponer que esta asimilación de la 'pequeña burguesía' al estamento de 'empleados' fue hecha en referencia al denominado 'alto personal administrativo' de las empresas públicas, privadas o mixtas. No obstante, esta es una interpretación. No existe base ni seguridad alguna para sostenerla con certeza.

El estudio de Rodrigo, bastante más completo que los escasos intentos de los otros sectores por construir una teoría de las clases, determinaba estructuralmente tales grupos sociales. No era extraño que así sucediese. Por una parte, los estudios más acabados que existían en esa época eran los realizados por Georg Lukács. Por otra, la teoría en boga de esos años era el 'estructuralismo' y, aunque Rodrigo no la aceptaba, los influjos de esa tendencia se dejaban sentir fuertemente en todas las disciplinas.

En Nicos Poulantzas, las clases sociales poseen un sentido dinámico. Se organizan en la lucha de clases, en la oposición a otras clases y/o fracciones de otras clases. Son estructuras, sí, pero tienen un carácter disipativo (si recurrimos a las expresiones de Ilya Prigogine); se organizan y reorganizan constantemente, cambian de forma y de sujetos.

4. **El Frente Revolucionario.** La adaptación de una forma de vida que ha de sustituir a la actual se realiza a través de la construcción de otro sistema social que, en los escritos de Rodrigo, se llama precisamente 'nueva sociedad'. No quiere decir eso que el dirigente mapucista no gustase del término 'comunismo'. Tan sólo buscaba distanciarse de una denominación que ya tenía una connotación ideológica. No sólo la Unión Soviética se había apropiado de aquel vocablo, sino también lo hacían aquellas otras sociedades que se

---

<sup>167</sup> Harnecker, Marta: "*Los conceptos elementales del materialismo histórico*", Siglo XXI Editores de España S.A., Madrid, 1985, pág. 229.



habían organizado luego de alcanzar el triunfo merced a luchas populares o guerras prolongadas. Esa nueva sociedad se conquistaba a través de una estrategia que Rodrigo denominó ‘Frente Revolucionario’ o unión de las organizaciones sociales y políticas bajo la conducción de la clase trabajadora. Se apartaba Rodrigo de las concepciones vigentes en esos años del ‘Frente Popular’ (sostenida por el Partido Comunista), de la ‘guerra popular y prolongada’ (de los sectores maoístas) y de la ‘estrategia guerrillera’, apoyada por el MIR.

5. **Etapas en la construcción de la nueva sociedad.** En la construcción de la nueva sociedad, sostenía Rodrigo la existencia de tres etapas claramente diferenciadas:
  - 5.1. La conquista del poder político, que correspondería al triunfo electoral, la fase de toma del gobierno de la nación. A partir de allí había que conquistar el poder del estado. No de otra manera se explica que sus discursos terminaran siempre con la consigna de ‘A convertir la victoria en poder y el poder en construcción socialista’.
  - 5.2. La consolidación del poder revolucionario, a través de una amplia movilización popular. Y,
  - 5.3. La construcción revolucionaria o Nueva sociedad.
6. **Tareas previas a la conquista del poder.** Pensaba Rodrigo que para llevar a cabo esa tarea previo era la realización de dos grandes tareas políticas, a saber:
  - 6.1. Política social: En esta parte proponía la organización de una Central Única de Trabajadores CUT fuerte, con todos los trabajadores integrados a ella, un Frente Campesino Único al cual confluyese todos los trabajadores del campo y una Unión Nacional de Estudiantes tanto universitarios como secundarios, y
  - 6.2. Política sindical. En la concepción de nueva sociedad de Ambrosio, el poder de los trabajadores era lo fundamental. Por lo mismo, su atención siempre estuvo puesta en el fortalecimiento de la clase trabajadora y de sus organizaciones. Para ello, proponía la creación de sindicatos únicos o Federaciones por rama de actividad y

su inmediata afiliación a la CUT, la presentación de pliegos únicos de peticiones y la unión de los trabajadores de las pequeñas empresas en sindicatos fuertes y cada vez más grandes.

7. **Concepción de partido.** La concepción de partido que tenía Rodrigo era un tanto diferente a la tradicional, aunque no siempre estaba bien explicitada. Por una parte —y esa tarea la inició ya como Presidente de la Juventud Demócrata Cristiana—, quería articular un partido de cuadros. Rodrigo confiaba en la ‘clase dirigente’ y, extrañamente, buscaba la organización de un partido que no suplantase a la clase trabajadora en su rol de conductora del proceso de construcción de la nueva sociedad. Era aquella una concepción muy poco clara pues, mientras defendía la existencia de un partido ‘vanguardia’, manifestaba, al mismo tiempo su voluntad de construir una organización al servicio de las clases postergadas.
8. **Moralidad política.** Rodrigo fue una persona fiel a cinco grandes principios en materia de moralidad revolucionaria:
  - 8.1. Por una parte, austeridad en la vida privada. La vida personal de un dirigente debía caracterizarse por su extrema austeridad, una forma de existir exenta de lujos, sencilla, modesta, ejemplar. Ya nos hemos referido a este particular rasgo del dirigente mapucista. No insistiremos sobre el particular.
  - 8.2. Desprecio a la sospecha y a la traición. Jamás tuvo Rodrigo temor a ser traicionado o a que, dentro de las masas —e, incluso, dentro de su propia organización—, se ocultase el elemento disociador. Al contrario de muchos, que temían a la infiltración y al espionaje y descubrían en cada gesto o ademán ‘agentes de la CIA’, tenía plena confianza en el proyecto popular. Rodrigo, al igual que Allende, estaba cierto que, tarde o temprano, las grandes mayorías nacionales terminarían apoyando esa opción y, con ello, neutralizarían toda desidia. Por eso, cuando en un acto realizado en Valparaíso se le advirtió que entre los presentes se ocultaban algunos

agentes de la CIA, no pudo dejar de hacer alusión en su discurso a esas denuncias.

—Sé— dijo, con aplomo—, que entre nosotros se encuentran algunos sujetos extraños. Dicen que son ‘agentes de la CIA’. Pero yo les digo que no nos preocupa su presencia. Por el contrario: celebramos que estén aquí y nos vean. Este es el pueblo reunido. Somos personas libres. Así aprenderán ellos también a ser hombres libres.

- 8.3. Lenguaje directo y rechazo rotundo a la adulación y a la hipocresía. Nos hemos referido a este rasgo en páginas anteriores. No insistiremos al respecto.
- 8.4. Fidelidad a los principios por respeto a la propia persona y a los demás. Rodrigo no sólo sentía respeto por los demás, sino también consigo mismo. Era fiel a sus principios por la rectitud de su vida y por respeto a la vida de los demás. Era parte de toda una sociedad que confiaba en su persona y en la que confiaba él mismo.
- 8.5. El servicio a la causa popular como única forma de dar sentido a la vida, labor primordial de todo revolucionario. Tal vez era éste uno de los rasgos más distintivos en la personalidad moral de Rodrigo. Su vida era la causa popular. En este sentido, era un verdadero revolucionario. Tenía el carácter productivo del que hablaba Fromm.

Como elemento de su época, Rodrigo pertenece al pasado, a nuestro pasado, a ese pasado que a muchos llena de rubor y a otros nos enorgullece. Su figura posee la virtud de recordar lo que fuimos y lo que somos; nos permite, en suma, situarnos como jueces de nuestras propias acciones y compararnos no con otro u otros sino con nosotros mismos para descubrir en nuestro interior si acaso hemos perdido nuestra capacidad de entrega o si hemos cedido al sistema, que antes aborrecíamos, ese inmenso territorio que conforman nuestros sentimientos y nuestras ideas.

Pero Rodrigo pertenece, además, a la Unidad Popular, al Gobierno Popular, a esa época caracterizada por el ascenso sostenido del protagonismo de las masas en los hechos históricos. Como hombre del pasado, como producto histórico de su época, de su

tiempo, Rodrigo fue marxista, leninista, castrista, defensor inculdicable de las revoluciones coreana, china y vietnamita. Esto no era casual. Defendíamos la vigencia del ‘socialismo real’ no en calidad de modelo sino por el simple hecho de constituir el único desafío exitoso de oposición al sistema capitalista mundial y un primer intento de construir cierto tipo de sociedad diferente al propugnado por el modelo norteamericano. Viet Nam y Cuba (¿cómo no defenderlos?) personificaron la lucha mítica, prometeica, del débil ante el poderoso, el valor increíble de los humildes alzándose contra el abuso del poder imperial y su constante intervención en la política mundial. Apoyando las demandas del ‘socialismo real’, nos oponíamos al avance siempre creciente de la dominación norteamericana. Personalmente, hasta me atrevería a asegurar que, muy pocos, dentro de la Unidad Popular, conocían la verdadera naturaleza de las sociedades ‘socialistas’. Pienso, además, que, conociéndola, muy pocos se hubieren atrevido a defender la vigencia de semejante modelo pues no éramos liberticidas. La fuerza del paradigma social era enorme, ciertamente; pero no lo suficientemente grande como para hacernos abdicar de nuestros principios esencialmente libertarios. Estábamos al margen de la perversidad; buscábamos instaurar nuevos valores, distribuir el ingreso de manera igualitaria, crear una sociedad inmensamente humana y de ello jamás podríamos avergonzarnos. El MAPU era aquello: esperanzas, alegrías, confianza, solidaridad, empatía, libertad, dignidad, fraternidad. La bandera del MAPU, verde, con la estrella roja clavada en el centro de ese campo, no era sino la bandera del Partido Comunista de Corea y un homenaje a la triunfante Revolución Cubana. Rodrigo no vacilaba en reconocerlo y decirlo:

*“A la sombra de estas banderas verde oliva, que representan desde siempre la vida y la fecundidad, a la sombra de estas banderas verde oliva que nos recuerdan Cuba revolucionaria y la lucha de los pueblos de América Latina..., a la sombra de estas banderas que representan la esperanza y la lucha de todos los pueblos del mundo, a la sombra de estas banderas que llevan en su corazón una inmensa estrella roja, proletaria, que recuerda la sangre vertida en los combates de obreros, de campesinos y de*

*pueblos de todo el mundo, a la sombra de estas banderas vengan todos los que quieren, han querido y querrán que el MAPU sea desde hoy, en Chile y en la clase obrera, partido para ayudar ¡a convertir la victoria en poder y el poder en construcción socialista!”<sup>168</sup>.*

Es cierto: más tarde, cuando el MAPU se identificó con la voz “tierra” —en lengua aborigen ‘mapu’—, la estrella roja empezó a asumir crecientemente la naturaleza de la estrella mapuche, la “*guñulve*”, rutilante guía celestial de los dueños originarios de Chile y de Argentina.

Rodrigo representa nuestra juventud, nuestros ideales, lo que en esos años consideramos nuestros objetivos. Pero representa, además, todo lo que éramos capaces de hacer, la entrega total, la capacidad inagotable que poseíamos de dar sin esperar nada a cambio, esa capacidad que es la voluntad de servir a los demás, regalarles, entregarles sin esperar, por ello, retribución alguna. Desde este punto de vista, Rodrigo Ambrosio —como muchos otros dirigentes de los movimientos populares— representa la moral que orientara a los movimientos de esa época y que hoy, bajo el imperio de las ideas del mercado, es “estupidez”, “tontería”, “ingenuidad”. El mercado, para expandirse, necesita prostituir a las masas, alterar el sentido de las palabras, transformar los conceptos e imponer la moral del lucro y la avaricia por sobre todos los valores. ¿No es esto, acaso, a lo que Arthur Machen se refería, por boca del profesor Lipsius, cuando hablaba de

*“las mezquinas reglas y disposiciones que una sociedad corrompida dicta para defender sus propios intereses egoístas y nos presenta como decretos inmutables de lo eterno”<sup>169</sup>?*

Rodrigo es segmento temporal de una época, parte de una institución

---

<sup>168</sup> Ambrosio, Rodrigo: Obra citada en (22), pág. 48.

<sup>169</sup> Machen, Arthur: “*Los tres impostores*”, Hyspamérica Editores Argentina S.A., Buenos Aires, 1985, pág. 193.

y de un proceso. Para desgracia de quienes buscan, hoy, establecer analogías anacrónicas entre las conductas de la casta gobernante y la suya, Rodrigo murió convencido de sus ideas, que fueron las ideas de Allende, las ideas de la Unidad Popular, las ideas que abogaban por el establecimiento a nivel mundial de una sociedad nueva fundada sobre los valores del ser humano. Falleció en ese retazo de tiempo que acunó todas las esperanzas de un pueblo, con sus pensamientos, con sus sentimientos, con su obra; falleció defendiendo ese “Gobierno de mierda” que fue nuestro Gobierno Popular, defendiendo el derecho de autodeterminación de los pueblos — especialmente, del cubano— y soñando con una legión de trabajadores, empeñados en construir esa nueva sociedad que todos anhelábamos...

# **ALGUNOS DOCUMENTOS REDACTADOS POR RODRIGO AMBROSIO PARA LA JUVENTUD DEMÓCRATA CRISTIANA DURANTE EL PERÍODO EN QUE ESTUVO AL FRENTE DE ELLA.**

PRIMER DOCUMENTO:

## **LA REFORMA BANCARIA, CONTRAGOLPE AL GOLFISMO**

**E**l fin de semana pasado se reunió el Consejo Plenario de la Juventud Demócrata Cristiana, con asistencia de los Presidentes Provinciales de todo el país.

En esta ocasión, el Consejo Plenario conoció y aprobó por unanimidad dos informes políticos: uno, general, donde se analizan los tres años de Gobierno, el Programa y la estrategia del Partido y las tareas políticas de la Juventud, y otro, particular, sobre la situación política actual. Este último es el que se entrega a continuación.

### **LA REFORMA BANCARIA, CONTRAGOLPE AL GOLFISMO**

#### Análisis y conclusiones de la Juventud Demócrata Cristiana sobre la situación política actual.

1. Sin saber cuáles serán las derivaciones profundas de los hechos de estos días, no cabe duda que estamos viviendo instantes de extrema tensión política que absorben íntegramente a nuestros militantes, que les dan nueva forma de identidad y nuevas razones de cohesión, y que les abren perspectivas nuevas dentro de un cuadro político que, en general, no los interpretaba plenamente.

Pensamos por ésto que es urgente atribuirle a estos hechos y a los que le sigan una significación política clara, coherente y pública. De este modo podemos impedir la pasividad y el anarquismo que la desorientación genera y, especialmente, la frustración que necesariamente sigue a

todo malentendido.

2. La condición primera de todo poder revolucionario es alterar drásticamente la correlación de fuerzas de modo que no haya posibilidad alguna de regresión.

La derecha desplazada definitivamente del poder político, no se siente ya “en su casa” con este Gobierno. Ha sido vencida y amenazada en sus intereses. Por eso su reacción.

Sin embargo, después de tres años de Revolución en Libertad, constatamos que aún estamos expuestos a una brutal regresión derechista.

Esto significa que, no habiendo aún anulado en ella su capacidad de agredirnos, no ha sido afectada suficientemente.

En efecto, amplias y decisivas formas de propiedad y de poder permanecen aún intactas bajo su dominio. A esto hay que agregar sus vinculaciones internacionales, su control de ciertos mecanismos básicos del sistema económico y administrativo, su influencia en ciertos medios dirigentes, etc.

Podemos concluir, pues, que hemos tocado a la derecha tanto como para que reaccione violentamente, pero no tanto como para que deje de constituir una amenaza.

3. Nosotros entendemos que la voluntad del Partido, y de la inmensa mayoría de los chilenos, no es la de que este Gobierno “sobreviva hasta el 70”, sino la de que emprenda la tarea histórica de vulnerar substancialmente el poder de la oligarquía reduciendo así a la derecha a la condición irreversible de minoría impotente.

Por ésto, para la Juventud Demócrata Cristiana es claro que estamos ante hechos políticos que desbordan largamente las querellas mismas, y que permiten, en el distanciamiento definitivo de la derecha, crear condiciones para una ofensiva antioligárquica concertada por el Partido y el Gobierno, en torno a la cual serían de hecho aglutinadas todas las fuerzas antigolpistas.

4. No podemos dejar de relacionar la actual situación con la crisis de enero pasado. Así como entonces planteamos una



solución meramente “institucional” hoy podría ser para muchos una tentación la solución meramente “judicial”.

Para la Juventud Demócrata Cristiana, hoy como ayer, no se trata de encontrar una salida solamente formal para restablecer la estabilidad y autoridad. Se trata de desarrollar el potencial antioligárquico de Gobierno y Partido para atacar sistemáticamente los centros de poder de la derecha de donde se nutre necesariamente todo intento golpista de “restauración”.

5. Creemos que el Programa de Desarrollo No Capitalista del Partido ofrece una pauta concreta de acción en este sentido y que la tramitación expedita de la Reforma Bancaria antes del 18 de Septiembre constituye para los Partidos democráticos una oportunidad de respuesta contundente y eficaz.
6. Pensamos que, sin embargo, el riesgo mayor no sería que todo esto terminara en un “episodio” sin mayor trascendencia (como terminó la crisis de enero), sino el que intereses ajenos al Partido hagan pesar su influencia para utilizar el episodio como una prueba “irrefutable” de que el país no era capaz de absorber más cambios, más aún de que había ido demasiado lejos y estaba al borde del abismo.
7. Sabemos también que se ejercen presiones nacionales e internacionales para inaugurar en esta coyuntura un “Gobierno fuerte” que quitándole a la izquierda la bandera antigolpista y quitándole a la derecha la bandera antisubversiva pudiera “fortalecer la democracia” y mejorar nuestra imagen en el continente.
8. Nos parece difícil que el Partido pudiese aceptar que su Programa para estos tres años sea simplemente archivado, cuando de manera más tajante en el Segundo Congreso, en el Consejo de Las Vertientes, en las dos últimas Juntas Nacionales ha ido manifestando su voluntad unánime de una reorientación no capitalista de la acción de Gobierno.
9. Nos parece imposible que el Partido pudiera aceptar que su experiencia de Gobierno, a través de una serie de hechos consumados, tomara un rumbo autoritarista. Nos parece absolutamente imposible que los militantes pudieran ver el Gobierno democrático y popular de la Revolución en

Libertad en un Gobierno preocupado más de “demostrar” autoridad que de ejercerla para el cambio, y de “disciplina a las masas más que de interpretarlas con fidelidad.

10. Nadie puede ignorar responsablemente que no hay ninguna fuerza civil en Chile capaz de nutrir un Gobierno en “guerra contra todos” y por tanto, en un cuadro de ese tipo, el Partido pasaría necesariamente a un segundo plano cada vez más discreto para dar paso, como lo advertimos ya en enero, a fuerzas de otro tipo, con mayor capacidad de compulsión.

Pensamos, además, que en un país con la estructura y la historia política de Chile, un Gobierno “cesarista” está destinado al aislamiento y a una base política cada vez más precaria, y su eficiencia supone una dosis siempre creciente de coerción.

El “autoritarismo” tiene, pues, su propia dinámica y puede llevarnos muy lejos. Y no puede caber duda que si en algún instante nuestros escrúpulos nos hicieron vacilar, ya sería demasiado tarde, y otras fuerzas y otras fórmulas vendrían a ocupar nuestro lugar.

11. El Partido está esperando una gran tarea: es la de iniciar a partir de los hechos de estos días, una embestida a fondo contra la oligarquía que la desarme de una vez y para siempre, sacando la Reforma Bancaria “a todo vapor” y dando curso a una Reforma Agraria masiva.

Esto no es todo, evidentemente el Partido ha aprobado un Programa para los tres próximos años, y hay que ver la manera de concertar su aplicación.

Pero una primera gran tarea como la enunciada podría inmediatamente unir y movilizar de manera eficaz al Partido y crear una relación fecunda entre éste y el Gobierno.

Además, sólo una acción como esa puede crear un cuadro de efectivo cerco a la derecha golpista, reordenar en cierta medida las fuerzas políticas y darle al Gobierno una mayor solidez política e institucional.

12. Hemos sido testigos de los pasos concretos que la Directiva del Partido ha dado en este sentido y, en general, de sus esfuerzos perseverantes, pacientes y leales para buscar una concertación sólida y permanente con el Gobierno.

Hemos visto con inquietud, por otro lado, que las decisiones fundamentales de estos días han sido tomadas al margen de toda concertación. Por eso, esperamos poder pronto constatar una actitud recíproca, homogénea y estable de parte del Gobierno.

En la situación actual se ha visto mejor que nunca cuáles son los verdaderos enemigos del Gobierno, y cómo el Partido es su sostén más natural y más firme.

13. La Juventud ofrece su solidaridad militante al Gobierno y al Partido para emprender acción antiderechista consecuente y para rechazar las presiones que pretendan torcer nuestras ideas y nuestra historia.

Rodrigo Ambrosio  
Presidente Nacional  
Juventud Demócrata Cristiana

Santiago, 2 de septiembre de 1967

SEGUNDO DOCUMENTO:

## **APLICACIÓN DE NUEVOS MÉTODOS DE TRABAJO**

JUVENTUD DEMÓCRATA CRISTIANA  
SECRETARIA NACIONAL  
ALAMEDA 540 FONO 392688  
SANTIAGO

REF. APLICACIÓN NUEVOS MÉTODOS DE TRABAJO.

CIRCULAR No. 13

Santiago, 22 de marzo de 1968

**E**l Consejo Plenario del 2 y 3 de septiembre de 1967 acordó establecer ‘métodos de trabajo adecuado para ir a la formación de cuadros probados y de un alto nivel de eficiencia’.

La Directiva Nacional, en cumplimiento de este acuerdo, constituyó una comisión especial con este objeto. Ella fue dirigida por el camarada Jorge Irrarrázaval y contó con la activa participación de los camaradas Jaime Gazmuri y Martín Mujica, entre otros.

El trabajo de esta comisión dio lugar a un folleto titulado ‘Hacia una Juventud de Cuadros’ que fue activamente estudiado en los campamentos de verano.

Los Dirigentes Provinciales y Comunales de aquellas provincias que no tuvieron campamentos o cuya participación en ellos fue mínima tienen la obligación, antes que nada, de ponerse al día en el estudio de ese folleto. En la medida de lo posible, contarán para ello con la ayuda e ciertos camaradas enviados por la Directiva Nacional.

Con el objeto de poner en marcha el nuevo sistema de trabajo, estimamos indispensable que se tomen las siguientes medidas:

1. La Directiva Provincial debe designar un encargado de Organización y Control. Este Encargado no será solamente el responsable del registro de militantes, sino fundamentalmente de la aplicación del nuevo sistema de trabajo en la provincia. La persona que se designe puede

tener un cargo en la Directiva o ninguno; lo que importa es que esté convencida de la necesidad del nuevo sistema, lo domine a la perfección, tenga capacidad pedagógica, y facilidad y orden para trabajar con números.

El 31 de marzo debería ya haberse comunicado a la Nacional el nombre y dirección del Encargado Provincial de Organización y Control.

2. Para asegurar el éxito del nuevo sistema no se aplicará simultáneamente en todas las comunas. Por el contrario, en la primera etapa se concentrará el esfuerzo sólo en algunas comunas elegidas por la Directiva Provincial según su importancia, actividad y madurez para las nuevas formas de trabajo.

El 31 de marzo también debería haberse comunicado a la Nacional la lista de comunas en las que se comenzará.

3. En cada una de estas comunas, la Directiva Comunal deberá elegir a su vez un Encargado de Organización y Control con las mismas responsabilidades y características del Encargado Provincial. Igual que éste puede desempeñar otro cargo o ninguno.

El 7 de abril, la Nacional deberá estar en conocimiento de los Encargados de Organización y Control de dichas comunas.

4. Los Encargados comunales deberán hacer que los Secretarios Comunales, secretarios de grupos comunitarios, encargados de capacitación, etc., pongan en aplicación inmediata la 'Lista de Asistencias'. Asimismo, en la medida en que lleguen a la comuna folletos que vender, deberá también hacer que se aplique la hoja de 'Distribución de Folletos'.
5. Sin embargo, la tarea inmediata más importante de los Encargados Comunales será la puesta al día de los registros de la JDC, sin lo cual es absolutamente imposible aplicar los nuevos métodos.

Para esto es necesario:

- Hacer una lista de los militantes menores de 30 años registrados en el Kárdex del Partido (enviar una copia a Organización y

Control Nacional de la JDC).

- Verificar si esos militantes tienen ficha en el Kárdex de la Juventud; y en caso negativo hacerlo utilizando las mismas fichas del Partido (enviar el duplicado a organización y Control Nacional de la JDC).

Toda inscripción o reempadronamiento de militantes nuevos o no registrados debe hacerse en cuadruplicado con destino a Comunal PDC, Comunal JDC O. y C. Nacional de la JDC.

Paralelamente, la Directiva Comunal irá haciendo una clasificación de los militantes entre ‘activos’ y ‘pasivos’, que deberá ser conocida por los afectados, y que podrá ser apelada por éstos ante el Consejo Comunal. Los militantes pasivos, ratificados como tales por el Consejo, no perderán por ahora sus derechos de militantes y tendrán oportunidad de demostrar su interés por trabajar en la JDC en los meses siguientes. Dos o tres veces al año, la Nacional dará instrucciones para que se vuelva a reclasificar a los militantes.

Se recomienda comenzar la regularización de los registros por los militantes considerados activos, de manera que estando éstos al día antes de que el mes de Abril termine pueda comenzar la aplicación sistemática de los nuevos métodos el 1 de Mayo. En todo caso, el 15 de Mayo deberá estar perentoriamente al día el registro completo.

6. Cumplidas las etapas anteriores la comuna, con sus directivas renovadas, estará en condiciones de emprender un ‘programa’ cuatrimestral que comience en Mayo, y termine a fines de Agosto con un ‘balance de actividades comunales’. Se recomienda a este efecto el proceso eleccionario interno se de en términos de ‘programas’, de modo que la iniciación del programa haya sido precedida de una amplia discusión en la base.

Resumen:

- Fase 1: Preparatoria (Marzo-Abril)

Designación de los Encargados Provinciales de O. y C. (Plazo: 31 de Marzo).

Designación de las comunas donde se comenzará a aplicar el nuevo sistema (Plazo: 31 de Marzo).

Designación de los Encargados Comunales de O. y C. (Pazo: 7 de Abril).

Aplicación inmediata de la ‘Lista de Asistencias’ y de la hoja para ‘Distribución de Folletos’.

Puesta al día del Registro de la JDC, y la clasificación de la militancia (Plazo para los activos: 30 de Abril; plazo para los pasivos: 15 de Mayo).

- Fase 2: Aplicación parcial (Mayo-Agosto).

Puesta en marcha del ‘Programa’ y del ‘Balance de actividades comunales’.

- Fase 3: Aplicación integral (Septiembre-Diciembre).

Introducción de la ‘Libreta del militante’.

JORGE IRARRÁZAVAL  
SECRETARIO DE ORGANIZACIÓN Y CONTROL  
J.D.C

RODRIGO AMBROSIO BRIEVA  
PRESIDENTE NACIONAL DE LA J.D.C.

RAB/JI/gtl

TERCER DOCUMENTO:

## **ELECCIONES PARLAMENTARIAS**

JUVENTUD DEMÓCRATA CRISTIANA  
SECRETARÍA NACIONAL  
ALAMEDA 540 FONO 392688  
SANTIAGO

REF.: ELECCIONES PARLAMENTARIAS

CIRCULAR No.14 /

SANTIAGO, 25 DE MARZO DE 1968

**E**l Partido ha vivido en estos años un proceso muy rico de maduración y esclarecimiento, que la JDC se ha propuesto continuar ‘contra viento y marea’ después de Peñaflor. Existe, sin embargo, el riesgo cierto de que las elecciones parlamentarias próximas —con todo el alud de pasiones y ambiciones que desatará— distorsionen absolutamente ese indispensable proceso de clarificación y termine finalmente relegándolo a segundo plano.

La JDC se ha propuesto no caer en ese juego. Por el contrario, quiere mantener vivo el debate fundamental, agudizándolo y haciéndolo avanzar, y obligando a que todo el proceso electoral sea pasado por el cedazo de las definiciones políticas de fondo. Todas las actitudes de la Juventud, desde la aprobación (o rechazo) de las cuentas de los actuales parlamentarios hasta la designación de un candidato, desde la participación en concentraciones hasta el rayado de murallas, deben estar impregnadas de estas cinco orientaciones básicas:

- el socialismo comunitario, como sociedad de trabajadores a la cual aspiramos;
- la vía de desarrollo no capitalista, como estrategia global para ir hacia esa sociedad;
- la revolución, como necesaria toma del poder por los trabajadores para comenzar a avanzar por esa vía;



- la unificación popular creciente, en lo social y político, como requisito para que el pueblo tome el poder y se mantenga en él;
- la decantación y autonomía del Partido, como instrumento político indispensable.

La Juventud no va sólo a ‘predicar’ en esta campaña. Va a traducir sus posiciones ideológicas en posiciones de poder; va a abrir realmente alternativas concretas. Y el instrumento a través del cual se materializa esta tarea se llama candidato. La Juventud necesita imperiosamente candidatos que interpreten fielmente sus posiciones. Candidatos que, más allá de ganar o perder, cumplan la función de:

- aglutinar toda la fuerza de la Juventud y mejorar su nivel de organización;
- encarnar nuestras posiciones en el debate interno del Partido;
- demostrar que esas posiciones interpretan a vastos sectores del pueblo.

La Juventud puede encontrar su candidato en sus propias filas o entre adultos que han dado pruebas reiteradas de coincidencia con la línea de la Juventud.

Los candidatos militantes de la Juventud deben ser designados en Juntas Provinciales de la JDC o por el Consejo Nacional de la JDC, y en todo caso, ratificados por este último. (En caso contrario, el Consejero de la Juventud en el Consejo del Partido no estará obligado a propiciar ni a apoyar).

Tanto la designación como la ratificación debe ceñirse a tres criterios básicos:

- fidelidad a la línea política de la JDC y capacidad para presentarla;
- garantías de que, eventualmente elegido, la persona será realmente un diputado de la Juventud;
- potencia electoral.

Respecto del segundo criterio pensamos que la Juventud tiene derecho a tomar ciertas precauciones de modo que las personas designadas no usen a la JDC para su propia carrera personal sino que sean realmente diputados a su servicio. Para concretar esta idea, sugerimos que los candidatos deban firmar pública y solemnemente un compromiso mediante el cual se obliguen a respetar cabalmente los acuerdos del Consejo de la JDC en la esfera interna y

parlamentaria, a ponerse a disposición de la Juventud un determinado número de días al mes y a ceder sus dietas a la Juventud (recibiendo de ésta, a su vez, una remuneración que respete su nivel de ingresos anteriores).

En todo caso, las candidaturas de militantes de la JDC deben ser presentadas como expresión de posiciones ideológicas y políticas que rebasen el marco de la Juventud. En ese sentido, los candidatos de la JDC deben preocuparse de no aparecer aislados, para lo cual deben buscar sistemáticamente apoyos adultos, especialmente sindicales y campesinos.

Allí donde un candidato militante de la Juventud puede poner en peligro la chance de un candidato de la misma posición o viceversa, debe buscarse un entendimiento de modo que las posibilidades se concentren en uno solo.

Los candidatos militantes de la JDC —y, en lo posible, también los adultos apoyados por la JDC— tendrán una sola y misma plataforma a través del país acordada en un Consejo Plenario citado especialmente con ese objeto y, si es posible, en una Junta Nacional.

En aquellas circunscripciones en que no sea posible contar con un candidato que interprete la plataforma de la Juventud, habrá que escoger entre aquellos que, estando más cerca de nuestras posiciones, que tienen un mayor respeto por la JDC, le permiten plantear sus ideas en mejores condiciones, y le dan un mayor acceso a sectores populares, especialmente trabajadores. En todo caso, hay que tener claro de que en una situación como ésta la Juventud no puede confundirse con el candidato que no es, para estos efectos, más que el lugar físico de encuentro donde la JDC realiza su propia labor de representar posiciones, entrar en contacto directo con el pueblo y elevar su nivel de organización.

RODRIGO AMBROSIO BRIEVA  
PRESIDENTE NACIONAL DE LA J.D.C.

RA/cba

## CUARTO DOCUMENTO:

### **BORRADOR ACERCA DE 'ALGUNAS CUESTIONES QUE LA EXPERIENCIA REVOLUCIONARIA HA SEÑALADO COMO CONSTANTES Y QUE AYUDAN A LA COMPRENSIÓN INICIAL DE LOS DEBERES Y TAREAS REVOLUCIONARIAS'.**

#### INTRODUCCIÓN

No se puede precisar dónde comienza una revolución y cuándo culmina. No es posible determinar dónde empieza una etapa de la revolución, termina y comienza otra. Esto es así, por cuanto todo el proceso de la revolución, las variables que en ella actúan y se entrecruzan son tan complejas y adquieren formas tan diversas y un grado de velocidad tal, que hace que de objetivos, se transformen en instrumentos, que de condicionantes, pasen a condicionados, de elementos centrales a elementos secundarios, etc.

Claro está que eso no significa que no existan algunos hitos importantes o más determinantes que otros, que nos permitan, al menos para el análisis, hablar de etapas; sobre la base de tareas y características, más o menos diferentes.

Por tanto, en este análisis hablaremos de: la etapa de la conquista del poder, como aquella fase del proceso revolucionario en que todos los esfuerzos están encaminados hacia la conquista del poder político; de la etapa de consolidación del poder revolucionario, como aquella fase del proceso en el cual los esfuerzos se vuelcan a la consolidación y defensa de lo conquistado y la etapa de la construcción revolucionaria, como aquella fase en la cual los esfuerzos se dedican a destruir lo viejo y empezar a levantar la nueva sociedad.

Finalmente, cabe señalar que estas notas no pretenden ser un 'original aporte a la teoría revolucionaria', sino que apenas intentan ser una simplificación y vulgarización de algunas cuestiones que la experiencia revolucionaria ha señalado como constantes, que ayuden a la comprensión inicial de nuestros debates y tareas revolucionarias.

## LA CONQUISTA DEL PODER.

En esta fase del proceso revolucionario todas las tareas revolucionarias (teóricas y prácticas) están destinadas a crear las condiciones que hagan posible la toma del poder. Aquí se trata de analizar correctamente las condiciones y las variantes de la realidad y proyectar sobre esa base las estrategias y tácticas y orgánicamente las organizaciones del pueblo. De ir a la formación, desarrollo y fortalecimiento de la vanguardia, capaz de crear las coyunturas, dirigir con audacia y astucia todo el movimiento revolucionario.

En resumen, se trata de crear las condiciones para el asalto al poder, de aprovecharlas con decisión y precisión.

## LAS CONDICIONES OBJETIVAS:

1. La vulgarización más vulgar (valga la redundancia) nos dice que existen 'condiciones objetivas', al describir la situación de miseria, atraso, ignorancia, etc. de las grandes masas desposeídas. Pero esto no prueba que las condiciones objetivas, para el paso del capitalismo al socialismo, están dadas. Esa afirmación no es más que la descripción o comprobación empírica de una realidad determinada; pero que no sirve para explicar o descubrir si es no posible que de un determinado sistema social pasemos a otro distinto. Y ese dato que se nos da (el de la miseria, atraso, etc.) no es algo nuevo ni cambia substancialmente nada, por cuanto en esa misma situación de miseria encontramos, a lo largo de la historia, a todas las grandes masas que han estado (o están) sometidas a una sociedad clasista; o no era mejor la situación de las masas en la esclavitud o el feudalismo.
2. Ahora bien, existen condiciones objetivas para el cambio social, cuando la sociedad que se pretende cambiar ha desarrollado las características más fundamentales del modo de producción que le es propio, lo cual implica que se ha creado la nueva clase dirigente y, por otra parte, se han creado las contradicciones cuya resolución sólo es posible a partir de un modo de producción diferente.

El modo de producción capitalista, al socializar las

fuerzas productivas, ha creado la clase social de reemplazo; y al mantener las relaciones sociales de producción ha creado la contradicción fundamental que se expresa en el carácter social de la producción y el carácter de apropiación privada de los medios de producción y lo producido.

3. En los comienzos del modo de producción capitalista, no existía contradicción entre las fuerzas productivas, (y) las relaciones sociales de producción ya que, por una parte, las fuerzas productivas no estaban desarrolladas y, por otra, las relaciones capitalistas de producción (apropiación privada de los medios de producción) no se oponían al desarrollo de las fuerzas productivas.

Es decir, la apropiación privada no era contradictoria y, por el contrario, estimulaba un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.

Al introducirse la producción en gran escala, la gran industria, las fuerzas productivas adquieren un gran desarrollo y son socializadas.

Las fuerzas de producción (socializadas) entran en contradicción con las formas de apropiación. Es decir, por una parte, las fuerzas que producen están socializadas y la producción adquiere un carácter social; y, por la otra, los medios de producción, lo producido, son de propiedad privada.

4. Del desarrollo de las fuerzas productivas surge la nueva clase social; de la socialización de ellas nace la característica fundamental que explica por qué esta nueva clase social (la clase obrera) es la clase revolucionaria.

En efecto, en el modo de producción capitalista, la clase obrera es la única clase social que ha sido agrupada y cohesionada bajo una situación común y con intereses comunes.

Por otra parte, sus intereses son antagónicos. Ya que la clase obrera (como clase) no puede aspirar a convertirse en propietaria particular y sólo puede seguir existiendo y desarrollándose mediante la eliminación del actual sistema de apropiación.

## LAS CONDICIONES SUBJETIVAS:

5. El desarrollo de las fuerzas productivas crea la clase social de reemplazo y sus características fundamentales que le definen y por otra parte, crea las condiciones objetivas; pero para que se produzca una situación revolucionaria no bastan las contradicciones y la clase, ya que el desarrollo de las fuerzas productivas no crea otro tipo de contradicciones necesarias para el cambio social. Crea las fundamentales, determina las otras en última instancia, pero no opera mecánicamente poniendo en acción todas las contradicciones del sistema; quienes ponen en funcionamiento todas las contradicciones del sistema son las fuerzas sociales.

Luego, si son las fuerzas sociales las que activan las contradicciones es preciso que la clase obrera (definida así por su situación en el sistema de producción) se convierta en fuerza social.

La clase obrera se convierte en fuerza social cuando adquiere conciencia de clase. Es decir, cuando descubre que sólo aboliendo el actual sistema de apropiación puede desarrollarse plenamente y esto implica que la clase obrera advierte que, dada su ubicación en el modo de producción capitalista (única clase socializada) es la única clase capaz de llevar adelante la lucha de clases, que es la clase que debe encabezar la lucha y de que es posible ganar la lucha.

6. La conciencia de clase no es el fruto de las condiciones objetivas. Es decir, no por el desarrollo de las fuerzas productivas, ni por la ubicación en el modo de producción capitalista (explotador) que la clase obrera adquiere conciencia. Eso determina 'que sea la clase obrera' la que 'puede y debe' adquirir la conciencia (ya que es la clase que no tiene objetivamente ningún interés en la conservación del sistema) pero 'no hace' que la clase obrera sea consciente.

Ahora bien, si la conciencia de clase no es fruto del desarrollo de las fuerzas productivas ¿de dónde 'surge la conciencia'?

La conciencia de clase es 'introducida' en la clase obrera por el Partido de la Revolución. Es el Partido de la

Revolución el que enseña a la clase obrera a distinguir cuáles son sus ‘reales intereses’ de clase. A distinguir entre los ‘intereses inmediatos o espontáneos’ de los ‘intereses reivindicacionistas’ y sus ‘reales intereses’ de clase, aquellos intereses (mediatos o estratégicos) que apuntan a la sustitución del sistema capitalista.

La misión del Partido de la Revolución no es sólo ‘mostrar’ a la clase cuáles son sus verdaderos intereses, sino también su tarea (la del Partido) es ‘mostrar’ el camino. Y esto significa que el Partido de la Revolución tiene la tarea de conducir y orientar (táctica y estratégicamente) la lucha de las masas.

Por otra parte, llevar a la clase obrera de sus intereses inmediatos a la lucha por sus intereses estratégicos. De la lucha económica a la lucha política. Del enfrentamiento parcial, reducido y localista, al enfrentamiento global con toda la clase dominante, es decir, a la lucha de clases.

Por otra parte, la tarea del Partido no se acaba con ‘enseñar’ a la clase obrera cuáles son sus intereses verdaderos, sino que también debe tener la capacidad de saber guiar, dirigir la lucha con inteligencia táctica. Es decir, el Partido ‘debe saber’ calcular dónde y cuándo golpea, cómo opera y agudiza las contradicciones del sistema, cómo ‘sigue enseñando’ a capas más amplias del pueblo, como ‘obliga’ a otras clases o grupos sociales a ‘tomar partido’ por los intereses inmediatos de la clase obrera, etc.

7. Esta gran tarea no puede ser llevada a feliz término con ‘cualquier’ Partido. Se requiere un Partido que reúna características especiales. En primer lugar, debe ser un Partido de clase. Es decir, un Partido cuya composición sea fundamental obrera y básicamente un Partido que ‘defienda’, ‘represente’ y ‘haga suyos’ los ‘puntos de vista’ e ‘intereses’ de la clase obrera (en particular), de las fuerzas sociales revolucionarias (en general).

Un Partido que reúna en su seno una militancia pluri-clasista, o militantes que ‘adopten’ o ‘tomen partido’ por los partidos de las clases antagónicas, naturalmente será un Partido que oscilará y vacilará entre una y otra clase, entre

uno u otro 'interés de clase' y este 'doble juego' a fin de cuentas, sólo sirve a la clase dominante, ya que un Partido de esta naturaleza dada su ambigüedad sólo confunde e induce a errores al pueblo.

En segundo lugar, debe ser un Partido vanguardia. Es decir, en su seno debe militar lo más consciente, esclarecido y disciplinado de la clase obrera, las fuerzas sociales revolucionarias.

El Partido de la Revolución debe ser un destacamento disciplinado, un movimiento de cuadros, en el cual sólo tienen cabida 'los primeros en el sacrificio, los últimos en la recompensa'.

No todos (la gran masa) pueden elevarse a la comprensión de ciertos fenómenos sociales. De ahí entonces que el Partido de la Revolución es el Partido que 'representa' la clase, los intereses de la clase y por tanto no puede ser un partido de 'compadrazgo', donde se hace 'carrera', donde se obtienen 'prebendas'.

El Partido de la Revolución no es un Partido anti-democrático o totalitario. Todos sus militantes tienen (no sólo el derecho) el deber de discutir y contribuir a elaborar su línea política y a elegir sus autoridades. Pero una vez elaborada la línea política y acordada, todos los militantes deben aplicar y ejecutar esa línea.

## LA COYUNTURA REVOLUCIONARIA.

8. Teóricamente, la coyuntura revolucionaria (el instante en que las fuerzas sociales revolucionarias se hallan al asalto definitivo del poder) surge cuando todas las contradicciones del sistema están en acción.

Es decir, cuando no sólo existe la contradicción entre el carácter socialista de la producción y el carácter apropiado de lo producido, sino también cuando esa contradicción económica se ha trasladado a las otras estructuras de la sociedad; y por tanto actúan contradicciones en la estructura político-jurídica, en la estructura ideológica y fundamentalmente entre estructuras. Es decir, contradicciones entre las instituciones políticas (estructuras



jurídico-políticas) y las instituciones religiosas (estructura ideológica), por ejemplo.

Ahora bien, la contradicción fundamental y que en ‘última instancia determina’ es la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción; pero, sin duda, que la contradicción principal (en la coyuntura revolucionaria) es la que se da en la estructura política expresada en el enfrentamiento de las fuerzas revolucionarias, por un lado, y las fuerzas conservadoras, por el otro.

El interés estratégico de las fuerzas conservadoras es mantener el sistema de dominación.

El resorte fundamental sobre el que se sostiene su condición de clase dominante es la de apropiación particular de los medios de producción. Sobre esa base monta todo su aparato jurídico-político e ideológico de dominación.

Para ella, sus objetivos estratégicos son: en primer lugar, evitar que las fuerzas sociales se polaricen, es decir, evitar el enfrentamiento con las fuerzas revolucionarias; y, en segundo lugar, si el enfrentamiento se produce, disponer de un aparato represivo capaz de someter por la violencia a las fuerzas revolucionarias.

9. La clase dominante usa de todos los instrumentos y de todas las cosas a su alcance que le sirvan a sus intereses. Sólo aquellas cosas que no le son útiles para mantener su dominación, la clase dominante desecha.

Su primer objetivo es evitar que las clases explotadas lleguen a convertirse en fuerza social revolucionaria.

Para ello buscan impedir que las clases explotadas se organicen. Cuando no pueden impedirlo tratan de dividir o reducir las organizaciones del pueblo: cuando no logran dividir, centran todo su esfuerzo en desfigurar el papel (o la misión) que las organizaciones del pueblo deben cumplir. Así pues, las clases dominantes son enemigas furibundas de las organizaciones populares (en un primer momento), y cuando el empuje del pueblo puede más que los intentos de la burguesía por destruir sus organizaciones, ésta (la burguesía) ‘cambia de piel’, se ‘disfraza de cordero’ y se

convierte en la mejor amiga de las organizaciones populares, y esta ‘amiga fraterna’ empieza a dar consejos al pueblo acerca de cómo debe guiar sus organizaciones; y claro está, que el primer consejo es decirle que no deben (las organizaciones populares) plantearse la sustitución del capitalismo, que no deben hacer de sus luchas una lucha de clases, que no deben poner su vista en el enfrentamiento global con todo el sistema, que ellas no deben plantearse la posibilidad de conquistar un gobierno popular, etc. Naturalmente, la burguesía no lo dice con estas palabras, busca un florido juego verbal que en resumen significan: “que vuestras organizaciones sólo se deben preocupar de luchar por mejores salarios, por mejores condiciones de vida, sin atentar contra el sistema. Mientras Uds. hagan eso, nosotros procuraremos satisfacer esas demandas e incluso estamos dispuesto a ponerlo en las leyes”.

Es decir, la burguesía frente a las organizaciones del pueblo juega su última carta tratando de despolitizarlas, de reducir su campo de acción y su perspectiva de evitar que el pueblo enjuicie el sistema y luche por su reemplazo.

En lo político e ideológico, la burguesía apuesta a varios naipes, y juega varios juegos. Aquí también el objetivo es el mismo. Se trata de evitar que lo revolucionario ‘tome vuelo’ y se convierta en una fuerza social antagónica al sistema.

Los instrumentos son los mismos: impedir la organización de vanguardias revolucionarias, dividir las, desfigurar sus objetivos e ideología. ¿Los métodos de la burguesía? Todos los que le sirvan. La burguesía no tiene ‘complejos morales’ acerca de los métodos. Maquiavelo (el fin justifica los medios) queda reducido a un niño de pecho ante el refinamiento metodológico de la burguesía. Es decir, la burguesía ha seguido la enseñanza al pie de la letra y en la práctica lo ha aplicado con una astucia infinita.

Para la burguesía, todo está permitido si de alcanzar su fin (mantener el sistema de dominación) se trata. De la mentira a la infamia. Del insulto a la agresión. De la tergiversación a la calumnia. Del engaño a la represión. De

la hipocresía al cinismo.

Naturalmente que la burguesía no lo dice. Ella se presenta como la gran defensora de los valores morales, de la rectitud, de la honestidad, de la inocencia. En resumen, puritanismo y rectitud de palabra, y deshonestidad de hecho.

Para muestra un botón: la burguesía y su portavoz 'El Mercurio' se autodefinen como los grandes campeones de las buenas costumbres y la moralidad. Pero en los hechos nada dicen y, por el contrario, amparan la prostitución; especialmente, cuando este 'negocio' deja suculentas ganancias a más de algún 'ilustre', 'recto' y 'notable' ciudadano.

Pues bien, el objetivo de la burguesía es desfigurar las ideas del movimiento revolucionario y desprestigiar sus organizaciones tras el intento de: o convertirlo todo en algo inofensivo o neutro o bien evitar que estas ideas y este movimiento alcancen gravitación social y se conviertan en una poderosa fuerza capaz de derribar el sistema.

10. Pero la burguesía por sí sola no es capaz de detener el empuje del pueblo y la fuerza de las ideas revolucionarias. Necesita de un instrumento que 'aparezca colocado' por 'sobre las clases', que 'representa a toda la sociedad' y que, de ser manejado por ella, le garantiza la mantención del orden, del status y, en definitiva, su dominación sobre el resto de la sociedad.

Ese instrumento es el Estado. El Estado no está en el origen de la humanidad. El Estado surge cuando la sociedad se divide en clases, y surge como un instrumento de la clase dominante. En cada período histórico, el Estado es transformado de acuerdo a los intereses de la clase dominante respectiva y sirve a los intereses estratégicos de esa clase. Por tanto, el Estado no es un órgano por sobre la sociedad y las clases, 'colocado al margen del conflicto de clases', sino que tiene una naturaleza de clase, ya que obedece a los intereses de la clase dominante.

AHORA BIEN, es preciso no confundir Estado con gobierno (o forma de gobierno). Las características fundamentales del Estado dependen de su naturaleza de clase

y sólo varían cuando la clase es desplazada por otra. En cambio, las características fundamentales de un gobierno pueden variar (sin cambiar la naturaleza del Estado) sin que cambie la clase dominante en la sociedad. Así pues, siendo la clase capitalista la dominante y existiendo, por tanto, un Estado capitalista que sirve esos intereses, se pueden dar formas de gobierno distintas: desde la monarquía a la república, de la monarquía constitucional a la dictadura militar, etc.

La misión fundamental del Estado, en una sociedad de clases, es mantener la dominación de las clases explotadoras sobre las explotadas.

Esta tarea la cumple el Estado a través de sus múltiples aparatos u organismos. Por una parte, está todo el aparato educacional a través del cual el Estado enseña y difunde todos los valores y la ideología de la clase dominante. Por otra, está todo el aparato jurídico, por intermedio del cual el Estado crea y aplica las leyes y la justicia de acuerdo a los intereses de la clase dominante.

Pero la función más importante del Estado es la tarea represiva. Es decir, cuando la clase dominante ve en peligro su sistema de dominación recurre al aparato represivo del Estado para legitimar por la violencia su dominio sobre las otras clases.

Es en esta cuestión donde el Estado muestra nítidamente su naturaleza de clase y lo esencial de su misión. Las fuerzas armadas, los destacamentos especiales de represión, en fin, todo el aparato represivo del Estado, son usados en defensa del orden, en defensa de los intereses de la clase dominante, los capitalistas.

No existe un solo ejemplo en la historia en el cual las clases dominantes no hayan recurrido a las armas, a la violencia para mantener su dominación.

## LA CONSOLIDACIÓN DE LA REVOLUCIÓN:

El desarrollo y agudización de todas las contradicciones del sistema, conlleva el enfrentamiento de clases antagónicas. El enfrentamiento se produce en todos los planos, con todos los medios

que cada clase tiene a su alcance.

Pero el enfrentamiento principal, donde se expresa con mayor nitidez y violencia la lucha de clases, está ubicado en el frente político expresado en la lucha por el poder político.

La lucha está entablada por el control del aparato del Estado. Es el Estado, el órgano o instrumento fundamental del poder político.

La burguesía lucha por mantener en sus manos el Estado; y una de sus mejores armas es el aparato represivo que 'su Estado' le proporciona.

Por su parte, el proletariado lucha por conquistar el instrumento fundamental de la dominación de la burguesía: el aparato estatal, la llave maestra del poder político.

En resumen, podemos decir:

- a) La coyuntura revolucionaria está dada cuando están en acción todas las contradicciones del sistema.
- b) El instrumento fundamental, de dominación, de la burguesía es el Estado.
- c) Lo fundamental de la lucha de clases se expresa en la lucha por el Poder Político y por el control del Estado, llave del Poder Político.

11. Una vez que las clases revolucionarias han conquistado el poder, se les plantea dos problemas. Por una parte, defender lo conquistado. Consolidar el poder revolucionario. Impedir una vuelta a tras, es decir, desbaratar los intentos de las clases conservadoras por la reconquista del poder. Por otra parte, comenzar a construir la nueva sociedad.

Ahora bien, la única garantía de que el poder revolucionario se consolide y no sea derrocado por la contrarrevolución está dada por el control que del aparato estatal entra a tener el poder del pueblo.

Es decir, sólo si el Estado cambia su naturaleza de clases; y de instrumento de dominación de la burguesía se convierte en instrumento al servicio de los intereses de las clases populares y por tanto, en el instrumento con el cual se impide que la burguesía pretenda reconquistar el poder.

De ahí entonces que a las fuerzas revolucionarias no les basta con ganar un gobierno (recordar la diferencia entre gobierno y estado), necesita ir más allá; necesita ganar el Estado.

Esta diferencia es importante, por cuanto las fuerzas revolucionarias pueden ganar un gobierno y detenerse ahí sin ir al cambio de naturaleza del Estado. Este acto le permite a las fuerzas revolucionarias designar intendentes, gobernadores, etc.; poner gente leal, revolucionaria en la administración pública, etc. Pero tanto en la forma como en el fondo el carácter burgués del Estado se mantiene.

Las fuerzas revolucionarias necesitan ir más allá que una mera redistribución de cargos administrativos y burocráticos; deben ir a conquistar el Estado, al asalto de todo el aparato estatal, al cambio radical del carácter, la naturaleza de clase del Estado, para convertirlo en instrumento. Este hecho (cambio naturaleza) se expresa en un acto único y global mediante el cual el pueblo, las fuerzas revolucionarias destruyen el aparato de dominación de la burguesía y construyen su propio aparato. Es decir, el pueblo crea su ejército, crea sus leyes, aplica su justicia, crea sus propios cuerpos policiales, etc.

En definitiva, el instrumento que a la burguesía le permite regular la sociedad, mantener su orden, etc., se convierte en un instrumento que le permite al pueblo establecer su orden, regular la sociedad de acuerdo a sus intereses.

## LA CONSTRUCCIÓN REVOLUCIONARIA:

El pueblo ha conquistado el poder político, se ha visto obligado a centrar sus esfuerzos en la defensa de lo conquistado, a consolidar su poder.

Se plantea ahora el problema de la construcción revolucionaria. De construir lo nuevo sobre los escombros de lo viejo.

Las formas concretas que adquiere el desarrollo de la sociedad, en el período de transición, no es posible determinar previamente con exactitud. Sólo podemos configurar los rasgos generales, la orientación que tendrá el proceso, a partir de ciertas condiciones, que son las que le confieren las características fundamentales y esas condiciones son: por una parte, los objetivos que cumple o alcanza o pretende alcanzar la revolución y básicamente el contenido de clases de la revolución.

12. Así pues, el carácter de la revolución (o el tipo) está determinado básicamente (y en última instancia) por el

contenido de clase.

El contenido de clase de una revolución está referido:

- a) Las clases que participan en el proceso revolucionario.
- b) A la clase que encabeza, que es dirigente o está a la vanguardia del proceso revolucionario.

En segundo lugar, el carácter de la revolución está determinado por los objetivos que cumple. Por regla general, los objetivos de la revolución son determinados por la(s) clase(s), aún cuando esto no es una ley absoluta.

Ahora bien, para mejor comprensión, ejemplifiquemos:

<u>CLASES QUE PARTICIPAN</u>	<u>OBJETIVOS</u>
<u>CARÁCTER O TIPO DE REVOL.</u>	
1. <u>Burguesía</u> obrero- campesinado	Desarrollo del capitalismo
Revolución Democrático-burguesa	
2. <u>Obrera campesino</u> -pequeño burgués	Desarrollo no capitalista
Revolución democrática de obreros	
	Democrático
antimonopóli y campesinos.	
3. <u>Obrero</u> campesina pequeñoburguesa	Anticapitalista
Revolución socialista	
4. <u>Obrera</u> campesino pequeño burgués	
burguesía nacional.	

Lo que está subrayado equivale a la clase dirigente o vanguardia.

En el número cuatro surge una cuestión importante, válida para cualquier tipo de revolución y es que la continuidad de una revolución no socialista está asegurada

- a) por la alianza obrero-campesina y por la hegemonía de esta alianza sobre las otras clases, y
- b) por la hegemonía, en cualquier caso, de la clase obrera.

## QUINTO DOCUMENTO:

### BORRADOR DE **‘LAS TRES ESTRATEGIAS PARA EL MOVIMIENTO POPULAR’.**

#### I. LA ESTRATEGIA ‘FRENTEPOPULISTA’.

1. En Chile, después de un período de gran ebullición social derivada de la crisis de los años 30, se dieron condiciones muy propicias para crear un Frente Popular de gran carga antioligárquica que reuniera todo el caudal político del Partido Radical, partido de las capas medias en ascenso, y de los Partidos Socialista y Comunista entonces de reciente data.

El nombre de ‘Frente Popular’ obedecía a la consigna lanzada en esa época por la III Internacional (Comunista) para enfrentar el peligro fascista emergente con frentes amplios, que reunieran a todas las fuerzas democráticas y progresistas.

2. El marco internacional de esa época no dejó de pesar en el Frente Popular chileno. En primer lugar, desviando gran parte de la preocupación y la energía políticas hacia la toma de posiciones en el plano internacional; en segundo lugar, impidiéndose plantear cualquier cuestión pendiente con los norteamericanos, en ese momento aliados contra el fascismo.

3. En lo interno hubo sólo una política de ‘mantención’. Se quiso conservar el apoyo de los gremios mediante una política de reajustes salariales de corte redistributivo, que en un contexto de inflación acelerada no podía tener ninguna significación efectiva. En cambio, no hubo ni siquiera el intento de una reforma agraria que, aparte de incorporar al Frente Popular a la masa campesina que en ese entonces constituía el 50% de los trabajadores del país, hubiere radicalizado el Frente e impedido toda cooptación de los radicales por la derecha económica.

Lo que se ha llamado la ‘gran obra’ de este período, la creación de la CORFO, no pasó de ser una agencia estatal destinada a proyectar y levantar un sector capitalista de Estado, es decir, una infraestructura industrial al servicio de la expansión de la burguesía chilena.



4. En el año 1960 una conferencia de 81 partidos comunistas realizada en Moscú, relanza la consigna de los frentes amplios, pero en un contexto internacional absolutamente cambiado.

En efecto, allí se toma nota de las vigorosas luchas de liberación nacional que desde el fin de la segunda guerra han creado en Asia y África 40 nuevos Estados nacionales y en América Latina una revolución socialista victoriosa que estimula poderosamente la lucha en este continente. “Un nuevo período histórico se ha abierto en la vida de la humanidad”.

Los exitosos movimientos de liberación constituyen en la declaración final de esa conferencia un fenómeno delante del cual sólo se sitúa la formación del sistema socialista mundial.

5. ¿Qué problemas se plantean a estos países una vez conquistada la independencia nacional?

Primero, consolidar esa independencia política poniendo atajo a todas las nuevas formas de dominación imperialista: monopolios extranjeros invulnerables, ayuda económica condicionada, compromiso en bloques militares, azuzamiento de los separatismos regionales y las dictaduras militares, etc.

Segundo, liquidar mediante profundas reformas agrarias los ‘vestigios y sobrevivencias del feudalismo’ que ‘frenan el desarrollo de las nuevas fuerzas productivas en la agricultura y en la industria’.

6. Estas tareas son consideradas ‘tareas democráticas, que interesan al conjunto de la nación’ y que ‘constituyen el terreno sobre el cual pueden unirse y se unen efectivamente las fuerzas progresistas de la nación’.

En efecto, para combatir el imperialismo y el feudalismo se propone un ‘frente nacional y democrático unido’ que reúna a ‘todas las fuerzas patrióticas de la nación’ o ‘todas las fuerzas de progreso’, y sea capaz de generar un ‘Estado de democracia nacional’.

En ese frente y en ese Estado ‘la burguesía nacional de los países coloniales y dependientes está objetivamente interesada en el cumplimiento de las tareas esenciales de la revolución antiimperialista y antifeudal’.

7. El XII Congreso del PC chileno en 1962 reformula su programa exactamente en estos términos. En efecto, allí se dice que ‘la lucha por la democracia es inseparable de la lucha contra los monopolios imperialistas y las oligarquías terratenientes y financiera’, que ‘las

transformaciones planteadas en nuestro país... corresponden a las tareas de una revolución popular, democrática, antiimperialista, antifeudal, antimonopolista, de liberación nacional y social', y que 'en torno a estas tareas propiciamos la coalición de todas las fuerzas progresistas y patrióticas antiimperialistas y antioligárquicas'.

8.El término antimonopolista no aparece en el documento de los 81 partidos de 1960 y supone un intento por parte del PC chileno de definir a la 'burguesía nacional ligada a los medios imperialistas' de aquel documento concretamente como burguesía monopólica.

9.En el XIII Congreso en 1965, recién pasada la elección presidencial, esta estrategia se precisa con nombre y apellido: 'se debe ir abriendo paso a la unidad de acción de todas las fuerzas populares y progresistas que están con la oposición o con el gobierno en contra de las fuerzas reaccionarias que hay en el gobierno y en la oposición. En otros términos, es factible avanzar sobre el terreno de la unidad del FRAP, del PADENA y de los demócrata cristianos y radicales antiderechistas en contra del imperialismo y la oligarquía, en contra del sector más reaccionario, compuesto por conservadores, liberales, radicales de derecha y demócrata cristianos de derecha' (Luis Corvalán).

10.Paralelamente, los comunistas han hecho suya la tesis del 'gobierno pluripartidista' y han dado cada vez más importancia a la nueva concepción del Estado. La superación del esquema de partido único hecha por los partidos comunistas francés e italiano mediante la elaboración del pluripartidismo y los enfoques constitucionales del partido francés en su lucha contra el 'poder personal' de la V República han sido muy bien aprovechados por el PC chileno.

11.El 'pluripartidismo' se ofrece como una garantía a los eventuales aliados, pues éstos no van a participar en la generación del gobierno si luego no tienen asegurado su puesto en él. El programa del año 1962 dice que 'incluso en la etapa de la construcción del socialismo, dadas las peculiaridades chilenas, el gobierno podrá seguir estando constituido por varios partidos y no por uno solo'.

Respecto de la concepción del Estado todo se orienta a evitar que 'el Presidente de la República sea el único mandamás'. Esto robusteciendo vigorosamente el poder del Parlamento y haciendo que la clase obrera tenga en los diversos órganos de la administración los representantes que por la importancia que ha

alcanzado le corresponden.

El Parlamento sería el lugar concreto donde se materializaría el pluripartidismo. En este sentido ‘parlamentarismo’ y ‘pluripartidismo’ son tesis complementarias.

(En el original falta el número 12)

13. Muchos al analizar esta tesis han pretendido asimilarla al Frente Popular de 1938.

Pensamos que esa es una conclusión superficial. La importancia y autonomía adquirida por la clase trabajadora y los partidos de izquierda en estos treinta años han cambiado significativamente la correlación de fuerzas de modo que es posible hoy un frente amplio donde la clase trabajadora ejerza una efectiva hegemonía.

14. Nosotros pensamos, sin embargo, que la manera concreta, como los comunistas chilenos conciben ese frente amplio, sin pretender ser un ‘Frente Popular’, conduce en la práctica a una situación ‘frentepopulista’.

15. Decimos ésto porque en la actual situación nacional y continental un programa de ‘liberación nacional antiimperialista, antifeudal y democrático’ resulta absolutamente intolerable para las burguesías nacionales y para el imperialismo norteamericano (caso Goulart en Brasil, caso Bosch en Santo Domingo) y conduce inevitablemente a un enfrentamiento agudo con estas fuerzas. Ahora bien, una coalición antiimperialista concebida y gestada exclusivamente entre partidos y directivas políticas es incapaz de movilizar profundamente al pueblo y de asegurarle una dirección política consecuentemente revolucionaria. En otras palabras, un ‘frente de liberación nacional’ concebido sólo como un zurcido japonés de ‘partidos, tendencias, corrientes y personalidades’ del escenario político precipita a un enfrentamiento en el que es, por definición, incapaz de vencer.

16. Cuando hablamos de ‘una coalición gestada exclusivamente entre partidos y directivas’ no pretendemos disminuir ni desconocer el papel de los partidos políticos. No puede haber unidad al margen de los partidos del pueblo. Más aún, la dirección y responsabilidad final está en ellos. Pero no debemos tampoco subestimar las deficiencias y limitaciones concretas que hoy se presentan; sobre todo, no podemos dejar de considerar lo que en estos años está surgiendo en el campo popular al margen de los aparatos partidarios.

Si la unidad es manejada exclusivamente a través de estos

aparatos la única manera de embarcar a la gran masa popular es un programa que le ofrezca mayores expectativas de consumo, o sea, como masa consumidora, pasivamente.

17. ¿A qué queda reducida la hegemonía proletaria? A su expresión más raquílica: la 'unidad socialista-comunista'. Es decir, a un grupo de partidos que son otros tantos entre muchos, pero con menos recursos y posibilidades en el sistema. Y sin una robusta hegemonía proletaria los sectores reformistas se hacen correlativamente más fuertes y activan, a su vez, a las fuerzas reformistas latentes en los partidos comunista y socialista.

18. Así nos encontramos a poco andar con que el dilema de ese gobierno sería el mismo del Frente Popular: o arriar las banderas o dejarse barrer. Generalmente se opta por lo primero. Así fue concretamente en el Frente Popular. Pero, pongámonos en el mejor de los casos, la hipótesis heroica. ¿Qué respaldo popular activo tendría ese Gobierno para darse una política internacional independiente, firme, sin vacilación ni oportunismo? ¿Qué respaldo popular activo tendría ese Gobierno para hacer frente con éxito a los obstáculos internos y externos y eventualmente militares de que hablábamos al comienzo?

19. En resumen, los comunistas plantean una estrategia que en la práctica lleva a un 'Frente Popular' y es hoy día incapaz de realizar sus objetivos reformistas; después de un 'Frente Popular' no se seguiría una etapa más avanzada, sino el grave retroceso que puede derivarse de un enfrentamiento mal planteado.

Nosotros no rechazamos el 'Frente Popular' y cualquiera de sus variantes por el gusto de saltarnos una etapa, sino porque esa etapa objetivamente ya no existe, si alguna vez existió.

## II. LA ESTRATEGIA 'GUERRILLERISTA'.

1. El 'guerrillerismo' parte de la nueva situación política continental caracterizada, después de la revolución cubana, del fracaso de la Alianza por el Progreso y la invasión a Santo Domingo, por el apareamiento de una estructura represivo-militar supranacional cada vez más formalizada que, inspirada en la teoría de las 'fronteras ideológicas' pretende repartir zonas de influencia, entre algunas potencias latinoamericanas administradas por 'gorilas' (Argentina, Brasil), pero finalmente, nutrida, coordinada y comandada por las

FFAA norteamericanas.

2.El 'guerrillerismo', por otra parte, considera que el sistema político tradicional es una trampa de punta a punta, y que en consecuencia todas las luchas, que al interior de él pueden ser libradas (lucha reivindicativa, lucha electoral, lucha ideológica, etc.) no hacen más que empantanar el impulso revolucionario del proletariado. Cada vez que esas luchas desbordan o amenazan son violentamente reprimidas por el sistema.

3.Se trata entonces para ellos de situarse 'fuera del sistema' y producir sucesivas confrontaciones armadas con él, a través de las cuales el núcleo armado vaya forjando el Ejército Popular y el Partido revolucionario, creando en las masas una nueva conciencia política.

4.Las variantes de táctica militar pueden ser muchas, lo importante es que la lucha armada pondría en movimiento a las masas y se transformaría efectivamente en una expresión de las luchas de clases, hasta que el Ejército popular fuese capaz de vencer al Ejército burgués.

5.Quebrar al Ejército burgués es quebrar la espina dorsal del Estado burgués. Por eso, luego de la victoria se organizaría un Estado de obreros y campesinos que, bajo la dirección del Partido revolucionario, iniciará la construcción del socialismo.

6.Esta concepción estratégica, tiene el mérito de no eludir la verdadera naturaleza de la nueva coyuntura latinoamericana, y de ver con realismo las limitaciones de la izquierda tradicional y de su incapacidad para enfrentar las situaciones de esta etapa, y seguir un severo proceso a los métodos tradicionales de lucha.

7.Sin embargo, la concepción 'guerrillista' comete, al mismo tiempo, un grave error de apreciación histórica. En efecto, se minimiza toda la historia de la clase obrera chilena. Esta, según su esquema, pareciera no haber tenido autonomía, no haber conquistado efectivamente nada, su juego habría sido jugado por la burguesía a pesar de las apariencias.

8.Eso explica un cierto 'mesianismo' de los grupos guerrillistas, su menosprecio por las luchas concretas que las masas están librando hoy, su dificultad para partir del nivel de conciencia que actualmente ellas tienen y para hacerse comprender en su lenguaje, la frecuencia con que estos grupos se chocan con organizaciones sindicales y

políticas auténticamente proletarias a las que llegan a considerar 'obstáculos' a la revolución... todo lo cual no hace sino reafirmar su mesianismo: 'la revolución comienza cuando nosotros llegamos'.

9. Pero esta ignorancia tiene consecuencias más graves, pues lleva a tener una visión simplista y unilateral del sistema político chileno. No hay duda que este es un sistema en lo esencial construido por las clases dominantes y subordinado a sus necesidades de dominación. Pero históricamente no es el proyecto puro de las clases dominantes; es la resultante concreta de una lucha de clases realizada en torno y dentro de él. Mientras en muchos países latinoamericanos el sistema político es un coto reservado al juego de las diversas fracciones de la clase dominante, en Chile es una manifestación de la correlación de fuerzas de las diversas clases. La evolución de nuestro sistema político acusa de manera bastante nítida el impacto de la emergencia y de las luchas de la clase trabajadora. Ella no comprendería una estrategia dogmática que la llevara a renunciar a instrumentos que tanta lucha costó conquistar.

10. Esto se ha manifestado en un rechazo abstracto de las elecciones en sí, al margen de todo análisis concreto del sistema político de Chile, de la coyuntura política actual y de la necesaria complementación que, en todo caso, debería acompañar a una abstención con sentido revolucionario.

Se ha manifestado también en un cierto desprecio por algunas formas de la conciencia y de la acción de los sindicatos, que rápidamente se tratan de 'economicistas' (desprecio típico de la pequeña burguesía revolucionaria, para quien la revolución, más que una necesidad material, es una idea moral). Pero, por sobre todo, en su absoluta no percepción de las perspectivas que el movimiento sindical ha ido creando dentro del sistema: experiencias de pliegos concertados desde hace casi 10 años, nacimiento de los primeros sindicatos únicos nacionales, incorporación del proletariado rural, vinculación cada vez más sólida entre trabajadores manuales y no manuales, etc.

11. Todo lo anterior lleva a los grupos guerrilleros, a negar la vigencia de clase del sistema político chileno y a sustituirlo por el proceso de desarrollo de la guerrilla, que representaría el nacimiento de una verdadera expresión política de clases. Esto que puede ser válido para muchos países latinoamericanos, ciertamente no

responde a la historia de nuestra clase obrera. Aquí todo pasó a formas superiores de lucha. (Falta una parte en el original) se hará a partir de lo ya ganado. La clase obrera chilena no está en el punto cero; su historia no ha sido vana.

12. Hasta ahora los grupos 'guerrilleros' no han pasado la etapa puramente verbal de la propaganda. Pero puede suponerse que si ellos se colocan efectivamente 'fuera del sistema' como lo anuncian, sin preocuparse del desarrollo complejo de las contradicciones del sistema y de las luchas que las masas libran en él, lo único que lograrán será terminar de aislarse definitivamente de las masas. En un país como el nuestro cualquier lucha armada, por heroica y socialista que sea, no es necesariamente expresión objetiva de la lucha de la clase trabajadora. Puede serlo sólo si la clase ha exacerbado sus luchas en el sistema, ha topado fondo en sucesivas etapas y métodos, y percibe como clase que la lucha armada ha llegado a ser su único camino. Pero aislado de las masas, es más fácil ser aniquilado sin pena ni gloria que pasar la lucha a otro nivel...

13. Aislado y aniquilado, el grupo 'guerrillero' no ha logrado 'exorcizar' su pertenencia al sistema. El sistema lo ha digerido e institucionalizado: los aparatos de represión se fortalecen, la ideología represiva se refina. Es el último servicio del guerrillerismo al sistema.

### III. LA ESTRATEGIA DEL FRENTE REVOLUCIONARIO.

1. La estrategia del Frente Revolucionario parte de los siguientes supuestos:

- a) de que un proceso verdaderamente revolucionario sólo puede hacer frente a los gigantescos poderes de la contrarrevolución si logra producir la más amplia unidad de las clases y capas explotadas;
- b) de que esa unidad sólo puede tener una dirección consecuente y revolucionaria si su columna vertebral está constituida por la clase trabajadora de la ciudad y del campo, que es el sector más consciente y mejor organizado del pueblo explotado;
- c) de que sólo en un clima de intensa activación de las luchas de la clase trabajadora es posible que los explotados vean

naturalmente en el Frente la continuación en un plano superior de sus propias luchas inmediatas y se incorporen a él de manera activa y militante; y,

- d) de que sólo en un contexto social de aguda lucha de clases los partidos más ligados a la clase trabajadora pueden prevalecer efectivamente en una unidad popular y asegurar una dirección revolucionaria.

2. Nada se saca reduciendo la unidad del pueblo a un puro zurcido de partidos y tendencias progresistas porque en ese caso la clase trabajadora y demás capas explotadas permanecen de espectadores y los partidos que pretenden representar a la clase trabajadora quedan aislados de su fuerza vital. La unidad que ahí puede resultar es congénitamente débil: aparatos partidarios mal pegados, sin una masa popular compacta y activa detrás, dirección vacilante y oportunista...

3. Por eso los que queremos el Frente Revolucionario no empezamos con las clásicas tratativas entre directivas sino poniendo en marcha los motores de la lucha social y acelerándolos a fondo. Sólo cuando ya están en marcha y su ruido se hace ensordecedor la unidad, nacida desde la base como un imperativo concreto de la lucha social, puede pasar a nivel político sin riesgo de que se distorsione.

4. No pretendemos disminuir la importancia de los partidos políticos. Son y seguirán siendo instrumentos principales. Ellos tienen la responsabilidad final en la formación y dirección de un Frente Revolucionario. Pero se trata de que la clase trabajadora lo cerque, los urja, los presione, como es su deber de clase. Así se minimizan los riesgos de oportunismo o sectarismo que afloran constantemente como 'enfermedades profesionales' de la política.

El Frente Revolucionario implica invertir la manera tradicional de relacionar partido político y movimiento social. Efectivamente siempre el partido político ha considerado al movimiento social como un instrumento a su servicio, como un carro más que se agrega a la cola. En la estrategia del Frente Revolucionario se trata de que los partidos que se pretenden populares sean instrumentalizados por la clase trabajadora y puestos a prueba en su lucha.

5. Nosotros señalamos cinco grandes tareas a través de las cuales se cubre la etapa de desplegar toda la energía de combate de la clase trabajadora. Ellas son:



- a) asegurar la unidad de la CUT;
- b) robustecer la influencia creciente de la CUT entre los trabajadores no manuales;
- c) generalizar los pliegos simultáneos y parar sindicatos nacionales únicos por rama;
- d) ir a la formación de un gran frente campesino unitario; y,
- e) hacer pesar el movimiento estudiantil como fuerza social aliada de la clase trabajadora.

En las dos primeras tareas se avanzó ya bastante durante 1968, así que la pólvora nueva tiene que venir de las otras tres.

6. Los sindicatos nacionales únicos por rama y su anticipo práctico, los pliegos simultáneos, significan incorporar a una enorme masa proletaria de las pequeñas industrias y talleres, con sindicatos sin poder o sin sindicatos, a una verdadera perspectiva de clase con posibilidades de conciencia y de lucha acrecentadas por su ligazón, en un mismo sindicato, con los sectores más avanzados y fuertes del proletariado.

7. Un frente campesino unitario que vaya uniendo en la práctica el potencial de las tres confederaciones nacionales de asalariados agrícolas y vaya acoplando a ellas a los trabajadores de asentamientos, al movimiento cooperativo campesino, a los minifundistas y comuneros, etc., puede tener una importancia decisiva en el arranque del motor por el factor dinamizador que pueden representar 500.000 asalariados del campo que se incorporen en un período breve a la lucha de su clase.

(En el original, última línea, luego de las palabras “período breve”, viene la construcción verbal “se incorporan”; parece ser un evidente error de carácter tipográfico de quien transcribió el documento.)

8. El movimiento estudiantil puede hacer un aporte importante, aunque no decisivo, si es capaz de darse una Unión Nacional de Estudiantes que, generada desde la base, sea la expresión ideológico-política del estudiantado como fuerza social revolucionaria, más allá de los problemas gremiales o académicos propios de cada universidad.

9. Estas cinco tareas tienen que irse tejiendo entre sí, por arriba y por abajo. En torno a conflictos locales concretos hay que ir produciendo cordones de solidaridad más y más estabilizados, que vayan siendo la

prefiguración práctica de un poder popular, nacido desde la base, opuesto al poder burgués y crecido en su combate. Ahí tiene que nacer una coordinación concreta de las luchas de obreros, campesinos y estudiantes que les de una nueva envergadura y un nuevo horizonte.

Nosotros concebimos la toma del poder como la culminación natural de un proceso ascendente de organización y de lucha. Sin ese enfrentamiento en todos los planos con la clase dominante la toma del poder seguirá siendo un asunto distante, manejado a su amaño por los partidos, y en que el pueblo es meramente utilizado por los especialistas en 'toma del poder'.

10. Integrarán el Frente Revolucionario todos aquellos partidos que se hayan mostrado capaces en la práctica de echar a andar las tareas enunciadas para ponerse al servicio de la lucha popular. Nadie está excluido de antemano; pero nadie tampoco está eximido de esta prueba de fuego. Las mismas exigencias de la clase trabajadora y la dinámica de su lucha obligará a los partidos a adecuarse, a superar sus contradicciones e insuficiencias, a resolver sus problemas pendientes.

11. El PDC ha llegado a tener una inmensa significación social, importante entre los trabajadores urbanos y singularmente decisiva en los frentes campesinos y estudiantil. Sin esas fuerzas no puede haber Frente Revolucionario.

Por otro lado, esas fuerzas sociales no podrán ya a esta altura ser embarcadas en estrategias aislacionistas, populistas o reformistas, y si el PDC se empeñara en ellas su base social lo dejaría en la estacada y en el aislamiento perdería toda significación popular.

Si el Partido quiere jugar, pues, un papel en la gestación de la revolución chilena y desea interpretar de la manera más auténtica las exigencias de su base social no tiene más camino que el Frente Revolucionario.

Pero el PDC no tiene su lugar asegurado en el Frente Revolucionario. Tiene que ganárselo igual que cualquier otro partido en la lucha. Es sumergiéndose en una lucha que el Partido botará su lastre derechista, se decantará definitivamente y podrá convertirse en una herramienta política clave en un Frente para la Revolución chilena.



## SEXTO DOCUMENTO:

### TEXTO DEL PROGRAMA APROBADO EN EL PRIMER CONGRESO DEL MAPU:

#### **‘PROGRAMA DEL PRIMER CONGRESO’**

(Realizado en Noviembre de 1970)

1. La instalación del gobierno de la UP abre una perspectiva absolutamente nueva en el desarrollo de la lucha de nuestro pueblo. Una gran alianza de la clase obrera, de los campesinos, las capas medias asalariadas y la pequeña y mediana burguesía, se dispone a impulsar desde el Gobierno un conjunto de tareas de Liberación Nacional, de profundización de la Democracia y de iniciación de Socialismo.

Este proceso es el eje de un poderoso ascenso revolucionario de las masas del sur del Continente, que hermana particularmente a los gobiernos del Perú, Bolivia y Chile en la lucha por su definitiva Independencia. El impacto de esta ofensiva revolucionaria es sólo comparable a la que tuvo en los años sesenta la victoriosa Revolución Cubana.

Por eso el MAPU, en estos días de fiesta y victoria, ha querido hacer un alto y entrar en esta nueva fase histórica absolutamente consciente de sus perspectivas.

2. La victoria de septiembre ha sido posible porque la Unidad Popular fue capaz de expresar, en el nivel político, el alto grado de unificación y combatividad del proletariado de la ciudad y del campo, de sus pobladores y del movimiento estudiantil, así como los efectos de la crisis del desarrollo capitalista dependiente de nuestra economía sobre amplios sectores de las capas medias asalariadas y de la pequeña y mediana burguesía.

La diferenciación creciente de la clase dominante, traducida no sólo en intereses contradictorios sino en alianzas sociales y programas políticos diversos y en intensas disputas fraccionales por el liderazgo de clase, ha sido también un factor importante de la

victoria popular.

3. Desde el 4 de septiembre, la correlación de fuerzas se modificó notablemente a favor de la Unidad Popular.

Papel importante en la nueva situación producida tuvo la lucha de los sectores progresistas de la Democracia Cristiana por reconocer el gobierno popular y la flexibilidad de la Unidad Popular para explicitar las garantías democráticas de su Programa.

El asesinato del general Schneider, a su vez, permitió revelar en toda su vileza las maniobras iniciales de una contrarrevolución embrionada, pero permitió también unir más que nunca al pueblo y a sus fuerzas armadas, y aislar y desenmascarar a los antipatriotas.

Se puede afirmar hoy que vastos sectores del pueblo que no votaron por Allende están dispuestos a rechazar la sedición reaccionaria, y muchos más deberán incorporarse a la lucha a medida que el Gobierno Popular ponga en ejecución su Programa y enfrente con energía a los enemigos del pueblo.

4. Sabemos que aún cuando el Presidente y los ministros de la Unidad Popular están ya en sus cargos, la cuestión del Poder sigue pendiente. La burguesía conserva intacta su presencia en otros Poderes del Estado, su control sobre los medios de comunicación de masas, su propiedad sobre el latifundio, los monopolios y las finanzas, y sobre todo la incondicionalidad de sus aliados internacionales.

Hasta ahora la generación impecable del Gobierno Popular según los cánones de la democracia burguesa ha aislado a la clase dominante e inhibido la puesta en acción de todo su Poder.

Sin embargo, tanto ella como el imperialismo, son absolutamente antagónicos con el Gobierno Popular y tenderán a tomar la ofensiva.

En medio del desconcierto y la confusión todavía presentes en la Derecha, es posible descubrir dos tácticas. Una la de la contrarrevolución abierta, en cuya línea es necesario inscribir el afloramiento de grupúsculos de ultraderecha, de acciones terroristas y de acciones francamente sediciosas. Otra, la de las maniobras envolventes, mediante la cual la derecha separó tradicionalmente a los Presidentes de los Partidos que les daban apoyo, sembró la división entre éstos y activó las actitudes conciliadoras.

El hecho de haber sido esa una clase dominante que saturó a las

masas de una ideología legalista, le hace difícil tomar de un día para otro la iniciativa de quebrarla. Por eso, las tentativas envolventes proliferarán ahora. Pero a medida que se estelle con la voluntad revolucionaria del Gobierno Popular, buscarán el derrocamiento de éste a cualquier precio.

Por eso, la conquista del Poder desde el Gobierno pasa inevitablemente por un enfrentamiento agudo y prolongado cuyo resultado será la destrucción de las formas burguesas del Estado y la construcción de un Estado Popular, profundamente democrático, que exprese institucionalmente el nuevo Poder del pueblo.

5. La conquista del Poder necesita de una amplia y permanente movilización de las masas populares. Sólo las masas pueden asegurar la defensa y solidez del Gobierno, la derrota de sus enemigos fundamentales y la superación de las tendencias burocráticas y conciliadoras.

Continuaremos impulsando la Unidad Popular, la creación de nuevos comités, su ampliación y consolidación, y desarrollando su capacidad de vigilancia, crítica y proposición.

Continuaremos impulsando en los frentes de masas la movilización en torno a las reivindicaciones más urgentes y al Gobierno que puede darles curso.

Impulsaremos con urgencia desde el Gobierno todas las medidas que tiendan a aumentar el Poder de las organizaciones sindicales, vecinales y en general de masas, y a entronizarlas en el aparato estatal para hacer valer su opinión y su influencia y fiscalizar el funcionamiento de la administración estatal.

En esta perspectiva nos parece fundamental también asegurar el apoyo de la mediana y pequeña burguesía al gobierno popular, y para ello redoblar los esfuerzos por desvincularla de los monopolios con los que tiene contradicciones objetivas, esclarecerle el programa de la Unidad Popular y darle, como gobierno expresas y efectivas garantías de seguridad y progreso.

6. Todo lo anterior nos conduce a afirmar la importancia principal que adquieren en esta primera fase del Gobierno las tareas nacionales y democráticas, como la nacionalización de la gran minería, bancos, seguros y comercio exterior, la rápida masificación de la reforma

agraria, las políticas de salario, precios y redistribución del ingreso en general, los programas populares de vivienda, salud y educación, el fortalecimiento de las organizaciones sindicales, las medidas destinadas a dar Poder a las masas populares en el aparato estatal, la democratización de la información y la cultura, las reformas constitucionales orientadas a la creación del Estado Popular y la configuración de una política internacional verdaderamente independiente.

Estas tareas democráticas y nacionales para las cuales debemos reclamar el apoyo de los sectores avanzados del Partido Demócrata Cristiano, permitirán alterar la correlación de fuerzas a favor del pueblo y consolidar, por lo tanto, su Poder.

7.El MAPU entiende que la construcción del Socialismo en Chile constituye un proceso ininterrumpido en el que se combinan tareas nacionales, democráticas y socialistas. Afirmamos, pues, la vigencia que tienen desde el primer día las medidas destinadas a organizar un área socializada dominante de la economía, pero afirmamos que también ellas no adquirirán un carácter propiamente socialista mientras no se haya construido un Poder político proletario.

Sólo la hegemonía del proletariado, en cuyas entrañas se encuentra objetivamente inscrito el Socialismo, puede asegurar la continuidad y la perspectiva socialista en que se debe desenvolver la Revolución chilena.

Por eso, el MAPU cree que es tarea principal de los Partidos revolucionarios, afirmar y desarrollar las posiciones proletarias, tanto en sus propias organizaciones como en la Unidad Popular y el Gobierno Popular en su conjunto, combatiendo con energía las tendencias conciliadoras y aventureras.

8.El MAPU afirma su voluntad de contribuir con todas sus energías al avance de este proceso.

El movimiento cree haber acrecentado enormemente su experiencia política desde que nació, desarrollando una línea estratégica y táctica correcta, superando las desviaciones reformistas y ultraizquierdistas. Asimismo ha cumplido una primera etapa en la construcción de una organización de cuadros a nivel nacional.

Ahora se propone entrar en la etapa de consolidación ideológica,

política y orgánica y hacer del trabajo de masas particularmente en las masas proletarias, su tarea principal.

El MAPU entiende así que perfecciona su calidad de instrumento político de la clase obrera y del pueblo.

**¡¡A CONVERTIR LA VICTORIA EN PODER Y EL PODER EN CONSTRUCCIÓN SOCIALISTA!!**



## SÉPTIMO DOCUMENTO:

### TEXTO DEL PROGRAMA APROBADO EN EL SEGUNDO CONGRESO NACIONAL:

#### **PROGRAMA DEL MAPU**

(Aprobado en su Segundo Congreso Nacional efectuado en diciembre de 1972)

Chile nació a la historia como un país sojuzgado por el capital extranjero. Chile es —todavía hoy— un país capitalista y dependiente. Pero a lo largo de más de cuatro siglos, las luchas de su pueblo han transformado su fisonomía y su destino.

Hoy día el pueblo de Chile ya no está dispuesto a soportar la explotación y la miseria a que ha sido sometido por una minoría opresora. No está dispuesto a sujetarse al arbitrio de los que monopolizan el poder sobre las fábricas, las minas, los fundos, los bancos y demás medios de producción. Ni a permitir que potencias foráneas saqueen nuestras riquezas. Ni que un puñado de politicastos decidan nuestro futuro.

El pueblo de Chile ha ido conquistando paso a paso sus victorias. Derramó la sangre de Lautaro para templar a una nación altiva. Combatió bajo las banderas de Rodríguez, O'Higgins y Carrera para forjar la Independencia política. Luchó junto a Balmaceda defendiendo el salitre, produjo un Recabarren para levantarse contra la opresión burguesa. Y ha herido de muerte al latifundio, a los monopolios y a los intereses yanquis bajo el gobierno de la Unidad Popular.

Ahora, el pueblo chileno no está dispuesto a transigir ni a detenerse. Ha demostrado que está maduro para la gran batalla. Para terminar para siempre, en nuestra Patria, con la explotación de unos hombres por otros. Para edificar por sí mismo, sin tutelas ajenas su propio Poder de masas. Para demoler el capitalismo. Para construir el Socialismo. Para hacer una Revolución de veras.

Cuenta, para esa tarea, con la dirección de una clase que ha librado duros combates y que ha obtenido grandes victorias. Una

clase nacida en el salitre, en el cobre, en las minas del carbón y del hierro, en los puertos, en las fábricas, en las estancias y haciendas. Una clase que se ha endurecido en la lucha y que ha sabido dar a luz su propia organización política. Una clase revolucionaria que exige hoy día tener una Vanguardia auténtica.

Esa clase es el proletariado chileno. Y el MAPU lucha por construir esa Vanguardia auténtica.

## A.- EL PROLETARIADO CHILENO QUIERE EL SOCIALISMO.

1.El proletariado, la clase obrera chilena, tiene un objetivo revolucionario claro. Su lucha se orienta a destruir para siempre sus cadenas: las hipócritas cadenas del capital y del trabajo asalariado, que a veces se disfrazan con ropajes que engañan. El proletariado tiene una sola meta: poner fin al régimen de producción capitalista, a toda explotación de unos hombres por otros, a todo dominio de un sector privilegiado de la Sociedad de los medios de producción con que cuenta la Sociedad entera, a toda dominación de clase. El proletariado combate por su triunfo, que será también el del pueblo entero, para poder construir un régimen de producción nuevo, que no se basa ya en la existencia de la opresión de clases, sino en la libre asociación de todos los trabajadores para la regulación consciente del proceso económico y en su dominio colectivo sobre los medios de producción de todos. Ese será el régimen de producción comunista.

2.Pero el triunfo definitivo y total del proletariado no puede alcanzarse una sola vez. Ese triunfo comenzará con la destrucción del poder estatal de la burguesía y con la construcción por el proletariado de un Poder estatal propio. Pero no llegará a su culminación sino cuando la clase capitalista y todas las otras clases se hayan extinguido para siempre, y cuando un portentoso desarrollo de las fuerzas productivas hagan ya imposible volver atrás. La construcción del régimen de producción comunista atraviase pues, necesariamente, por todo un período de edificación, por toda una fase inicial en que todavía la lucha de clases no se ha terminado y en que existe por eso, siempre, el peligro de retroceder. Esa primera fase de edificación, es lo que se llama Socialismo. A esta fase es posible encontrar ya en nuestra Patria. Chile, su proletariado y su

pueblo, están maduros para ello.

3.El Socialismo es la instauración a nivel nacional, de un poder colectivo de decisión sobre los medios de producción, la fuerza de trabajo y los excedentes. Un poder colectivo ejercido directamente por las masas populares dirigidas por la clase obrera y organizadas como Estado. Por eso el socialismo no podrá existir en Chile sino después que se haya construido ese nuevo Estado, que será expresión del dominio de clase del proletariado, del poder de decisión de las masas. Y ello no puede hacerse sin destruir hasta sus cimientos el actual Estado burgués, que fue construido por la clase capitalista chilena como instrumento para preservar su dominio minoritario y que tiene por eso una forma burocrática de funcionamiento que hace absolutamente imposible que sea el cauce por el cual se expresen las decisiones de las masas, sino solamente las decisiones de la minoría de turno que lo maneje. El Socialismo no podrá pues existir en Chile sino cuando el dominio o Dictadura de toda clase minoritaria sea reemplazado por la Dictadura de clase del proletariado, que será la Dictadura o Dominio de la mayoría, y por eso, la Democracia más amplia que se pueda imaginar.

4.La dictadura revolucionaria del Proletariado que es el Estado Proletario —el Estado del Socialismo—, no será ningún tipo de tiranía. Será sólo la defensa colectiva de la comunidad productora de los proletarios y del pueblo contra todo intento de la vieja clase dominante por retornar al Poder, y contra toda posibilidad de surgimiento de una nueva minoría explotadora. La Dictadura del Proletariado implica, por un lado, la relación más absolutamente democrática que se haya conocido entre dirigentes y dirigidos, la extinción de toda represión política, económica o ideológica en el seno del pueblo. Y por otro lado, implica la más enérgica represión por las masas contra todo intento de reconstruir la opresión burguesa o de constituir una opresión nueva.

5.El proletariado chileno avanza por un camino revolucionario. Lucha por destruir el Estado burgués y construir su propio Poder, su propio Estado. Lucha contra el capitalismo y por el socialismo. Pero, tanto el régimen de producción capitalista como el comunista (del

cual el socialismo no es más que la primera fase) necesitan, para poder existir establemente, del concurso de las fuerzas productivas de todo el planeta. De allí que tanto el uno como el otro no puedan subsistir establemente sino a nivel mundial. Son sistemas mundiales, no sistemas que puedan ser encerrados dentro de las fronteras de un país. Por eso la Revolución anticapitalista y socialista —la revolución que el pueblo chileno necesita llevar adelante— no puede desligarse de la lucha de clases a nivel mundial, no puede entenderse como una revolución susceptible de ser completada totalmente en el interior de Chile. El enorme desarrollo de las fuerzas productivas que ello requeriría no puede conseguirse en un país aislado como Chile, sino solamente a nivel de todo el mundo. El triunfo definitivo e irreversible del proletariado chileno o de cualquier otro país no podrá pues conseguirse sino con el triunfo de la revolución socialista en los países de más alto grado de desarrollo de las fuerzas productivas es decir, en los países imperialistas de Estados Unidos, Europa y Japón que son los grandes explotadores de los pueblos de toda la tierra. Antes de eso, la revolución chilena no estará nunca terminada. Es el carácter mundial del régimen de producción capitalista, de la clase obrera, del comunismo, revolución socialista, lo que constituye así la base profunda de la Solidaridad revolucionaria entre los pueblos, la base profunda del internacionalismo proletario.

## B.-LA CORRELACIÓN INTERNACIONAL DE FUERZAS ES FAVORABLE AL PROLETARIADO.

7.El mundo en que vivimos conoce una opresión ignominiosa: la opresión del Imperialismo, cuyas grandes empresas monopólicas, como la ITT y la Kennecot avasallan a los pueblos como el nuestro, atravesando el planeta. El Imperialismo chupa desde los cuatro puntos cardinales las riquezas creadas por los trabajadores de los países dependientes. Se alimenta de su sudor y de su sangre. Es un parásito inmenso montado sobre las espaldas de nuestros pueblos. Ha desatado dos guerras mundiales para resolver sus problemas domésticos, y ha levantado en alto después de esas matanzas, como triunfador que emerge desde un baño luctuoso, al peor de todos los imperialismos, al imperialismo norteamericano. Es el imperialismo yanqui quien encabeza hoy día la barbarie moderna Es él el principal

enemigo de los pueblos de toda la tierra.

8. Pero el imperialismo yanqui ya no es idéntico al de hace algún tiempo. Desde la segunda guerra mundial hasta nuestros días ha ido envejeciendo. Otros imperialismos, como el japonés y el europeo, han empezado a escapar de su férula y a hacerle competencia. Y un pueblo valeroso y revolucionario, el pueblo vietnamita, ha decidido enfrentarlo y expulsarlo de su suelo. Vanamente han gastado los represores norteamericanos toneladas de bombas. Vanamente han masacrado a víctimas inocentes. Se han estrellado impotentes con la muralla infranqueable de un pueblo en pie de combate que está decidido a marchar al Socialismo. Y han tenido que anunciar su derrota. Y tendrán que irse con la cola entre las piernas.

9. A raíz de todo ello, nuevas contradicciones atormentan hoy al propio centro del Imperio. En los Estados Unidos la inflación va en ascenso, la desocupación se duplica, surgen conflictos entre los monopolios nuevos y los viejos, la balanza comercial acusa déficits significativos y el dólar va dejando de ser el rey de la moneda. La política agresiva del Pentágono se desprestigia, la juventud norteamericana exige la Paz, los negros desarrollan sus combates y el descontento irrumpe entre el propio proletariado blanco. Sin embargo, estas nuevas contradicciones no significan que el imperialismo yanqui haya dejado de ser el más fuerte. No son lo suficientemente agudas para colocarlo en una situación crítica. Pero sí significan un debilitamiento de su hegemonía con respecto a Europa y Japón, y una situación más favorable para el avance de las fuerzas revolucionarias de todo el planeta. En particular, son también una muestra elocuente de cómo la firme decisión de lucha de un pueblo pequeño pero revolucionario, como el de Vietnam, puede mirar seriamente la solidez de un enemigo tan poderoso como el imperialismo yanqui.

10. Los pueblos de toda la tierra luchan hoy contra el imperialismo, pero en esta lucha ya no se encuentran solos. La gran revolución de octubre de 1917 derribó del poder en Rusia a la burguesía, y la Revolución china demostró a los pueblos sometidos el camino de la revolución en todo el mundo. Desde entonces la correlación

internacional de fuerzas se ha modificado favorablemente a la causa revolucionaria. Nuestra época se caracteriza por el hecho de que, frente al imperialismo, existe hoy en día un conjunto de países donde las relaciones de producción ya no son más capitalistas. Catorce Estados han sacudido el yugo de la burguesía y han comenzado a explorar senderos nuevos.

11. Pero la situación de este conglomerado de 14 Estados ya no es tampoco la misma de hace una década. Las denuncias contra el stalinismo han desnudado, ante la faz del mundo, los inmensos peligros de la degeneración burocrática y del chovinismo ligado a ella. La experiencia de Yugoslavia ha revelado las trampas de posibles retrocesos hacia el capitalismo. Las contradicciones entre la Unión Soviética y China Popular, manifiestas desde la década de 1960, han dado paso al surgimiento de dos bloques, al margen de los cuales se sólo se mantienen Corea y Vietnam. Dentro de cada uno de estos bloques, se han agudizado a su vez nuevas contradicciones, que han estallado con nitidez en la Revolución Cultural China de 1966-71 y sus secuelas, por un lado, y por otro en la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia en 1968.

12. A pesar de todo, el balance de los avances, de las dificultades y de los retrocesos arroja un saldo enormemente favorable para la causa del socialismo. Nuestra época es una época de avance incontenible de la lucha anticolonial, antiimperialista y de liberación nacional y social de los pueblos de África, Asia y América Latina. Ese avance se ve favorecido por las nuevas contradicciones en el seno del imperialismo y por la entrada de la URSS al mercado mundial desde la década de 1960. Consecuencia importante de estos triunfos ha sido el término del aislamiento internacional de China desde 1971. Los últimos años han visto también revitalizarse la lucha revolucionaria en los propios países capitalistas avanzados, expresión de lo cual es la gran crisis de mayo de 1968 en Francia.

13. En América Latina la situación tiende a cambiar favorablemente. Durante la década de 1960, el imperialismo yanqui logró aislar a Cuba, avanzada de la Revolución en el continente, y desató una ofensiva contra todos los pueblos de América. Esa ofensiva tuvo dos

caras. Por un lado, la cara apacible e hipócrita de la Alianza para el Progreso, que pretendió impedir el estallido de la Revolución socialista mediante reformas como la de la democracia cristiana en Chile. Por otro lado, la cara agresiva y siniestra de Playa Girón, de la invasión a Santo Domingo, del derribamiento de Goulart y de la intervención abierta y solapada contra el movimiento insurreccional y guerrillero. Pero desde comienzos del año 1970 la situación mejora paulatinamente. La Cuba ha resistido vigorosamente las agresiones y ha roto el bloqueo imperialista. La Alianza para el Progreso y el reformismo burgués han fracasado estrepitosamente. Los gobiernos gorilas se desprestigian. En Uruguay las masas redoblan su combate y los Tupamaros mantienen en alto la bandera de la lucha armada. Se ha abierto paso todo un resurgimiento del nacionalismo desarrollista, sobre todo en los países del Pacífico, que ha dado origen a gobiernos progresistas como el del derribado Torres en Bolivia, o los de Perú, Ecuador y Panamá. Al mismo tiempo, la reacción consolida sus posiciones en el régimen militar de Brasil, que aspira a convertirse en potencia subimperialista del continente y que extiende su mirada y su brazo hacia el Pacífico a través del gobierno títere de Banzer en Bolivia. En los demás países del Atlántico, la lucha y los éxitos de la clase obrera y de las masas populares agudizan día a día las contradicciones en particular en Argentina. Es a todo este cuadro que viene a agregarse el triunfo de la Unidad Popular en Chile, en septiembre del 70.

14. Las tendencias a la disgregación que se observan tanto dentro como fuera del campo imperialista, el debilitamiento de la cohesión entre la burguesía de Estados Unidos, Europa y Japón, las contradicciones entre los gobiernos de la URSS y China, todo ello crea un nuevo terreno a la negociación entre los Estados de distinto régimen social y hace improbable el estallido de un nuevo conflicto bélico y mundial. Los viajes de Nixon a Pekín y a Moscú, la derrota del imperialismo yanqui en Vietnam, la aceptación de la situación actual en Europa —en particular en lo referente a Alemania— son todas manifestaciones visibles de ello. La lucha por preservar la paz mundial, aunque conserva toda su importancia, no tiene pues el carácter apremiante de hace un tiempo. Sin embargo, la única garantía segura de paz en el mundo es impulsar con energía el avance

de la Revolución Socialista mundial.

15. El proletariado y los pueblos del mundo capitalista se encuentran, pues, en un período de avance incontenible. Hay una correlación internacional de fuerzas favorables a ella. Sin embargo, simultáneamente con sus sucesivas victorias, se ha venido produciendo una frustración de sus perspectivas socialistas. El empantanamiento de las llamadas ‘Revoluciones democráticas’ en nuevas formas de capitalismo de Estado; su regresión incluso hacia regímenes francamente reaccionarios —como el de Indonesia—; el fracaso de la guerrilla latinoamericana de la década pasada, en particular del foquismo —que se inspira mecánicamente en el ejemplo de la Revolución cubana—; la impotencia del estallido revolucionario francés de 1968; todo ello demuestra que, a pesar de las condiciones favorables que se han venido gestando últimamente, la Revolución Socialista mundial ha visto entrabado su progreso. Papel importantísimo en esta debilidad subjetiva del proletariado y de los pueblos del mundo, lo juega la ausencia de una Dirección política internacional consecuentemente marxista, socialista y revolucionaria. El MAPU estima un deber internacionalista el contribuir en la medida de lo posible a llenar ese vacío, al menos en nuestro continente. La unidad de conducción de las fuerzas proletarias y revolucionarias de todo el planeta, sean éstas o no del campo socialista, es hoy día un imperativo urgente. Pero el MAPU rechaza toda subordinación de la Revolución chilena a los intereses de cualquier centro político internacional existente.

### C. EL PROLETARIADO DE LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS DERRIBARÁ AL IMPERIALISMO.

16. La contradicción principal del mundo contemporáneo sigue siendo la contradicción entre la burguesía de los países imperialistas, por un lado, y el proletariado y pueblos de los países subdesarrollados dependientes por el otro.

17. Por eso, el triunfo de la Revolución Socialista en los países subdesarrollados constituye hoy día la línea estratégica general de avance de la Revolución mundial. En efecto, los países



económicamente dependientes en Asia, África y América Latina, son la base de sustentación sobre la cual se afirma todo el andamiaje capitalista. Separado de esa base, el centro imperialista – que se nutre de los países dependientes como el nuestro- ya no podrá subsistir. La construcción de un Poder proletario en los países subdesarrollados de Asia, África y América Latina irá socavando poco a poco el pedestal del oprobio sobre el que se levanta hoy día el imperialismo, y lo hará caer finalmente, arrasando en su caída al sistema capitalista entero. Por eso, el imperialismo sabe cuál es la primera fuerza revolucionaria socialista del planeta: la clase obrera y los pueblos de los países dependientes en Asia, África y América Latina, cuya vanguardia es hoy el heroico pueblo vietnamita. Un solo Vietnam ha puesto en serios aprietos al Imperialismo más poderoso del planeta. Dos, Tres, muchos Vietnam terminarán definitivamente con el sistema mundial capitalista.

18. El proletariado y los pueblos de los países de bajo grado de desarrollo de las fuerzas productivas –que son la principal fuerza revolucionaria mundial- encuentran, sin embargo, un importante respaldo a su lucha revolucionaria en la Unión Soviética y la República Popular China. Su lucha entronca, asimismo, con la del proletariado y demás fuerzas revolucionarias de los países del capitalismo avanzado.

19. Por su propio carácter el avance de la Revolución mundial socialista no podrá jamás subordinarse a los intereses de la seguridad nacional, de la estabilidad interna o de la razón de Estado de ningún país, aunque fuese un país socialista. De allí que, valorando la importancia táctica de la política de la coexistencia pacífica entre Estados de distinto régimen social, el MAPU no confiere a esa política el valor de principio estratégico internacional, y rechaza, por tanto, la subordinación de la forma de avance de la revolución mundial a los requerimientos de esa política.

20. En la medida en que la línea general de avance de la revolución mundial pasa por el triunfo de la revolución socialista de los países dependientes, y en la medida en que la producción de esos países forma parte integrante del sistema capitalista mundial, las

revoluciones nacionales de esos países no pueden concebirse sino como revoluciones cuyo carácter es socialista del comienzo al fin, por más que puedan atravesar por fases iniciales o asumir reivindicaciones que, en sí mismas no pueden ser todavía socialistas. Restringir el alcance de esas revoluciones nacionales al de simples revoluciones ‘democráticas’ se opone, pues, a la línea general de avance de la revolución socialista mundial.

#### D. LA REVOLUCIÓN CHILENA ES SOCIALISTA ININTERRUMPIDA.

21. Chile ha sido siempre un país dependiente del centro mundial capitalista. Pero las relaciones que los hombres establecieron entre sí en la producción no fueron siempre, en Chile, capitalistas. Es sólo desde mediados del siglo pasado que las relaciones capitalistas de producción se hicieron predominantes en nuestra patria. Es sólo desde entonces que las cadenas del capital y del salario reemplazaron en nuestro suelo a las viejas cadenas más escuetas, hasta imperar hoy ya sin contrapeso. Es cierto que todavía ahora subsiste un sector de pequeña producción mercantil, así como residuos de inquilinaje y de la vetusta comunidad mapuche. Pero se trata sólo de restos absolutamente secundarios desde un punto de vista económico, y cuya supervivencia depende, además, de la dinámica de funcionamiento de la producción capitalista, que los subordina y los engloba. Hoy día, Chile es, sin duda alguna, un país capitalista.

22. Pero no se trata de un capitalismo cualquiera. Desde hace cuatro décadas y hasta ahora, el capitalismo chileno ha vivido bajo el dominio de los monopolios privados. Los empresarios monopolistas fueron tejiendo desde muy temprano, la red de poderosos clanes financieros, industriales y comerciales. Los Edwards, los Yarur, los Matte Alessandri, los Pirañas, son nombres que, junto a tantos otros, el pueblo ha ido identificando con los de los grandes dueños de Chile. Por otra parte, estos monopolios crecieron y se fortalecieron bajo el alero protector del Estado. Los gobiernos frentepopulistas de la década de 1940 desempeñaron un rol decisivo en la adecuación del Estado burgués a su nuevo papel económico, y el capitalismo monopólico de Estado pudo desarrollarse por los nuevos cauces así

abiertos.

23. Como país dependiente, Chile ha sido, desde siempre exportador de bienes primarios. Pero las principales zonas de producción exportadora cayeron, desde el siglo pasado, directamente en manos imperialistas. Derrotado Balmaceda en la guerra civil de 1891, los capitalistas ingleses se apoderaron del salitre. Y cuando decayó, ya nuestro cobre estaba en poder de los imperialistas yanquis. El imperialismo controló así nuestras riquezas naturales e impuso desde fuera las condiciones del desarrollo de nuestra industria. Pero no se quedó allí. En la última década, y en particular bajo el gobierno demócrata cristiano de Frei, penetró en el interior de la propia industria manufacturera, entrelazando los capitales de los monopolios chilenos con aquellos de las grandes empresas transnacionales. El dominio imperialista se hizo así más sutil y más férreo.

24. Sin embargo, Chile no ha sufrido solamente el yugo imperialista o el monopolio industrial y financiero. Mucho antes que éstos, existía ya el monopolio de la tierra. La burguesía latifundista explotó sin piedad, durante dos siglos, al inquilino y al obrero agrícola. Hace muy pocos años que la reforma agraria comenzó a derrumbar sus privilegios.

25. Chile ha sido, pues, hasta ahora, un país de capitalismo monopólico de Estado, dependiente del imperialismo yanqui, y donde el latifundio ha seguido subsistiendo. El imperialismo, los monopolios y el latifundio han sido hasta ahora los tres grandes enemigos de todo nuestro pueblo. De allí que la expulsión de los intereses imperialistas y la liquidación de los monopolios privados, incluyendo el de la tierra, sean en Chile requisitos insoslayables de toda revolución auténtica.

26. Pero las simples reformas antiimperialista y antimonopólica no bastan, por sí solas, para definir el carácter de la revolución chilena. Los monopolios y la dependencia del imperialismo son sólo una forma particular que el capitalismo adopta en nuestra patria. Ya antes, en el pasado, adoptó formas diversas, cuando no había

imperialismo ni clanes monopólicos. Y mañana podría adoptar formas nuevas sin que por eso el capitalismo hubiese sido herido de muerte. La historia reciente de los países de Asia y África ha demostrado que la estatización, en los monopolios privados puede significar sólo el paso a una forma de capitalismo nuevo, el capitalismo de Estado propiamente tal, en que los monopolios privados son absorbidos por el monopolio único de un Estado que mantiene las formas burguesas. Y ha demostrado también que la dependencia unilateral respecto al imperialismo puede ser rota sin que por ello la economía deje de ser una economía dependiente que aprovecha las contradicciones entre los países imperialistas y que obtiene mediante el chantaje de su antiimperialismo, el respaldo de la Unión Soviética.

27. Las reformas antimonopólicas y antiimperialistas son una exigencia de la realidad nuestra; pero no son ellas las que pueden definir el carácter fundamental de la revolución chilena. El pueblo de Chile sabe, por sobre cualquier forma particular, dónde está la madre del cordero. Sabe que la base fundamental de la explotación que sufre se haya en la relación del capital y del trabajo asalariado, en el capitalismo mismo y no en sus formas especiales. Sabe que Chile es, primero que nada, un país capitalista y que, por eso, la única revolución auténtica que puede haber en nuestro suelo es una revolución contra el capitalismo, una revolución socialista.

28. Ese es el carácter de la revolución chilena: un carácter socialista. El pueblo de Chile no acepta otro camino que el socialismo; por allí pasa la revolución. Y esa revolución sólo puede realizarla un pueblo que conducido y dirigido hegemónicamente por el proletariado se decide a derribar el poder del estado burgués y construir desde sí mismo un Poder nuevo. Sin la destrucción del carácter burgués del Estado y sin la edificación desde las masas de un Estado Proletario, es imposible comenzar siquiera a marchar por una senda socialista. La destrucción del carácter burgués del Estado –y no las simples reformas antimonopólicas I antiimperialistas- es lo único que puede herir de muerte al capital en nuestra patria.

29. El MAPU tiene muy claro que la supuesta ‘revolución’ no

socialista en un país capitalista como Chile, no podría ser jamás otra cosa que una simple reforma, por profunda que fuese, en el interior del régimen de producción capitalista. La revolución chilena es socialista del comienzo al fin, y no puede hacerse empezando por una 'etapa antimonopólica y antiimperialista' que sólo después de ser estabilizada o 'consolidada' permitiese pasar a otra 'etapa socialista'. Hacer tal cosa no sería sino postergar la verdadera revolución, para limitarse a realizar por ahora sólo algunas reformas antimonopólicas, antiimperialistas o de algún otro tipo. Ninguna reforma o conjunto de reformas pueden constituir, por sí solas, fase alguna de una revolución socialista. Las reformas pueden adquirir un contenido revolucionario socialista sólo si simultáneamente con ellas y apoyándose en ellas se va edificando el nuevo Estado proletario y se va destruyendo el Estado burgués. Por eso, aunque la revolución chilena tenga que atravesar por fases sucesivas distintas, y aunque asuma tareas que, aisladamente, no son por sí mismas socialistas jamás podría entenderse que esas fases fuesen 'etapas' susceptibles de ser estabilizadas o consolidadas.

30. La revolución socialista no puede congelarse, no puede detenerse, no puede consolidarse, no puede interrumpirse, sino cuando haya llegado a su término, es decir, cuando haya liquidado al capitalismo para siempre. Por eso el MAPU entiende que la revolución chilena es una sola, un sólo proceso permanente, una sola revolución ininterrumpida y no de varias revoluciones o varias 'etapas' separadas. Y que en este proceso único, las llamadas tareas 'democráticas' y 'nacionales' que en sí mismas son simples reformas, tienen que realizarse simultáneamente con las tareas socialistas, aunque con énfasis distintos según sea la fase y la coyuntura que se enfrenta. Es en este aspecto, en primer término, que la Revolución chilena es una revolución ininterrumpida.

31. En un segundo aspecto, la revolución chilena es también ininterrumpida porque es sólo la fase chilena de la revolución socialista latinoamericana y mundial. El MAPU entiende que la única garantía sólida del éxito de la edificación socialista en Chile es su integración al campo económico más vasto que será abierto por la revolución socialista en el resto del continente. Por eso, concebimos

a la revolución chilena como parte inseparable de la revolución latinoamericana y reivindicamos el legado boliviano expresado en el heroico sacrificio del comandante Che Guevara. Al mismo tiempo, creemos que el mejor aporte que Chile puede hacer a la causa de la revolución latinoamericana y mundial, es avanzar con decisión en Chile por la senda de nuestra propia revolución socialista.

32. Que la revolución sea ininterrumpida, supone también que a períodos relativamente específicos pueden suceder fases de lucha violenta. Significa que la revolución no ocurre como un idílico proceso evolutivo. La revolución socialista no comienza realmente sino cuando la clase obrera, encabezando al pueblo, empieza a destruir el viejo Estado y a poner en su lugar un Estado nuevo, el Estado proletario. Y este solo hecho constituye en sí mismo una ruptura fundamental, un quiebre brusco y no evolutivo.

33. La ruptura revolucionaria, marcada por el reemplazo del carácter de clase del Estado, implica una agudización tal de la lucha de clases, una polarización del país en bandos de tal modo inconciliables, un quiebre tan violento de toda la normalidad institucional, de todos los aspectos de la vida cotidiana, que envuelve siempre la posibilidad concreta de un enfrentamiento armado. Por eso, el MAPU al mismo tiempo que está por aprovechar al máximo las posibilidades de transformaciones pacíficas que se dan en países de democracia burguesa como Chile, entiende que la línea estratégica global es siempre la lucha armada, llegue o no ésta a realizarse finalmente. Estamos por evitar en Chile la guerra civil; pero no ignoramos que una auténtica política revolucionaria socialista envuelve siempre el peligro de una acción armada del enemigo. Consideramos que la propia revolución es intransferible, y estamos por eso en contra de los intentos de exportar la revolución. Pero no olvidamos el encono de la política agresiva del imperialismo, ni el deber de solidaridad internacional implícito en el hecho de que una revolución socialista no puede completarse dentro de las fronteras nacionales. Por todo esto, nosotros no hacemos del deseo de evitar la lucha armada o la guerra, ningún requisito estratégico de nuestra política.

## E. EL PROLETARIADO NO ESTÁ SOLO EN SU LUCHA POR EL PODER.

34. Hay una sola clase capaz de conducir una revolución socialista: el proletariado. Chile tiene el privilegio de contar con el proletariado más desarrollado del continente. Una clase obrera que ya a principios de este siglo desafiaba a la burguesía con una organización sindical independiente, y que ya en 1912, desde los puertos y desde las minas bajo la guía de su maestro Recabarren, daba a luz su primera organización política propia: el Partido Obrero Socialista. Desde entonces, el proletariado chileno se ha fortalecido cuantitativamente y cualitativamente. Hoy día está integrado por los obreros e la ciudad, las minas y el campo, y por los empleados corrientes de las empresas. Constituye el 40% de toda la población activa y, nucleado en torno a unos 150 mil obreros industriales de las grandes empresas, forma el eje inmovible de la Central Única de Trabajadores y de sus partidos.

35. Sin embargo el carácter dependiente de la industrialización chilena, que nos ha impuesto una tecnología extraña a la realidad de nuestro pueblo, ha traído como consecuencia, desde aproximadamente la década de 1950, el estancamiento del crecimiento numérico del proletariado. El desarrollo dependiente del capitalismo chileno ha significado la mantención de algunas de zonas de producción precapitalista y ha creado las condiciones para el desarrollo del subproletariado y de la burocracia estatal. De allí que el 60% restante de la población activa del país no sea proletario sino que se reparta por porciones casi iguales entre la pequeña burguesía, la burocracia y los pequeños capitalistas por un lado, y el semiproletariado, subproletariado y desocupados por otro lado. Todo ello concede a los llamados ‘sectores medios’, por una parte, y por otra a los llamados ‘pobres no proletarios’ una importancia numérica por lo menos igual en la lucha de clases en Chile.

36. Los llamados ‘sectores medios’ abarcan un 30% de la población activa. Se trata de la pequeña burguesía urbana y rural; de los funcionarios de los servicios estatales, de los capitalistas pequeños y medianos, de la ciudad y del campo, tradicionalmente explotados por

la burguesía monopólica. Estos sectores se encuentran, en su mayor parte, organizados gremialmente y en el caso de la burocracia civil, incorporados incluso a la CUT. Son sectores que disponen, en término medio, de ingresos superiores a los del promedio del proletariado. Son los grandes defensores de la institucionalidad y de la ideología legalista propias de nuestra democracia burguesa. Se expresan fundamentalmente a través de la DC y de las diversas fracciones de lo que era el antiguo Partido Radical, pero también tiene presencia apreciable en algunos Partidos obreros.

37. Como contraparte casi exacta de los sectores ‘medios’ existe en Chile otro 30% de la población activa formado por trabajadores no proletarios cuyos ingresos son en promedio inferiores a los de la clase obrera. Estos ‘pobres de la ciudad y del campo’ corresponden, en primer lugar, al subproletariado y desocupados urbanos que – marginados de la producción agrícola, industrial y minera a causa del desarrollo capitalista dependiente- cuentan sólo con trabajos ocasionales, inestables y misérrimos. En segundo lugar, corresponden al semiproletariado agrario y manufacturero: mapuches, inquilinos, comuneros, minifundistas, empobrecidos artesanos asalariados de la periferia industrial. Todos estos sectores carecen, por lo general, de organización gremial. La influencia de los valores ideológicos consagrados por la democracia burguesa es, en ellos, mucho más débil. En su mayor parte, escapan a los marcos de la acción de la Central Única de Trabajadores y no tienen hasta ahora una adhesión política estable.

38. Junto a la población activa, juegan un papel significativo en la lucha de clases chilena, otros sectores sociales entre los que se cuentan alrededor de un millón quinientas mil ‘dueñas de casa’ que trabajan en su hogar, y unos 900 mil estudiantes secundarios y universitarios, organizados y definidos políticamente.

39. El pueblo está formado por todos los explotados y oprimidos. En Chile no es sólo el proletariado quien se ve perjudicado por el capitalismo. La forma particular que éste ha revestido hasta ahora, hace del imperialismo y de la burguesía monopólica y latifundista, los grandes explotadores y enemigos generales. Por eso, en Chile



forman parte del pueblo, no sólo la clase obrera, sino además la pequeña burguesía, los pequeños y medianos capitalistas, y las capas sociales que si bien no participan en la producción, sufren también las penurias del sistema capitalista. Contra los enemigos principales y bajo la conducción de la clase obrera, todo el pueblo y debe estar unido. Contra los monopolios, contra el latifundio y contra el imperialismo, el proletariado puede constituir una amplia alianza, puede y debe ganar como aliados a la pequeña y mediana burguesía. Esa es una condición de su victoria.

40. Pero la revolución chilena no se orienta contra los enemigos principales solamente. No se propone sólo las reformas antimonopólicas y antiimperialistas, sino que se propone además, como objetivo inmediato, la destrucción del carácter burgués del Estado y la liquidación del capitalismo bajo cualquiera de sus formas. La revolución chilena es socialista, anticapitalista. De allí que no todo el pueblo pueda acompañar al proletariado en la lucha por los objetivos fundamentales de la revolución. Dificilmente algún sector de la burguesía puede acompañar al proletariado cuando se trata de herir de muerte, no ya sólo a los monopolios, sino además al capitalismo. Por su propia voluntad, ningún sector de la burguesía puede aliarse con el proletariado para que éste destruya el carácter burgués del Estado e instaure su propio Poder estatal. Sólo si se ven obligados por las circunstancias, sólo si la fortaleza y decisión de la lucha de clases obrera no les deja ninguna otra salida, sólo si el proletariado avanza con paso muy firme y decidido en la realización de las tareas socialistas, sólo entonces puede esperarse que algunos sectores capitalistas puedan ser arrastrados tras las filas de la revolución.

41. La alianza de clase que el proletariado ha de construir en su lucha por el socialismo, no puede ser jamás una alianza idílica. Ha de ser una alianza en torno a los intereses de la clase obrera, en torno a los objetivos socialistas, y no una alianza que ofrezca ninguna garantía de supervivencia al régimen capitalista. No puede ser sino una alianza hecha al mismo tiempo de unidad y de lucha. La alianza con los pequeños y medianos empresarios no puede ser ninguna especie de conciliación de clases, no puede ofrecer a esos empresarios

ninguna garantía de desarrollo en un sentido capitalista, es decir, sin un control por parte del proletariado. No puede olvidar que todos los capitalistas pertenecen a una clase social que es objetivamente enemiga de la clase obrera. Las alianzas con los pequeños y medianos capitalistas y otros ‘sectores medios’, tiene que ser pues una alianza para el socialismo, no sólo para reformas antimonopólicas y antiimperialistas. Tiene que ser una alianza basada en la fuerza que ha sido capaz de forjar la clase obrera a través de su avance intransigente: una fuerza fundada sobre el poder organizado de las masas, que no deje a los aliados ningún otro camino libre que no sea el de su proletarización progresiva. Esta y no otra, es la condición fundamental de la victoria.

42. Las fuerzas motrices de la revolución chilena, el eje fundamental en torno al cual se ha de construir cualquier alianza más amplia, es el eje formado por aquellas clases y capas sociales que no tienen ningún interés objetivo en la mantención del capitalismo ni del carácter burgués del Estado. Estas fuerzas motrices de nuestra revolución no pueden ser otras que la clase obrera, los llamados ‘pobres no proletarios de la ciudad y del campo’, los estratos pobres de la pequeño burguesía y los sectores avanzados del estudiantado, de los servicios públicos y de otras capas del pueblo. Es esta mayoría inmensa la que constituye el único motor que bajo la dirección y conducción hegemónica del proletariado puede hacer marchar a nuestro pueblo por el camino largo, duro y luminoso de la Revolución socialista.

## F. CONSTRUIR EL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN,

43. A lo largo de su historia el pueblo chileno ha creado diversos partidos que han ido interpretando los intereses del proletariado, de acuerdo al nivel alcanzado por la lucha de clases y el grado de conciencia que el propio proletariado ha ido adquiriendo acerca de sus propios intereses. Ya desde fines del siglo pasado la clase obrera chilena se fue organizando políticamente. Pero fue sólo en 1912 cuando bajo la inspiración de Luis Emilio Recabarren, creó el primer Partido propiamente obrero que logró adquirir permanencia y penetrar profundamente en el corazón del pueblo: el Partido Obrero

Socialista.

44. En 1922, el Partido de Recabarren se afilió a la Tercera Internacional, convirtiéndose en su sección chilena y pasando a llamarse entonces Partido Comunista de Chile. No se trató sólo de un cambio formal, sino de una profunda transformación, que adecuó gradualmente sus formas orgánicas y su línea política a las orientaciones estratégicas y tácticas emanadas de la dirección mundial. A comienzos de la década de 1930 la actitud asumida por el PC frente al primer gobierno de Ibáñez y frente a la llamada República Socialista de 1932, así como la pugna entre stalinistas y trotskistas en el seno de la Tercera Internacional, condujeron a que un importante sector del proletariado y del pueblo no se sintiera interpretado por las posiciones políticas del Partido Comunista. Ello dio origen al nacimiento de diversos grupos que en 1933 se unificaron, constituyendo el Partido Socialista, que pasó a ser así el segundo gran cauce partidario del proletariado chileno. La aparición del conflicto chino-soviético en el seno del movimiento comunista internacional, así como la polémica en torno al ejemplo de la Revolución cubana y a las experiencias guerrilleras del foquismo, dieron origen en la década de 1960 a diversos otros grupos políticos que confluyeron en 1965, en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR. Por último en 1969 un largo proceso de discusión y lucha en el interior del Partido Demócrata Cristiano – ante el fracaso de la experiencia reformista burguesa de Frei- suscitó el desprendimiento de la fracción más radicalizada de ese Partido, originando el MAPU. Este nuevo Partido nacido como un destacamento revolucionario ideológicamente pequeñoburgués y compuesto principalmente de estudiantes, profesionales y campesinos, fue rápidamente haciendo suyo los intereses, la ideología y los métodos orgánicos del proletariado, alcanzando en dos años un significativo arraigo en el seno de la clase obrera y el pueblo.

45. El nacimiento, desarrollo y permanencia de una multiplicidad de Partidos del proletariado chileno no se puede explicar sólo por razones históricas; en el fondo de estos hechos se encuentra una discrepancia de concepciones políticas y un diferente grado de

desarrollo de la conciencia de clase, respecto a cuáles son los verdaderos intereses del proletariado y del pueblo.

46. Hoy día, coexisten en el seno del movimiento obrero chileno dos líneas estratégicas fundamentales. La primera es una línea auténticamente proletaria que concibe la Revolución chilena como ininterrumpida y socialista, y entiende en conformidad con ella las alianzas de clase, las tareas y las vías revolucionarias. Esta es, además, una línea consecuente con una correcta evaluación de cuál es la contradicción principal en el terreno internacional.

47. La segunda línea estratégica presente en el movimiento obrero chileno es una línea que podría describirse como gradualista o centrista y que concibe a la Revolución chilena como una revolución por etapas, de las cuales la primera sería una democracia avanzada, caracterizada por las medidas exclusivamente antimonopólicas, antilatfundistas y antiimperialistas. De acuerdo con ello, esta línea pone el acento en la alianza con los sectores 'medios' y posterga para otra etapa el inicio de la transformación socialista, en particular la destrucción del carácter burgués del Estado, razón por la cual puede postular como camino revolucionario fundamental 'la vía pacífica'. El centrismo es consecuente, en el plano internacional, con la concepción según la cual la contradicción del mundo contemporáneo sería la existente entre 'el campo capitalista' y el 'campo socialista'.

48. Actualmente, la línea predominante dentro del movimiento obrero chileno es la gradualista o centrista. Las concepciones verdaderamente proletarias y revolucionarias son hasta cierto punto incipientes y mucho más débiles.

49. El movimiento obrero chileno se ha hecho fuerte a través de múltiples combates. Ha progresado tanto cualitativamente como cuantitativamente. Sin embargo el predominio de una línea estratégica centrista muestra que ese desarrollo ha estado marcado, hasta ahora, por una debilidad política e ideológica fundamentales. Ello ha influido en el surgimiento de desviaciones derechistas, como el reformismo y el burocratismo, así como desviaciones de ultraizquierda. Los Partidos obreros chilenos han oscilado hasta

cierto punto, entre ambos extremos, a lo largo de su historia.

50. El proletariado chileno ha demostrado, hasta hoy, incapacidad de generar una conducción verdaderamente marxista –al menos en forma estable y permanente- que le permitiese en los momentos decisivos de su lucha, disputar con éxito la hegemonía a la burguesía. Excepto relativamente, en los años más recientes. La ausencia de un Partido consecuentemente revolucionario y proletario, efectivamente marxista, capaz realmente de operar como Vanguardia en cada coyuntura concreta, ha sido la manifestación mayor, al mismo tiempo que la causa principal de la debilidad ideológica del proletariado chileno.

51. Desde la década del 60, sin embargo y a pesar de ciertos importantes reflujos, la clase obrera ha experimentado un avance significativo en su desarrollo político. El agravamiento de las contradicciones del capitalismo chileno, determinados progresos en el terreno de las investigaciones marxistas, la incorporación de nuevos contingentes sociales y políticos al combate de clase, etc., explican ese avance. Pero si ese aumento de la calidad revolucionaria del movimiento obrero ha sido importante hasta el punto de que, en los últimos años, ha podido disputar palmo a palmo la hegemonía ideológica y política a la burguesía, conquistar el gobierno del país y golpearla con extraordinaria dureza, no le ha sido posible aún subordinarla estratégicamente y derrotarla. Para lograr esto último el proletariado debe dar todavía un nuevo salto cualitativo. Debe construir, a breve plazo, el instrumento partidario que le garantice, en las condiciones históricas actuales, una sólida y eficiente dirección marxista.

52. El MAPU tiene la obligación de contribuir decisivamente a esa tarea histórica fundamental, su mayor aspiración es hacer en ese sentido el aporte más importante. Su transformación, al plazo más breve posible, en el mejor destacamento de combate de la clase obrera y el pueblo, en la organización marxista más consecuente, es por consiguiente, uno de sus objetivos centrales.

53. Al mismo tiempo el MAPU sostiene que no es posible hoy día

impulsar un movimiento auténticamente revolucionario, en nuestro país, al margen del entendimiento y acción conjunta entre todos los Partidos y fuerzas que de una u otra manera expresan las posiciones proletarias y en particular, al margen del entendimiento entre el PC, el PS y el MAPU. Sin embargo, ese entendimiento no podrá ser jamás una subordinación a ninguna dirección única que reste autonomía a la propia acción partidaria, Ni podrá ser jamás un entendimiento que busque la conciliación entre las dos líneas estratégicas fundamentales que se expresan en los Partidos obreros chilenos. El MAPU se define claramente por las posiciones proletarias y revolucionarias y rechaza cualquier concepción centrista o gradualista, a la vez que combate contra las desviaciones de 'izquierda' o derecha. Las posiciones proletarias son absolutamente irreconciliables con toda línea estratégica burocrática, gradualista o reformista. Lo cual no impide que en el terreno táctico pueda haber un amplio margen de coincidencias y de acción común, siempre y cuando sea en torno a una línea proletaria. El MAPU es, pues, profundamente unitario, pero entiende esa unidad como un proceso que no excluye la lucha constante contra las concepciones erróneas y contra las desviaciones de 'izquierda' y de derecha. Es a través de ese proceso que se forjará el Partido Revolucionario que necesita nuestro pueblo.

## G. EL GOBIERNO POPULAR ABRE NUEVAS PERSPECTIVAS A LA LUCHA DEL PROLETARIADO Y DEL PUEBLO.

54. Chile se caracteriza, en América Latina, por su régimen institucional relativamente estable, inscrito en los marcos de una desarrollada democracia burguesa. Tal régimen es el producto del particular desenvolvimiento de la lucha de clases, del fraccionamiento político y capacidad de absorción de nuevas capas por parte de la burguesía, del temprano desarrollo sindical y político de la clase obrera y del particular papel que, ya desde la Guerra del Pacífico, ha desempeñado el Estado en nuestra economía.

55. Todos estos factores han favorecido también el desarrollo de un particular sistema de Partidos, dentro del cual cobran gran significación las organizaciones llamadas pluriclasistas, ubicadas al

centro de la gama política entre las cuales el Partido Radical en el pasado, y la Democracia Cristiana en la actualidad han sido las principales, desempeñando permanentemente el papel de amortiguador del conflicto social y político.

56. Una tercera característica que distingue a nuestro país dentro de América Latina, es la ideología de seguridad nacional de nuestras fuerzas armadas, que pone énfasis en la defensa de la soberanía y de las fronteras nacionales, el desarrollo económico interno, la conservación del régimen institucional y jurídico y la no deliberación política. Además la inexistencia, en general, de lazos familiares o sociales entre la alta oficialidad de las fuerzas armadas y la burguesía monopólica y latifundista.

57. Son todas las características anteriores, más las contradicciones provocadas en el seno de la burguesía por las medidas reformistas del gobierno de la democracia cristiana, más el notable ascenso de la lucha de las masas generado por el estancamiento económico existente desde 1967, lo que junto a otros factores, hizo posible que una coalición de Partidos agrupados en torno al PC y al PS pudiese conquistar, en septiembre de 1970, el Poder Ejecutivo. La UP llegó así al gobierno, principal bastión del Estado burgués en un régimen presidencial como el nuestro, enarbolando un Programa antiimperialista, antilatifundista, antimonopólico y anticapitalista.

58. La conquista del gobierno por parte de la UP representó una grave derrota táctica de la burguesía y del imperialismo, cuyas proyecciones estratégicas pueden advertirse hoy con claridad. Dicha victoria popular modificó significativamente la correlación de fuerzas hasta entonces existente en el país. El anterior desequilibrio estratégico, que favorecía a la burguesía, quedó convertido ahora, en virtud del triunfo de septiembre, en equilibrio inestable y relativo de fuerzas. Esta nueva situación inauguró en Chile, al mismo tiempo, un período prerrevolucionario capaz de evolucionar hacia situaciones revolucionarias donde es posible romper el equilibrio inestable de fuerzas y resolver la cuestión del Poder, en la medida que la ejecución intransigente del Programa mantuviese y desarrollase los conflictos de clase.

59. Tal como el MAPU lo señaló desde un comienzo, la conquista del gobierno por la UP no resolvió, obviamente, el problema del Poder. Sin embargo, significó entregar al pueblo y a la clase obrera un importantísimo instrumento de combate que, utilizado revolucionariamente, permite golpear duramente y debilitar al enemigo, acumular fuerza e iniciar la destrucción del Estado burgués y la construcción y desarrollo de un nuevo Poder Popular, un Poder organizado de las masas, un Estado proletario.

60. Durante los primeros meses del gobierno UP el desconcierto de los sectores de oposición, la aplicación de una correcta política económica, el avance espectacular de la reforma agraria, las estatizaciones de empresas monopólicas y la decidida política de nacionalización de las riquezas básicas, permitieron incrementar considerablemente el respaldo al gobierno popular entre las masas más pobres del pueblo. Existía una correlación de fuerzas favorables y era la oportunidad de avanzar también en el terreno político, a través de un enfrentamiento decisivo con la oposición. Tal cosa no se hizo sin embargo, a pesar de que el MAPU y el PS propusieron medidas al respecto. Algunos sectores de la UP se enredaron en la abstracción de la flexibilidad del sistema legal chileno. No distinguieron que la causa real de esa flexibilidad era la debilidad coyuntural de la oposición, desorientada y sin dirección política después de la derrota de septiembre.

61. Las debilidades estratégicas de la UP, los errores tácticos, las vacilaciones en golpear a los enemigos cuando estaban desarticulados, permitieron la recuperación y reagrupamiento de la oposición que armó su amplio frente de masas, especialmente entre los 'sectores medios'. La indecisión de la UP para avanzar en el terreno político y la limitación exclusiva al avance en lo económico, significaron desde fines de 1971 la imposibilidad por parte del gobierno de controlar los efectos de la reestructuración de la economía, en particular frente a la crítica situación de las reservas de monedas extranjeras, la suspensión de los créditos externos y el 'bloqueo invisible' por parte del imperialismo yanqui.



62. Ya a comienzos de 1972 las dificultades en el plano económico, concentradas en el ‘desabastecimiento’, fueron restando al gobierno el apoyo que había conquistado entre los pobres del pueblo. Había dos caminos posibles: o avanzar con energía en la multiplicación y desarrollo de un Poder Popular incipiente, o repetir viejas prácticas tecnocráticas de reordenamiento financiero. O poner a las masas en el centro de la política del gobierno y ejercer su poder sobre la producción y el abastecimiento, o confiar en los añejos mecanismos del mercado, en la política de alzas y de los reajustes de salario menores que ellas. O confiar en la fortaleza de las masas y del pueblo, o amarrarse a los mohosos resortes de la manipulación de los instrumentos y medidas del gobierno. El MAPU estuvo por la primera alternativa, otros sectores de la UP no lo estuvieron. Se decidieron por la segunda. El cónclave de Lo Curro definió las cosas a favor de éstos.

63. La desesperación de la burguesía monopólica ante el ímpetu irreversible de la acción antimonopólica del gobierno, la debilidad transitoria de los sectores reformistas de la oposición debido a la coyuntura electoral y lo erróneo de la nueva política económica del gobierno que había despertado el descontento del pueblo, generaron la ‘crisis de octubre’ de 1972.

La ofensiva que allí desencadenaron los sectores monopólicos se estrelló contra la decisión revolucionaria del proletariado. Este supo desarrollar, incluso por encima de las directivas partidarias, un Poder Popular en que las JAP, Comités de Vigilancia de Producción, etc., estaban ya en germen para penetrar con él a la burguesía. La organización, disciplina y eficiencia de las masas, lograron desbaratar el plan del Partido Nacional y demás grupos monopólicos, impidiendo que se generara el caos y determinando así que las fuerzas armadas respaldasen al gobierno.

La crisis adquirió las características de una situación revolucionaria, es decir, de uno de esos puntos críticos de la lucha de clases en que la destrucción del viejo Estado y la construcción de un Poder Popular de reemplazo pueden avanzar con pasos gigantescos. Pero no ocurrió tal cosa. Faltaba el Partido Revolucionario en condiciones de conducir al proletariado hacia una salida socialista. Las debilidades estratégicas de la UP se revelaron en forma evidente

una vez más. Se eligió el camino de dar garantías capitalistas a los 'sectores medios' a cambio de la derrota de los grupos reaccionarios y de la seguridad de que continuaría el avance antimonopólico (área social) y antiimperialista.

Sólo las fuerzas armadas participando en el gobierno podían dar esa especie de garantía. La solución a la 'crisis de octubre' fue así un gabinete cívico-militar.

64. En el tiempo que lleva de gobierno la UP ha asestado duros golpes al imperialismo norteamericano y al sector monopólico de la burguesía. Los yanquis han tenido que abandonar su dominio sobre nuestras riquezas básicas. El cobre ha vuelto a ser chileno. Los monopolistas de la industria han visto con desesperación cómo las grandes fábricas van pasando una a una al área de propiedad social. Los monopolistas de la tierra han tenido que despedirse para siempre de sus latifundios. Los que durante tanto tiempo explotaron a la inmensa mayoría de este país, se ven acorralados. Saben que contra ellos, el gobierno popular está decidido a llegar hasta el final y comprueban que, incluso entre sectores opositores al gobierno, sus intereses tampoco cuentan con grandes simpatías. El futuro para ellos se presenta, pues, negro.

Que en Chile va a haber socialismo como producto de la acción del gobierno de la Up, es algo que está por verse. Pero de lo que no cabe ninguna duda, es que la burguesía monopólica y el imperialismo yanqui van de todas maneras para atrás. Es por eso que el sector monopólico de la clase capitalista se debate como una fiera herida de muerte. Es por eso que su única alternativa es buscar la manera de hacer caer al gobierno de Allende, sea por la vía legal, sea jugando a su derrocamiento violento. Hoy día juega a socavar la disciplina de las fuerzas armadas, a agudizar las contradicciones entre estas y la Unidad Popular, y a sacar provecho de las deficiencias y errores del gobierno. Pero están perdidos, el pueblo chileno ha demostrado que tiene fuerzas para derrotarlos definitivamente.

65. Sin embargo, no es toda la burguesía la que está por los suelos. La Unidad Popular aún no ha comenzado siquiera a destruir el carácter burgués del Estado, y la cuestión del Poder sigue pendiente.

Más aún, las ambigüedades estratégicas de la UP y el predominio relativo de las corrientes centristas en su seno, hacen que el capitalismo aún pueda encontrar caminos de supervivencia y fortalecimiento compatibles con el mantenimiento del gobierno popular. La burguesía no monopólica y sectores de la pequeño burguesía acomodada tienden nuevas trampas para desvirtuar el carácter socialista del programa de gobierno. La democracia cristiana juega a garantizar por todos los medios la estabilidad del Estado burgués chileno y el desarrollo en un sentido capitalista de las empresas del área privada. Presiona para ello al gobierno aliándose si es necesario con los sectores más reaccionarios, a fin de obtener ese tipo de garantías.

Hay fuerzas poderosas que pugnan por una estabilidad de centro. Existe el peligro serio de que el gobierno de la Unidad Popular se empantane por caminos que consolidan o paralizan el proceso. Por caminos que conducen a un capitalismo de Estado de características nuevas en que los monopolios están ausentes. Toda la institucionalidad vigente y la ideología legalista fortalecen tales perspectivas.

Los sectores reformistas de la burguesía y pequeño burguesía no se pueden dar por satisfechos sino hasta lograr depurar a la Unidad Popular y a su Programa de todas las posiciones auténticamente proletarias y de todas las perspectivas socialistas. Por eso la DC busca agudizar las contradicciones entre las tendencias centristas y las tendencias proletarias en el seno de la coalición de gobierno, presionando por obtener una definitiva opción centrista que interprete al Programa UP en un sentido exclusivamente antimonopólico y antiimperialista, como condición de una oposición 'constructiva' hacia el gobierno.

66. Las condiciones objetivas, la correlación general de fuerzas, tienden hoy a favorecer dentro de la UP a las posiciones centristas que buscan consolidar una democracia avanzada sobre la base del entendimiento con la DC, con las fuerzas armadas, y en general con las fuerzas sociales, políticas e institucionales de centro.

Apoyándose fundamentalmente en los aparatos burocráticos, estas posiciones subordinan toda acción de masas a la defensa y estabilidad del gobierno en vez de apoyarse en las masas para usar el

gobierno como arma de destrucción del Estado burgués. Postergando para otra etapa las tareas socialistas, tratando de evitar toda posibilidad de surgimiento de una nueva situación revolucionaria que amenace llevar a un límite crítico la polarización de la nación en bandos antagónicos, es decir, que pongan al orden del día la cuestión del Poder. Buscando una nueva estabilidad duradera, tratan de ‘acumular’ fuerzas esencialmente hacia los sectores medios, al precio de realizar políticas lesivas al interior de los sectores de más bajos ingresos. Ponen el acento exclusivamente en completar y perfeccionar un área de propiedad social, estableciendo mecanismos de participación que no entregan a los trabajadores poder sobre sus empresas, y negándose a implantar sobre el área privada un control social directo. Hacen todos los cambios que acepte la ‘mayoría nacional’ de centro, pero menos el desarrollo de un Poder Popular de masas, capaz de dar un contenido socialista al curso del proceso.

67. A pesar de todo lo anterior las posiciones proletarias y revolucionarias se han fortalecido durante el curso de este gobierno. Están hoy en mejores condiciones que antes para impulsar un rumbo socialista de los acontecimientos. Toda su acción debe orientarse a que, en el momento decisivo de una nueva situación revolucionaria, la clase obrera y el pueblo tengan más fuerzas y más capacidad que sus enemigos para golpear y vencer.

Ello pasa por saber utilizar la capacidad de acción que se tiene desde el gobierno, para hacer de éste el más poderoso ejecutor de la acción simultánea de destrucción del viejo Estado y la construcción del Nuevo. Pasa por rechazar todas las desviaciones de ‘izquierda’ que desconocen la importancia del instrumento gubernamental en la lucha por el Poder hoy en Chile o que programan las tareas como si la construcción del socialismo pudiese hacerse por la simple voluntad de avance expresada desde el gobierno. Pero pasa también por rechazar las desviaciones de derecha que mistifican el carácter y el papel real que puede jugar el gobierno.

Una línea de acción proletaria y revolucionaria debe poner hoy día como tarea central a la cual todas las demás deben subordinarse, la de transferir a las masas poder de decisión real sobre los medios de producción, y sobre el conjunto de la economía y de la vida del país. Es en el cumplimiento de esta tarea que, al mismo tiempo, se

acumula fuerzas y se avanza por el camino de la edificación de un Poder Nuevo, de un Estado Proletario.

68. Transferir a las masas poder de decisión real significa impulsar en todos los terrenos una auténtica línea de masas. En ellas más que en el gobierno reside nuestra fuerza. La defensa y estabilidad del gobierno están subordinadas al grado en que éste sea un instrumento de lucha por la destrucción del viejo poder estatal y la construcción del Poder Popular nuevo, nacido desde las masas y sus organizaciones.

Aplicar tal política requiere que el gobierno base su fuerza fundamentalmente en la organización y movilización de las masas y no en el propio aparato, que busca sustentarse ampliando su base de apoyo antes que nada en la clase obrera y en los ‘pobres no proletarios’ del pueblo, más que en los sectores medios. Requiere discutir, explicar, corregir las tendencias espontáneas al reformismo, al burocratismo, al ultraizquierdismo, que surgen en los períodos de agudización de la lucha de clases. Requiere denunciar con claridad la apariencia de problemas ‘técnicos’ de las opciones que ante el gobierno se plantean, desnudando su naturaleza política Y hacer de todo ello no en las reuniones entre dirigentes y militantes, sino con y entre las masas. Requiere terminar con los ‘cónclaves’ y conciliábulos de altas esferas entre cuatro paredes; actuar de frente, de cara al proletariado y al pueblo.

69. Estamos por avanzar sin ninguna vacilación en la ampliación del área de propiedad social de la economía, hasta que ésta abarque todas las empresas monopólicas, y no sólo las 91 que oficialmente se han definido. Estamos porque el paso de una empresa al área social no signifique solamente cambiar al capitalista privado por el capitalismo de estado, sino que entregue al proletariado un poder de decisión real sobre el área social de empresas.

La ‘participación’ de los trabajadores no debe ser un simple tomar parte en la marcha de sus empresas o en el aumento de la producción y la eficiencia. Más importante que eso es que los trabajadores comiencen realmente a dirigir la marcha de la economía. No se trata sólo de ampliar la producción del país, no se trata del ‘desarrollo económico’ en sentido cuantitativo. Se trata, además y

fundamentalmente, de que se cambien las relaciones que se establecen entre los hombres durante la producción, de que termine la explotación en cualquiera de sus formas, de que las fuerzas productivas se adecuen a la realidad de nuestro país y no se amplíen mediante un traslado mecánico de tecnologías importadas desde los países más desarrollados. Se trata de impedir que una nueva casta de burócratas reemplace al antiguo patrón en la dirección de las empresas.

70. La existencia de un área de propiedad privada en la economía no puede significar ningún 'seguro de vida' para el capitalismo en Chile. No puede dejar las manos libres a los pequeños y medianos empresarios para hacer lo que quieran. Hoy, por el contrario, sólo el poder del pueblo, ejercido por las masas organizadas y por la transferencia a ellas de las facultades de decisión que tienen los organismos de gobierno, pueden asegurar que el área privada no se convierta en un instrumento de boicot o de freno y pueda al mismo tiempo orientar en un sentido socialista el funcionamiento de estas empresas, y cimentar la alianza con los 'sectores medios'.

El control de los trabajadores sobre las empresas del área privada apoyándose en la propia organización de masas y en la acción simultánea y coordinada del gobierno, debe ser la manera de entender la 'participación' y la 'vigilancia' en esas empresas. No basta con una vigilancia defensiva contra actos de sabotaje. Hay que construir un verdadero Poder Popular de masas que ejerza sobre las empresas privadas un control sin exceso, pero férreo.

Sólo la fuerza que demuestre el gobierno y el proletariado pueden ampliar la base de apoyo hacia los empresarios pequeños y medianos. Y ello pasa por la organización de las masas y del pueblo y por la canalización a través de ellas de las facultades del gobierno.

71. Estamos por echarle para adelante con una nueva ley de reforma agraria que expropie todos los latifundios mayores de 40 hás. básicas que aún quedan. Que no haga de las 'reservas' un mecanismo de perpetuación en el poder del antiguo patrón en su zona. Que expropie no sólo la tierra, sino también los instrumentos de trabajo con que el predio cuenta. Estamos porque las formas de organización que vayan adoptando los predios reformados tomen en cuenta el nivel real de

conciencia y las características de clase específica de los trabajadores del campo, sin forzar la aplicación de sistemas que no tienen condiciones objetivas para aplicarse, pero sin dejar ninguna vía por la cual pudiese desarrollarse una nueva orientación capitalista y una nueva explotación entre los trabajadores de la tierra.

72. Estamos por la integración de nuestras fuerzas armadas a las tareas de desarrollo de la economía y por la estrecha colaboración entre ellas y el pueblo. Estamos por su participación en el Poder Popular naciente, por su estrecha fusión con las acciones del proletariado y del pueblo. Pero creemos que no es en el aparato de las fuerzas armadas, sino en las masas, donde debe buscarse el eje de sustentación del gobierno.

Ello responde también a las nuevas condiciones que enfrenta nuestra defensa nacional. La seguridad de nuestra patria ya no tiene los mismos supuestos. Hoy día pasa fundamentalmente por la organización de masas de la clase obrera y del pueblo, que es la única garantía de defensa contra las posibles agresiones de los enemigos de Chile.

La fortaleza de un pueblo pequeño, más que en armas, reside en la decisión revolucionaria de combate de una clase obrera y de un pueblo que no están dispuestos a retroceder ni a dejarse pisotear. Los hombres y no las armas son el factor decisivo en la guerra. La organización y el poder de las masas son el factor decisivo en la seguridad y en la defensa de Chile y de su pueblo.

73. La organización del Poder Popular de las masas es la tarea central del momento. Es a través de ese mecanismo que irá surgiendo el Estado popular del que habla el Programa del gobierno. Las posibles reformas constitucionales que transformen el carácter del Ejecutivo o del Parlamento no pueden ser sino la formación legal de algo que ya ha nacido desde el seno del pueblo. Sin impulsar con decisión la creación y desarrollo del Poder Popular en las masas es una ilusión pretender que se vaya a disponer siquiera de la fuerza electoral para impulsar reformas al tipo de Estado existente. Entendemos el Estado Popular como una forma particular de Estado proletario, y por eso significa un Estado que no es sino la organización colectiva de las masas bajo la hegemonía de la clase

obrera.

El Estado Popular surgirá, en primer lugar, de la creación, multiplicación y fortalecimiento y desarrollo de organismos de masas que a nivel local expresen un Poder real de decisión de la clase obrera y del pueblo: los comandos o Consejos Comunales o de otro alcance territorial.

El Estado Popular surgirá, en segundo lugar, de la coordinación de los Comandos Comunales y de su centralización hasta un nivel nacional, de manera de constituir la Asamblea del Pueblo.

El Estado Popular surgirá, en tercer lugar, de la subordinación del aparato de gobierno a las decisiones de la Asamblea del Pueblo. Y sólo, en cuarto lugar, el Estado Popular podrá recibir a través de mecanismos legales, una reafirmación constitucional. Es desde las masas y no desde las leyes donde se impulsan las transformaciones verdaderas. Lo cual no impide que usemos las armas institucionales y jurídicas que la propia burguesía creó, para volverlas en contra suya.

74. El Poder Popular de las masas es el nuevo Estado que en Chile debemos construir. Un Estado cuya dirigencia no reprima a las masas, sino que las guíe; que eduque y sea educado por ellas, que no extraiga su Poder del propio aparato sino de la voluntad colectiva y organizada de las masas que le han dado su respaldo y su confianza y que deben poder también revocarlas si deja de expresar sus intereses. Lo que decide acerca del carácter socialista y proletario de un Estado no es sólo el área social, no es sólo el que tenga la propiedad de las principales empresas o de todas las empresas del país. No es sólo el que se apropie de los excedentes ni el que se dirija planificadamente la economía. No es sólo el que los trabajadores formen parte en la administración de las empresas ni que tengan representantes suyos en la Dirección. No es sólo el que el control de ese Estado esté en manos de Partidos obreros. Todo eso es indispensable, pero además, lo que en definitiva decide el carácter proletario y socialista de un Estado es que, cumpliéndose las condiciones anteriores, se dé una relación absolutamente democrática entre dirigentes y dirigidos. Una relación en que la dirigencia estatal y política no puede escapar al control de las masas, no puede cobrar autonomía ni separarse de ellas, no puede comenzar a actuar de acuerdo a sus propios puntos de



vista e intereses. Una relación en que la iniciativa política, incluso sobre cuestiones más generales, puede surgir no sólo desde arriba, desde las altas esferas, sino también desde la base. Una relación en que las masas encabezadas por el proletariado puedan ejercer algún tipo de control efectivo sobre las decisiones de sus dirigentes.

Si estas condiciones no se cumplen, entonces la 'hegemonía del proletariado en el Estado' no pasa de ser una bonita declaración verbal, una simple frase bien intencionada. Si esas condiciones no se cumplen, el Estado no es un Estado proletario; porque el socialismo es, fundamentalmente, un Poder de masas.

## H. EL MAPU ES EL INSTRUMENTO DE LAS MASAS PROLETARIAS Y POPULARES CHILENAS PARA EDIFICAR SU PODER.

75. La hegemonía del proletariado no está aún asegurada en el proceso revolucionario chileno. La hegemonía del proletariado es su dominio, su capacidad de imponer cosas. Y para ello no basta con que los partidos obreros tengan el predominio en un gobierno o en un Estado. Es preciso, además, que las posiciones proletarias tengan la hegemonía dentro de esos partidos y que éstos sean verdaderos instrumentos de las masas.

Es preciso que cuando el Partido conquiste el Poder sea con ello la clase proletaria quien realmente lo conquiste, y no la simple dirigencia burocratizada del Partido. Ello exige que la democracia proletaria, las características de masas del nuevo Estado, se prefiguren ya en el seno del Partido, en las formas orgánicas que éste adopte. La democracia interna y las garantías contra las tendencias a la burocratización deben de ser, pues, una línea orgánica permanente de todo el Partido proletario. El MAPU encarna esa línea permanente.

76. La edificación y defensa de su propio Poder de masas por parte del proletariado, se hace en medio de una lucha de clases que en sus fases críticas presenta el carácter de una verdadera guerra. Ello exige que el Partido adopte una estructura que asegure la Dirección única y la más férrea unidad en la acción, así como la capacidad para adoptarse a todas las formas de lucha. La estructura celular, la

centralización de las decisiones a través de un cauce único de ejecución de éstas, y la unidad en la acción, son así también una línea orgánica permanente de todo Partido Proletario. Y el MAPU afirma esa línea.

77. Pero las condiciones de la lucha de clases no son las mismas en todas partes ni en todo momento. Por eso aunque la democracia y el centralismo sean líneas orgánicas permanentes, la organización el Partido no puede basarse en ningún principio abstracto de validez eterna. Lo orgánico está determinado siempre, en última instancia, por lo político. Es, pues, a partir de las condiciones históricas concretas en que se desenvuelve la actividad del Partido y la lucha de clases, es a partir de allí que han de elaborarse las formas orgánicas más adecuadas a las condiciones concretas. La organización ha de ser, pues, una organización en constante cambio y movimiento. No una estructura rígida y burocrática. El MAPU hace de esto una tercera línea orgánica y permanente.

78. En las actuales condiciones históricas de Chile, una de las tareas centrales del proletariado es la construcción del Partido Revolucionario. Ello no puede hacerse sino a partir del legado histórico y de la experiencia de lucha ya adquirida por los partidos obreros de nuestro pueblo. Tampoco puede hacerse al margen de la experiencia y del legado histórico del proletariado de otros países. Todo lo cual se sintetiza en la teoría revolucionaria del proletariado cuyo principal constructor fue Marx y cuyos principales continuadores fueron, en primer lugar, Engels y Lenin, y además Trosky, Gramsci, Luxemburgo y Mao Tse Tung. Esta teoría y práctica proletaria, que se conoce bajo el nombre de marxismo-leninismo, tiene que ser pues la base de la construcción de todo Partido proletario auténtico. El MAPU, que aspira a contribuir en forma fundamental a la tarea de construcción del Partido de la Revolución Chilena y que lucha por ello, hace pues suyo el marxismo-leninismo como base de interpretación de la realidad y como guía de la acción revolucionaria.

El MAPU rechaza, sin embargo, toda dogmatización del marxismo-leninismo que castre su espíritu revolucionario. Espíritu que es abierto y que recoge creadoramente y reinterpreta todos los

elementos que puedan provenir de otras fuentes ideológicas, al mismo tiempo que rechaza el Revisionismo. Por eso, el MAPU no cierra sus puertas a los militantes revolucionarios que provengan de otra formación ideológica y, en particular, ha sido históricamente a través del MAPU que han encontrado un cauce de acción y formación proletaria los cristianos que en Chile luchan por la Revolución Socialista.

79. La construcción del Partido Proletario de la Revolución Chilena es una exigencia urgente de nuestro pueblo. Pero un Partido Revolucionario no se forja sino en la acción y en la lucha. Una lucha que, en el seno del proletariado y del pueblo, adopta, fundamentalmente, la forma de una lucha ideológica. En este período de la lucha de clases en Chile, cuando la construcción del Partido Revolucionario Chileno está en el primer plano de nuestros esfuerzos, la lucha ideológica en el seno del pueblo, del proletariado, de la Unidad Popular, y de los Partidos obreros adquiere, también, entonces, una importancia de primer plano.

80. La importancia que reviste hoy día el combate contra las posiciones ideológicas equivocadas —tales como el centrismo y el gradualismo— y contra las desviaciones de izquierda y de derecha, tienen también su reflejo y consecuencia en el seno de los propios Partidos obreros. De allí que el MAPU asegure en su seno la más amplia libertad de opinión, de discusión y de crítica en todo el Partido. El MAPU rechaza toda actividad, organizada, que atente contra la unidad de acción de todo el partido. Pero asegura al mismo tiempo la posibilidad de que se expresen todas las corrientes de opinión que haya en su seno. El MAPU rechaza todo verticalismo burocrático que tienda a marchitar las posibilidades de que se expresen la iniciativa política de la base, y que impida el contacto entre organismos de un mismo nivel, pues con ello convierte a la Dirección máxima en un ente que escapa al control del Partido y de las masas, transformándolo en una casta burocrática.

La lucha ideológica en el seno del Partido debe realizarse en condiciones tales que se preserve simultáneamente la unidad de Dirección y la posibilidad de expresión de las discrepancias, evitando tanto el fraccionamiento del Partido que rompe su unidad

de acción, como la represión burocrática que ahoga las discrepancias e impide recoger la experiencia colectiva. La libertad interna de circulación de documentos, la prensa interna del Partido, la más amplia libertad de crítica y discrepancias, son todos mecanismos que deben reglamentarse estatutariamente para impedir los peligros de la burocratización, de la manipulación de la militancia por los dirigentes, y del desquiciamiento fraccional.

81. Es en la lucha donde se temple un Partido Revolucionario, es en las masas donde crece y asienta su fuerza. Es en la acción donde reside su línea correcta. Es en su seno donde germina la sociedad socialista. Es en el proletariado como clase donde reside la garantía revolucionaria. Chile tiene un proletariado maduro. Chile exige el socialismo. Chile necesita el Partido de la Revolución. El MAPU existe para expresar esa voluntad del pueblo de Chile.

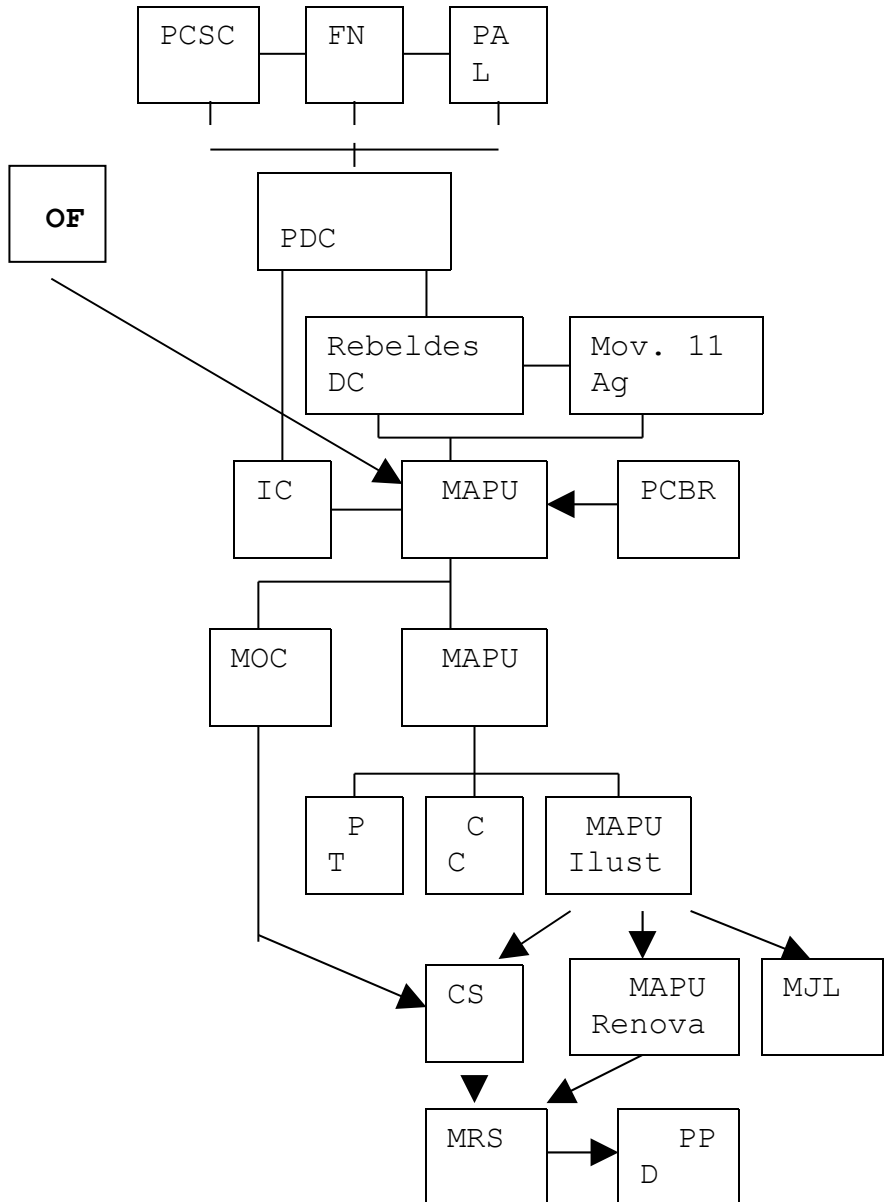
Así lo quería su principal constructor Rodrigo Ambrosio.

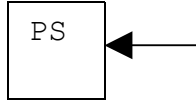
¡¡A CONVERTIR LA VICTORIA EN PODER Y EL PODER EN  
CONSTRUCCIÓN SOCIALISTA!!

¡¡EL SOCIALISMO ES UN PODER DE MASAS!!

¡¡A FORJAR EL PARTIDO PROLETARIO DE NUESTRA  
REVOLUCIÓN!!

# ORGANIGRAMA DE LA EVOLUCIÓN DEL MAPU





## **ALGUNAS SIGLAS EMPLEADAS EN EL ORGANIGRAMA DE LA EVOLUCIÓN DEL MAPU**

PCSC	Partido Conservador Social Cristiano
FN	Falange Nacional
PAL	Partido Agrario Laborista
OF	Otras fuerzas. Se refiere a la renuncia a sus partidos que realizaron varios militantes del Partido Comunista y Socialista con ocasión de la aplicación de una forma autoritaria de represión a la disidencia de los países de la órbita soviética.
PDC	Partido Demócrata Cristiano
Rebeldes DC	Rebeldes demócrata cristianos
Mov 11 Ag	Movimiento 11 de Agosto
IC	Izquierda Cristiana
MAPU	Movimiento de Acción Popular Unitaria
PCBR	Partido Comunista Bandera Roja
MOC	MAPU Obrero-Campesino
PT	Partido de los Trabajadores
CC	Comité Central
CS	Coordinadora Socialista
MJL	Movimiento Juvenil Lautaro
MRS	Movimiento de Renovación Socialista
PPD	Partido Por la Democracia
PS	Partido Socialista